

JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE

EL INCA GARCILASO
EN SUS "COMENTARIOS"
(ANTOLOGÍA VIVIDA)

F 3429
G 2A9



OLOGÍA HISPÁNICA



ACCESO
ABIERTO

El Inca Garcilaso fue, por su destino y por su obra, una figura anómala dentro del Siglo de Oro. Una doble marca le señalaría para siempre como mestizo y bastardo. Juan Bautista Avalle-Arce, en su excelente prólogo, hace ver cómo el Inca tuvo que montarse sus propios mecanismos de defensa, cómo en aquella alma de indio ardía un pensamiento racionalista, cómo el mundo soñado por él es un imperio cristiano movido por los ideales del Renacimiento.

Los *Comentarios reales del Perú*, tal como están representados en esta antología, pertenecen al tipo de la Historia vivida. El Inca cuenta lo que vio y oyó, lo que pudo recoger de los labios y memorias de sus hermanos indios. Ni siquiera se oculta detrás de los hechos narrados que, en principio, son la historia de los reyes del Perú. Pero hay algo más: la religión, las leyendas, los mitos, los usos y costumbres de un país primitivo al que se le ha venido encima España y la religión cristiana. El Inca, por orgulloso que esté de enmendar la plana a los historiadores españoles, escribe ya lejos de su patria y muchos años después de dejarla. Casi, casi, hasta ha olvidado el quechua nativo. Por eso en sus reconstrucciones —curiosísimas, pintorescas, concretas— se deja ver la desazón del hombre que no acaba de sentirse a gusto, cogido entre dos mundos fascinantes y opuestos. En esta incertidumbre sentimental entre naturaleza y cultura, o entre fantasía y realidad, estriba el gran encanto de sus obras para el lector de hoy.

EL INCA GARCILASO
EN SUS «COMENTARIOS»

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

VI. ANTOLOGÍA HISPÁNICA

JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE

EL INCA GARCILASO
EN SUS
“COMENTARIOS”

(ANTOLOGÍA VIVIDA)



EDITORIAL GREDOS

© Editorial Gredos, Madrid, 1964

N.º de Registro: 6836-63. — Depósito Legal: M. 1008-1964

Gráficas Cóndor, S. A. — Aviador Lindbergh, 5. — Madrid-2 2153-64

78652

ACLARACIÓN PRELIMINAR

Debo puntualizar el criterio que me ha guiado al hacer esta selección y aclarar, de paso, el subtítulo de *Antología vivida*. Al releer los Comentarios reales he tratado de extraer todos los materiales que se pueden suponer respaldados por el vivir del Inca. O sea, todo aquello que de manera directa o indirecta se engarza en la medula de su biografía —pero no olvidemos el coeficiente imaginativo de una obra escrita a tantos años de distancia de la experiencia misma—. El Inca Garcilaso prodiga en sus obras las aseveraciones “Yo lo vi”, “Yo lo hice”, “Yo lo oí”. Esta antología se ha formado siguiendo el hilo de esas aco-taciones, que al mismo tiempo que trazan la silueta del Inca van recortando la de su patria. Pero en la ingrata labor de antólogo siempre se suele censurar al coleccionista por lo que ha dejado sin recoger. Por ello ese precavido epíteto de “vivida”. Lo que ha quedado fuera de esta antología es aquello que se puede suponer que no tiene el respaldo de las vivencias del Inca.

El orden guardado en esta antología es el mismo del original, pero varios capítulos de éste han sido subdivididos, o unificados, para ceñirlos más a la materia. Por último, he colocado un mínimo de notas, y los titulillos de las secciones son, en su mayoría, míos, pero el lector curioso podrá ver los títulos originales en los índices al final.

INTRODUCCIÓN

I

El 12 de abril de 1539 nació en el Cuzco Gómez Suárez de Figueroa, que años más tarde se haría famoso bajo el nombre de Inca Garcilaso de la Vega. Era hijo ilegítimo del capitán Garcilaso de la Vega y de la princesa india (*palla*) Isabel Chimpu Ocllo. Llega al mundo, pues, en situación doblemente anómala: mestizo y bastardo. El primer hecho se convertirá para el Inca en timbre de honor; el segundo se silenciará con cuidado sintomático. Pero esto último no dejará de evidenciar su influencia indirecta en el pensamiento del Inca, al menos en la ocasión en que escribió la *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*. Se trata del famosísimo adalid que contribuyó en forma destacada a la conquista de Sevilla, y de quien descendía el padre del Inca.

Por lo ordinario, obra semejante se podría achacar a ese prurito nobiliario, que tanto escocía en la conciencia de los españoles de la época. Mas en un caso como el del Inca, con su doble vertiente de anomalía *a nativitate*, esto bien puede obedecer a la necesidad de crearse mecanismos de defensa, para no ofrecer sus vulnerables flancos inermes a los embates de la "bestia fiera" que era el vulgo de la época, en frase de otro hispanoamericano ilustre, Ruiz de Alarcón.

Porque se debe entender, si queremos acercarnos al hondón de la conciencia del Inca, que el ser criollo constituía, en sí, una anomalía en su época. En sustancia, el criollo era un híbrido, nacido en una realidad geográfica sin historia y a miles de leguas de distancia y totalmente ajena a la realidad geográfico-histórica que sustentaba y daba efectividad actuante a la conciencia histórica y a la axiología colectiva de España. El criollo aparece así como el primer ejemplo de ese tipo humano tan moderno que es el desarraigado, al menos a los ojos españoles. Si esto es así ¡cuánto más lo sería el criollo mestizo y bastardo!

De allí la necesidad vital del Inca de crearse mecanismos de defensa, que son, en esencia, sistemas de identificación. El hombre que no se identifica con algo está desnudo e inerme, pronto a sucumbir al primer ataque; por ello que en nuestro caso, al menos, mecanismo de defensa equivalga a sistema de identificación. La vida-obra del Inca evidencia por un lado la identificación hispana, con su *Relación de la descendencia de Garcí Pérez de Vargas*. Por el otro, la identificación americana, que asume un doble aspecto. Primero, la composición de los *Comentarios reales del Perú*, que es la forma cabal de dotar de dimensión histórica (o sea temporal) a algo que en la concepción ordinaria sólo disponía de una dimensión geográfica. Esto equivale a crearse una patria, ya que patria es primordialmente tiempo, y sólo en segunda instancia espacio.

El segundo aspecto que asume esta necesidad de identificación americana lo constituye la forma en que nuestro autor se prodiga a manos llenas el apelativo *Inca*, y a menudo *indio*. La explicación más directa y evidente de este hecho es la que lo atribuye a su orgullo de indio noble americano. Esto me parece inobjetable, y nada tendría que añadir a ello si no creyese en lo que dijo Dilthey, que la vida es precisamente multilateral (*mehrseitig*). Y al rondar por los lados del hecho empírico todo él se irisa en perspectivas. Porque ese apelativo individualista lo coloca a nuestro autor al margen de la sociedad española en

que le toca actuar, y visto por el sobrehaz parece apuntar en dirección opuesta a la de la intencionada *Relación*. Pero la singularidad americana que le confiere el apelativo lo identifica a nuestro autor con el hombre natural. Y el hombre natural es ese tipo humano inédito pero añorado por la mente renacentista. En la historia literaria el hombre natural inspira toda la abundantísima literatura pastoril. En la historia de las ideas, el hombre natural, desde los escritos de Colón (*Diario del primer viaje*) y Américo Vespucio (*Quatuor navigationes*), había quedado identificado con el indio americano. Y lo más importante, es que ese hombre natural, por su estado de inocencia, era moralmente superior al hombre europeo, como lo dijeron fray Antonio de Guevara (*El villano del Danubio*) y Montaigne (*Des cannibales*), y se siguió diciendo hasta la época de Chateaubriand (*Atala*). O sea que lo que parece una intencional oposición entre dos tendencias distintas (españolismo e indianismo), se resuelve en el Inca, por el uso de ese apelativo, en una colocación al margen y por encima de la sociedad europea.

Ahora le podemos dar la vuelta por el otro lado al mismo hecho empírico, y creo que llegaremos a resultados equivalentes. Esa sociedad española en que le toca desempeñarse al Inca estaba corroída por la obsesión suicida de la limpieza de sangre. Todo un complicado sistema de estatutos de limpieza oprimía al hombre y sofocaba el libre desempeño de la personalidad. Del rey abajo todo el mundo era susceptible a una mácula en la sangre que anularía la vida. Pero esa misma sociedad no terminaba de aceptar —en realidad, dada la fuerza gravitatoria de la conciencia histórica, *no podía* aceptar— en un pie de igualdad a este recién llegado, criollo, mestizo y bastardo, por razones a las que ya he aludido. En tales circunstancias, la identificación constante de nuestro autor con los Incas y los indios lo colocaba, *ipso facto*, más allá de la candente cuestión vital de su época de la limpieza de sangre. Un indio, dada su condición de hombre natural, se colocaba a una distancia insalvable para los tiros

de cizañeros y malsines. El apelativo se torna así en otra suerte de mecanismo de defensa (o sea, identificación con lo inexpugnable), con el que el incómodo y nuevo huésped crea a su alrededor la asepsia anhelada por todos y lograda por pocos. También por este lado el Inca se marginaliza y coloca por encima de la sociedad de su tiempo.

Creo que se hace evidente así el vital juego de lanzadera a que obedecen estos mecanismos de defensa. En un momento sirven para hurtar el cuerpo a todo contacto indiscreto u ofensivo con una vida regida por axiologías ajenas. En otro momento, y calibradas ya esas axiologías, esos mecanismos sirven para lanzarse a plenitudes vitales negadas al común de su sociedad. Y conviene no olvidar en este sentido, que el Inca se estrena en la vida literaria con la traducción de los *Dialoghi d'amore* de León Hebreo. Para mí, esto constituye, por parte del Inca, un intento logrado de identificarse con el humanismo, vale decir, con los mejores, en un orden exento de nacionalismos, en el que prima, al contrario, el internacionalismo fraternal del intelecto.

Estos datos son como los supuestos mentales de la conciencia del Inca, y aunados en haz contribuyen a definir esa actitud de abstracción voluntaria inducida por un sentimiento de superioridad moral que es el que distingue a los espectadores críticos, desde Steele y Addison hasta Ortega y Gasset. Y estos mismos datos se reflejan con luz meridiana en la biografía concreta del Inca. El hijo de la india Isabel Chimpu Ocllo se eleva voluntariosamente sobre la masa amorfa del mestizaje cuzqueño para terminar su vida en el enterramiento de su capilla en la catedral de Córdoba. Solitaria situación de privilegio espiritual que resume en sí la superioridad moral que hemos entrevisto a través de los mecanismos de defensa que a su alrededor construye. ¡Genio y figura...!

Estas son las directrices que encauzan, con cercanía y efectividad variables, la vida del Inca. Los datos concretos de esa vida se pueden encasillar en tres momentos: una primera vein-

tena de años transcurridos en el Cuzco, rematada con el viaje a España en 1560. En España, los primeros treinta años se centran en Montilla: vida apacible, al abrigo de la buena amistad de su tío don Alonso de Vargas (muerto en 1570), interrumpida por un breve paréntesis militar en la rebelión de las Alpujarras, en que ascendió a capitán. Pero un agudo desengaño le lleva a abandonar la profesión militar: años más tarde, en 1592, habla en carta al humanista Juan Fernández Franco, de "la ingratitud de algún príncipe y ninguna gratificación del rey"¹, como razones efectivas para su abandono de las armas. En desquite, y por muerte de algunos parientes, obtiene un cierto desahogo económico, que lo lleva a desplazarse a Córdoba, poco después de 1590. La última veintena de años transcurre en Córdoba, y allí murió en el de 1616.

Y la producción literaria: en 1590 apareció en Madrid su traducción de los *Dialoghi d'amore* de León Hebreo. En 1596 firma en Córdoba el manuscrito de su *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*, inédita hasta hace poco. En Lisboa, y en 1605, aparece *La Florida*. Cuatro años después, en el mismo lugar, aparece la *Primera parte de los Comentarios Reales*, cuya segunda parte (la *Historia general del Perú*) saldría póstuma, en Córdoba y 1617.

Pero antes de pasar revista a esta producción literaria quiero considerar, por un momento, una de las consecuencias más notables y menos notadas del viaje a España del Inca. Espero que servirá de corolario ejemplar a las calas exploratorias recién practicadas en esta problemática personalidad. Y esto, a su vez, debería servir de alerta constante a todo aquel que se apreste a bucear en su obra. Ya es hora de no hablar más, como en su época lo hizo Menéndez Pelayo, de la "mente semibárbara, semieducada" del Inca, y de su "imaginación rica pero siempre

¹ Apud E. Asensio, *Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso*, en *NRFH*, VII, 1953, pág. 585.

infantil”². Al contrario, aprestémonos a dialogar, en nuestra lectura, con un hombre tan complejo como educado, con aristas tan varias como puede evocar la frase: un mestizo humanista del Renacimiento. Sólo así podremos apreciar la rica variedad de matices intelectuales de este ilustre hijo de América y España.

El hecho es que en el Perú el Inca se llamaba Gómez Suárez de Figueroa. Al poco tiempo de llegar a España se firmaba Garcilaso de la Vega, en fecha que podemos fijar documentalmente como el 22 de noviembre de 1563³. Poco antes se le había negado la licencia para volver a Indias. El cordón umbilical se ha cortado a la fuerza y el hombre, en riesgo propincuo de desnurtirse espiritualmente, se tiene que forjar una nueva personalidad, cara a cara con la nueva circunstancia, ineludible desde ese momento. Esta es la ocasión en que el Inca adopta su nuevo nombre, acto que reproduce, en cierta medida, el sacramento del bautismo. El nuevo nombre es el rótulo del hombre nuevo, como lo fue en el caso de Saulo de Tarso —San Pablo—, o de Alonso Quijano —Don Quijote—. El auto-bautismo lleva una intensísima carga de verdad humana, ganada a pulso, y en él repercuten las palabras del propio San Pablo, el gran bautista de sí mismo: “Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem, ut, quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitae ambulemus” (*Romanos*, VI, 4; cf. *Efesios*, IV, 23: “Renovamini autem spiritu mentis vestrae”). Se trata de un verdadero cambio de horizonte vital —“in novitate vitae ambulemus”—, y lo que el Inca divisa en la línea del suyo lo podemos columbrar por la ilustrísima prosapia literaria del nombre que se confiere en autobautismo:

² *Orígenes de la novela*, NBAE, I (Madrid, 1905), cccxcii.

³ Vid. R. Porras Barrenechea, *Nuevos fondos documentales sobre el Inca Garcilaso*, apud *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega*, Actas del Symposium realizado en Lima del 17 al 28 de junio de 1955, Lima, 1955, pág. 39.

Garcilaso de la Vega⁴. A mi juicio, el Inca ha hallado en ese momento su vocación, y se cortan amarras con el hombre viejo. En ese 22 de noviembre de 1563, el Inca Garcilaso hizo su profesión de fe, de fe vital y vocacional que lo alentará en esa casi treintena de años que pasarán antes de publicar su primera obra. Su camino de Damasco, y lo que será su nueva meta vital, quedan rotulados para siempre con su nuevo nombre.

II

Al analizar ahora la obra del Inca soslayaré su traducción de León Hebreo. Lo hago así porque es evidente que esta obra, por su propia índole, nos niega la originalidad de pensamiento. Pero no la marginalizaré sin decir que, a mi entender, ella constituye un nuevo acto de fe, de fe de humanista. Con esta obra el Inca se sabe acreditado para merecer un puesto en la república de los mejores. El Inca se une así, por este oficio tan denigrado del traductor, a esa falange de apátridas idealistas que al tocarse el alma con el dedo adquieren conciencia de que sí es posible una humanidad sin escoria. Acto de fe humilde, como cumple en un novato, pero que asocia para siempre el nombre del Inca a lo mejor del humanismo neoplatónico.

Habiendo marginalizado los *Diálogos de amor*, *La Florida* se convierte en su primera obra en el tiempo. Al escribirla, el Inca nos hace presente, en toda oportunidad favorable, la concepción que él tiene de la Historia como programa de acción. Que la Historia tiene un fin ejemplar y eminentemente ético es idea viejísima, al punto que para la época de Polibio ya consti-

⁴ Bien es cierto que así se llamaba su padre, pero si hoy lo recordamos es debido a su hijo. En cuanto al poeta Garcilaso, ya lo era por antonomasia desde mucho antes de los años españoles del Inca.

tuía una convención literaria (como nos recuerda éste al comienzo de su *Historia universal*), y con este mismo valor convencional de la Historia, Diodoro Sículo tratará de realzar el mérito de su *Biblioteca Histórica* (como dice sin ambages en el prefacio). Siglos más tarde, con apoyo en esta convención, pero soslayando las implicaciones éticas, Maquiavelo construyó el gran edificio de sus *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, en los que la ejemplaridad de la Historia sirve para fundamentar un claro programa de acción política.

Nuestro Inca asimila todo esto y lo ensambla con su caudal de lecturas y experiencias, y volviendo a poner en primer plano las implicaciones éticas, nos brinda una historia programática y ejemplar. En este sentido, *La Florida* puntualiza en toda ocasión el *cómo* y el *por qué* ese territorio se debe atraer al seno católico, a la “república cristiana”, como él la llama, con lo que evidencia su comprensión de ese universalismo dinámico de la historia que anima al Cristianismo. Detengámonos aquí un momento para analizar la carga ideológica que tiene el término “república cristiana”, y cómo encaja esto dentro del concepto de historia como programa que tiene el Inca. En primer lugar, “república cristiana” es denominación propia de un medievalismo conceptual puro, ya que con ese término se escudan la *res publica generis humani* y la *ecclesia universalis* que caracterizan al más cendrado pensamiento político del Medioevo. Sin embargo, la realidad histórica en que le toca vivir al Inca Garcilaso niega en redondo la validez o vigencia de tal concepto, al menos fuera de España. En segundo lugar, el ingreso al seno de la “república cristiana” implica en efecto, y para el territorio en cuestión, la metamorfosis de un estado informe a un estado histórico. Y esto nos lleva a desembocar de nuevo en la visión cristiana del objetivo común de la humanidad. O sea, en resumidas cuentas, que ese concepto de historia programática que el Inca esboza en *La Florida* obedece a una clara intención universalizadora.

Pero para nuestro historiador hay un instrumento elegido para esa universalización: el imperio español. Y por aquí se empieza a matizar con colores propiamente hispanos el adoceñado pensamiento de la historiografía medieval y eclesiástica. Porque este mestizo peruano nos ha confrontado con esa característica forma de vivir y pensar que sustenta en vilo al siglo XVI español: el providencialismo mesiánico. La idea de la acción diaria de Dios en el quehacer histórico del hombre estaba arraigadísima en la Edad Media. Frente a esto, España se distingue por permanecer fiel a esa idea hasta mucho más acá de la Edad Media y darle un giro estrictamente personalista: Dios interviene en forma directa en la historia española y señala así a esta nación como el instrumento de su Providencia. Imperialismo y providencialismo se convierten así en las dos caras de la medalla.

El Inca acepta todo esto en forma implícita, como que son los supuestos mentales que sostienen la fábrica de su *Florida*. El universalismo consiguiente e ineluctable se realiza en su idea de la Historia como programa de acción política, asestado, a su vez, al logro de esa “república cristiana”, que si el Inca concibe como realidad empírica —*malgré tout*— se debe al desempeño eficaz que siempre supuso la idea imperial hispana⁵. Y esta idea de la Historia se veía reforzada, dentro del cuadrante de lecturas del Inca, y desde un punto de vista laico, por historiadores como Maquiavelo y Guicciardini, tan admirado este último por él.

No pensemos, sin embargo, en nuevos romanismos. El universalismo del Inca llevará el claro sello de la idea imperial hispana, ya que como dice en esta su primera obra histórica: “Pudiera ser que [la Florida] hubiera dado principio a un imperio que fuera posible competir hoy con la Nueva España y con el Perú... Por lo cual muchas y muchas veces suplicaré al Rey

⁵ Con más espacio me he ocupado de este aspecto de la idea imperial en *Poesía, Historia, Imperialismo: La Numancia*, en *Anuario de Letras*, II, México, 1962, págs. 55-75.

nuestro señor, y a la nación española, no permitan que tierra tan buena y hollada por los suyos y tomada posesión de ella esté fuera de su imperio y señorío, sino que se esfuercen a la conquistar y poblar, para plantar en ella la fe católica que profesan... Para que se aumente y extienda la santa fe católica y la corona de España, que son mi primera y segunda intención" (libro VI, cap. XXI). Universalismo católico y universalismo imperial van de la mano, como es propio, aunque en una supeditación jerárquica que a este último le crea obligaciones sin darle derechos. Dentro de esta concepción tradicional, sin embargo, uno se imagina al Inca viéndose a sí mismo como el estratega que conducirá esta idea a través de la época de los primeros Felipes a nuevas órbitas y nuevas consecuciones.

Dentro de este gran cuadro ocurren, sin embargo, extrañas reticencias y supresiones en el relato de los acontecimientos históricos. Y esto va contra todos los tópicos acumulados en el tiempo que tratan de definir la misión de la Historia, a partir de aquel resobado texto de Cicerón en el *Orator*, en que la define como "testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magister vitae, nuntia vetustatis". Estas supresiones en *La Florida* son frecuentísimas, e ilustraré sólo dos de los tipos principales. Al narrar las andanzas de Pánfilo de Narváez, escribe el Inca: "Pánfilo de Narváez le había hecho ciertos agravios que por ser odiosos no se cuentan" (libro II, parte I, cap. I). Y más adelante, al hablar de la deshonrosa acción de dos militares, dice: "Los dos capitanes, que por su honra callamos sus nombres..." (libro II, parte II, cap. XII). Estas supresiones por prurito ético caracterizan toda la obra histórica del Inca, sin excepción. Las reticencias se hacen tan consustanciales a su forma de relatar la historia, que se ha creído ver en ellas la influencia de los analistas quechuas, los *quipucamayus*, que suprimían en sus cuentas los reinados de los malos soberanos⁶. No creo necesario

⁶ Creo que el primero en sustentar tan peregrina idea fue A. Miró

en absoluto acudir a tan dudosa influencia. Me parece, al contrario, que en un historiador como el Inca, que participa tan plenamente de la concepción ética y ejemplar de la historia que caracteriza a Europa al menos desde la época de Polibio, en un historiador con ese tipo de preocupaciones tal género de reticencias es natural. Otro gran moralista, Juan Luis Vives, a quien el Inca cita con respeto, escribió largamente en su *De disciplinis* (parte II, libro V, cap. I) acerca de la teoría y el sentido de la historia, y se lamentaba allí de que la historia perpetuase las infamias. La obra de Garcilaso cae de lleno dentro de esta concepción moralista, que para su época, por lo demás, se ve secundada por el pirronismo. Así, el pirronista francés Charles de la Ruelle, sieur de Mavault, en su *Succintz adversaires contre l'histoire* (Poitiers, 1567), censura a la historia porque causa daño al hablar mal de las personas. La historia, según él, se debe comportar de acuerdo con los cánones sociales aceptados⁷. La distancia que separa, en cualquier otro sentido, a Vives de la Ruelle es índice de la difusión en el siglo XVI de la tendencia a controlar el relato histórico por cuestión de principios. Mucho más tarde, el Inca llevará esta concepción a sus consecuencias lógicas, al escribir en su última obra, la *Historia general del Perú*: "Los cuales pudiéramos nombrar, pero es justo que guardemos la reputación y honor de todos" (libro VIII, cap. IV). O sea, que se concibe al historiador como depositario del honor colectivo, ya que él es quien lo preserva y transmite a través de los tiempos; con lo que volvemos al tema reiterado del Inca: la responsabilidad moral del historiador.

Quesada Sosa, *El Inca Garcilaso*, Madrid, 1948. Le dio nueva circulación J. Durand, *La idea de la honra en el Inca Garcilaso*, en *Cuadernos Americanos*, X, noviembre-diciembre, 1951, pág. 200.

⁷ Vid. J. L. Brown, *The "Methodus ad facilem historiarum cognitionem" of Jean Bodin*, Washington, 1939, págs. 163-165. Sobre el pirronismo en general, v. R. H. Popkin, *The History of Scepticism from Erasmus to Descartes*, Assen, 1960.

En esta ocasión quiero destacar un último aspecto de *La Florida*, esa obra primeriza pero que forma infragmentable unidad ideológica con los *Comentarios reales*. Me refiero a un supuesto que está ínsito en toda la obra del Inca y que se refiere a la fundamental uniformidad psicológica del hombre, vale decir, que a pesar de las diferencias de clima, raza, tiempo, etc., el hombre reacciona siempre de una manera sustancialmente igual. En *La Florida* esto se evidencia en una continua serie de paralelos y comparaciones entre el indio de Florida, el hombre de la Antigüedad clásica, el indio de México y el Perú y el propio español. Todo ello se puede resumir en la frase ponderativa que el Inca pone en boca de Hernando de Soto, al hacerle exclamar: “¿No miráis cómo todo el mundo es uno?” (libro V, parte I, cap. V). Esto, repito, es un supuesto ideológico que en ninguna ocasión es analizado en forma explícita, pero que alienta y fundamenta toda su obra. Hasta aquella famosa exclamación en sus *Comentarios*, al decir que el Cuzco “fue otra Roma en aquel Imperio” (“Proemio al lector”), parte de este supuesto uniformista, adobado, claro está, por el fervor humanista y patriótico⁸.

Esta forma de concebir al hombre histórico como dotado de una fundamental uniformidad psicológica constituye lo que Arthur O. Lovejoy ha llamado *uniformitarianism*, palabreja que sonará mejor si la dejo en *uniformismo*⁹. Este es el supuesto cardinal del deísmo seiscentista y es herencia, a su vez, del racionalismo y teísmo quinientistas. Si la razón es la misma en todos los hombres, como se supone, los efectos de su desempeño

⁸ La orientación uniformista de su pensamiento me parece el supuesto cardinal en este tipo de comparaciones, y echo de menos su mención en el interesante artículo de Rita Falke. *Otra Roma en su imperio. Die “Comentarios reales” des Inca Garcilaso de la Vega*, en *Romanistisches Jahrbuch*, VII, 1955-1956, págs. 257-271.

⁹ *The Parallel of Deism and Classicism*, en *Essays in the History of Ideas*, Baltimore, 1948, págs. 78-98.

serán uniformes. Todo lo que constituya una variante será, por tanto, evidencia de error.

Las consecuencias de este supuesto mental uniformista se abultan en los *Comentarios reales*, donde adquieren un ceñido desarrollo lógico que lleva a sorprendentes conclusiones. Pero debo insistir en que el Inca nunca discurre en forma conceptual acerca de estos principios, sino que ellos son los supuestos ideológicos que van implícitos, y son como los cimientos sobre los cuales se fundamentará su pensamiento historiográfico explícito. Sabido es que en los *Comentarios* Garcilaso dedica espacio preferente a tratar de la religión de los Incas. Lo que pueda haber de verdad arqueológica en sus afirmaciones no me concierne, sino sólo el sentido que adquieren sus reconstrucciones a la luz de ciertos complejos ideológicos europeos, y cómo éstos matizan e individualizan su pensamiento historiográfico.

El uniformismo impuesto por la universalidad de la razón halla su campo preferido para las investigaciones, en los siglos XVI y XVII, en todo aquello que se refiere a la religión. Porque si los logros de la razón son uniformes, la religión ofrecerá las mismas características comunes, ya que el hombre llega a ella guiado por una misma e inalterable "lumbre natural", como la llama el Inca cuando dice: "Los reyes Incas y sus *amautas*, que eran los filósofos, rastrearon con lumbre natural al verdadero Dios y Señor Nuestro" (*Comentarios*, libro II, cap. II) ¹⁰.

La consecuencia lógica de todo esto es que las religiones también son uniformes, al punto que resulta más propio hablar de la religión, con un singular de aplicación colectiva. A la comprobación de este aserto el Inca dedica sus mejores esfuerzos, aunque el tono está siempre dado con sordina, por un recelo

¹⁰ En este concepto de "lumbre natural" entra también el uniformismo propio de Naturaleza, ya que como diría un poco más tarde Benito Spinoza: "El propósito de naturaleza es crear a los hombres uniformes, como hijos de una madre común", *apud* Lovejoy, *op. cit.*, página 80.

natural a la censura del estado-iglesia español. Los ejemplos de ello se pueden recoger en cada capítulo, en cada página casi, de los *Comentarios*. Me limitaré a escoger algunos de los que mejor ilustran el tema, y procederé de lo más sencillo a lo más complejo. En el primer libro de los *Comentarios*, el Inca escribe largamente de Manco Capac, antepasado común y primero de los Incas, quien, a su muerte, fue adorado por dios por las enseñanzas y beneficios que dejó a los indios. Éstos, “en suma, le adoraron por hijo del sol, confesando que ningún hombre humano pudiera haber hecho con ellos lo que él, y que así creían que era hombre divino venido del cielo” (libro I, capítulo XXI). Esta es una explicación puramente euhemerista de la religión, y en ella me parece oír todavía el claro eco de frases como ésta de Plinio: “Deus est mortali juvare mortalem, et haec ad aeternam gloriam via” (*Historia natural*, II, 7, 18). Lo esencial, claro está, es el supuesto cardinal uniformista que inspira todo esto, y que se evidencia al revelar algo de la máquina que sostiene esa ideología. Porque al aparear el texto del Inca con el de Plinio —o cualquier otro de las mismas inclinaciones euhemeristas— resalta el hecho de que a unos quince siglos de distancia en el tiempo y a muchos miles de leguas en el espacio, los indios empiezan a estructurar su religión partiendo de los mismos principios que los antiguos.

La misma naturalidad con que Garcilaso acepta la divinización de los astros por parte de los Incas, halla su explicación en textos como este de Cicerón: “Tribuenda est sideribus... divinitas” (*De natura deorum*, II, 15). Con esto la religión de los Incas deja de ser una anomalía (lo que implicaría un error de la razón), y se engarza así dentro de la más rica tradición mitográfica, con evidentes implicaciones uniformistas.

La constante prédica de los Incas a las tribus vencidas para que adopten su religión (cf. *Comentarios*, libro I, cap. XXI y libro VI, cap. XX), tiene como motivo principal el hecho de que así adorarán al creador (el Sol) y no lo creado. Obsérvese

que el Inca atribuye implícitamente a los Incas una dialéctica que no difiere en lo sustancial de la apologética de escritores cristianos como Lactancio (*Institutiones divinae*). Con lo que volvemos al gran tema del uniformismo del desempeño y logros de la razón.

Pero pasemos a cosas de más bulto. Al hablar de una leyenda india sobre el Diluvio, que el Inca tiene buen cuidado de llamar *fábula*¹¹, establece de inmediato el paralelo con la de Pirra y Deucalión, para concluir: "También se pueden cotejar las de una gentilidad con las de la otra, que en muchos pedazos se remedan" (libro I, cap. XVIII). La orientación uniformista de su pensamiento lleva al Inca a trazar un denominador común entre el mito griego y la fábula quechua. Pero la buena lógica obliga a apurar los paralelos, lo que Garcilaso hace con osadía ideológica sólo refrenada al final, pues la cita anterior continúa: "Y asimismo tienen algo semejante a la historia de Noé, como algunos españoles han querido decir". Y remata la cuestión con este pasaje, en el que no sé qué admirar más, si la intrepidez de las ideas o la solapada forma de recatar el pensamiento: "Algunos españoles curiosos quieren decir, oyendo estos cuentos, que aquellos indios tuvieron noticia de la historia de Noé, de sus tres hijos, mujer y nueras, que fueron cuatro hombres y cuatro mujeres que Dios reservó del diluvio, que son los que dicen en la fábula, y que por la ventana del arca de Noé dijeron los indios la de Paucartampu, y que el hombre poderoso que la primera fábula dice que se apareció en Tiahanacu, que dicen repartió el mundo en aquellos cuatro hombres, quieren los curiosos que sea Dios que mandó a Noé y a sus tres hijos que poblasen el mundo. Otros pasos de la una fábula y de la otra quieren semejar a los de la santa historia, que les parece que se semejan. Yo no me entremeto en cosas tan hondas, digo lla-

¹¹ Pero no olvidemos que había dicho Cicerón: "Physica ratio non inelegans inclusa est in impiis fabulas", *De natura deorum*, II, 24.

namente las fábulas historiales que en mis niñeces oí a los míos, tómelas cada uno como quisiere, y déles el alegoría que más le cuadrare”¹².

Y al final del capítulo siguiente se insiste sobre todo esto y se remacha el clavo: “Demás de esto, en todo lo que de esta república, antes destruida que conocida, dijere, será contando llanamente lo que en su antigüedad tuvo de su idolatría, ritos, sacrificios y ceremonias, y en su gobierno, leyes y costumbres, en paz y en guerra, sin comparar cosa alguna de éstas a otras semejantes que en las historias divinas y humanas se hallan, ni al gobierno de nuestros tiempos, porque toda comparación es odiosa. El que las leyere podrá cotejarlas a su gusto, que muchas hallará semejantes a las antiguas, así de la santa escritura como de las profanas y fábulas de la gentilidad antigua” (libro I, cap. XIX).

Me apresuro a aceptar la invitación del Inca a cotejar y formar juicios propios a base de la documentación que nos pone en las manos. El fin que persigo es obtener una radiografía del pensamiento del Inca, que deje apreciar lo que lo vertebraba interiormente en cuanto pensamiento, y no en cuanto exposición literaria. Algunos de los resultados de tal tarea son los siguientes: primero, el Inca parte del uniformismo como supuesto ideológico, vale decir que el proceder del hombre guiado por “lumbre natural” logra siempre resultados uniformes, ya que esa lumbre, por ser natural, es siempre la misma¹³. Segundo, como corolario

¹² Este uniformismo, mezclado con partes iguales de mesianismo, tuvo curiosas consecuencias. Hacia 1642 el judaizante Antonio Montesinos (Aaron Levi Montesinos) creyó haber hallado cerca de Quito a las tribus perdidas de Rubén y Levi, porque estos indios practicaban varias ceremonias judías, entre ellas la tradicional confesión de fe (*shema*). Esto dio materia al libro, en español y latín, de Menasseh ben Israel, *Esperanza de Israel*, Amsterdam, 1650; vid. Cecil Roth, *A History of the Marranos*, Nueva York, 1959, págs. 261-262.

¹³ La identidad de lo natural es norte del naturismo renacentista. Ya había dicho Lorenzo Valla: “Natura et Deus idem sunt, aut fere idem”, *De Voluptate*, I, 13.

de lo anterior podemos decir que el Inca propugna un individualismo racionalista, ya que la búsqueda de la verdad es tarea individual con la guía de naturaleza ¹⁴. Tercero, como lo natural es común a todos, las creencias y valores comunes de la humanidad, o sea el *consensus gentium*, son de por sí buenos, de ahí el continuo trazar de denominadores comunes por parte del Inca a base del método comparativo ¹⁵. Cuarto, como todo lo bueno de Naturaleza es común al hombre se tiende naturalmente hacia un universalismo ideológico, que complementa al individualismo racionalista, y que se halla respaldado, en el caso del Inca, por la tradición imperial española de miras ecuménicas ¹⁶. Si afinamos un poco más este último punto acerca del universalismo, llegamos a la conclusión, bien atestiguada en el pensamiento quinientista, de que *natura* y *natio* son términos antitéticos, ya que el primer término expresa lo universal, mientras que el segundo se refiere a lo particular ¹⁷. Y aunque esto me aparte del tema por un momento, quiero dejar apuntado que en esa misma antítesis se puede hallar una nueva y complementaria explicación de la desasosegada actitud del Inca, que se sentía indio entre españoles y español entre indios.

¹⁴ Otro aspecto cardinal del ideario renacentista éste del *sequere Naturam*, y de vieja prosapia estoica, vid. A. Tilley, *Follow Nature*, en *Studies in the French Renaissance*, Cambridge, 1922, págs. 233-258.

¹⁵ El gran apologista anglicano Richard Hooker había escrito en 1594: "The general and perpetual voice of men is as the sentence of God himself. For that which all men have at all times learned, Nature herself must needs have taught; and God being the author of Nature, her voice is but his instrument", *Of the Laws of Ecclesiastical Polity*, I, viii, 3. Más en cifra dijo algo de esto Cervantes, al afirmar que la Naturaleza es "el mayordomo de Dios" (*Galatea*, libro IV, reiterado en su obra póstuma, *Persiles*, libro III, cap. XI).

¹⁶ Recuérdesse el sabido verso de Hernando de Acuña: "Un monarca, un imperio y una espada".

¹⁷ A otros aspectos, ya mencionados, todos tendientes al universalismo, agréguese ahora, como cantidades mayores, el Cristianismo y el estoicismo, vid. H. Baker, *The Dignity of Man. Studies in the Persistence of an Idea*, Cambridge, Mass., 1947, págs. 78-83 y 129-135.

Al llegar a este punto me detendré un poco, porque conviene advertir que al ir trazando este aspecto del perfil ideológico del Inca Garcilaso, hemos estado trazando al mismo tiempo el esquema de la *religio generis humani* de Jean Bodin, a quien el Inca conocía y citó con aprobación¹⁸. Pero lo que en Bodin a veces peca por un exceso de teoría, en la obra del Inca se ha enraizado con tesón en una realidad histórica de evidencia inmediata, como que es el imperio de sus antepasados. Y para ultimar este aspecto de mi esbozo, recordaré que el concepto de Bodin de una *religio generis humani* adquiere en su desarrollo a través del tiempo las proporciones del deísmo de Lord Herbert de Cherbury. Éste había empezado sus estudios comparados de las religiones con su libro *De veritate* (París, 1624), y les dio cumplida cima con su obra póstuma *De religione gentilium* (Amsterdam, 1663). En estas obras, en las que sienta las bases del deísmo, Lord Herbert afirma no sólo las semejanzas entre sí de las religiones primitivas, sino también entre éstas y el Cristianismo, y termina por sostener que los antiguos adoraban un dios por encima de las divinidades menores, y este dios lo identifica con el Dios cristiano. Ahora bien, en su *De religione gentilium*, Lord Herbert se entusiasma con la lectura del Inca, y lo cita expresamente repetidas veces para fundamentar sus ideas sobre el uniformismo de las religiones¹⁹. O sea que debemos colocar al Inca en la avenida principal de las corrientes ideológicas europeas, al menos en lo que se refiere al estudio de las religiones, en un puesto que lo destaque como sucesor de Jean Bodin y como antecesor de Lord Herbert de Cherbury.

Esto no quiere decir, claro está, que el Inca Garcilaso haya llegado a las audacias intelectuales del padre del deísmo inglés.

¹⁸ Un buen resumen de las doctrinas de Bodin se puede leer en J. W. Allen, *A History of Political Thought in the Sixteenth Century*, Londres, 1960, págs. 394-444. Ciertos paralelos entre Bodin y el Inca fueron adelantados ya por E. Asensio, *Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso*, en *NRFH*, VII, 1953, págs. 583-593.

¹⁹ Cito por la ed. Amsterdam, 1700, vid. p. ej., págs. 26-27, 46, 57.

El Inca tiene una mentalidad típicamente quinientista, y como tal su puesto propio está a la cabeza del teísmo que distingue al siglo XVI europeo. Un texto altamente descriptivo de ese teísmo es el que copio a continuación, del humanista alemán Konrad Muth (o sea Muciano Rufo, según la moda latinizante de su época), escrito a principios de ese siglo: "Est unus deus et una dea. Sed sunt multa uti numina ita et nomina: Jupiter, Sol, Apollo, Moses, Christus, Luna, Ceres, Proserpina, Tellus, Maria"²⁰. Unos cien años más tarde, todo esto recibiría muy elegante y muy recatada demostración en los *Comentarios reales*, que serían, al mismo tiempo, la obra que tendría efectividad actuante para fundamentar el uniformismo deísta de Lord Herbert de Cherbury.

Todo este complejo ideológico, que según por dónde se lo mire se puede llamar uniformismo, teísmo o religión natural, que se halla ya en Bodin y en otros muchos autores del siglo XVI, Garcilaso lo modera con el Providencialismo, un aspecto de su ideología que evidencia tanto el arraigo de su fe como el de los hábitos mentales hispanos. Porque para el Inca Garcilaso la acción civilizadora del imperio incaico es la preparación providencial para la evangelización y el imperio español. Esto implica, evidentemente, una idea de progreso en la Historia, el punto inicial de cuya trayectoria estaría dado por la siguiente cita: "En aquella primera edad y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que bestias mansas, y otros muchos peores que fieras bravas" (*Comentarios*, libro I, cap. IX). Esta cita basta para establecer una distinción entre la idea de progreso del Inca y la tradicional en el pensamiento cristiano, fuertemente influido por San Agustín (*De civitate Dei*, libros XV-XIX). Porque para el Inca Garcilaso se trata de un lento proceso de perfeccionamiento a partir de unos principios de salvajismo total, que nie-

²⁰ *Der Briefwechsel des Mutianus Rufus*, Cassel, 1885, pág. 28, apud J. Seznec, *The Survival of the Pagan Gods*, New York, 1961, pág. 99.

gan en redondo la posibilidad de una Edad de Oro allá en los orígenes del hombre. Pero al disociarse el Inca de esa idea tradicional de progreso, se aproxima nuevamente a los conceptos enunciados por Bodin acerca de la inexistencia del Siglo de Oro y de un lento avance hacia una meta deseable²¹.

Hay mucho de Bodin en el Inca, como también lo hay de Juan Luis Vives y algunos otros. Esto bastaría para colocarle en una vanguardia ideológica no del todo ortodoxa, puesto que Bodin ya era blanco de ataque por algunos pensadores políticos debido a su defensa de "la razón de estado"²². Pero también hay mucho en el Inca de la más avanzada historiografía que se conocía en su tiempo. Considérese, por ejemplo, su absorbente interés por la lingüística, que se evidencia por su uso del quechua para suplementar y discriminar en el conocimiento histórico. El primer paso hacia la unión de historia y filología lo había dado Lorenzo Valla, en sus observaciones al comienzo del primer libro de su *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae* (París, 1521). Una nueva aproximación al problema lo representa el capítulo IX del *Methodus* de Bodin. Pero el Inca lleva toda esta teoría a la práctica, y con fundamento *in re* ejemplifica en sus *Comentarios* el uso de la lingüística como ciencia auxiliar de la historia. Y al mismo tiempo este interés suyo por la lingüística nos sirve de buen índice de la tendencia del Inca a ver la

²¹ *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, Paris, 1566, cap. VII. Para la idea de progreso en el pensamiento medieval, vid. J. B. Bury, *The Idea of Progress*, Londres, 1928, pág. 22; en el pensamiento de San Agustín, vid. J. Delvaille, *Essai sur l'histoire de l'idée de progrès jusqu'à la fin du XVIII^e siècle*, Paris, 1910, págs. 76-88; en general, vid. C. Dawson, *Progress and Religion*, New York, 1960, caps. VII-VIII.

²² Por ejemplo, el P. Pedro de Rivadeneira, en el prefacio "Al cristiano y piadoso lector" de su *Tratado de la religión*, Madrid, 1595. Y unos años más tarde vendrá la verdadera andanada de Pedro Barbosa Homem, *Discursos de la jurídica y verdadera razón de estado formados sobre la vida y acciones del rey D. Juan el Segundo de Portugal contra Machiavelo y Bodino*, Coimbra, 1629.

Historia dentro de su marco humano y no como mera cantidad temporal.

En general, puede decirse que el Inca Garcilaso, al lanzarse en los *Comentarios reales* a la reconstrucción histórica del imperio incaico que él no llegó a conocer, lo hace a base de los elementos más modernos de la nueva historiografía, algunos de los cuales existían sólo en estado de teoría. Allí se entrelazan para recrear el pasado histórico los datos de la economía política con los problemas de cronología, las ya mencionadas consideraciones de lingüística con el método comparativo de la historia de las religiones, y todo esto ordenado por un sabio manejo de la geografía y la climatología, y realzado por la continua criba y concordancia de fuentes, tanto escritas como orales. Más aún: no cabe negar que en la obra del Inca casan bien las diversas tendencias representativas de la historiografía renacentista. Allí se dan, en armónico maridaje, los primores de forma de la historiografía humanista con el rigor metódico de la historiografía anticuaria y con los desvelos textuales de escriturarios y clasicistas.

A pesar de este arsenal de disciplinas puestas al servicio de la causa histórica, se ha acusado al Inca, y seguramente con razón, de idealizar el pasado. Pero esto lo veo yo como una veta más, y la más profunda, de su mentalidad renacentista y española. Porque el invencible utopismo del Renacimiento, desde Tomás Moro hasta Tomás Campanella, había condicionado al hombre a aceptar la realidad subjetiva de una sociedad ideal²³. Sólo dentro de este cuadrante ideológico cabe explicarse fenómenos tan distintos como la boga pastoril en las literaturas europeas o los El Dorados y Californias de la realidad americana. Visto desde este punto de mira, lo que el Inca se lanza a hacer en sus *Comentarios*, con ayuda de los más modernos métodos

²³ Algo de todo esto se puede ver en el muy útil librito de L. A. Arocena, *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista*, Buenos Aires, 1949.

historiográficos, es a dar objetividad a esa imagen subjetiva, a crear una utopía localizable y concreta, que disfraza a la realidad empírica con las galas del ideal ²⁴. Y aquí el Inca, una vez más, nos revela la tenaz urdimbre hispánica de sus hábitos mentales, ya que ésta es la necesidad de siempre de realizar Dulcineas que tan hondo cala en el pensamiento hispánico.

Ese mismo idealizar el pasado implica, además, el fracaso de la historia como método científico. Pero hay que distinguir: el fracaso se refiere a la reconstrucción del pasado lejano; en la del pasado cercano el Inca triunfa, en la misma medida que Heródoto en sus *Historias*. La comparación viene al caso porque, al escribir sus *Comentarios*, Garcilaso se hallaba en una situación semejante a la de Heródoto. Para reconstruir el pasado incaico sólo contaba con fuentes orales (y alguna que otra fuente escrita fidedigna, como el P. Blas Valera), con la consecuente limitación en la perspectiva histórica que éstas producen, en forma parecida a lo que le ocurrió a Heródoto al reconstruir el pasado helénico. Lo importante en ambos casos no es el hecho de que el pasado remoto caiga fuera del radio de la historia científica (a pesar de todos los esfuerzos del Inca), sino que el pasado inmediato se considera bien dentro de ese radio. Y aquí es de encomiar la prolija veracidad de Garcilaso.

Con todo, el Inca no resulta convincente como historiador científico, ya que demasiado a menudo se interponen sus vivencias entre realidad histórica y conciencia. Esto se debe, en mi opinión, al hecho de que el reactivo con que vitaliza la historia el Inca es su sensibilidad. En tales circunstancias, debemos colocar al autor de los *Comentarios reales* a la cabeza de una egregia lista de pensadores que, como Ortega y Gasset o Azorín, han hurgado en el pasado con el punzón de su sensibilidad, más o menos disfrazado por actitudes doctrinarias. En este sen-

²⁴ En la práctica ya había hecho esto el obispo Vasco de Quiroga, con sus hospitales-pueblos, inspirados en la *Utopía* de Moro, vid. S. Zavala, *Ideario de Vasco de Quiroga*, México, 1941.

tido, el Inca Garcilaso más que un historiador es un sensitivo de la Historia.

III

La segunda parte de los *Comentarios reales*, que llamaré la *Historia general del Perú*, nos propone otro tipo de ejemplaridad. Queda dicho que en esta última obra el Inca Garcilaso da cima a la demostración de su teoría providencialista de que el imperio incaico fue la preparación del imperio hispano en el Perú. Obsérvese de pasada que con esto el Inca da un sesgo nuevo y americano a la viejísima idea de la sucesión de monarquías, que apuntalaba a la historiografía cristiana desde las primeras interpretaciones de las profecías bíblicas de Daniel acerca de las cuatro monarquías (*Daniel*, XI).

Desde las primeras páginas de la *Historia general del Perú*, la conquista de ese imperio se coloca en la cumbre señera de la hipérbole humanista: los hechos de los españoles están por encima de los de Alejandro y Julio César. Por un lado, esto nos permite entrever algo de ese aspecto poco visitado de la ideología renacentista que repetidamente da la palma a los modernos sobre los antiguos, y que se sustenta, en forma implícita, en la idea de progreso. Por el otro, esto sólo bastaría para justificar el escribir la historia de la conquista, pero el Inca puntualiza: "Por tres fines se eternizan en escrito los hechos hazañosos de hombres, en paz y letras, o en armas y guerras señalados, por premiar sus merecimientos con perpetua fama; por honrar su patria, cuya honra y lustre son ciudadanos y vecinos tan ilustres; y para ejemplo e imitación de la posteridad, que aive el paso en pos de la antigüedad siguiendo sus batallas para conseguir sus victorias" ("Prólogo a los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del

Perú")²⁵. Desde el principio de esta nueva obra, Garcilaso da una tajante respuesta afirmativa al problema de la ejemplaridad de la historia, negada tenazmente hacia esa misma época por escépticos del cuño de Francisco Sánchez, en su *Quod nihil scitur* (1581).

Esta fuerte coloración ética que caracteriza toda la labor histórica de Garcilaso lo lleva a poner punto final a su obra con la muerte del último Inca, donde escribe: "Ejecutada la sentencia en el buen príncipe ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes a la ciudad de los Reyes y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que lo antepusimos de su lugar por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, porque en todo sea tragedia, como lo demuestran los finales de los libros de esta segunda parte de nuestros *Comentarios*. Sea Dios loado por todo" (libro VIII, cap. XIX).

La palabra *tragedia* nos franquea una doble entrada a la concepción histórica del Inca. En su sentido retórico, la voz evidencia el concepto artístico de la Historia que tenía Garcilaso, propio de historiadores humanistas como Leonardo Bruni, y que en España defendió con tesón Juan Luis Vives. Al calificar a su obra de tragedia, el Inca admite tácitamente todo lo que de artístico ha entrado en su composición, desde la sabia distribución de la materia hasta los mínimos artificios estilísticos, que en ocasiones lo acercan más a la subjetividad de la novela que a la objetividad de la historia. Pero la palabra *tragedia* nos abre otro portillo de ingreso a la intimidad del pensamiento del Inca. Tra-

²⁵ Para destacar una vez más la sincronía ideológica del pensamiento del Inca con lo más granado de sus contemporáneos europeos, quiero recordar que por estos mismos años escribía Lord Francis Bacon: "Antiquity deserveth that reverence that men should make a stand thereupon and discover what is the best way; but when the discovery is well taken, then to make progression", *Advancement of Learning*, Oxford, 1906, pág. 35.

gedia es la ordenación providencial del acaecer, con abstracción de la voluntad humana. Y con esto, al poner punto final a su obra, Garcilaso la cierra con artística trabazón, en la misma forma en que la había empezado con su *Florida*: con el gran tema del Providencialismo como sentido primordial de la Historia. Y así lo rubrica el Inca al decir: "Sea Dios loado por todo".

Al disponerme ahora a reunir en haz algunas de las apreciaciones de estas páginas, veo que casi he hecho del Inca un nuevo Jano. Pero creo que esto se puede justificar si se observa la vigilancia que el Inca ejerce por igual sobre el pasado de sus hermanos indios y sobre el futuro de sus hermanos españoles; cuando lo vemos desde Europa pensando en Indias, y a la vez haciendo del Cuzco una nueva Roma; cuando a su intrépido racionalismo y teísmo vemos aunado un concepto providencialista de la Historia, de viejo cuño cristiano; en fin, cuando el imperialismo español desfila de la mano de un universalismo humanista y racionalista. Pero todo esto, y mucho más, cabe en ese desconcertante juego de dualidades que caracteriza, sustenta y define al siglo XVI español, que se debate hasta desangrarse entre la realidad y el ideal.

JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE

ANTOLOGÍA

I. INTENCIONES DEL AUTOR

Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de Méjico y la del Perú, y las de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel imperio, tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado. Verdad es que tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo; pero escribenlas tan cortamente, que aun las muy notorias para mí, de las maneras que las dicen las entiendo mal. Por lo cual, forzado del amor natural de la patria, me ofrecí al trabajo de escribir estos *Comentarios*, donde clara y distintamente se verán las cosas que en aquella república había antes de los españoles, así en los ritos de su vana religión, como en el gobierno que en paz y en guerra sus reyes tuvieron, y todo lo demás que de aquellos indios se puede decir, desde lo más ínfimo del ejercicio de los vasallos, hasta lo más alto de la corona real. Escribimos solamente del imperio de los Incas, sin entrar en otras monarquías, porque no tengo la noticia de ellas que de ésta. En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella, y que no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo, que

mi intención no es contradecirles, sino servirles de comento y glosa, y de intérprete en muchos vocablos indios, que como extranjeros en aquella lengua interpretaron fuera de la propiedad de ella, según que largamente se verá en el discurso de la historia, la cual ofrezco a la piedad del que la leyere, no con pretensión de otro interés más que de servir a la república cristiana (*Proemio al lector*).

2. EL IMPERIO INCA

Los cuatro términos que el imperio de los Incas tenía cuando los españoles entraron en él son los siguientes: al norte llegaba hasta el río Ancasmayu, que corre entre los confines de Quito y Pastu, quiere decir en la lengua general del Perú, río azul; está debajo de la línea equinocial, casi perpendicularmente. Al mediodía tenía por término al río llamado Maulli, que corre este oeste, pasado el reino de Chili, antes de llegar a los Araucos; el cual está más de cuarenta grados de la equinocial al sur. Entre estos dos ríos ponen pocas menos de mil y trescientas leguas de largo por tierra. Lo que llaman Perú tiene setecientas y cincuenta leguas de largo por tierra, desde el río Ancasmayu hasta los Chichas, que es la última provincia de los Charcas, norte sur; y lo que llaman reino de Chili contiene cerca de quinientas y cincuenta leguas, también norte sur, contando desde lo último de la provincia de los Chichas hasta el río Maulli. Al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves, que corre desde Santa Marta hasta el estrecho de Magallanes, que los indios llaman Ritisuyu, que es banda de nieve. Al poniente confina con la mar del Sur, que corre por toda su costa de largo a largo. Empieza el término del imperio por la

costa, desde el cabo de Pasau, por do pasa la línea equinocial, hasta el dicho río Maulli, que también entra en la mar del Sur. Del levante al poniente es angosto todo aquel reino. Por lo más ancho, que es atravesando desde la provincia Muyupampa, por los Chachapuyas, hasta la ciudad de Trujillo, que está a la costa de la mar, tiene ciento y veinte leguas de ancho, y por lo más angosto, que es desde el puerto de Arica a la provincia llamada Llaricosa, tiene setenta leguas de ancho. Estos son los cuatro términos de lo que señorearon los reyes Incas, cuya historia pretendemos escribir, mediante el favor divino (libro I, capítulo VIII).

3. ORIGEN DE LOS INCAS

Después de haber dado muchas trazas, y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano, era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tios, y a otros sus mayores, acerca de este origen y principio; porque todo lo que por otra parte se dice de él, viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan, que no por la de otros autores extraños. Es así que residiendo mi madre en el Cozco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientas que de las crueldades y tiranías de Atahualpa, como en su vida contaremos, escaparon; en las cuales visitas, siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad de ellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y

favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no trajesen a cuenta.

De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio, y acabada su república, etc. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas¹ en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: “Trocósenos el reinar en vasallaje, etc.”. En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas. Pasando, pues, días, meses y años, siendo ya yo de dieciséis o diecisiete años, acaeció que estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus reyes y antiguallas, al más anciano de ellos, que era el que daba cuenta de ellas, le dije: “Inca, tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas pasadas, ¿qué noticias tenéis del origen y principio de nuestros reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones sus comarcanas, como tienen historias divinas y humanas, saben por ellas cuándo empezaron a reinar sus reyes y los ajenos, y el trocarse unos imperios en otros, hasta saber cuántos mil años ha que Dios crió el cielo y la tierra, que todo esto y mucho más saben por sus libros. Empero vosotros que carecéis de ellos, ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas? ¿Quién fue el primero de nuestros Incas? ¿Cómo se llamó? ¿Qué origen tuvo su linaje? ¿De qué manera empezó a reinar? ¿Con qué gente y armas conquistó este grande imperio? ¿Qué origen tuvieron nuestras hazañas?”

El Inca, como que holgándose de haber oído las preguntas por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas, se volvió a mí,

¹ Palla: “Quiere decir *mujer de la sangre real*”, Inca, *Comentarios*, libro I, cap. xxvi.

que ya otras muchas veces le había oído, mas ninguna con la atención que entonces, y me dijo: “Sobrino, yo te las diré de muy buena gana; a ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón (es frase de ellos por decir en la memoria). Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves, eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir. Vivían de dos en dos, y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra; comían como bestias yerbas del campo y raíces de árboles, y la fruta inculta que ellos daban de suyo, y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles, y pieles de animales; otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas, y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas”.

Adviértase, porque no enfade, el repetir tantas veces estas palabras: *nuestro padre el sol*, que era lenguaje de los Incas, y manera de veneración y acatamiento decirlas siempre que nombraban al sol, porque se preciaban de descender de él: y al que no era Inca, no le era lícito tomarlas en la boca, que fuera blasfemia, y lo apedrearán. Dijo el Inca: “Nuestro padre el sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos, y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de nuestro padre el sol, para que lo adorasen y tuviesen por sus dios, y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad; para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra, como hombres racionales y no como bestias. Con esta orden y mandato puso nuestro padre el sol estos dos

hijos suyos en la laguna Titicaca, que está ochenta leguas de aquí, y les dijo que fuesen por do quisiesen, y, do quiera que parasen a comer o a dormir, procurasen hincar en el suelo una barrilla de oro, de media vara en largo y dos dedos en grueso, que les dio para señal y muestra que donde aquella barra se les hundiese con sólo un golpe que con ella diesen en tierra, allí quería el sol nuestro padre que parasen e hiciesen su asiento y corte. A lo último les dijo: “Cuando hayáis reducido esas gentes a nuestro servicio, los mantendréis en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre, haciendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados, a imitación y semejanza mía, que a todo el mundo hago bien, que les doy mi luz y claridad para que vean y hagan sus haciendas, y les caliento cuando han frío, y crío sus pastos y sementeras: hago fructificar sus árboles y multiplico sus ganados; lluevo y sereno a sus tiempos, y tengo cuidado de dar una vuelta cada día al mundo por ver las necesidades que en la tierra se ofrecen, para las proveer y socorrer, como sustentador y bienhechor de las gentes. Quiero que vosotros imitéis este ejemplo como hijos míos, enviados a la tierra sólo para la doctrina y beneficio de esos hombres, que viven como bestias. Y desde luego os constituyo por reyes y señores de todas las gentes que así doctrináredes con vuestras buenas razones, obras y gobierno”. Habiendo declarado su voluntad nuestro padre el sol a sus dos hijos, los despidió de sí. Ellos salieron de Titicaca, y caminaron al septentrión, y por todo el camino, do quiera que paraban, tentaban hincar la barra de oro y nunca se les hundió. Así entraron en una venta o dormitorio pequeño, que está siete o ocho leguas al mediodía de esta ciudad, que hoy llaman Pacarec Tampu, que quiere decir venta, o dormida, que amanece. Púsole este nombre el Inca, porque salió de aquella dormida al tiempo que amanecía. Es uno de los pueblos que este príncipe mandó poblar después, y sus moradores se jactan hoy grandemente del nombre, porque lo impuso nuestro Inca. De allí llegaron él y su

mujer, nuestra reina, a este valle del Cozco, que entonces todo él estaba hecho montaña brava (I, xv).

”La primera parada que en este valle hicieron, dijo el Inca, fue en el cerro llamado Huanacauri, al mediodía de esta ciudad. Allí procuró hincar en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer: “En este valle manda nuestro padre el sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada, para cumplir su voluntad. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer esta gente, para los doctrinar y hacer el bien que nuestro padre el sol nos manda”. Del cerro Huanacauri salieron nuestros primeros reyes cada uno por su parte a convocar las gentes, y por ser aquel lugar el primero de que tenemos noticia que hubiesen hollado con sus pies, y por haber salido de allí a bien hacer a los hombres, teníamos hecho en él, como es notorio, un templo para adorar a nuestro padre el sol, en memoria de esta merced y beneficio que hizo al mundo. El príncipe fue al septentrión, y la princesa al mediodía; a todos los hombres y mujeres que hallaban por aquellos breñales les hablaban y decían cómo su padre el sol les había enviado del cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra, sacándoles de la vida ferina que tenían, y mostrándoles a vivir como hombres; y que en cumplimiento de lo que el sol su padre les había mandado, iban a los convocar y sacar de aquellos montes y malezas, y reducirlos a morar en pueblos poblados, y a darles para comer manjares de hombres, y no de bestias. Estas cosas y otras semejantes dijeron nuestros reyes a los primeros salvajes que por estas sierras y montañas hallaron; los cuales, viendo aquellas dos personas vestidas y adornadas con los ornamentos que nuestro padre el sol les había dado, hábito muy diferente del que ellos traían, y las orejas horadadas, y tan abiertas como sus descendientes las traemos, y que en sus palabras y rostro mostraban ser hijos del

sol, y que venían a los hombres para darles pueblos en que viviesen, y mantenimientos que comiesen, maravillados por una parte de lo que veían, y por otra aficionados de las promesas que les hacían, les dieron entero crédito a todo lo que les dijeron, y los adoraron y reverenciaron como a hijos del sol, y obedecieron como a reyes; y convocándose los mismos salvajes unos a otros, y refiriendo las maravillas que habían visto y oído, se juntaron en gran número hombres y mujeres, y salieron con nuestros reyes para los seguir donde ellos quisiesen llevarlos.

"Nuestros príncipes, viendo la mucha gente que se les allegaba, dieron orden que unos se ocupasen en proveer de su comida campestre para todos, porque la hambre no los volviese a derramar por los montes; mandó que otros trabajasen en hacer chozas y casas, dando el Inca la traza como las habían de hacer. De esta manera se principió a poblar esta nuestra imperial ciudad dividida en dos medios que llamaron Hanan Cozco, que, como sabes, quiere decir Cozco el alto, y Hurin Cozco, que es Cozco el bajo. Los que atrajo el rey quiso que poblasen a Hanan Cozco, y por esto le llamaron el alto; y los que convocó la reina, que poblasen a Hurin Cozco, y por eso le llamaron el bajo. Esta división de ciudad no fue para que los de la una mitad se aventajasen a los de la otra mitad en exenciones y preeminencias, sino que todos fuesen iguales como hermanos, hijos de un padre y de una madre. Sólo quiso el Inca que hubiese esta división de pueblo y diferencia de nombre alto y bajo, para que quedase perpetua memoria de que a los unos había convocado el rey, y a los otros la reina; y mandó que entre ellos hubiese sola una diferencia y reconocimiento de superioridad: que los del Cozco alto fuesen respetados y tenidos como primogénitos hermanos mayores, y los del bajo fuesen como hijos segundos; y en suma, fuesen como el brazo derecho y el izquierdo en cualquiera preeminencia de lugar y oficio, por haber sido los del alto atraídos por el varón, y los del bajo por la hembra. A semejanza de esto hubo después esta misma divi-

sión en todos los pueblos grandes o chicos de nuestro imperio, que los dividieron por barrios o por linajes, diciendo Hanan ayllu y Hurin ayllu, que es el linaje alto y el bajo; Hanan suyu y Hurin suyu, que es el distrito alto y el bajo.

"Juntamente poblando la ciudad enseñaba nuestro Inca a los indios varones los oficios pertenecientes a varón, como romper y cultivar la tierra, y sembrar las mieses, semillas y legumbres que les mostró que eran de comer y provechosas; para lo cual les enseñó a hacer arados y los demás instrumentos necesarios, y les dio orden y manera cómo sacasen acequias de los arroyos que corren por este valle del Cozco, hasta enseñarles a hacer el calzado que traemos. Por otra parte, la reina industriaba a las indias en los oficios mujeriles, a hilar y tejer algodón y lana, y hacer de vestir para sí y para sus maridos e hijos; decíales cómo habían de hacer los demás oficios del servicio de casa. En suma, ninguna cosa de las que pertenecen a la vida humana dejaron nuestros príncipes de enseñar a sus primeros vasallos, haciéndose el Inca rey, maestro de los varones, y la Coya² reina, maestra de las mujeres (I, xvi).

"Los mismos indios nuevamente así reducidos, viéndose ya otros, y reconociendo los beneficios que habían recibido, con gran contento y regocijo entraban por las sierras, montes y breñales a buscar los indios, y les daban nuevas de aquellos hijos del sol, y les decían que para bien de todos ellos se habían aparecido en su tierra, y les contaban los muchos beneficios que les habían hecho; y para ser creídos les mostraban los nuevos vestidos, y las nuevas comidas que comían y vestían, y que vivían en casas y pueblos. Las cuales cosas oídas por los hombres silvestres, acudían en gran número a ver las maravillas que de nuestros primeros padres, reyes y señores se decían y publicaban; y habiéndose certificado de ellas por vista de ojos, se quedaban a los servir y obedecer; y de esta manera, llamándose

² Coya: "Quiere decir reina o emperatriz", *Comentarios*, libro I. Cap. XXVI.

unos a otros, y pasando la palabra de éstos a aquéllos, se juntó en pocos años mucha gente, tanta, que pasados los primeros seis o siete años el Inca tenía gente de guerra, armada e industriada para se defender de quien quisiese ofenderle; y aun para traer por fuerza los que no quisiesen venir de grado. Enseñóles a hacer armas ofensivas, como arcos y flechas, lanzas y porras, y otras que se usan ahora.

"Y para abreviar las hazañas de nuestro primer Inca, te digo que hacia el levante redujo hasta el río llamado Paucartampu, y al poniente conquistó ocho leguas, hasta el gran río llamado Apurimac, y al mediodía atrajo nueve leguas hasta Quequesana. En este distrito mandó poblar nuestro Inca más de cien pueblos, los mayores de a cien casas, y otros de a menos, según la capacidad de los sitios. Estos fueron los primeros principios que esta nuestra ciudad tuvo para haberse fundado y poblado como la ves. Estos mismos fueron los que tuvo este nuestro grande, rico y famoso imperio, que tu padre y sus compañeros nos quitaron. Estos fueron nuestros primeros Incas y reyes que vinieron en los primeros siglos del mundo, de los cuales descienden los demás reyes que hemos tenido, y de estos mismos descendemos todos nosotros. Cuántos años ha que el sol nuestro padre envió estos sus primeros hijos, no te lo sabré decir precisamente, que son tantos que no los ha podido guardar la memoria: tenemos que son más de cuatrocientos. Nuestro Inca se llamó Manco Capac, y nuestra Coya Mama Ocllo Huaco; fueron, como te he dicho, hermanos, hijos del sol y de la luna, nuestros padres. Creo que te he dado larga cuenta de lo que me la pediste, y por no hacerte llorar no he recitado esta historia con lágrimas de sangre derramadas por los ojos como las derramo en el corazón del dolor que siento de ver nuestros Incas acabados, y nuestro imperio perdido."

Esta larga relación del origen de sus reyes me dio aquel Inca, tío de mi madre, a quien yo se la pedí; la cual yo he procurado traducir fielmente de mi lengua materna, que es la del

Inca, en la ajena, que es la castellana, aunque no la he escrito con la majestad de palabras que el Inca habló, ni con toda la significación que las de aquel lenguaje tienen, que por ser tan significativo pudiera haberse extendido mucho más de lo que se ha hecho; antes la he acortado, quitando algunas cosas que pudieran hacerla odiosa: empero, bastará haber sacado el verdadero sentido de ellas, que es lo que conviene a nuestra historia. Otras cosas semejantes, aunque pocas, me dijo este Inca en las visitas y pláticas que en casa de mi madre se hacían, las cuales pondré adelante en sus lugares, citando el autor; y pésame de no haberle preguntado otras muchas para tener ahora la noticia de ellas, sacadas de tan buen archivo para escribirlas aquí (I, xvii).

4. EL MÉTODO HISTÓRICO

Ya que hemos puesto la primera piedra de nuestro edificio, aunque fabulosa, en el origen de los Incas, reyes del Perú, será razón pasemos adelante en la conquista y reducción de los indios, extendiendo algo más la relación sumaria que me dio aquel Inca, con la relación de otros muchos Incas e indios, naturales de los pueblos que este primer Inca Manco Capac mandó poblar y redujo a su imperio, con los cuales me crié y comuniqué hasta los veinte años. En este tiempo tuve noticia de todo lo que vamos escribiendo, porque en mis niñeces me contaban sus historias, como se cuentan las fábulas a los niños. Después, en edad más crecida, me dieron larga noticia de sus leyes y gobierno, cotejando el nuevo gobierno de los españoles con el de los Incas, dividiendo en particular los delitos y las penas y el rigor de ellas. Decíanme cómo procedían sus reyes en paz y en guerra, de qué manera trataban a sus vasallos, y cómo eran servidos de ellos. Demás de esto me contaban, como a propio hijo, toda su

idolatría, sus ritos, ceremonias y sacrificios; sus fiestas principales y no principales, y cómo las celebraban; decíanme sus abusos y supersticiones, sus agüeros malos y buenos, así los que miraban en sus sacrificios como fuera de ellos. En suma, digo, que me dieron noticia de todo lo que tuvieron en su república, que si entonces lo escribiera fuera más copiosa esta historia. Demás de habérmelo dicho los indios, alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría, sus fiestas y supersticiones, que aun en mis tiempos, hasta los doce o trece años de mi edad, no se habían acabado del todo. Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra, y como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré, diciendo que las vi. Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas dichas y sin lo que yo vi, he habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes, porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los condiscipulos de escuela y gramática encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres; porque cada provincia tiene sus cuentas y nudos con sus historias, anales y la tradición de ellas, y por esto retiene mejor lo que en ella pasó que lo que pasó en la ajena. Los condiscipulos, tomando de veras lo que les pedí, cada cual de ellos dio cuenta de mi intención a su madre y parientes; los cuales, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escribir los sucesos de ella, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron; y así tuve la noticia de los hechos y conquistas de cada Inca, que es la misma que los historiadores españoles tuvieron, sino que ésta será más larga, como lo advertiremos en muchas partes de ella. Y porque todos los hechos de este primer Inca son principios y fundamento de la historia que hemos de escribir, nos valdrá mucho decirlos aquí, a lo menos los más importantes, porque no los repitamos

adelante en las vidas y hechos de cada uno de los Incas sus descendientes; porque todos ellos generalmente, así los reyes como los no reyes, se precieron de imitar en todo y por todo la condición, obras y costumbres de este primer príncipe Manco Capac; y dichas sus cosas habremos dicho las de todos ellos. Iremos con atención de decir las hazañas más historiales, dejando otras muchas por impertinentes y prolijas; y aunque algunas cosas de las dichas, y otras que se dirán, parezcan fabulosas, me pareció no dejar de escribirlas por no quitar los fundamentos sobre que los indios se fundan para las cosas mayores y mejores que de su imperio cuentan; porque, en fin, de estos principios fabulosos procedieron las grandezas que en realidad de verdad posee hoy España, por lo cual se me permitirá decir lo que conviniera para la mejor noticia que se pueda dar de los principios, medios y fines de aquella monarquía, que yo protesto decir llanamente la relación que mamé en la leche, y la que después acá he habido, pedida a los propios míos, y prometo que la afición de ellos no sea parte para dejar de decir la verdad del hecho, sin quitar de lo malo ni añadir a lo bueno que tuvieron, que bien sé que la gentilidad es un mar de errores, y no escribiré novedades que no se hayan oído, sino las mismas cosas que los historiadores españoles han escrito de aquella tierra y de los reyes de ella, y alegraré las mismas palabras de ellos, donde conviniera, para que se vea que no finjo ficciones en favor de mis parientes, sino que digo lo mismo que los españoles dijeron; sólo serviré de comento, para declarar y ampliar muchas cosas que ellos asomaron a decir y las dejaron imperfectas por haberles faltado relación entera. Otras muchas se añadirán, que faltan de sus historias, y pasaron en hecho de verdad, y algunas se quitarán que sobran por falsa relación que tuvieron por no saberla pedir el español con distinción de tiempos y edades y división de provincias y naciones, o por no entender al indio que se la daba, o por no entenderse el uno al otro, por la dificultad del lenguaje, que el español que piensa que sabe más de él.

ignora de diez partes las nueve, por las muchas cosas que un mismo vocablo significa, y por las diferentes pronunciaciones que una misma dicción tiene para muy diferentes significaciones, como se verá adelante en algunos vocablos que será forzoso traerlos a cuenta.

Demás de esto, en todo lo que de esta república, antes destruida que conocida, dijere, será contando llanamente lo que en su antigüedad tuvo de su idolatría, ritos, sacrificios y ceremonias, en paz y en guerra, sin comparar cosa alguna de éstas a otras semejantes que en las historias divinas y humanas se hallan, ni al gobierno de nuestros tiempos, porque toda comparación es odiosa. El que las leyere podrá cotejarlas a su gusto, que muchas hallará semejantes a las antiguas, así de la santa escritura como de las profanas y fábulas de la gentilidad antigua; muchas leyes y costumbres verá que parecen a las de nuestro siglo, otras muchas oirá en todo contrarias: de mi parte he hecho lo que he podido, no habiendo podido lo que he deseado. Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas, ni la habilidad de un indio, nacido entre los indios y criado entre armas y caballos, no puedan llegar allá (I, xix).

5. ALGUNAS COSTUMBRES INDIAS

El Inca Manco Capac, y después sus descendientes a imitación suya, andaban trasquilados y no traían más de un dedo de cabello: trasquilábanse con navajas de pedernal, rozando el cabello hacia abajo, y lo dejaban del altor que se ha dicho. Usaban de las navajas de pedernal porque no hallaron la invención de las tijeras. Trasquilábanse con mucho trabajo, como cada uno puede imaginar, por lo cual, viendo después la facili-

dad y suavidad del cortar de las tijeras, dijo un Inca a un discípulo nuestro del leer y escribir: "Si los españoles, vuestros padres, no hubieran hecho más de traernos tijeras, espejos y peines, les hubiéramos dado cuanto oro y plata teníamos en nuestra tierra". Demás de andar trasquilados, traían las orejas horadadas, por donde comúnmente las horadan las mujeres para los zarcillos: empero hacían crecer el horado con artificio, como más largo en su lugar diremos, en extraña grandeza, increíble a quien no la hubiese visto, porque parece imposible que tan poca carne como la que hay debajo de la oreja, venga a crecer tanto, que sea capaz de recibir una orejera del tamaño y forma de una rodaja de cántaro, que semejantes a rodajas eran las orejeras que ponían en aquellos lazos que de sus orejas hacían, los cuales lazos si acertaban romperlos quedaban de una gran cuarta de vara de medir en largo, y de grueso como la mitad de un dedo. Y porque los indios las traían de la manera que hemos dicho, les llamaron orejones los españoles (I, xxii).

6. EL ORGULLO NOBILIARIO

De estos Incas, hechos por privilegio³, son los que ahora hay en el Perú, que se llaman Incas, y sus mujeres se llaman Pallas y Coyas, por gozar del barato que a ellos y a las otras naciones, en esto y en otras muchas cosas semejantes, les han hecho los españoles. Que de los Incas de la sangre real hay pocos, y por su pobreza y necesidad no conocidos, sino cual y cual, porque la tiranía y crueldad de Atahualpa los destruyó. Y los pocos que de ella escaparon, a lo menos los más principales

³ Según el uso de su época, el Inca distingue entre nobleza de sangre y nobleza de privilegio. Él, por su madre, pertenecía a la primera y más honrosa.

y notorios, acabaron en otras calamidades, como adelante diremos en sus lugares (I, xxiii).

7. LA FAMILIA REAL

Estos eran los nombres reales ⁴, los cuales yo alcancé y vi llamarse por ellos a los Incas y a las Pallas, porque mi mayor conversación en mis niñeces fue con ellos. No podían los *curacas* ⁵, por grandes señores que fuesen, ni sus mujeres ni hijos, tomar estos nombres, porque solamente pertenecían a los de la sangre real, descendientes de varón en varón; aunque don Alonso de Ercilla y Zúñiga, en la declaración que hace de los vocablos indianos que en sus galanos versos escribe, declarando el nombre *palla* dice que significa señora de muchos vasallos y haciendas; dícelo, porque cuando este caballero pasó allá, ya estos nombres Inca y Palla en muchas personas andaban impuestos impropriamente, porque los apellidos ilustres y heroicos son apetecidos de todas las gentes, por bárbaras y bajas que sean, y así, no habiendo quien lo estorbe, luego usurpan los mejores apellidos, como ha acaecido en mi tierra (I, xxvi).

8. ALGO DE IDOLATRÍA Y SUPERSTICIONES

Al relámpago, trueno y rayo tuvieron por criados del sol, como adelante veremos en el aposento que les tenían hecho en

⁴ Se refiere a los siguientes, que él recoge y explica: *Capa Inca*, "solo rey o solo emperador"; *Intip churin*: "hijo del sol"; *Auqui*, "es infante, como en España a los hijos segundos de los reyes"; *Coya*, "reina o emperatriz"; *Mamanchic*, "nuestra madre"; *Palla*, "mujer de la sangre real"; *Mamacuna*, "concubinas del rey que eran de las extranjeras, y no de su sangre"; *Ñusta*, "doncella de sangre real".

⁵ *Curaca*: "señor de vasallos", *Comentarios*, II, iii.

la casa del sol, en el Cozco, mas no los tuvieron por dioses como quiere alguno de los españoles historiadores; antes abominaron y abominan la casa, o cualquier otro lugar del campo donde acierta a caer algún rayo. La puerta de la casa cerraban a piedra y lodo para que jamás entrase nadie en ella, y el lugar del campo señalaban con mojones para que ninguno lo hollase. Tenían aquellos lugares por malhadados, desdichados y malditos: decían que el sol los había señalado por tales con su criado el rayo. Todo lo cual vi yo en Cozco, que en la casa real que fue del Inca Huayna Capac, en la parte que de ella cupo a Antonio Altamirano cuando repartieron aquella ciudad entre los conquistadores, en un cuarto de ella había caído un rayo en tiempo de Huayna Capac. Los indios le cerraron las puertas a piedra y lodo: tomáronlo por mal agüero para su rey; dijeron que se había de perder parte de su imperio, o acaecerle otra desgracia semejante, pues su padre el sol señalaba su casa por lugar desdichado. Yo alcancé el cuarto cerrado; después lo reedificaron los españoles, y dentro en tres años cayó otro rayo, y dio en el mismo cuarto y lo quemó todo (II, i).

9. LA CRUZ DE LOS INCAS

Tuvieron los reyes Incas en el Cozco una cruz de mármol fino de color blanco y encarnado que llaman jaspe cristalino; no saben decir desde qué tiempo la tenían. Yo la dejé el año de mil y quinientos y sesenta en la sacristía de la iglesia catedral de aquella ciudad, que la tenían colgada de un clavo, asida con un cordel que entraba por un agujero que tenía hecho en lo alto de la cabeza. Acuérdome que el cordel era un orillo de terciopelo negro; quizá en poder de los indios tenía alguna asa de plata o de oro, y quien la sacó de donde estaba la trocó

por la de seda. La cruz era cuadrada, tan ancha como larga: tendría de largo tres cuartas de vara, antes menos que más, y tres dedos de ancho, y casi otro tanto de grueso; era enteriza, toda de una pieza, muy bien labrada, con sus esquinas muy bien sacadas, toda pareja, labrada de cuadrado; la piedra muy bruñida y lustrosa. Teníanla en una de sus casas reales, en un apartado de los que llaman *huaca*, que es lugar sagrado. No adoraban en ella, más de que la tenían en veneración: debía de ser por su hermosa figura, o por algún otro respeto que no saben decir. Así la tuvieron hasta que el marqués don Francisco Pizarro entró en el valle de Tumpiz, y por lo que allí le sucedió a Pedro de Candía la adoraron y tuvieron en mayor veneración, como en su lugar diremos.

Los españoles, cuando ganaron aquella imperial ciudad e hicieron templo a nuestro sumo Dios, la pusieron en el lugar que he dicho, no con más ornato del que se ha referido, que fuera muy justo la pusieran en el altar mayor muy adornada de oro y piedras preciosas, pues hallaron tanto de todo, y aficionaran a los indios a nuestra santa religión con sus propias cosas, comparándolas con las nuestras, como fue esta cruz, y otras que tuvieron en sus leyes y ordenanzas muy allegadas a la ley natural, que se pudieran cotejar con los mandamientos de nuestra santa ley, y con las obras de misericordia, que las hubo en aquella gentilidad muy semejantes, como adelante veremos. Y porque es a propósito de la cruz, decimos que, como es notorio, por acá se usa jurar a Dios y a la cruz para afirmar lo que dicen, así en juicio como fuera de él, y muchos lo hacen sin necesidad de jurar, sino del mal hábito hecho, decimos para confusión de los que así lo hacen, que los Incas y todas las naciones de su imperio no supieron jamás qué cosa era jurar (II, iii).

10. LOS JURAMENTOS INDIOS

Después que los españoles ganaron aquel imperio sucedió un caso grave de muertes en una provincia de los quechuas. El corregidor del Cozco envió allá un juez que hiciese la averiguación. El cual para tomar el dicho a un *curaca*, que es señor de vasallos, le puso delante la cruz de su vara, y le dijo que jurase a Dios y a la cruz de decir verdad. Dijo el indio: “Aún no me han bautizado para jurar como juran los cristianos”. Replicó el juez diciendo que jurase por sus dioses el sol y la luna, y sus Incas. Respondió el *curaca*: “Nosotros no tomamos esos nombres sino para adorarlos, y así no me es lícito jurar por ellos”. Dijo el juez: “¿Qué satisfacción tendremos de la verdad de tu dicho, si no nos das alguna prenda?” “Bastará mi promesa —dijo el indio—, y entender yo que hablo personalmente delante de tu rey, pues vienes a hacer justicia en su nombre, que así lo hacíamos con nuestros Incas. Mas por acudir a la satisfacción que pides juraré por la tierra, diciendo que se abra y me trague vivo como estoy, si yo mintiere”. El juez tomó el juramento viendo que no podía más, y le hizo las preguntas que convenían acerca de los matadores, para averiguar quiénes eran. El *curaca* fue respondiendo, y cuando vio que no le preguntaba nada acerca de los muertos, que habían sido agresores de la pendencia, dijo que le dejase decir todo lo que sabía de aquel caso, porque diciendo una parte y callando otra entendía que mentía, y que no había dicho entera verdad como lo había prometido. Y aunque el juez le dijo que bastaba que respondiese a lo que le preguntaban, dijo que no quedaba satisfecho ni cumplía su promesa si no decía por entero lo que los unos y los otros hicieron. El juez hizo su averiguación como mejor pudo y se volvió al Cozco, donde causó admiración el coloquio que contó haber tenido con el *curaca* (II, iii).

II. ETIMOLOGÍA Y EXPERIENCIA

Declarando el nombre *apachitas* que los españoles dan a las cumbres de las cuestras muy altas y las hacen dioses de los indios, es de saber que ha de decir *apachecta*: es dativo, y el genitivo es *apachecpa*; de este participio de presente *apachec*, que es el nominativo, y con la sílaba *ta* se hace dativo; quiere decir *al que hace llevar*, sin decir quién es, ni declarar qué es lo que hace llevar; pero conforme al frasis de la lengua, como atrás hemos dicho y adelante diremos, de la mucha significación que los indios encierran en una sola palabra, quiere decir *demos gracias y ofrezcamos algo al que hace llevar estas cargas, dándonos fuerzas y vigor para subir por cuestras tan ásperas como ésta*; y nunca lo decían sino cuando estaban ya en lo alto de la cuestra, y por esto dicen los historiadores españoles que llamaban *apachitas* a las cumbres de las cuestras, entendiendo que hablaban con ellas, porque allí les oían decir esta palabra *apachecta*; y como no entienden lo que quiere decir, dánsele por nombre a las cuestras. Entendían los indios con lumbré natural que se debían dar gracias y hacer alguna ofrenda al Pachacamac, dios no conocido, que ellos adoraban mentalmente, por haberles ayudado en aquel trabajo; y así, luego que habían subido la cuestra se descargaban, y alzando los ojos al cielo y bajándolos al suelo, y haciendo las mismas ostentaciones de adoración que atrás dijimos para nombrar al Pachacamac, repetían dos, tres veces el dativo *apachecta*, y en ofrenda se tiraban de las cejas, y que arrancasen algún pelo o no, lo soplaban hacia el cielo y echaban la yerba llamada *cuca*, que llevaban en la boca, que ellos tanto precian, como diciendo que le ofrecían lo máspreciado que llevaban; y a más no poder, ni tener otra cosa mejor, ofrecían algún palillo o algunas pajuelas, si las hallaban por allí cerca, y

no hallándolas, ofrecían un guijarro; donde no lo había, echaban un puñado de tierra; y de estas ofrendas había grandes montones en las cumbres de las cuestras. No miraban al sol cuando hacían aquellas ceremonias, porque no era la adoración a él, sino al Pachacamac; y las ofrendas más eran señales de sus afectos que no ofrendas, porque bien entendían que cosas tan viles no eran para ofrecer. De todo lo cual soy testigo, que lo vi caminando con ellos muchas veces; y más digo, que no lo hacían los indios que iban descargados, sino los que llevaban carga. Ahora en estos tiempos, por la misericordia de Dios, en lo alto de aquellas cuestras tienen puestas cruces, que adoran en hacimiento de gracias de habérseles comunicado Cristo Nuestro Señor (II, iv).

12. FONÉTICA ANECDÓTICA

Esta misma dicción *huaca*, pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta, se hace verbo, quiere decir *llorar*⁶, por lo cual dos historiadores españoles que no supieron esta diferencia, dijeron: "Los indios entran llorando y guayando en sus templos a sus sacrificios, que *huaca* eso quiere decir", habiendo tanta diferencia de este significado *llorar* a los otros, y siendo el uno verbo y el otro nombre; verdad es que la diferente significación consiste solamente en la diferente pronunciación sin mudar letra ni acento, que la última sílaba de la una dicción se pronuncia en lo alto del paladar y la de la otra en lo interior de la garganta. De la cual pronunciación y de to-

⁶ Otros significados de la palabra *huaca* se explican en II, iv: "ídolo", "las cosas que habían ofrecido al sol", "cualquier templo grande o chico", "las cosas muy feas y monstruosas", "las cosas que salen de su curso natural, como a la mujer que pare dos de un vientre", "cordero mellizo", "huevo de dos yemas", "la cordillera de los Andes".

das las demás que aquel lenguaje tiene, no hacen caso alguno los españoles por curiosos que sean, con importarles tanto el saberlas, porque no las tiene el lenguaje español. Veráse el descuido de ellos por lo que me pasó con un religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de la lengua general de aquel imperio. El cual, por saber que yo era natural de aquella tierra, me comunicó y yo le visité muchas veces en San Pablo de Córdoba. Acaeció que un día, hablando de aquel lenguaje y de las muchas y diferentes significaciones que unos mismos vocablos tienen, di por ejemplo este nombre *pacha*, que pronunciado llanamente, como suenan las letras españolas, quiere decir mundo universo y también significa el cielo, y la tierra, y el infierno, y cualquiera suelo; dijo entonces el fraile: “Pues también significa ropa de vestir, y el ajuar y muebles de casa”. Yo dije: “Es verdad, pero dígame V. P. ¿qué diferencia hay en la pronunciación que signifique eso?” Díjome: “No la sé”. Respondíle: “¿Habiendo sido maestro en la lengua, ignora esto? Pues sepa que para que signifique ajuar o ropa de vestir, han de pronunciar la primera sílaba apretando los labios y rompiéndolos con el aire de la voz, de manera que suene el romperlos”; y le mostré la pronunciación de este nombre y otros, *viva voce*, que de otra manera no se puede enseñar. De lo cual el catedrático y los demás religiosos que se hallaron a la plática se admiraron mucho. En lo que se ha dicho, se ve largamente cuánto ignoran los españoles los secretos de aquella lengua, pues este religioso, con haber sido maestro de ella, no los sabía: por do vienen a escribir muchos yerros, interpretándola mal, como decir que los Incas y sus vasallos adoraban por dioses todas aquellas cosas que llaman *huaca*, no sabiendo las diversas significaciones que tiene (II, v).

13. DE RELIGIÓN

Tuvieron asimismo los Incas la resurrección universal, no para gloria ni pena, sino para la misma vida temporal, que no levantaron el entendimiento a más que esta vida presente. Tenían grandísimo cuidado de poner en cobro los cabellos y uñas que se cortaban y trasquilaban o arrancaban con el peine: poníanlos en los agujeros o resquicios de las paredes, y si por tiempo se caían, cualquiera otro indio que los veía los alzaba y ponía a recaudo. Muchas veces, por ver lo que decían, pregunté a diversos indios y en diversos tiempos para qué hacían aquello, y todos me respondían unas mismas palabras, diciendo: “Sábetese que todos los que hemos nacido hemos de volver a vivir en el mundo (no tuvieron verbo para decir resucitar), y las ánimas se han de levantar de las sepulturas con todo lo que fue de sus cuerpos, y porque las nuestras no se detengan buscando sus cabellos y uñas, que ha de haber aquel día gran bullicio y mucha prisa, se las ponemos aquí juntas para que se levanten más aína: y aun si fuera posible habíamos de escupir siempre en un lugar”. Francisco López de Gómara, capítulo CXXV, hablando de los entierros que a los reyes y a los grandes señores hacían en el Perú, dice estas palabras, que son sacadas a la letra: “Cuando españoles abrían estas sepulturas y esparcían los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resucitar. También creen la resurrección de los cuerpos y la inmortalidad de las almas”. Pruébese claro lo que vamos diciendo, pues este autor, con escribir en España sin haber ido a Indias, alcanzó la misma relación. El contador Agustín de Zárate, libro primero, capítulo XII, dice en esto casi las mismas palabras de Gómara, y Pedro de Cieza, capítulo LXXII, dice “que aquellos indios tuvieron la inmortalidad del ánima y la

resurrección de los cuerpos". Estas autoridades, y la de Gómara, hallé leyendo estos autores después de haber escrito yo lo que en este particular tuvieron mis parientes en su gentilidad: holgué muy mucho con ellas, porque cosa tan ajena de gentiles como la resurrección parecía invención mía, no habiéndola escrito algún español. Y certifico que las hallé después de haberlo yo escrito, porque se crea que en ninguna de estas cosas sigo a los españoles, sino que cuando los hallo huelgo de alegarlos, en confirmación de lo que oí a los míos de su antigua tradición. Lo mismo me acaeció en la ley que había contra los sacrílegos y adúlteros con las mujeres del Inca o del sol, que adelante veremos, que después de haberla yo escrito, la hallé acaso leyendo la historia del contador general Agustín de Zárate, con que recibí mucho contento, por alegar a un caso tan grave un historiador español. Cómo o por cuál tradición tuviesen los Incas la resurrección de los cuerpos siendo artículo de fe, no lo sé, ni es de un soldado como yo inquirirlo, ni creo que se pueda averiguar con certidumbre, hasta que el Sumo Dios sea servido manifestarlo. Sólo puedo afirmar con verdad que lo tenían.

Todo este cuento escribí en nuestra historia de la Florida, sacándola de su lugar por obedecer a los VV. PP. MM. de la santa Compañía de Jesús, Miguel Vázquez de Padilla, natural de Sevilla, y Gerónimo de Prado, natural de Úbeda, que me lo mandaron así, y de allí lo quité, aunque tarde, por ciertas causas tiránicas; ahora lo vuelvo a poner en su puesto, porque no falte del edificio piedra tan principal; y así iremos poniendo otras como se fueran ofreciendo, que no es posible contar de una vez las niñerías o burlerías que aquellos indios tuvieron, que una de ellas fue tener que el alma salía del cuerpo mientras él dormía, y que lo que veía por el mundo eran las cosas que decimos haber soñado. Por esta vana creencia miraban tanto en los sueños y los interpretaban, diciendo que eran agüeros y pronósticos, para conforme a ellos temer mucho mal o esperar mucho bien (II, vii).

14. SACRIFICIOS

Los sacrificios que los Incas ofrecieron al sol fueron de muchas y diversas cosas, como animales domésticos grandes y chicos. El sacrificio principal, y el más estimado, era el de los corderos, y luego el de los carneros, luego el de las ovejas machorras. Sacrificaban conejos caseros y todas las aves que eran de comer, y sebo a solas, y todas las mieses y legumbres, hasta la hierba *cuca*, y ropa de vestir de la muy fina. Todo lo cual quemaban en lugar de incienso, y lo ofrecían en hacimiento de gracias de que lo hubiese criado el sol para sustento de los hombres. También ofrecían en sacrificio mucho brevaje de lo que bebían, hecho de agua y maíz, y en las comidas ordinarias (cuando les traían de beber después que habían comido, que mientras comían nunca bebían), a los primeros vasos mojaban la punta del dedo de en medio, y mirando al cielo con acatamiento despedían del dedo, como quien da papiroles, la gota del brevaje que en él se les había pegado, ofreciéndola al sol en hacimiento de gracias porque les daba de beber, que como hemos dicho, era entre aquellos indios señal de adoración. Hecha esta ofrenda en los primeros vasos, bebían lo que se les antojaba sin más ceremonias. Esta última ceremonia o idolatría yo la vi hacer a los indios no bautizados, que en mi tiempo aún había muchos viejos sin bautizar, y a necesidad yo bauticé algunos (II, viii).

15. ASTRONOMÍA

Mas con toda su rusticidad alcanzaron los Incas que el movimiento del sol se acababa en un año, al cual llamaron *huata*.

Es nombre, y quiere decir año, y la misma dicción sin mudar pronunciación ni acento, en otra significación, es verbo, y significa *atar*. La gente común contaba los años por las cosechas. Alcanzaron también los solsticios del verano y del invierno, los cuales dejaron escritos con señales grandes y notorias, que fueron ocho torres que labraron al oriente, y otras ocho al poniente de la ciudad del Cozco, puestas de cuatro en cuatro, dos pequeñas de a tres estados, poco más o menos, de alto, en medio de otras dos grandes. Las pequeñas estaban dieciocho o veinte pies la una de la otra; a los lados, otro tanto espacio, estaban las otras dos torres grandes, que eran mucho mayores que las que en España servían de atalayas, y estas grandes servían de guardar y dar viso para que descubriesen mejor las torres pequeñas el espacio que entre las pequeñas había; por donde el sol pasaba al salir y al ponerse, era el punto de los solsticios. Las unas torres del oriente correspondían a las otras del poniente del solsticio vernal o hiemal.

Para verificar el solsticio, se ponía un Inca en cierto puesto al salir del sol y al ponerse, y miraba a ver si salía y se ponía por entre las dos torres pequeñas que estaban al oriente y al poniente. Y con este trabajo se certificaban en la astrología de sus solsticios. Pedro de Cieza, capítulo XCII, hace mención de estas torres. El P. Acosta también trata de ellas, libro sexto, capítulo III, aunque no les dan su punto. Escribiéronlos con letras tan groseras porque no supieron fijarlos con los días de los meses en que son los solsticios, porque contaron los meses por lunas, como luego diremos, y no por días; y aunque dieron a cada año doce lunas, como el año solar exceda al año lunar común en once días, no sabiendo ajustar el un año con el otro, tenían cuenta con el movimiento del sol por los solsticios para ajustar el año y contarlo, y no con las lunas; y de esta manera dividían el un año del otro, rigiéndose para sus sembrados por el año solar, y no por el lunar; y aunque haya quien diga que ajustaban el año solar con el año lunar, le engañaron en la rela-

ción, porque si supieran ajustarlos, fijaran los solsticios en los días de los meses que son, y no tuvieran necesidad de hacer torres por mojoneras para mirarlos y ajustarlos por ellas con tanto trabajo y cuidado, como cada día tenían, mirando el salir del sol y el ponerse por derecho de las torres. Las cuales dejé en pie el año de 1560, y si después acá no las han derribado, se podría verificar por ellas el lugar de donde miraban los Incas los solsticios, a ver si era de una torre que estaba en la casa del sol, o de otro lugar, que yo no lo pongo por no estar certificado de él (II, xxii).

16. FÁBULAS DE LA LUNA

Al eclipse de la luna, viéndola ir negreciendo, decían que enfermaba la luna, y que si acababa de escurecerse, había de morir y caerse del cielo, y cogerlos a todos debajo y matarlos, y que se había de acabar el mundo. Por este miedo, en empezando a eclipsarse la luna, tocaban trompetas, cornetas, caracoles, atabales y atambores, y cuantos instrumentos podían haber que hiciesen ruido; ataban los perros grandes y chicos, dábanles muchos palos para que ahullasen y llamasen la luna, que, por cierta fábula que ellos contaban, decían que la luna era aficionada a los perros por cierto servicio que le habían hecho, y que oyéndolos llorar habría lástima de ellos, y recordaría del sueño que la enfermedad le causaba.

Para las manchas de la luna, decían otra fábula más simple que la de los perros, que aun aquella se podía añadir a las que la gentilidad antigua inventó y compuso a Diana, haciéndola cazadora, mas la que se sigue es bestialísima. Dicen que una zorra se enamoró de la luna, viéndola tan hermosa, y que por hurtarla subió al cielo, y cuando quiso echar mano de ella la

luna se abrazó con la zorra y la pegó a sí, y que de esto se le hicieron las manchas. Por esta fábula tan simple y tan desordenada se podrá ver la simplicidad de aquella gente. Mandaban a los muchachos y niños que llorasen y diesen grandes voces y gritos, llamándola *Mama Quilla*, que es madre luna, rogándole que no se muriese, porque no pudiesen todos. Los hombres y las mujeres hacían lo mismo. Había un ruido y una confusión tan grande que no se puede encarecer.

Conforme al eclipse grande o pequeño juzgaban que había sido la enfermedad de la luna. Pero si llegaba a ser total ya no había que juzgar sino que estaba muerta, y por momentos temían el caer la luna y el perecer de ellos. Entonces era más de veras el llorar y plañir, como gente que veía al ojo la muerte de todos y acabarse el mundo. Cuando veían que la luna iba poco a poco volviendo a cobrar su luz, decían que convalecía de su enfermedad, porque el *Pachacamac*, que era el sustento del universo, le había dado salud, y mandándole que no muriese porque no pudiese el mundo; y cuando acababa de estar del todo clara, le daban la norabuena de su salud, y muchas gracias porque no se había caído. Todo esto de la luna vi por mis ojos (II, xxiii).

17. MEDICINA

Purgábanse de ordinario cuando se sentían apesgados y cargados, y era en salud más que no en enfermedad; tomaban, sin otras yerbas que tienen para purgarse, unas raíces blancas, que son como nabos pequeños. Dicen que de aquellas raíces hay macho y hembra; toman tanto de una como de otra, en cantidad de dos onzas, poco más o menos, y molida la dan en agua o en el brebaje que ellos beben, y habiéndola tomado se echan

al sol, para que su calor ayude a obrar. Pasada una hora o poco más se sienten tan descoyuntados que no se pueden tener. Se-
mejan a los que se marean cuando nuevamente entran en la
mar: la cabeza siente grandes vahidos y desvanecimientos;
parece que por los brazos y piernas, venas y nervios, y por todas
las coyunturas del cuerpo andan hormigas; la evacuación casi
siempre es por ambas vías de vómitos y cámaras. Mientras ella
dura está el paciente totalmente descoyuntado y mareado, de
manera que quien no tuviese experiencia de los efectos de
aquella raíz, entenderá que se muere el purgado. No gusta de
comer ni de beber, echa de sí cuantos humores tiene, a vueltas
salen lombrices y gusanos, y cuantas sabandijas allá dentro se
crían. Acabada la obra queda con tan buen aliento y tanta gana
de comer que se comerá cuanto le dieren. A mí me purgaron
dos veces por un dolor de estómago que en diversos tiempos
tuve, y experimenté todo lo que he dicho.

Estas purgas y sangrías mandaban hacer los más experimen-
tados en ellas, particularmente viejas, como acá las parteras, y
grandes herbolarios, que los hubo muy famosos en tiempos de
los Incas, que conocían la virtud de muchas yerbas, y por tra-
dición las enseñaban a sus hijos, y éstos eran tenidos por mé-
dicos, no para curar a todos, sino a los reyes y a los de su sangre,
y a los *curacas* y a sus parientes. La gente común se curaban
unos a otros por lo que habían oído de medicamentos. A los
niños de teta, cuando los sentían con alguna indisposición, par-
ticularmente si el mal era de calentura, los lavaban con orines
por las mañanas para envolverlos, y cuando podían haber de los
orines del niño le daban a beber algún trago. Cuando al nacer
de los niños les cortaban el ombligo, dejaban la tripilla larga
como un dedo, la cual, después que se le caía, guardaban con
grandísimo cuidado, y se la daban a chupar al niño en cual-
quiera indisposición que le sentían; y para certificarse de la in-
disposición le miraban la pala de la lengua, y si la veían des-
blanquecida decían que estaba enfermo, y entonces le daban la

tripilla para que la chupase. Había de ser la propia, porque la ajena decían que no le aprovechaba.

Los secretos naturales de estas cosas ni me las dijeron ni yo las pregunté, más de que las vi hacer. No supieron tomar el pulso, y menos mirar la orina; la calentura conocían por el demasiado calor del cuerpo; sus purgas y sangría más eran en pie que después de caídos. Cuando se habían rendido a la enfermedad no hacían medicamento alguno; dejaban obrar la naturaleza y guardaban su dieta. No alcanzaron el uso común de la medicina que llaman purgadera, que es cristel, ni supieron aplicar emplastos ni unciones, sino muy pocas, y de cosas muy comunes. La gente común y pobre se había en sus enfermedades poco menos que bestias. Al frío de la terciana o cuartana llaman *chucchu*, que es temblar; a la calentura llaman *rupa* (r sencilla), que es quemarse; temían mucho estas tales enfermedades por los extremos, ya de frío, ya de calor (II, xxiv).

18. YERBAS MEDICINALES

Alcanzaron la virtud de la leche y resina de un árbol que llaman *mulli*, y los españoles *molle*; es cosa de grande admiración el efecto que hace en las heridas frescas, que parece obra sobrenatural. La yerba o mata que llaman *chilca*, calentada en una cazuela de barro, hace maravillosos efectos en las coyunturas donde ha entrado frío, y en los caballos desortijados de pie o mano. Una raíz, como raíz de grama, aunque mucho más gruesa, y los ñudos más menudos y espesos, que no me acuerdo cómo la llamaban, servía para fortificar y encarnar los dientes y muelas. Asábanla al rescoldo, y cuando estaba asada, muy bien caliente, la partían a la larga con los dientes, y así hirviendo ponían la una mitad en la una encía y la otra mitad en la otra,

y allí la dejaban estar hasta que se enfriase, y de esta manera andaban por todas las encías con gran pena del paciente, porque se le asaba la boca. El mismo paciente se pone la raíz y hace todo el medicamento: hácenlo a prima noche, otro día amanecen las encías blancas como carne escaldada, y por dos o tres días no pueden comer cosa que se haya de mascar, sino manjares de cuchara. Al cabo de ellos se les cae la carne quemada de las encías, y se descubre otra debajo muy colorada y muy linda. De esta manera les vi muchas veces renovar sus encías, y yo, sin necesidad, lo probé a hacer, mas por no poder sufrir el quemarme con el calor y fuego de las raíces lo dejé.

De la yerba o planta que los españoles llaman tabaco y los indios *sayri*, usaron mucho para muchas cosas; tomaban los polvos por las narices para descargar la cabeza. De las virtudes de esta planta han experimentado muchas en España, y así le llaman por renombre la yerba santa. Otra yerba alcanzaron admirabilísima para los ojos, llámanla *matecllu*; nace en arroyos pequeños, es de un pie, y sobre cada pie tiene una hoja redonda y no más. Es como la que en España llaman *oreja de abad*, que nace de invierno en los tejados; los indios la comen cruda, y es de buen gusto, la cual mascada, y el zumo echado a prima noche en los ojos enfermos, y la misma yerba mascada, puesta como emplasto sobre los párpados de los ojos y encima una venda, porque no se caiga la yerba, gasta en una noche cualquiera nube que los ojos tengan, y mitiga cualquier dolor o accidente que sientan.

Yo se la puse a un muchacho que tenía un ojo por saltarle del casco; estaba inflamado como un pimiento, sin divisarse lo blanco ni prieto del ojo, sino hecho una carne, y lo tenía ya medio caído sobre el carrillo, y la primera noche que le puse la yerba se restituyó el ojo a su lugar, y la segunda quedó del todo sano y bueno. Después acá he visto el mozo en España, y me ha dicho que ve más de aquel ojo que tuvo enfermo que del otro. A mí me dio noticia de ella un español que me juró se

había visto totalmente ciego de nubes, y que en dos noches cobró la vista mediante la virtud de la yerba. Donde quiera que la veía la abrazaba y besaba con grandísimo afecto, y la ponía sobre los ojos y sobre la cabeza en hacimiento de gracias del beneficio que mediante ella le había hecho Nuestro Señor en restituírle la vista. De otras muchas yerbas usaban los indios mis parientes, de las cuales no me acuerdo (II, xxv).

19. GEOMETRÍA Y GEOGRAFÍA

De la geometría supieron mucho, porque les fue necesario para medir sus tierras, para las ajustar y partir entre ellos; mas esto fue materialmente, no por altura de grados ni por otra cuenta especulativa, sino por sus cordeles y piedrecitas, por las cuales hacen sus cuentas y particiones, que por no atreverme a darme a entender, dejaré de decir lo que supe de ellas. De la geografía supieron bien, para pintar y hacer cada nación el modelo y dibujo de sus pueblos y provincias, que era lo que habían visto; no se metían en las ajenas, era extremo lo que en este particular hacían. Yo vi el modelo del Cozco y parte de su comarca, con sus cuatro caminos principales, hechos de barro y piedrezuelas y palillos, trazado por su cuenta y medida, con sus plazas chicas y grandes, con todas sus calles anchas y angostas, con sus barrios y casas, hasta las muy olvidadas, con los tres arroyos que por ella corren, que era admiración mirarlo.

Lo mismo era ver el campo con sus cerros altos y bajos, llanos y quebradas, ríos y arroyos con sus vueltas y revueltas, que el mejor cosmógrafo del mundo no lo pudiera poner mejor. Hicieron este modelo para que lo viera un visitador, que se llamaba Damián de la Vandera, que traía comisión de la chancillería de los Reyes para saber cuántos pueblos y cuántos indios

había en el distrito del Cozco; otros visitantes fueron a otras partes del reino a lo mismo. El modelo que digo que vi se hizo en *Muyna*, que los españoles llaman *Mohina*, cinco leguas al sur de la ciudad del Cozco: yo me hallé allí porque en aquella visita se visitaron parte de los pueblos e indios del repartimiento de Garcilaso de la Vega, mi señor (II, xxvi).

20. MÚSICA Y CANTO

De música alcanzaron algunas consonancias, las cuales tañían los indios *collas*, o de su distrito, en unos instrumentos hechos de cañutos de cañas, cuatro o cinco cañutos atados a la par; cada cañuto tenía un punto más alto que el otro, a manera de órganos. Estos cañutos atados eran cuatro, diferentes unos de otros. Uno de ellos andaba en puntos bajos, y otro en más altos, y otro en más y más; como las cuatro voces naturales, tiple, tenor, contraalto y contrabajo. Cuando un indio tocaba un cañuto, respondía el otro en consonancia de quinta, o de otra cualquiera, y luego el otro en otra consonancia, y el otro en otra, unas veces subiendo a los puntos altos, y otras bajando a los bajos, siempre en compás. No supieron echar glosa con puntos disminuidos, todos eran enteros de un compás. Los tañedores eran indios enseñados para dar música al rey y a los señores de vasallos, que con ser tan rústica la música no era común, sino que la aprendían y alcanzaban con su trabajo. Tuvieron flautas de cuatro o cinco puntos como las de los pastores; no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron concertar, por ellas tañían sus cantares compuestos en verso medido, los cuales, por la mayor parte, eran de pasiones amorosas, ya de placer, ya de pesar, de favores o desfavores de la dama.

Cada canción tenía su tonada conocida por sí, y no podían decir dos canciones diferentes por una tonada, y esto era porque el galán enamorado, dando música de noche con su flauta por la tonada que tenía, decía a la dama y a todo el mundo el contento o descontento de su ánimo, conforme al favor o desfavor que se le hacía, y si se dijeran dos cantares diferentes por una tonada no se supiera cuál de ellos era el que quería decir el galán. De manera que se puede decir que hablaba por la flauta. Un español topó una noche, a deshora, en el Cozco, una india que él conocía, y queriendo volverla a su posada, le dijo la india: “Señor, déjame ir donde voy, sábeta que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá; déjame por tu vida, que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido”.

Las canciones que componían de sus guerras y hazañas no las tañían porque no se habían de cantar a las damas, ni dar cuenta de ellas por sus flautas; cantábanlas en sus fiestas principales y en sus victorias y triunfos, en memoria de sus hechos hazañosos. Cuando yo salí del Perú, que fue el año 1560, dejé en el Cozco cinco indios que tañían flautas diestrísimamente por cualquiera libro de canto de órgano que les pusiesen delante; eran de Juan Rodríguez de Villalobos, vecino que fue de aquella ciudad. En estos tiempos, que es ya el año de mil y seiscientos y dos, me dicen que hay tantos indios tan diestros en música para tañer instrumentos, que dondequiera se hallan muchos. De las voces no usaban los indios en mis tiempos porque no las tenían tan buenas; debía de ser la causa que no sabiendo cantar no las ejercitaban, y por el contrario había muchos mestizos de muy buenas voces (II, xxvi).

21. LA POESÍA

Otras muchas maneras de versos alcanzaron los Incas poetas, a los cuales llamaban *harauec*, que en propia significación quiere decir inventor. En los papeles del P. Blas Valera⁷ hallé otros versos que él llama *espondaicos*, todos son de a cuatro sílabas, a diferencia de estotros que son de a cuatro y a tres. Escríbelos en indio y en latín, son en materia de astrología; los Incas los compusieron filosofando las causas segundas que Dios puso en la región del aire para los truenos, relámpagos y rayos, y para el granizar, nevar y llover, todo lo cual dan a entender en los versos, como se verá. Hiciéronlos conforme a una fábula que tuvieron, que es la que se sigue: Dicen que el Hacedor puso en el cielo una doncella, hija de un rey, que tiene un cántaro lleno de agua para derramarla cuando la tierra la ha menester, y que un hermano de ella la quiebra a sus tiempos, y que del golpe se causan los truenos, relámpagos y rayos. Dicen que el hombre los causa porque son hechos de hombres feroces, y no de mujeres tiernas. Dicen que el granizar, llover y nevar lo hace la doncella, porque son hechos de más suavidad y blandura, y de tanto provecho. Dicen que un Inca poeta y astrólogo hizo y dijo los versos loando las excelencias y virtudes de la dama, y que Dios se las había dado para que con ellas hiciese bien a las criaturas de la tierra. La fábula y los versos dice el P. Blas Valera que halló en los ñudos y cuentas de unos anales antiguos que estaban en hilos de diversos colores, y que la tradición de los versos y de la fábula se la dijeron los indios contadores que tenían cargo de los ñudos y cuentas historiales, y que admirado de que los *amautas*⁸ hubiesen alcanzado tanto,

⁷ Jesuita peruano, y mestizo como el Inca, cuyos papeles manuscritos usufructuó nuestro autor.

⁸ *Amautas*: "eran los filósofos", *Comentarios*, II, ii.

escribió los versos. Yo me acuerdo haber oído esta fábula en mis niñeces, con otras muchas que me contaban mis parientes, pero como niño y muchacho no les pedí la significación, ni ellos me la dieron. Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche, que no a la ajena latina, porque lo poco que de ella sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras. El P. Blas Valera imitó en su latín las cuatro sílabas del lenguaje indio en cada verso; yo salí de ella porque en castellano no se pueden guardar, que habiendo de declarar por entero la significación de las palabras indias, en unas son menester más sílabas y en otras menos. *Ñusta* quiere decir doncella de sangre real, y no se interpreta con menos, que para decir doncellas de las comunes dicen *tazque*; *china* llaman a la doncella muchacha de servicio. *Illapantac* es verbo, incluye en su significación la de tres verbos, que son: tronar, relampaguear y caer rayos; y así los puso en dos versos el P. Blas Valera, porque el verso anterior *cunuñunun* significa hacer estruendos, y no lo puso aquel autor por declarar las tres significaciones del verbo *illapantac*; *unu* es agua; *para* es llover; *chichi* es granizar; *riti*, nevar. *Pachacamac* quiere decir el que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo. *Viracocha* es nombre de un dios moderno que adoraban, cuya historia veremos adelante muy a la larga. *Chura* quiere decir poner. *Cama* es dar alma, vida, ser y sustancia. Conforme a esto diremos lo menos mal que supiéramos, sin salir de la propia significación del lenguaje indio: los versos son los que se siguen en las tres lenguas:

<i>Cumac Ñusta</i>	<i>Pulchra Nimpha,</i>	<i>Hermosa doncella,</i>
<i>Toralláyquim</i>	<i>Frater tuus,</i>	<i>Aquese tu hermano,</i>
<i>Puyñuy quita</i>	<i>Urn timeris</i>	<i>El tu cantarillo</i>
<i>Paquir cayan,</i>	<i>Nunc infringit,</i>	<i>Lo está quebrantando,</i>

<i>Hina mántara</i>	<i>Cujus ictus</i>	<i>Y de aquesta causa</i>
<i>Cunuñunun,</i>	<i>Tonat fulget,</i>	<i>Truena y relampaguea,</i>
<i>Illac pántac.</i>	<i>Fulminatque.</i>	<i>También caen rayos.</i>
<i>Camri Ñusta,</i>	<i>Sed tu Nimpha,</i>	<i>Tú, real doncella,</i>
<i>Unuy quita</i>	<i>Tuam limpham</i>	<i>Tus muy lindas aguas</i>
<i>Para munqui,</i>	<i>Fundens pluís,</i>	<i>Nos darás lloviendo;</i>
<i>May ñimpiri</i>	<i>Interdumque</i>	<i>También a las veces</i>
<i>Chichi munqui,</i>	<i>Grandinem, seu,</i>	<i>Granizar nos has,</i>
<i>Riti munqui.</i>	<i>Nivem mittis.</i>	<i>Nevarás asimesmo.</i>
<i>Pacha rúrac,</i>	<i>Mundi Factor,</i>	<i>El Hacedor del mundo,</i>
<i>Pachacamac,</i>	<i>Pachacamac,</i>	<i>El Dios que le anima,</i>
<i>Viracocha,</i>	<i>Viracocha,</i>	<i>El gran Viracocha,</i>
<i>Cay hinápac</i>	<i>Ad hoc munus</i>	<i>Para aqueste oficio</i>
<i>Churasunqui</i>	<i>Te suffecit</i>	<i>Ya te colocaron</i>
<i>Camasumqui.</i>	<i>Ac prae fecit.</i>	<i>Y te dieron alma.</i>

Esto puse aquí por enriquecer mi pobre historia, porque cierto sin lisonja alguna, se puede decir que todo lo que el P. Blas Valera tenía escrito eran perlas y piedras preciosas: no mereció mi tierra verse adornada de ellas (II, xxvii).

22. INSTRUMENTAL MECÁNICO

Ya que hemos dicho la habilidad y ciencias que los filósofos y poetas de aquella gentilidad alcanzaron, será bien digamos la inhabilidad que los oficiales mecánicos tuvieron en sus oficios, para que se vea con cuánta miseria y falta de las cosas neces-

rias vivían aquellas gentes. Y comenzando de los plateros decimos que con haber tanto número de ellos, y con trabajar perpetuamente en su oficio, no supieron hacer yunque de hierro ni de otro metal: debió de ser porque no supieron sacar el hierro, aunque tuvieron minas de él. En el lenguaje llaman al hierro *quillay*. Servíanse para yunque de unas piedras durísimas, de color entre verde y amarillo; aplanaban y alisaban unas con otras, teníanlas en gran estima, porque eran muy raras. No supieron hacer martillos con cabo de palo; labraban con unos instrumentos que hacen de cobre y latón, mezclado uno con otro. Son de forma de dado, las esquinas muertas; unos son grandes, cuanto pueden abarcar con la mano para los golpes mayores; otros hay medianos, y otros chicos, y otros perlongados para martillar en cóncavo. Traen aquellos sus martillos en la mano para golpear con ellos como si fueran guijarros. No supieron hacer limas ni buriles; no alcanzaron a hacer fuelles para fundir. Fundían a poder de soplos con unos canutos de cobre, largos de media braza más o menos, como era la fundición grande o chica. Los canutos cerraban por un cabo, dejábanle un agujero pequeño por donde el aire saliese más recogido y más recio. Juntábanse ocho, diez y doce, como eran menester para la fundición; andaban alrededor del fuego soplando con los canutos, y hoy se están en lo mismo, que no han querido mudar costumbre (II, xxviii).

23. COMEDIAS Y ESTUDIOS

De esta manera carecieron de otras muchas cosas necesarias para la vida humana; pasábanse con lo que no podían excusar, porque fueron poco o nada inventivos de suyo, y, por el contrario, son grandes imitadores de lo que ven hacer, como lo

prueba la experiencia de lo que han aprendido de los españoles en todos los oficios que les han visto hacer, que en algunos se aventajan. La misma habilidad muestran para las ciencias, si se las enseñasen, como consta por las comedias que en diversas partes han representado, porque es así que algunos curiosos religiosos de diversas religiones, especialmente de la Compañía de Jesús, por aficionar a los indios a los misterios de nuestra redención, han compuesto comedias para que las representasen los indios, porque supieron que las representaban en tiempo de sus reyes Incas, y porque vieron que tenían habilidad e ingenio para lo que quisiesen enseñarles; y así un padre de la Compañía compuso una comedia en loor de Nuestra Señora la Virgen María, y la escribió en lengua aimará, diferente de la lengua general del Perú. El argumento era sobre aquellas palabras del libro tercero del Génesis: *Pondré enemistades entre ti y entre la mujer...*, y ella misma quebrantará tu cabeza. Representáronla indios muchachos y mozos en un pueblo llamado Sulli. Y en Potocsi se recitó un diálogo de la fe, al cual se hallaron presentes más de doce mil indios. En el Cozco se representó otro diálogo del Niño Jesús, donde se halló toda la grandeza de aquella ciudad. Otro se representó en la ciudad de los Reyes, delante de la chancillería y de toda la nobleza de la ciudad, y de innumerables indios, cuyo argumento fue del Santísimo Sacramento, compuesto a pedazos en dos lenguas, en la española y en la general del Perú. Los muchachos indios representaron los diálogos en todas las cuatro partes, con tanta gracia y donaire en el hablar, con tantos meneos y acciones honestas, que provocaban a contento y regocijo; y con tanta suavidad en los cantares que muchos españoles derramaron lágrimas de placer y alegría, viendo la gracia y habilidad y buen ingenio de los indiezuelos, y trocaron en contra la opinión que hasta entonces tenían de que los indios eran torpes, rudos e inhábiles.

Los muchachos indios, para tomar de memoria los dichos que han de decir, que se los dan por escrito, se van a los españoles que saben leer, seglares o sacerdotes, aunque sean de los más principales, y les suplican que les lean cuatro o cinco veces el primer renglón, hasta que lo toman de memoria; y porque no se les vaya de ella, aunque son tenaces, repiten muchas veces cada palabra, señalándola con una piedrecita o con un grano de una semilla de diversos colores que allá hay del tamaño de garbanzos, que llaman *chuy*, y por aquellas señales se acuerdan de las palabras y de esta manera van tomando sus dichos de memoria con facilidad y brevedad, por la mucha diligencia y cuidado que en ello ponen. Los españoles a quien los indiezuelos piden que le lean, no se desdeñan ni se enfadan, por graves que sean, antes les acarician y dan gusto, sabiendo para lo que es. De manera que los indios del Perú, ya que no fueron ingeniosos para inventar, son muy hábiles para imitar y aprender lo que les enseñan. Lo cual experimentó largamente el licenciado Juan Cuéllar, natural de Medina del Campo, que fue canónigo de la santa iglesia del Cozco, el cual leyó gramática a los mestizos, hijos de hombres nobles y ricos de aquella ciudad. Movióse a hacerlo de caridad propia y por súplica de los mismos estudiantes, porque cinco preceptores que en veces antes habían tenido, los habían desamparado a cinco o seis meses de estudio, pareciéndoles que por otras grangerías tendrían más ganancia, aunque es verdad que cada estudiante les daba cada mes diez pesos, que son doce ducados; mas todo se les hacía poco, porque los estudiantes eran pocos, que cuando más, llegaron a docena y media. Entre ellos conocí un indio Inca, llamado Felipe Inca, y era de un sacerdote rico y honrado, que llamaban el padre Pedro Sánchez, el cual, viendo la habilidad que el indio mostraba en leer y escribir, le dio estudio, donde daba tan buena cuenta de la gramática como el mejor estudiante de los mestizos. Los cuales, cuando el preceptor los desamparaba, se volvían a la escuela hasta que venía otro, el cual enseñaba por diferentes

principios que el pasado; y si algo se les había quedado de lo pasado, les decía que lo olvidasen, porque no valía nada. De esta manera anduvieron en mis tiempos los estudiantes descarriados de un preceptor en otro sin aprovecharles ninguno, hasta que el buen canónigo los recogió debajo de su capa y les leyó latinidad casi dos años entre armas y caballos, entre sangre y fuego de las guerras que entonces hubo de los levantamientos de don Sebastián de Castilla y de Francisco Hernández Girón, que apenas se había apagado el un fuego, cuando se encendió el segundo, que fue peor y duró más en apagarse. En aquel tiempo vio el canónigo Cuéllar la mucha habilidad que sus discípulos mostraban en la gramática y la agilidad que tenían para las demás ciencias, de las cuales carecían por la esterilidad de la tierra. Doliéndose de que se perdiesen aquellos buenos ingenios, les decía muy muchas veces: “¡Oh hijos, qué lástima tengo no ver una docena de vosotros en aquella universidad de Salamanca!”. Todo esto se ha referido por decir la habilidad que los indios tienen para lo que quisieren enseñarles, de la cual también participan los mestizos, como parientes de ellos. El canónigo Juan Cuéllar tampoco dejó sus discípulos perfeccionados en latinidad, porque no pudo llevar el trabajo que pasaba en leer cuatro lecciones cada día y acudir a las horas de su coro, y así quedaron imperfectos en la lengua latina. Los que ahora son deben dar muchas gracias a Dios porque les envió la Compañía de Jesús, con la cual hay tanta abundancia de todas ciencias y de toda buena enseñanza de ellas como la que tienen y gozan (II, xxviii).

24. CONSTRUCCIÓN DE PUENTES

Pretendía ir [el Inca Mayta Capac con sus tropas] al poniente del Cozco, que es lo que llaman *Contisuyu*, que tiene

muchas y grandes provincias; y porque había de pasar el gran río llamado *Apurimac*, mandó hiciesen puente por donde pasase su ejército. Dióles la traza cómo se había de hacer, habiéndola consultado con algunos indios de buenos ingenios, y porque los escritores del Perú, aunque dicen que hay puentes de crizneja no dicen de qué manera son hechas, me pareció pintarla yo aquí para los que no las han visto, y también porque fue ésta la primera puente de mimbres que en el Perú se hizo por orden de los Incas.

Para hacer una puente de aquéllas juntan grandísima cantidad de mimbres, que aunque no es de la misma de España, es otra especie de rama delgada y correosa. Hacen de tres mimbres sencillas unas criznejas muy largas, a medida del largo que ha de tener la puente. De tres criznejas de a tres mimbres hacen otras de nueve mimbres, de tres de aquéllas hacen otras criznejas, que vienen a tener en grueso veintisiete mimbres, y de tres de éstas hacen otras más gruesas, y de esta manera van multiplicando y engrosando las criznejas hasta hacerlas tan gruesas y más que el cuerpo de un hombre: de estas muy gruesas hacen cinco criznejas. Para pasarlas de la otra parte del río pasan los indios nadando o en balsas; llevan asido un cordel delgado, al cual atan una maroma como el brazo de un cáñamo que los indios llaman *chahuar*. A esta maroma atan una de las criznejas y tiran de ella gran multitud de indios, hasta pasarla de la otra parte, y habiéndolas pasado todas cinco, las ponen sobre dos estribos altos que tienen hechos de peñas vivas, donde las hallan en comodidad, y no hallándolas, hacen los estribos de cantería tan fuerte como la peña. La puente de *Apurimac*, que está en el camino real del Cozco a los Reyes, tiene el un estribo de peña viva y el otro de cantería. Los estribos hacia la parte de tierra son huecos, con fuertes paredes a los lados. En aquellos huecos, de una pared a otra, tiene cada estribo atravesadas cinco o seis vigas tan gruesas como bueyes, puestas por su orden y compás, como una escalera de mano: por cada viga de éstas

hacen dar una vuelta a cada una de las criznejas gruesas de mimbre de por sí, para que la puente esté tirante y no se afloje con su mismo peso, que es grandísimo: pero por mucho que la tiren siempre hace vaga y queda hecho arco, que entran descendiendo hasta el medio, y salen subiendo hasta el cabo, y con cualquier aire que sea algo recio se está meciendo.

Tres criznejas de las gruesas ponen por suelo de la puente, y las otras dos ponen por pretils a un lado y a otro. Sobre las que sirven de suelo echan madera delgada como el brazo, atravesada y puesta por su orden en forma de zarzo, que toma todo el ancho de la puente, la cual será de dos varas de ancho. Echan aquella madera para que guarde las criznejas, porque no se rompan tan presto, y átanla fuertemente con las mismas criznejas. Sobre la madera echan gran cantidad de rama atada y puesta por su orden. Échanla porque los pies de las bestias tengan en qué asirse y no deslicen y caigan. De las criznejas bajas que sirven de suelo, a las altas que sirven de pretils, entretejen mucha rama y madera delgada, muy fuertemente atada, que hace pared por todo el largo de la puente, y así queda fuerte para que pasen por ella hombres y bestias. La de *Apurimac*, que es la más larga de todas, tendrá doscientos pasos de largo: no la medí, mas tanteándola en España con muchos que la han pasado, le dan este largo, y antes más que menos. Muchos españoles vi que no se apeaban para pasarla, y algunos la pasaban corriendo a caballo, por mostrar menos temor, que no deja de tener algo de temeridad. Esta máquina tan grande se empieza a hacer de solas tres mimbres, y llega a salir la obra tan brava y soberbia como se ha visto, aunque mal pintada. Obra por cierto maravillosa e increíble, si no se viera como se ve hoy, que la necesidad común la ha sustentado que no se haya perdido, que también la hubiera destruido el tiempo como ha hecho otras que los españoles hallaron en aquella tierra, tan grandes y mayores. En tiempo de los Incas se renovaban aquellas puentes cada año, acudían a las hacer las provincias comarca-

nas, entre las cuales estaba repartida la cantidad de los materiales, conforme a la vecindad y posibilidad de los indios de cada provincia; hoy se usa lo mismo (III, vii).

25. OTROS INGENIOS PARA PASAR RÍOS

Ya que se ha dado cuenta de las dos maneras de puentes que los Incas mandaron hacer para pasar los ríos, la una de mimbre, y la otra de juncia y enea, será razón digamos otras maneras y artificios que tenían para pasarlos, porque las puentes por la mucha costa y prolijidad no se sufría hacerlas sino en caminos reales; y como aquella tierra sea tan ancha y larga, y la atraviesan tantos ríos, los indios, enseñados de la pura necesidad, hicieron diversos ingenios para pasarlos, conforme a las diversas disposiciones que los ríos tienen, y también para navegar por la mar eso poco que por ella navegaban. Para lo cual no supieron o no pudieron hacer piraguas ni canoas como los de la Florida, y los de las islas de Barlovento y Tierra Firme, que son a manera de artesas; porque en el Perú no hubo madera gruesa dispuesta para ellas, y aunque es verdad que tiene árboles muy gruesos, es la madera tan pesada como el hierro, por lo cual se valen de otra madera delgada como el muslo, liviana como la higuera; la mejor, según decían los indios, se criaba en las provincias de Quito, de donde la llevaban por mandado del Inca a todos los ríos. Hacían de ella balsas grandes y chicas de cinco o siete palos largos atados unos con otros, el de en medio era más largo que todos los otros. Los primeros colaterales eran menos largos, luego los segundos eran más cortos, y los terceros más cortos, porque así cortasen mejor el agua, que no la frente toda pareja, y la misma forma tenían a la popa que a la proa. Atábanle dos cordeles, y por ellos tiraban para pasarla

de una parte a otra; muchas veces a falta de los balseros, los mismos pasajeros tiraban de la soga para pasar del un cabo al otro. Acuérdomé haber pasado en algunas balsas que eran del tiempo de los Incas, y los indios las tenían en veneración.

Sin las balsas hacen otros barquillos más manuales: son de un haz rollizo de enea del grueso de un buey, átanlo fuertemente y del medio adelante lo abusan y lo levantan hacia arriba como proa de barco para que rompa y corte el agua; de los dos tercios atrás lo van ensanchando; lo alto del haz es llano, donde echan la carga que ha de pasar. Un indio solo gobierna cada barco de éstos: pónese al cabo de la popa y échase de pecho sobre el barco, y los brazos y piernas le sirven de remo, y así lo lleva al amcr del agua. Si el río es raudó va a salir cien pasos, y doscientos, más abajo de como entró. Cuando pasan alguna persona lo echan de pechos a la larga sobre el barco, la cabeza hacia el barquero, mándanle que se asga a los cordeles del barco y pegue el rostro con él y no lo levante ni abra los ojos a mirar cosa alguna. Pasando yo de esta manera un río caudaloso y de mucha corriente (que en los semejantes es donde lo mandan, que en los mansos no se les da nada), por los extremos y demasiado encarecimiento que el indio barquero hacía, mandándome que no alzase la cabeza ni abriese los ojos, que por ser yo muchacho me ponía unos miedos y asombros como que se hundiría la tierra, o se caerían los cielos, me dio deseo de mirar por ver si veía algunas cosas de encantamiento o del otro mundo. Con esta codicia, cuando sentí que íbamos en medio del río, alcé un poco la cabeza y miré al agua arriba, y verdaderamente me pareció que caíamos del cielo abajo, y esto fue por desvanecérseme la cabeza por la grandísima corriente del río, y por la furia con que el barco de enea iba cortando el agua al amor de ella. Forzóme el miedo a cerrar los ojos y a confesar que los barqueros tenían razón en mandar que no los abriesen.

Otras balsas hacen de grandes calabazas enteras enredadas y fuertemente atadas unas con otras en espacio de vara y media

en cuadro, más o menos, como es menester. Échanle por delante un pretal, como a silla de caballo, donde el indio barquero mete la cabeza y se echa a nado, y lleva sobre sí nadando la balsa y la carga hasta pasar el río o la bahía o estero del mar; y si es necesario lleva detrás un indio o dos ayudantes que van nadando y empujando la balsa.

En los ríos grandes, que por su mucha corriente y ferocidad no consienten que anden sobre ellos con balsas de calabazas, ni barcos de enea, y que por los muchos riscos y peñas que a una ribera y a otra tienen, no hay playa donde puedan embarcar ni desembarcar, echan por lo alto de una sierra a otra una maroma muy gruesa de aquel cáñamo que llaman *chahuar*, átanla a gruesos árboles o a fuertes peñascos; en la maroma anda una canasta de mimbre con una asa de madera gruesa como el brazo, es capaz de tres o cuatro personas; trae dos sogas atadas, una a un cabo y otra a otro, por las cuales tiran de la canasta para pasarla de una ribera a la otra, y como la maroma sea tan larga hace mucha vaga y caída en medio; es menester ir soltando la canasta poco a poco, hasta el medio de la maroma, porque va muy cuesta abajo, y de allí adelante la tiran a fuerza de brazos. Para esto hay indios que las provincias comarcanas envían por su rueda que asistan en aquellos pasos para los caminantes sin interés alguno, y los pasajeros desde la canasta ayudaban a tirar de las sogas, y muchos pasaban a solas sin ayuda alguna; metíanse de pies en la canasta y con las manos iban dando pasos por la maroma. Acuérdomme haber pasado por esta manera de pasaje dos o tres veces, siendo bien muchacho, que apenas había salido de la niñez; por los caminos me llevaban los indios a cuestras. También pasaban su ganado en aquellas canastas siendo en poca cantidad, empero con mucho trabajo, porque lo maniatan y echan en la canasta, y así lo pasan con mucha cansera. Lo mismo hacen con el ganado menor de España, como son ovejas, cabras y puercos; pero los animales mayores, como caballos, mulos, asnos y vacas, por la for-

taleza y peso de ellos, no los pasan en las canastas, sino que los llevan a las puentes o a los vados buenos. Esta manera de pasaje no la hay en los caminos reales, sino en los particulares que los indios tienen de unos pueblos a otros: llámanle *Uruya*.

Los indios de toda la costa del Perú entran a pescar en la mar en los barquillos de enea que dijimos. Entran cuatro y cinco y seis leguas la mar adentro, y más si es menester, porque aquel mar es manso y se deja hollar de tan flacos bajeles. Para llevar o traer cargas mayores usan de las balsas de madera. Los pescadores para andar por la mar se sientan sobre sus piernas, poniéndose de rodillas encima de su haz de enea. Van bogando con una caña gruesa de una braza en largo hendida por medio a la larga. Hay cañas en aquella tierra tan gruesas como la pierna y como el muslo. Adelante hablaremos más largo de ellas. Toman la caña con ambas manos para bogar; la una ponen en el un cabo de la caña y la otra en medio de ella; el hueco de la caña les sirve de pala para hacer mayor fuerza en el agua. Tan presto como dan el golpe en el agua al lado izquierdo para remar, tan presto truecan las manos corriendo la caña por ellas para dar el otro golpe al lado derecho, y donde tenían la mano derecha ponen la izquierda, y donde tenían la izquierda ponen la derecha. De esta manera van bogando y trocando las manos y la caña de un lado a otro, que entre otras cosas de admiración que hacen en aquel su navegar y pescar, es esto lo más admirable. Cuando un barquillo de estos va a toda furia, no lo alcanzará una posta por buena que sea. Pescan con fisgas peces tan grandes como un hombre. Esta pesquería de las fisgas (para la pobreza de los indios), es semejante a la que hacen en Vizcaya de las ballenas. En la fisga atan un cordel delgado, que los marineros llaman volantín; es de veinte, treinta, cuarenta brazas; el otro cabo atan a la proa del barco. En hiriendo al pez, suelta el indio las piernas, y con ellas abraza su barco y con las manos va dando carrete al pez que huye; y en acabándose el cordel, se abraza con su barco fuertemente, y

así asido lo lleva el pez, si es muy grande, con tanta velocidad que parece ave que va volando por la mar. De esta manera andan ambos peleando hasta que el pez se cansa y viene a mano del indio. También pescaban con redes y anzuelos, mas todo era pobreza y miseria, que las redes, por pescar cada uno para sí y no en compañía, eran muy pequeñas, y los anzuelos muy desastrados, porque no alcanzaron acero ni hierro, aunque tuvieron minas de él, mas no supieron sacarlo. Al hierro llaman *quillay*. No echan vela en los barquillos de enea, porque no tienen sostén para sufrirla, ni creo que camina tanto con ella como camina con sólo un remo. A las balsas de madera se la echan cuando navegan por la mar. Estos ingenios que los indios del Perú tenían para navegar por la mar y pasar los ríos caudalosos yo los dejé en uso, y lo mismo será ahora, porque aquella gente, como tan pobre, no aspiran a cosas mayores de las que tenían (III, xvi).

26. EL TEMPLO DEL SOL EN EL COZCO

Por tenerla en esta veneración [a la ciudad del Cozco], la ennoblecieron aquellos reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales, que muchos de ellos hicieron para sí, como en la descripción de ella diremos de algunas de las casas; entre las cuales, y en la que más se esmeraron, fue la casa y templo del sol, que la adornaron de increíbles riquezas, aumentándolas cada Inca de por sí, y aventajándose del pasado. Fueron tan increíbles las grandezas de aquella casa que no me atreviera yo a escribirlas si no las hubieran escrito todos los españoles historiadores del Perú; mas ni lo que ellos dicen, ni lo que yo diré, alcanza a significar las que fueron. Atribuyen el edificio de aquel templo al rey Inca Yupanqui, abuelo de Huay-

na Capac, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de adornar y poner en la riqueza y majestad que los españoles lo hallaron.

Viniendo, pues, a la traza del templo, es de saber que el aposento del sol era lo que agora es la iglesia del divino Santo Domingo, que por no tener la precisa anchura y largura suya no la pongo aquí; la pieza, en cuanto su tamaño, vive hoy. Es labrada de cantería llana, muy prima y pulida. El altar mayor (digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos indios no supieron hacer altar), estaba al oriente. La techumbre era de madera muy alta, porque tuviese mucha corriente; la cubija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puestas la figura del sol, hecha de una plancha de oro, el doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande que tomaba todo el testero del templo, de pared a pared. No tuvieron los Incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del sol en aquel templo ni otro alguno, porque no adoraban otros dioses sino al sol, aunque no falta quien diga lo contrario.

Esta figura del sol cupo en suerte, cuando los españoles entraron en aquella ciudad, a un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Mancio Sierra de Leguízamo, que yo conocí y dejé vivo cuando me vine a España, gran jugador de todos juegos, que con ser tan grande la imagen la jugó y perdió en una noche. De donde podremos decir, siguiendo al P. M. Acosta, que nació el refrán que dice: *Juega el sol antes que amanezca*. Después, el tiempo adelante, viendo el cabildo de aquella ciudad cuán perdido andaba este su hijo por el juego, por apartarlo de él lo eligió un año por alcalde ordinario. El cual acudió al servicio de su patria con tanto cuidado y diligen-

cia, porque tenía muy buenas partes de caballero, que todo aquel año no tomó naipe en la mano. La ciudad, viendo esto, le ocupó otro año, y otros muchos en oficios públicos. Mancio Sierra, con la ocupación ordinaria, olvidó el juego y lo aborreció para siempre, acordándose de los muchos trabajos y necesidades en que cada día le ponía. Donde se ve claro cuánto ayude la ociosidad al vicio, y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud (III, xx).

Pasado el templo había un claustro de cuatro lienzos, el uno de ellos era el lienzo del templo. Por todo lo alto del claustro había una cenefa de un tablón de oro de más de una vara en ancho que servía de corona al claustro; en lugar de ella mandaron poner los españoles en memoria de la pasada otra cenefa blanca de yeso del anchor de la de oro; yo la dejé viva en las paredes que estaban en pie, y no se había derribado. Alderredor del claustro había cinco cuadras o aposentos grandes, cuadrados cada uno de por sí, no trabados con otros, cubiertos en forma de pirámide, de los cuales se hacían los otros tres lienzos del claustro.

La una cuadra de aquellas estaba dedicada para aposento de la luna, mujer del sol, y era la que estaba más cerca de la capilla mayor del templo; toda ella y sus puertas estaban aforradas con tabloncillos de plata, porque por el color blanco viesan que era aposento de la luna. Teníanla puesta su imagen y retrato como al sol, hecho y pintado un rostro de mujer en un tablón de plata. Entraban en aquel aposento a visitar la luna, y a encomendarse a ella, porque la tenían por hermana y mujer del sol, y madre de los Incas, y de toda su generación, y así la llamaban *Mamaquilla*, que es madre luna; no le ofrecían sacrificios como al sol. A una mano y a otra de la figura de la luna estaban los cuerpos de las reinas difuntas, puestas por su orden y antigüedad. Mama Ocllo, madre de Huayna Capac, estaba delante de la luna, rostro a rostro con ella, y aventajada de las demás por haber sido madre de tal hijo.

Otro aposento de aquéllos, el más cercano a la luna, estaba dedicado al lucero Venus y a las *siete cabrillas*, y a todas las demás estrellas en común. A la estrella Venus llamaban *Chasca*, que quiere decir de cabellos largos y crespos; honrábanla porque decían que era paje del sol, que andaba más cerca de él, unas veces delante y otras veces en pos. A las *siete cabrillas* respetaban por la extrañeza de su postura y conformidad de su tamaño. A las estrellas tenían por criadas de la luna, y así les dieron el aposento cerca del de su señora, porque estuviesen más a mano para el servicio de ella, porque decían que las estrellas andan en el cielo con la luna como criadas suyas, y no con el sol, porque las ven de noche y no de día.

Este aposento estaba entapizado de plata también, como el de la luna, y la portada era de plata; tenía todo lo alto del techo sembrado de estrellas grandes y chicas, a semejanza del cielo estrellado. El otro aposento junto al de las estrellas era dedicado al relámpago, trueno y rayo. Estas tres cosas nombraban y comprendían debajo de este nombre *Illapa*, y con el verbo que le juntaban, distinguían las significaciones del nombre, que diciendo “viste la Illapa”, entendían por el relámpago; si decían “oíste la Illapa”, entendían por el trueno, y cuando decían “la Illapa cayó en tal parte, o hizo tal daño”, entendían por el rayo.

No los adoraron por dioses, más de respetarlos por criados del sol. Lo mismo sintieron de ellos que la gentilidad antigua sintió del rayo, que lo tuvo por instrumento y armas de su dios Júpiter. Por lo cual los Incas dieron aposento al relámpago, trueno y rayo en la casa del sol como a criados suyos, y estaba todo él guarnecido de oro. No dieron estatua ni pintura al trueno, relámpago y rayo, porque no pudieron retratarlos al natural (que siempre lo procuraban en toda cosa de imágenes); los respetaban con el Illapa, cuya trina significación no han alcanzado hasta ahora los historiadores españoles, que ellos hubieran hecho de él un dios trino y uno, y dádoselo a los indios, ase-

mejando su idolatría a nuestra santa religión; que en otras cosas de menos apariencia y color han hecho trinidades, componiendo nuevos nombres en el lenguaje, no habiéndolas imaginado los indios. Yo escribo, como otras veces he dicho, lo que mamé en la leche y vi y oí a mis mayores; y acerca del trueno queda atrás dicho lo que más tuvieron.

Otro aposento, que era el cuarto, dedicaron al arco del cielo, porque alcanzaron que procedía del sol, y por ende lo tomaron los reyes Incas por divisa y blasón, porque se jactaban descender del sol. Este aposento estaba todo guarnecido de oro. En un lienzo de él, sobre las planchas de oro, tenían pintado muy al natural el arco del cielo, tan grande que tomaba de una pared a otra, con todos sus colores al vivo. Llamaban al arco *Cuychu*, y con tenerle en esta veneración, cuando le veían en el aire, cerraban la boca y ponían la mano delante, porque decían que si le descubrían los dientes los gastaba y empodrecía. Esta simplicidad tenían entre otras sin dar razón para ello. El quinto y último aposento estaba dedicado para el sumo sacerdote, y para los demás sacerdotes que asistían al servicio del templo, que todos habían de ser Incas de la sangre real. Éstos tenían aquel aposento, no para dormir ni comer en él, sino que era sala de audiencia para ordenar los sacrificios que se habían de hacer, y para todo lo demás que conviniese al servicio del templo. Estaba este aposento también como los demás guarnecido con oro de alto a bajo (III, xxi).

De las cinco cuadras alcancé las tres que aún estaban en su antiguo ser de paredes y techumbre. Sólo les faltaban los tablo-
nes de oro y plata; las otras dos, que eran la cuadra de la luna y de las estrellas, estaban ya derribadas por el suelo. En las paredes de estos aposentos que miraban al claustro, por la parte de afuera en el grueso de ellas, había en cada lienzo cuatro tabernáculos embebidos en las mismas paredes, labradas de cantería, como eran todas las demás de aquella casa; tenían sus molduras por las esquinas y por todo el hueco del tabernáculo, y

conforme a las molduras que en la piedra estaban hechas, así estaban aforrados con tablones de oro, no sólo las paredes y lo alto, mas también el suelo de los tabernáculos. Por las esquinas de las molduras había muchos engastes de piedras finas: esmeraldas y turquesas, que no hubo en aquella tierra diamantes ni rubíes. Sentábase el Inca en estos tabernáculos cuando hacían fiestas al sol, unas veces en un lienzo y otras en otro, conforme al tiempo de la fiesta.

En dos tabernáculos de estos que estaban en un lienzo que miraba al oriente, me acuerdo que vi muchos agujeros en las molduras que estaban hechas en las piedras; las que estaban a las esquinas pasaban de un cabo a otro; las otras que estaban en el campo y espacio del tabernáculo no tenían más que estar señaladas en la pared. A los indios y a los religiosos de la casa oí decir que en aquellos mismos lugares solían estar sobre el oro los engastes de las piedras finas en tiempo de aquella gentilidad. Los tabernáculos y todas las puertas que salían al claustro, que eran doce, salvo la del aposento de la luna y de las estrellas, todas estaban chapadas con planchas y tablones de oro en forma de portadas, y las otras dos, porque en el color blanco asemejasen a sus dueños, tenían las portadas de plata (III, xxii).

Tres calles principales salen de la plaza mayor del Cozco y van norte-sur hacia el templo. La una es la que va siguiendo el arroyo abajo. La otra es la que en mi tiempo llamaban la calle de la Cárcel, porque estaba en ella la cárcel de los españoles, que según me han dicho la han mudado ya a otra parte. La tercera es la que sale del rincón de la plaza y va la misma vía. Otra calle hay más al levante de estas tres que lleva el mismo viaje, que llaman ahora la de San Agustín. Por todas estas cuatro calles iban al templo del sol. Pero la calle más principal, y la que va más derecha hasta la puerta del templo, es la que llamamos de la Cárcel, que sale de en medio de la plaza, por la cual iban y venían al templo a adorar al sol y a llevarle sus embajadas, ofrendas y sacrificios, y era calle del

Sol. A todas estas cuatro atraviesa otra calle que va de poniente a oriente, desde el arroyo hasta la calle de San Agustín. Esta que atraviesa las otras era el término y límite donde se descalzaban los que iban hacia el templo; y aunque no fuesen al templo se habían de descalzar en llegando a aquellos puestos, porque era prohibido pasar calzados de allí adelante. Hay desde la calle que decimos que era término hasta la puerta del templo más de doscientos pasos. Al oriente, poniente y mediodía del templo había los mismos términos, que llegando a ellos se habían de descalzar.

Volviendo al ornato del templo, tenía dentro en la casa cinco fuentes de agua que iba a ella de diversas partes; tenían los caños de oro, los pilares unos eran de piedra y otros eran tinajones de oro, y otros de plata, donde lavaban los sacrificios, conforme a la calidad de ellos y a la grandeza de la fiesta. Yo no alcancé más de una de las fuentes que servía de regar la huerta de la hortaliza que entonces tenía aquel convento; las otras se habían perdido, y por no las haber menester, o por no saber de dónde las traían, que es lo más cierto, las han dejado perder; y aun la que digo que conocí la vi perdida seis o siete meses, y la huerta desamparada por falta de riego, y todo el convento afligido por su pérdida y aun la ciudad, porque no hallaron indio que supiera decir de dónde ni por dónde iba el agua de aquella fuente.

La causa de perderse entonces fue que el agua iba del poniente del convento por debajo de tierra y atravesaba el arroyo que corre por medio de la ciudad. El cual, en tiempo de los Incas, tenía las barrancas de muy buena cantería, y el suelo de grandes losas, porque las crecientes no hiciesen daño en el suelo ni en las paredes, y salía este edificio más de un cuarto de legua fuera de la ciudad. Con el descuido de los españoles se ha ido rompiendo, principalmente lo enlosado; que aquel arroyo, aunque es de poquísima agua porque nace casi dentro en la

ciudad, suele tener arrebatadas crecientes, e increíbles de grandes, con las cuales ha ido llevando las losas.

El año de mil quinientos cincuenta y ocho acabó de llevar las que había encima de los caños de aquella fuente, y rompió y quebró el mismo caño, y con el azolvo lo cubrió todo, de manera que atajó el agua y dejó en seco la huerta, y con la basura que todo el año echan en el arroyo, se cegó todo y no quedó señal de los caños.

Los frailes, aunque hicieron las diligencias que pudieron, no hallaron rastro alguno, y para seguir el de los caños desde la fuente era menester derribar mucho edificio y ahondar mucha tierra, porque la fuente estaba en alto, ni hallaron indio que les supiese guiar; por lo cual desconfiaron de aquella fuente, también como de las otras que la casa tenía. De donde se puede colegir la poca tradición que aquellos indios el día de hoy tengan de sus antiguallas, pues hoy ha cuarenta y dos años ya la tenían perdida de cosas tan grandes como eran las aguas que iban a la casa de su dios el sol. De las cuales no es posible sino que había tradición de los maestros mayores a los sucesores, y de los sacerdotes a los suyos para no caer en semejante falta. Verdad es que como ya en aquellos tiempos se habían acabado los maestros mayores y los sacerdotes que en aquella república había, entre los cuales andaba la tradición de las cosas que tenían por sagradas, que pertenecían a la honra y servicio de los templos, faltó esta relación como otras muchas de que los indios no saben dar cuenta; que si la tradición anduviera en los ñudos de los tributos, o en los repartimientos del servicio real, o en las historias de los sucesos anales que eran las cosas profanas, no hay duda sino que se hallara razón de aquellas fuentes, como se hallan y la dan de otras cosas tan grandes y mayores los contadores y los historiadores que guardaban la tradición de ellas, aunque también ésta se va perdiendo a más andar, con el trueque de las nuevas cuentas y modernas historias del nuevo Imperio (III, xxiii).

27. UN TESORO ESCONDIDO

Otro cuento semejante se me ofrece, y es que en valle de Orcos, que está seis leguas al sur del Cozco, hay una laguna pequeña que tiene menos de media legua de circuito, empero muy honda, y rodeada de altos cerros. Es fama que los indios echaron en ella mucho tesoro de lo que había en el Cozco luego que supieron la ida de los españoles, y que entre otras riquezas echaron la cadena de oro que Huayna Capac mandó hacer, de la cual diremos en su lugar. Doce o trece españoles moradores del Cozco, no de los vecinos que tienen indios, sino de los mercaderes y tratantes, movidos de esta fama hicieron compañía a pérdida o ganancia para desaguar aquella laguna y gozar de su tesoro. Sondáronla y hallaron que tenía veinte y tres o veinte y cuatro brazas de agua, sin el cieno que era mucho. Acordaron hacer una mina por parte del oriente de la laguna, por do pasa el río llamado Yucay, porque por aquella parte está la tierra más baja que el suelo de la laguna, por do podía correr el agua y quedar en seco la laguna, y por las otras partes no podían desaguarla porque está rodeada de sierras. No abrieron el desagadero a tajo abierto desde lo alto, que quizá les fuera mejor, por parecerles más barato entrar por debajo de tierra con el socavón. Empezaron su obra el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, con grandes esperanzas de haber el tesoro, y entrados ya más de cincuenta pasos por el cerro adelante, toparon con una peña, y aunque se esforzaron a romperla, hallaron que era de pedernal, y porfiando con ella, vieron que sacaban más fuego que piedra, por lo cual gastados muchos ducados de su caudal, perdieron sus esperanzas y dejaron la empresa. Yo entré por la cueva dos o tres veces cuando andaban en la obra. Así que hay fama pública, como la tuvieron

aquellos españoles, de haber escondido los indios infinito tesoro en lagos, cuevas y en montañas sin que haya esperanza de que se pueda cobrar (III, xxv).

28. LA CASA DE LAS VIRGENES

Tuvieron los reyes Incas en su gentilidad y vana religión, cosas grandes dignas de mucha consideración, y una de ellas fue la profesión de perpetua virginidad que las mujeres guardaban en muchas casas de recogimiento que para ellas en muchas provincias de su imperio edificaron. Y para que se entienda qué mujeres eran éstas, y en qué se ejercitaban, lo diremos cómo ello era, porque los historiadores españoles que de esto tratan, pasan por ello conforme al refrán que dice: *Como gato por brasas*. Diremos particularmente de la casa que había en el Cozco, a cuya semejanza se hicieron después las que hubo en todo el Perú.

Es así que un barrio de los de aquella ciudad se llamaba *Acllahuaci*, quiere decir *casa de escogidas*. El barrio es el que está entre las dos calles que salen de la plaza mayor y van al convento de Santo Domingo, que solía ser casa del sol. La una de las calles es la que sale del rincón de la plaza, a mano izquierda de la iglesia mayor, y va norte-sur. Cuando yo salí de aquella ciudad el año de mil y quinientos y sesenta, era esta calle la principal de los Mercaderes. La otra calle es la que sale del medio de la plaza donde dejé la cárcel, y va derecha al mismo convento dominico, también norte-sur. La frente de la casa salía a la plaza mayor, entre las dos calles dichas, y las espaldas de ella llegaban a la calle que las atraviesa de oriente a poniente; de manera que estaba hecha isla entre la plaza y las tres calles. Quedaba entre ella y el templo del sol otra isla

grandísima de casas, y una plaza grande que hay delante del templo. De donde se ve claro la falta de relación verdadera que tuvieron los historiadores, que dicen que las vírgenes estaban en el templo del sol, y que eran sacerdotisas, y que ayudaban a los sacerdotes en los sacrificios, habiendo tanta distancia de la una casa a la otra, y siendo la principal intención de aquellos reyes Incas que en ésta de las monjas no entrasen hombres, ni en la del sol mujeres. Llamábase casa de escogidas, porque las escogían o por linaje o por hermosura. Habían de ser vírgenes, y para seguridad de que lo eran las escogían de ocho años para abajo (IV, i).

Esta casa alcancé yo a ver entera de sus edificios, que sola ella y la del sol, que eran dos barrios, y otros cuatro galpones grandes que habían sido casas de los reyes Incas, respetaron los indios en su general levantamiento contra los españoles que no las quemaron, como quemaron todo lo demás de la ciudad, porque la una había sido casa del sol su dios, y la otra casa de sus mujeres, y las otras de sus reyes. Tenían entre otras grandezas de su edificio una calleja angosta, capaz de dos personas, la cual atravesaba toda la casa. Tenía la calleja muchos apartados a una mano y a otra, donde había oficinas de la casa, donde trabajaban las mujeres de servicio. A cada puerta de aquéllas había porteras de mucho recaudo: en el último apartado, al fin de la calleja, estaban las mujeres del sol donde no entraba nadie. Tenía la casa su puerta principal, como las que acá llaman puerta reglar, la cual no se abría sino para la reina y para recibir las que entraban para ser monjas (IV, ii).

En el repartimiento que los españoles hicieron para sus moradas de las casas reales de la ciudad del Cozco cuando la ganaron, cupo la mitad de este convento a Pedro del Barco, de quien adelante haremos mención: fue la parte de las oficinas, y la otra mitad cupo al licenciado de la Gama, que yo alcancé en mis niñeces, y después fue de Diego Ortiz de Guzmán, ca-

ballero natural de Sevilla, que yo conocí y dejé vivo cuando vine a España (IV, ii).

29. OTRAS MUJERES QUE GUARDABAN VIRGINIDAD

Demás de las vírgenes que entraban en los monasterios de recogimiento a profesar perpetua virginidad, había muchas mujeres de la sangre real que en sus casas vivían en recogimiento y honestidad, con voto de virginidad, aunque no de clausura, porque no dejaban de salir a visitar las parientes más cercanas en sus enfermedades y partos, y cuando trasquilaban y ponían el nombre a los primogénitos. Éstas eran tenidas en grandísima veneración por su castidad y limpieza, y por excelencia y deidad las llamaban *oclo*, que era como nombre consagrado en su idolatría. Su castidad no era fingida, sino muy verdadera, so pena de que por embaidora y falsaria en su vana religión la quemaran viva, o la echaran en el lago de los leones si pareciera lo contrario. Yo alcancé a conocer una de éstas en su última vejez, que no se había casado: llamábanla *oclo*. Algunas veces visitaba a mi madre, y según entendí, era su tía, hermana de sus abuelos; teníanla en la veneración que hemos dicho, por dondequiera le daban el primer lugar, y soy testigo que mi madre lo hacía así con ella, tanto por ser tía, como por su edad y honestidad (IV, vii).

30. LAS HERENCIAS

En un pueblo que está cuarenta leguas al poniente del Cozco, que yo lo vi, es de la nación quechua, dicese *Sutcunca*, acae-

ció lo que se dirá, que es a propósito de las herencias de aquella tierra. El *curaca* del pueblo se llamaba don García, el cual viéndose cerca de morir, llamó cuatro hijos varones que tenía y los hombres nobles de su pueblo, y les dijo por vía de testamento que guardasen la ley de Jesucristo que nuevamente habían recibido, y que siempre diesen gracias a Dios por habérsela enviado, sirviesen y respetasen mucho a los españoles, porque se la habían llevado; particularmente sirviesen a su amo con mucho amor, porque les había cabido en suerte para ser señor de ellos; y a lo último les dijo: “Bien sabéis que según la costumbre de nuestra tierra, hereda mi estado el más virtuoso y más bienquisto de mis hijos: yo os encargo escojáis el que fuere tal; y si entre ellos no lo hubiere, os mando que los desheredéis, y elijáis uno de vosotros que sea para mirar por vuestra honra, salud y provecho; porque deseo más el bien común de todos vosotros que el particular de mis hijos”. Todo esto contaba el sacerdote que los doctrinaba por hazaña y testamento notable de su inquilino (IV, x).

31. CRIANZA DE LOS HIJOS

Los hijos criaban extrañamente, así los Incas como la gente común, ricos y pobres, sin distinción alguna, con el menos regalo que les podían dar. Luego que nacía la criatura la bañaban con agua fría para envolverla en sus mantillas, y cada mañana que la envolvían la habían de lavar con agua fría, y las más veces puesta al sereno; y cuando la madre le hacía mucho regalo, tomaba el agua en la boca y le lavaba todo el cuerpo, salvo la cabeza, particularmente la mollera que nunca le llegaban a ella. Decían que hacían esto por acostumbrarlo al frío y al trabajo, y también porque los miembros se fortaleciesen. No les

soltaban los brazos de las envolturas por más de tres meses, porque decían que soltándoselos antes los hacían flojos de brazos. Teníanlos siempre echados en sus cunas, que era un banquillo mal aliñado de cuatro pies, y el un pie era más corto que los otros para que se pudiese mecer. El asiento o lecho donde echaban el niño era de una red gruesa, porque no fuese tan dura si fuese tabla; y con la misma red lo abrazaban por un lado y otro de la cuna y lo liaban porque no se cayese de ella.

Al darles la leche, ni en otro tiempo alguno, no los tomaban en el regazo ni en brazos, porque decían que haciéndose a ellos, se hacían llorones y no querían estar en la cuna, sino siempre en brazos. La madre se recostaba sobre el niño y le daba el pecho, y el dárselo era tres veces al día, por la mañana, y a mediodía y a la tarde; y fuera de estas horas no les daban leche, aunque llorasen, porque decían que se habituaban a mamar todo el día y se criaban sucios con vómitos y cámaras, y que cuando hombres eran comilones y glotones. Decían que los animales no estaban dando leche a sus hijos todo el día ni toda la noche, sino a ciertas horas. La madre propia criaba su hijo; no se permitía darlo a criar por gran señora que fuese si no era por enfermedad. Mientras criaban se abstenían del coito, porque decían que era malo para la leche y encanijaba la criatura. A los tales encanijados llamaban *ayusca*, es participio de pretérito, quiere decir en toda su significación, el negado, y más propiamente el trocado por otro de sus padres. Y por semejanza se lo decían un mozo a otro, motejándole que su dama hacía más favor a otro que no a él. No se sufría decírselo al casado, porque es palabra de las cinco; tenía gran pena el que la decía. Una *palla* de la sangre real conocí que por necesidad dio a criar una hija suya: la ama debió de hacer traición, o se empenó, que la niña se encanijó y se puso como hética, que no tenía sino los huesos y el pellejo. La madre viendo su hija *ayusca*, al cabo de ocho meses que se le había enjugado la leche, la volvió a llamar a los pechos con cernadas y emplastos de hierbas que se

puso a las espaldas y volvió a criar su hija, y la convaleció y libró de muerte. No quiso dársela a otra ama, porque dijo que la leche de la madre era la que le aprovechaba (IV, xii).

32. LOS HILADOS

Las indias eran tan amigas de hilar y tan enemigas de perder cualquier pequeño espacio de tiempo, que yendo o viniendo de las aldeas a la ciudad, y aun pasando de un barrio a otro a visitarse en ocasiones forzosas, llevaban recaudo para dos maneras de hilado, quiero decir, para hilar y torcer. Por el camino iban torciendo lo que llevaban hilado, por ser oficio más fácil, y en sus visitas sacaban la rueca del hilado e hilaban en buena conversación. Esto de ir hilando o torciendo por los caminos era de la gente común, mas las *pallas*, que eran las de la sangre real, cuando se visitaban unas a otras llevaban sus hilados y labores con sus criadas; y así las que iban a visitar como las visitadas estaban en su conversación ocupadas por no estar ociosas. Los husos hacen de caña, como en España los de hierro; échanles torteros, mas no las huecas a las puntas; con la hebra que van hilando les echan una lazada, y al hilar sueltan el huso como cuando tuercen; hacen la hebra cuan larga pueden, recógenla en los dedos mayores de la mano izquierda para meterla en el huso. La rueca traen en la mano izquierda y no en la cinta; es de una cuarta de largo, tiénenla con los dos dedos menores; acuden con ambas manos a adelgazar la hebra y quitar las motas; no la llegan a la boca porque en mis tiempos no hilaban lino, que no lo había, sino lana y algodón. Hilan poco, porque es con las prolijidades que hemos dicho (IV, xiii).

La buena costumbre de visitarse las indias unas a otras llevando labores consigo, la imitaron las españolas en el Cozco, y

la guardaron con mucha loa de ellas hasta la tiranía y guerra de Francisco Hernández Girón, la cual destruyó esta virtud, como suele destruir todas las que halla en su jurisdicción tiránica y cruel (IV, xiv).

33. LOS INDIOS CHANCAS

De *Curampa* fue [el Inca Roca] a la gran provincia llamada *Antahuaylla*, cuyos moradores se extienden a una mano y a otra del camino real por espacio de dieciséis o diecisiete leguas. Es gente rica y muy belicosa. Esta nación se llama *Chanca*; jác-tanse descender de un león, y así lo tenían y adoraban por dios, y en sus grandes fiestas, antes y después de ser conquistados por los reyes Incas, sacaban dos docenas de indios de la misma manera que pintan a Hércules, cubierto con el pellejo del león, y la cabeza del indio metida en la cabeza del león. Yo las vi así en las fiestas del Santísimo Sacramento en el Cozco (IV, xv).

34. OTRAS SUPERSTICIONES

A semejanza y en confirmación del agüero del llorar sangre, se me ofrece otra superstición que los indios cataban en los ojos, en el palpar de los párpados altos y bajos: que por ser en los ojos no saldremos del propósito, para que se vea y sepa que los Incas y todos sus vasallos tuvieron por agüero bueno o malo, según el párpado que palpitaba. Era buen agüero palpar el párpado alto del ojo izquierdo. Decían que habían de ver cosas de contento y alegría: pero con grandes ventajas era mejor

agüero palpar el párpado derecho, porque les prometía que verían cosas felicísimas, y prosperidades de grandes bienes, de mucho placer y descanso, fuera de todo encarecimiento. Y al contrario eran los párpados bajos, porque el derecho pronosticaba llanto, que habían de ver cosas que les darían pena y dolor, mas no con encarecimiento. Empero palpar el párpado bajo izquierdo ya era extremo de males, porque les amenazaba infinidad de lágrimas, y que verían las cosas más tristes y desdichadas que pudiesen imaginar. Y tenían tanto crédito en estos sus agüeros, que con este postrer agüero se ponían a llorar tan tiernamente como si estuvieran ya en medio de cuantos males podían temer; y para no perecer llorando los males que aún no habían visto, tenían por remedio otra superstición tan ridícula como la del mal agüero, y era que tomaban una punta de paja, y mojándola con la saliva la pegaban en el mismo párpado bajo, y decían consolándose, que aquella paja atravesada atajaba que no corriesen las lágrimas que temían derramar, y que deshacía el mal pronóstico de la palpitación. Casi lo mismo tuvieron del zumbir de los oídos, que lo dejó por no ser tan a propósito como lo dicho de los ojos; y lo uno y lo otro doy fe que lo vi (IV, xvi).

35. LA HEREDAD DEL INCA GARCILASO

De *Pillcupata* pasó [el Inca Roca] a *Hauisca* y a *Tunu*, que son las primeras *chacras* de *cuca* que los Incas tuvieron, que es aquella yerba que los indios tanto estiman. La heredad llamada *Hauisca* fue después de Garcilaso de la Vega, mi señor, de la cual me hizo merced por donación en vida, y yo la perdí por venirme a España. Para entrar a estos valles donde se cría la *cuca* se pasa una cuesta llamada *Cañac-huay*, que tiene cinco

leguas de bajada casi perpendicular, que pone grima y espanto sólo el mirarla, cuanto más subir y bajar por ella, porque por toda ella sube el camino en forma de culebra, dando vueltas a una mano y a otra (IV, xvi).

36. FIESTAS DE LA LABRANZA

Dentro en la ciudad del Cozco, a las faldas del cerro donde está la fortaleza, había un andén grande de muchas hanegas de tierra, y hoy estará vivo si no lo han cubierto de casas: llámase *Collcampata*. El barrio donde está tomó el nombre propio del andén, el cual era particular y principal joya del sol, porque fue la primera que en todo el imperio de los Incas le dedicaron. Este andén labraban y beneficiaban los de la sangre real, y no podían trabajar otros en él sino los Incas y Pallas. Hacíase con grandísima fiesta, principalmente el barbechar. Iban los Incas con todas sus mayores galas y arreos; los cantares que decían en loor del sol y de sus reyes todos eran compuestos sobre la significación de esta palabra *haylli*, que en la lengua general del Perú quiere decir triunfo, como que triunfaban de la tierra barbechándola y desentrañándola, para que diese fruto. En estos cantares entremetían dichos graciosos de enamorados discretos y de soldados valientes, todo a propósito de triunfar de la tierra que labraban; y así el retruécano de todas sus coplas era la palabra *haylli*, repetida muchas veces, cuantas era menester para cumplir el compás que los indios traen en un cierto contrapaso que hacen barbechando la tierra, con entradas y salidas que hacen para tomar vuelo y romperla mejor.

Traen por arado un palo de una braza en largo; es llano por delante y rollizo por detrás; tiene cuatro dedos de ancho, hácenle una punta para que entre en la tierra. Media vara de la

punta hacen un estribo de dos palos atados fuertemente al palo principal, donde el indio pone el pie de salto, y con la fuerza hinca el arado hasta el estribo. Andan en cuadrillas de siete en siete y de ocho en ocho, más y menos como es la parentela o camarada, y apalancando todos juntos a una levantan grandísimos céspedes, increíbles a quienes no los ha visto. Y es de admiración ver que con tan flacos instrumentos hagan obra tan grande, y la hacen con grandísima facilidad sin perder el compás del canto. Las mujeres andan contrapuestas a los varones, para ayudar con las manos a levantar los céspedes y volcar las raíces de las yerbas hacia arriba, para que se sequen y mueran y haya menos que escardar. Ayudan también a cantar a sus maridos, y particularmente con el retruécano *haylli*.

Pareciendo bien estos cantares de los indios y el tono de ellos al maestro de capilla de aquella iglesia catedral, compuso el año de cincuenta y uno o el de cincuenta y dos, una chanzoneta en canto de órgano para la fiesta del Santísimo Sacramento, contrahecha muy al natural al canto de los Incas. Salieron ocho muchachos mestizos de mis condiscípulos, vestidos como indios con sendos arados en las manos, con que representaron en la procesión el cantar y el *haylli* de los indios, ayudándoles toda la capilla al retruécano de las coplas, con gran contento de los españoles y suma alegría de los indios, de ver que con sus cantos y bailes solemnizasen los españoles la fiesta del Señor Dios Nuestro, al cual ellos llaman *Pachacamac*, que quiere decir el que da vida al universo.

He referido la fiesta particular que los Incas hacían cuando barbechaban aquel andén dedicado al sol, que lo vi en mis niñeces dos o tres años, para que por ellas se saquen las demás fiestas que en todo el Perú se hacían cuando barbechaban las tierras del sol y las del Inca, aunque aquella fiesta que yo vi, en comparación de las que hacían en tiempo de sus Incas, era sombra de las pasadas, según lo encarecían los indios (V, ii).

37. GRANEROS DE MAÍZ

A los orones llaman *pirua*; son hechos de barro pisado con mucha paja. En tiempo de sus reyes los hacían con mucha curiosidad: eran largos más o menos, conforme al altor de las paredes del aposento donde los ponían; eran angostos y cuadrados y enterizos, que los debían de hacer con molde, y de diferentes tamaños. Hacíanlos por cuenta y medida unos mayores que otros, de a treinta hanegas, de a cincuenta y de a ciento, y de a doscientas más y menos, como convenía hacerlos. Cada tamaño de orones estaba en su aposento de por sí, porque se habían hecho a medida de él; poníanlos arrimados a todas cuatro paredes y por medio del aposento; por sus hiladas dejaban calles entre unos y otros para henchirlos y vaciarlos a sus tiempos. No los mudaban de donde una vez los ponían. Para vaciar el orón hacían por la delantera de él unas ventanillas de una ochava en cuadro, abiertas por su cuenta y medida, para saber por ellas las hanegas que se habían sacado y las que quedaban, sin haberlas medido. De manera que por el tamaño de los orones sabían con mucha facilidad el maíz que en cada aposento y en cada depósito había, y por las ventanillas sabían lo que habían sacado y lo que quedaba en cada orón. Yo vi algunos de estos orones que quedaron del tiempo de los Incas, y eran de los más aventajados porque estaban en la casa de las vírgenes escogidas, mujeres del sol, y eran hechos para el servicio de aquellas mujeres. Cuando los vi era la casa de los hijos de Pedro del Barco, que fueron mis condiscípulos (V, v).

38. UNA MENDIGA EJEMPLAR

La costumbre de no pedir nadie limosna todavía se guardaba en mis tiempos, que hasta el año de mil y quinientos y sesenta que salí del Perú, por todo lo que por él anduve no vi indio ni india que la pidiese. Sola una vieja conocí en el Cozco, que se decía Isabel, que la pedía, y más era por andarse chocarreando de casa en casa como las gitanas, que no por necesidad que hubiese. Los indios e indias se lo reñían, y riñéndola escupían en el suelo, que es señal de vituperio y abominación; y por ende no pedía la vieja a los indios sino a los españoles, y como entonces aún no había en mi tierra moneda labrada, le daban maíz en limosna, que era lo que ella pedía. Y si sentía que se lo daban de buena gana, pedía un poco de carne; y si se la daban, pedía un poco del brebaje que beben; y luego, con sus chocarrerías, haciéndose truhana, pedía un poco de *cuca*, que es la yerba preciada que los indios traen en la boca; y de esta manera andaba en su vida holgazana y viciosa (V. ix).

39. CONDORES Y PINTURAS

Hablando del Inca Viracocha, es de saber que quedó tan ufano y glorioso de sus hazañas y de la nueva adoración que los indios le hacían, que no contento con la obra famosa del templo, hizo otra galana y vistosa, aunque no menos mordaz contra su padre que aguda en su favor, aunque dicen los indios que no la hizo hasta que su padre fue muerto. Y fue que en una peña altísima que entre otras muchas hay en el paraje don-

de su padre paró cuando salió del Cozco retirándose de los *chancas*, mandó pintar dos aves que los indios llaman *cuntur*, que son tan grandes que muchas se han visto tener cinco varas de medir de punta a punta de las alas. Son aves de rapiña y ferocísimas, aunque la naturaleza, madre común, por temprarles la ferocidad les quitó las garras; tienen las manos como pies de gallina, pero el pico tan feroz y fuerte que de una herronada rompen el cuero a una vaca, que dos aves de aquéllas la acometen y matan, como si fueran lobos. Son prietas y blancas a remiendos como las urracas. Dos aves de éstas mandó pintar, la una con las alas cerradas y la cabeza baja y encogida, como se ponen las aves, por fieras que sean, cuando se quieren esconder; tenía el rostro hacia Collasuyu y las espaldas al Cozco. La otra mandó pintar en contrario, el rostro vuelto a la ciudad y feroz con las alas abiertas, como que iba volando a hacer alguna presa. Decían los indios que el un *cuntur* figuraba a su padre, que había salido huyendo del Cozco, e iba a esconderse en el Collao; y el otro representaba al Inca Viracocha que había vuelto volando a defender la ciudad y todo su imperio.

Esta pintura vivía en todo su buen ser el año de mil y quinientos y ochenta, y el de noventa y cinco pregunté a un sacerdote criollo que vino del Perú a España si la había visto, y cómo estaba. Díjome que estaba muy gastada, que casi no se divisaba nada de ella, porque el tiempo, con sus aguas, y el descuido de la perpetuidad de aquélla y otras semejantes antiguallas la habían arruinado (V, xxiii).

40. ACEQUIAS DE REGADÍO

Otra acequia semejante atraviesa casi todo Cuntisuyu, y corre del sur al norte más de ciento y cincuenta leguas por lo alto

de las sierras más altas que hay en aquellas provincias, y sale a los quechuas, y sirve o servía solamente para regar los pastos cuando el otoño detenía sus aguas. De estas acequias para regar los pastos hay muchas en todo el imperio que los Incas gobernaron: es obra digna de la grandeza y gobierno de tales príncipes. Puédense igualar estas acequias a las mayores obras que en el mundo ha habido, y darles el primer lugar, consideradas las sierras altísimas por donde las llevaban, las peñas grandísimas que rompían sin instrumentos de acero ni hierro, sino que con unas piedras quebrantaban otras a pura fuerza de brazos; y que no supieron hacer cimbras para sobre ellas armar arcos de puentes con que atajar las quebradas y los arroyos. Si algún arroyo hondo se le atravesaba, iban a descabezarlo hasta su nacimiento, rodeando las sierras todas que se le ofrecían por delante. Las acequias eran de diez, doce pies de hueco por la parte de la sierra a que iban arrimadas. Rompían la misma sierra por el paso del agua, y por la parte de afuera les ponían grandes losas de piedras labradas por todas sus seis partes, de vara y media y de dos varas de largo, y más de vara de alto, las cuales iban puestas a la hila, pegadas unas a otras, y fortalecidas por la parte de afuera con grandes céspedes y mucha tierra arrimada a las losas, para que el ganado que atravesase de una parte a otra no desportillase la acequia.

Ésta, que viene atravesando todo el distrito llamado Cuntisuyu, vi en la provincia llamada Quechua, que es al fin del mismo distrito, y tiene todo lo que he dicho, y la miré con mucha atención; y cierto son obras tan grandes y admirables que exceden a toda pintura y encarecimiento que de ellas se pueda hacer. Los españoles, como extranjeros, no han hecho caso de semejantes grandezas, ni para sustentarlas, ni para estimarlas, ni aun para haber hecho mención de ellas en sus historias; parece que a sabiendas, o con sobra de descuido, que es lo más cierto, han permitido que se pierdan todas. Lo mismo ha sido de las acequias que los indios tenían sacadas para regar las

tierras de pan, que han dejado perder las dos tercias partes, que hoy, y muchos años atrás, no sirven ya, sino las acequias que no pueden dejar de sustentar por la necesidad que tienen de ellas. De las que se han perdido, grandes y chicas, viven todavía los rastros y señales (V, xxiv).

41. UN VALLE AJARDINADO

Concluido lo que se ha dicho, [el Inca Viracocha] mandó hacer grandes y suntuosos edificios por todo su imperio, particularmente en el valle Yucay, y más abajo, en Tampu. Aquel valle se aventaja en excelencias a todos los que hay en el Perú, por lo cual todos los reyes Incas, desde Manco Capac, que fue el primero, hasta el último, lo tuvieron por jardín y lugar de sus deleites y recreación, donde iban a alentarse de la carga y pesadumbre que el reinar tiene consigo, con los negocios de paz y de guerra que perpetuamente se ofrecen. Está cuatro leguas pequeñas al nordeste de la ciudad. El sitio es amenísimo, de aires frescos y suaves, de lindas aguas, de perpetua templanza, de tiempo sin frío ni calor, sin moscas ni mosquitos ni otras sabandijas penosas. Está entre dos sierras grandes, la que tiene al levante es la gran cordillera de la Sierra Nevada, que con una de sus vueltas llega hasta allí. Lo alto de aquella sierra es de perpetua nieve, de la cual descienden al valle muchos arroyos de agua de que sacan acequias para regar los campos. Lo medio de la sierra es de bravísimas montañas; la falda de ella es de ricos y abundantes pastos, llenos de venados, corzos, gamos, *huana-cus* y vicuñas, y perdices y otras muchas aves, aunque el desperdicio de los españoles tiene ya destruido todo lo que es cacería. Lo llano del valle es de fertilísimas heredades, llenas de viñas y árboles frutales y cañaverales de azúcar que los españoles han puesto.

La otra sierra que tiene al poniente es baja, aunque tiene más de una legua de subida; al pie de ella corre el caudaloso río de Yucay, con suave y mansa corriente, con mucha pesquería y abundancia de garzas, ánades y otras aves de agua. Por las cuales cosas se van a convalecer a aquel valle todos los enfermos del Cozco que pueden ir a él, porque la ciudad, por ser de temple más frío, no es buena para convalecientes. El día de hoy no se tiene por bien andante el español morador del Cozco si no tiene parte en aquel valle. Este Inca Viracocha fue particularmente aficionado a aquel sitio, y así mandó hacer en él muchos edificios, unos para recreación y otros para mostrar majestad y grandeza: yo alcancé alguna parte de ellos (V, xxvii).

42. PROFECÍA DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

A este Inca Viracocha dan los suyos el origen del pronóstico que los reyes del Perú tuvieron, que después que hubiese reinado cierto número de ellos, había de ir a aquella tierra gente nunca jamás vista y les había de quitar la idolatría y el imperio. Esto contenía el pronóstico en suma, dicho en palabras confusas de dos sentidos, que no se dejaban entender. Dicen los indios que como este Inca, después del sueño de la fantasma⁹, quedase hecho oráculo de ellos, los *amautas*, que eran los filósofos, y el sumo sacerdote, con los sacerdotes más antiguos del templo del sol, que eran los adivinos, le preguntaban a sus tiempos lo que había soñado, y qué de los sueños y de las cometas del cielo, y de los agüeros de la tierra que cataban en aves y animales, y de las supersticiones y anuncios que de sus sacrificios sacaban. Consultándolo todo con los suyos, salió el Inca Viracocha con el pronóstico referido, haciéndose adivino

⁹ Episodio que narra en el libro IV, cap. xxi.

mayor; y mandó que se guardase por tradición en la memoria de los reyes, y que no se divulgase entre la gente común, porque no era lícito profanar lo que tenían por revelación divina, ni era bien que se supiese ni se dijese que en algún tiempo habían de perder los Incas su idolatría y su imperio, que caerían de la alteza y divinidad en que los tenían. Por esto no se habló más de este pronóstico hasta el Inca Huayna Capac, que lo declaró muy al descubierto poco antes de su muerte, como en su lugar diremos. Algunos historiadores tocan brevemente en lo que hemos dicho; dicen que dio el pronóstico un dios que los indios tenían, llamado Ticci Viracocha. Lo que yo digo lo oí al Inca viejo, que contaba las antigüedades y fábulas de sus reyes en presencia de mi madre.

Por haber dado este pronóstico el Inca Viracocha, y por haberse cumplido con la ida de los españoles al Perú, y haberlo ganado ellos, y quitado la idolatría de los Incas, y predicado la fe católica de nuestra santa Madre Iglesia romana, dieron los indios el nombre Viracocha a los españoles. Y fue la segunda razón que tuvieron para dárselo, juntándola con la primera, que fue decir que eran hijos del dios fantástico Viracocha, enviados por él (como atrás dijimos), para remedio de los Incas y castigo del tirano (V, xxviii).

43. MOMIAS DE LOS REYES INCAS

Murió el Inca Viracocha en la majestad y alteza de estado que se ha referido. Fue llorado universalmente de todo su imperio, adorado por dios, hijo del sol, a quien ofrecieron muchos sacrificios. Dejó por heredero a Pachacutec Inca y a otros muchos hijos e hijas legítimos en sangre real, y no legítimos. Ganó once provincias, las cuatro al mediodía del Cozco, y las siete

al septentrión. No se sabe de cierto qué años vivió ni cuántos reinó, mas de que comúnmente se tiene que fueron más de cincuenta los de su reinado, y así lo mostraba su cuerpo cuando yo lo vi en el Cozco al principio del año de mil y quinientos y sesenta, que habiendo de venirme a España, fui a la posada del licenciado Polo Ondegardo, natural de Salamanca, que era corregidor de aquella ciudad, a besarle las manos y despedirme de él para mi viaje. El cual, entre otros favores que me hizo, me dijo: “Pues que vais a España, entrad en ese aposento: veréis algunos de los vuestros que he sacado a luz, para que llevéis que contar por allá”. En el aposento hallé cinco cuerpos de los reyes Incas, tres de varón y dos de mujer. El uno de ellos decían los indios que era este Inca Viracocha: mostraba bien su larga edad, tenía la cabeza blanca como la nieve. El segundo decían que era el gran Tupac Inca Yupanqui, que fue bisnieto de Viracocha Inca. El tercero era Huayna Capac, hijo de Tupac Inca Yupanqui y tataranieto del Inca Viracocha. Los dos últimos no mostraban haber vivido tanto, que aunque tenían canas eran menos que las del Viracocha. La una de las mujeres era la reina Mama Runtu, mujer de este Inca Viracocha. La otra era la coya Mama Ocllo, madre de Huayna Capac, y es verisímile que los indios los tuviesen juntos después de muertos, marido y mujer, como vivieron en vida. Los cuerpos estaban tan enteros que no les faltaba cabello, ceja ni pestaña. Estaban con sus vestiduras como andaban en vida; los *llautos*¹⁰ en las cabezas, sin más ornamento ni insignia de las reales. Estaban asentados, como suelen sentarse los indios y las indias; las manos tenían cruzadas sobre el pecho, la derecha sobre la izquierda; los ojos bajos, como que miraban al suelo. El P. M. Acosta, hablando de uno de estos

¹⁰ *Llautos*: “traían los Incas en la cabeza por tocado una trenza, que llaman *llautu*; hacíanla de muchos colores y del ancho de un dedo y poco menos gruesa. Esta trenza rodeaban a la cabeza, y daban cuatro o cinco vueltas, y quedaba como una guirnalda”, *Comentarios*, I, xxii.

cuerpos, que también los alcanzó su paternidad, dice, libro sexto, capítulo XXI: “Estaba el cuerpo tan entero y bien aderezado con cierto betún, que parecía vivo. Los ojos tenía hechos de una telilla de oro, tan bien puestos que no le hacían falta los naturales”. Yo confieso mi descuido, que no los miré tanto, y fue porque no pensaba escribir de ellos, que si lo pensara, mirara más por entero cómo estaban, y supiera cómo y con qué los embalsamaban, que a mí, por ser hijo natural, no me lo negaran, como lo han negado a los españoles, que por diligencias que han hecho no ha sido posible sacarlo de los indios. Debe de ser porque les falta ya la tradición de esto, como de otras cosas que hemos dicho y diremos. Tampoco eché de ver el betún, porque estaban tan enteros que parecían estar vivos, como su paternidad dice. Y es de creer que lo tenían, porque cuerpos muertos de tantos años, y estar tan enteros y llenos de sus carnes, como lo parecían, no es posible sino que les ponían algo, pero era tan disimulado que no se descubría.

El mismo autor, hablando de estos cuerpos, libro quinto, capítulo VI, dice lo que se sigue: “Primeramente, los cuerpos de los reyes y señores procuraban conservarlos, y permanecían enteros, sin oler mal ni corromperse más de doscientos años. De esta manera estaban los reyes Incas en el Cozco, cada uno en su capilla y adoratorio: de los cuales el visorrey, marqués de Cañete (por extirpar la idolatría) hizo sacar y traer a la ciudad de los Reyes tres o cuatro de ellos, que causó admiración ver cuerpos humanos de tantos años con tan linda tez y tan enteros”. Hasta aquí es del P. M. Y es de advertir que la ciudad de los Reyes (donde había casi veinte años que los cuerpos estaban cuando su paternidad los vio) es tierra muy caliente y húmeda, y por ende muy corrosiva, particularmente de carnes, que no se pueden guardar de un día para otro: con todo eso dice que causaba admiración ver cuerpos de tantos años con tan linda tez y tan enteros. Pues cuánto mejor estarían veinte años antes, y en el Cozco, donde por ser tierra fría y seca se conserva la carne

sin corromperse hasta secarse como un palo. Tengo para mí que la principal y mejor diligencia que harían para embalsamarlos, sería llevarlos cerca de las nieves, y tenerlos allí hasta que se secasen las carnes, y después les pondrían el betún que el P. M. dice, para llenar y suplir las carnes que se habían secado; que los cuerpos estaban tan enteros en todo como si estuvieran vivos, sanos y buenos, que como dicen, no les faltaba sino hablar. Náceme esta conjetura de ver que el tasajo que los indios hacen en todas las tierras frías, lo hacen solamente con poner la carne al aire hasta que ha perdido toda la humedad que tenía, y no le echan sal ni otro preservativo, y así seca la guardan todo el tiempo que quieren. Y de esta manera se hacía todo el carnaje en tiempo de los Incas para bastimento de la gente de guerra.

Acuérdome que llegué a tocar un dedo de la mano de Huayna Capac; parecía que era de una estatua de palo, según estaba duro y fuerte. Los cuerpos pesaban tan poco que cualquiera indio los llevaba en brazos, o en los hombros, de casa en casa de los caballeros que los pedían para verlos. Llevábanlos cubiertos con sábanas blancas; por las calles y plazas se arrodillaban los indios haciéndoles reverencia con lágrimas y gemidos, y muchos españoles les quitaban la gorra, porque eran cuerpos de reyes, de lo cual quedaban los indios tan agradecidos que no sabían cómo decirlo (V, xxix).

44. CASAS REALES

En muchas casas de las del Inca había galpones muy grandes de a doscientos pasos de largo y de cincuenta y sesenta de ancho, todo de una pieza, que servían de plaza, en los cuales hacían sus fiestas y bailes cuando el tiempo con aguas no les

permitía estar en la plaza al descubierto. En la ciudad del Cozco alcancé a ver cuatro galpones de éstos que aún estaban en pie en mi niñez. El uno estaba en Amarucancha, casas que fueron de Hernando Pizarro, donde hoy es el colegio de la santa Compañía de Jesús, y el otro estaba en Cassana, donde ahora son las tiendas de mi condiscípulo Juan de Cillorico, y el otro estaba en Colcampata, en las casas que fueron del Inca Paullu y de su hijo don Carlos, que también fue mi condiscípulo. Este galpón era el menor de todos cuatro, y el mayor era el de Cassana, que era capaz de tres mil personas: cosa increíble que hubiese madera que alcanzase a cubrir tan grandes piezas. El cuarto galpón es el que ahora sirve de iglesia catedral. Advertimos que nunca los indios del Perú labraron sobrados en sus casas, sino que todas eran piezas bajas, y no trababan unas piezas con otras, sino que todas las hacían sueltas cada una de por sí; cuando mucho de una muy gran sala o cuadra sacaban a un lado y a otro sendos aposentos pequeños que servían de recámaras. Dividían las oficinas con cercas largas o cortas para que **no se comunicasen unas con otras.**

También se advierta que todas las cuatro paredes de cante-ria o de adobes de cualquiera casa o aposento grande o chico las hacían aviadas adentro, porque no supieron trabar una pieza con otra, ni echar tirantes de una pared a otra, ni supieron usar de la clavazón. Echaban suelta sobre las paredes toda la madera que servía de tijeras; por lo alto de ella en lugar de clavos la ataban con fuertes sogas que hacen de una paja larga y suave que asemeja al esparto. Sobre esta primera madera echaban la que servía de costaneras y cabíos, atada asimismo una a otra, y otra a otra; sobre ella echaban la cobija de paja, en tanta cantidad que los edificios reales de que vamos hablando, tenían de grueso casi una braza, si ya no tenían más. La misma cobija servía de cornisa a la pared para que no se mojase; salía más de una vara afuera de la pared a verter las aguas; toda la paja que salía fuera de las paredes la cercenaban muy pareja. Una

cuadra alcancé en el valle de Yucay, labrada de la manera que hemos dicho, de más de setenta pies en cuadro, cubierta en forma de pirámide; las paredes eran de tres estados en alto, y el techo tenía más de doce estados; tenía dos aposentos pequeños a los lados. Esta pieza no quemaron los indios en el general levantamiento que hicieron contra los españoles, porque sus reyes Incas se ponían en ella para ver las fiestas más principales que en una grandísima plaza cuadrada (mejor se dijera campo), que ante ella había, se le hacían; quemaron otros muchos edificios hermosísimos que en aquel valle había, cuyas paredes yo alcancé (VI, iv).

45. EXEQUIAS REALES

Los cuerpos de los reyes después de embalsamados ponían delante de las figuras del sol en el templo del Cozco, donde les ofrecían muchos sacrificios como a hombres divinos que decían ser hijos de ese sol. El primer mes de la muerte del rey le lloraban cada día con gran sentimiento y muchos alaridos todos los de la ciudad; salía a los campos cada barrio de por sí; llevaban las insignias del Inca, sus banderas, sus armas y su ropa de vestir, la que dejaban de enterrar para hacer las obsequias. En sus llantos, a grandes voces recitaban sus hazañas hechas en la guerra, y las mercedes y beneficios que había hecho a las provincias de donde eran naturales los que vivían en aquel tal barrio. Pasado el primer mes hacían lo mismo de quince a quince días, a cada llena y conjunción de la luna, y esto duraba todo el año. Al fin de él hacían su cabo de año con toda la mayor solemnidad que podían, y con los mismos llantos, para los cuales había hombres y mujeres, señaladas y aventajadas en habilidad, como endechaderas, que cantando tonos en tonos

tristes y funerales decían las grandezas y virtudes del rey muerto. Lo que hemos dicho hacía la gente común de aquella ciudad; lo mismo hacían los Incas de la parentela real, pero con mucha más solemnidad y ventajas, como de príncipes a plebeyos.

Lo mismo se hacía en cada provincia de las del imperio, procurando cada señor de ella que por la muerte de su Inca se hiciese el mayor sentimiento que fuese posible. Con estos llantos iban a visitar los lugares donde aquel rey había parado en aquella tal provincia, en el campo caminando o en el pueblo para hacerles alguna merced, los cuales puestos, como se ha dicho, tenían en gran veneración. Allí eran mayores los llantos y alaridos, y en particular recitaban la gracia, merced o beneficio que en aquel tal lugar les había hecho. Y esto baste de las obsequias reales, a cuya semejanza hacían parte de ellas en las provincias por sus caciques, que yo me acuerdo haber visto en mis niñeces algo de ello. En una provincia de las que llaman Quechua vi que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su *curaca*: llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase qué era aquello, y me dijeron que eran las obsequias del cacique Huamampallpa, que así se llamaba el difunto (VI, v).

46. LOS QUIPUS: SU TÉCNICA Y TEMAS

Quipu quiere decir *añudar* y *ñudo*, y también se toma por la cuenta, porque los ñudos la daban de toda cosa. Hacían los indios hilos de diversos colores, unos eran de un color solo, otros de dos colores, otros de tres y otros de más, porque los colores simples y los mezclados todos tenían su significación de por sí. Los hilos eran muy torcidos de tres o cuatro liñuelos y

gruesos como un huso de hierro, y largos de a tres cuartas de vara, los cuales ensartaban en otro hilo por su orden a la larga, a manera de rapacejos. Por los colores sacaban lo que se contenía en aquel tal hilo, como el oro por el amarillo, y la plata por el blanco, y por el colorado la gente de guerra.

Las cosas que no tenían colores iban puestas por su orden, empezando de las de más calidad y procediendo hasta las de menos, cada cosa en su género, como en las mieses y legumbres. Pongamos por comparación las de España, primero el trigo, luego la cebada, luego el garbanzo, haba, mijo, etc. Y así también cuando daban cuenta de las armas, primero ponían las que tenían por más nobles, como lanzas, y luego dardos, arcos y flechas, porras y hachas, hondas y las demás armas que tenían. Y hablando de los vasallos, daban cuenta de los vecinos de cada pueblo, y luego en junto los de cada provincia. En el primer hilo ponían los viejos de sesenta años arriba, en el segundo los hombres maduros de cincuenta arriba, y el tercero contenía los de cuarenta, y así de diez a diez años hasta los niños de teta. Por la misma orden contaban las mujeres por las edades.

Algunos de estos hilos tenían otros hilitos delgados del mismo color, como hijuelas, o excepciones de aquellas reglas generales, como digamos en el hilo de los hombres o mujeres de tal edad, que se entendían ser casados. Los hilitos significaban el número de los viudos o viudas que de aquella edad había aquel año, porque estas cuentas eran anales y no daban razón más que de un año solo.

Los ñudos se daban por su orden de unidad, decena, centena, millar, decena de millar, y pocas veces o nunca pasaban a la centena de millar, porque como cada pueblo tenía su cuenta de por sí, y cada metrópoli la de su distrito, nunca llegaba el número de éstos o de aquéllos a tanta cantidad que pasase al centena de millar, que en los números que hay de allí abajo tenían hartos. Mas si se ofreciera haber de contar por el número centena de millar también lo contarán, porque en su lenguaje

pueden dar todos los números del guarismo como él los tiene; mas porque no había para qué usar de los números mayores no pasaban del decena de millar. Estos números contaban por ñudos dados en aquellos hilos, cada número dividido del otro, empero los ñudos de cada número estaban dados todos juntos debajo de una vuelta, a manera de los ñudos que se dan en el cordón del bienaventurado patriarca San Francisco, y podíase hacer bien porque nunca pasaban de veinte, como no pasan de nueve las unidades y decenas, etc.

En lo más alto de los hilos ponían el número mayor, que era el decena de millar, y más bajo el millar, y así hasta la unidad. Los ñudos de cada número y de cada hilo iban parejos unos con otros, ni más ni menos que los pone un buen contador para hacer una suma grande. Estos ñudos o quipus los tenían indios de por sí a cargo, los cuales llamaban *quipucamay*, quiere decir *el que tiene cargo de las cuentas*, y aunque en aquel tiempo había poca diferencia en los indios de buenos a malos, que según su poca malicia y el buen gobierno que tenían, todos se podían llamar buenos, con todo eso elegían para este oficio y para otro cualquiera los más aprobados y los que hubiesen dado más larga experiencia de su bondad. No se los daban por favor, porque entre aquellos indios jamás se usó favor ajeno sino el de su propia virtud. Tampoco se daban vendidos ni arrendados, porque ni supieron arrendar, ni comprar, ni vender, porque no tuvieron moneda. Trocaban unas cosas por otras, esto es, las cosas del comer y no más, que no vendían los vestidos, ni las casas, ni heredades.

Con ser los *quipucamay*s tan fieles y legales como hemos dicho, habían de ser en cada pueblo conforme a los vecinos de él, que por muy pequeño que fuese el pueblo había de haber cuatro, y de allí arriba hasta veinte y treinta, y todos tenían unos mismos registros, aunque por ser los registros todos unos mismos, bastaba que hubiera un contador o escribano. Querían los Incas que hubiese muchos en cada pueblo por excusar la

falsedad que podía haber entre los pocos, y decían que habiendo muchos habían de ser todos en la maldad o ninguno (VI, viii).

Éstos asentaban por sus ñudos todo el tributo que daban cada año al Inca, poniendo cada cosa por sus géneros, especies y calidades. Asentaban la gente que iba a la guerra, la que moría en ella, los que nacían y fallecían cada año por sus meses. En suma, decimos que escribían en aquellos ñudos todas las cosas que consistían en cuenta de números, hasta poner las batallas y recuentros que se daban, hasta decir cuántas embajadas habían traído al Inca, y cuántas pláticas y razonamientos había hecho el rey. Pero lo que contenía la embajada, ni las palabras del razonamiento, ni otro suceso historial, no podían decirlo por los ñudos, porque consiste en oración, ordenada de viva voz o por escrito, la cual no se puede referir por ñudos, porque el ñudo dice el número, mas no la palabra. Para remedio de esta falta tenían señales que mostraban los hechos historiales hazañosos, o haber habido embajada, razonamiento o plática hecha en paz o en guerra. Las cuales pláticas tomaban los indios *quipucamayus* de memoria, en suma, en breves palabras, y las encomendaban a la memoria, y por tradición las enseñaban a los sucesores de padres a hijos y descendientes, principal y particularmente en los pueblos o provincias donde había pasado, y allí se conservaban más que en otra parte, porque los naturales se preciaban de ellas. También usaban de otro remedio para que sus hazañas, y las embajadas que traían al Inca, y las respuestas que el Inca daba se conservasen en la memoria de las gentes, y es que los *amautas*, que eran los filósofos y sabios, tenían cuidado de ponerlas en prosa, en cuentos historiales, breves como fábulas, para que por sus edades los contasen a los niños y a los mozos y a la gente rústica del campo, para que pasando de mano en mano, y de edad en edad, se conservasen en la memoria de todos. También ponían las historias en modo fabuloso, con su alegoría, como hemos dicho de algunas y adelante diremos de otras. Asimismo los *haravicus*, que eran los poetas, componían versos bre-

ves y compendiosos, en los cuales encerraban la historia, o la embajada, o la respuesta del rey. En suma, decían en los versos todo lo que no podían poner en los ñudos, y aquellos versos cantaban en sus triunfos y en sus fiestas mayores, y los recitaban a los Incas noveles cuando los armaban caballeros, y de esta manera guardaban la memoria de sus historias. Empero como la experiencia lo muestra, todos eran remedios perecederos, porque las letras son las que perpetúan los hechos, mas como aquellos Incas no las alcanzaron, valiéronse de lo que pudieron inventar, y como si los ñudos fueran letras, eligieron historiadores y contadores, que llamaron *quipucamayus*, que es el que tiene cargo de los ñudos, para que por ellos y por los hilos, y por los colores de los hilos, y con el favor de los cuentos y de la poesía, escribiesen y retuviesen la tradición de sus hechos. Esta fue la manera del escribir que los Incas tuvieron en su república.

A estos *quipucamayus* acudían los *curacas* y los hombres nobles en sus provincias a saber las cosas historiales que de sus antepasados deseaban saber, o cualquier otro acaecimiento notable que hubiese pasado en aquella tal provincia, porque éstos, como escribanos y como historiadores, guardaban los registros, que eran los *quipus* anales que de los sucesos dignos de memoria se hacían, y como obligados por el oficio estudiaban perpetuamente en las señales y cifras que en los ñudos había, para conservar en la memoria la tradición que de aquellos hechos famosos tenían, porque, como historiadores, habían de dar cuenta de ellos cuando se la pidiesen, por el cual oficio eran reservados de tributo y de cualquiera otro servicio, y así nunca jamás soltaban los ñudos de las manos.

Por la misma orden daban cuenta de sus leyes y ordenanzas, ritos y ceremonias, que por el color del hilo y por el número de los ñudos sacaban la ley que prohibía tal o tal delito y la pena que se daba al quebrantador de ella. Decían el sacrificio y ceremonia que en tales y tales fiestas se hacían al sol. Declaraban la ordenanza y fuero que hablaba en favor de las viu-

das, o de los pobres o pasajeros, y así daban cuenta de todas las demás cosas tomadas de memoria por tradición. De manera que cada hilo y ñudo los traía a la memoria lo que en sí contenía, a semejanza de los mandamientos o artículos de nuestra santa fe católica y obras de misericordia, que por el número sacamos lo que debajo de él se nos manda. Así se acordaban los indios por los ñudos de las cosas que sus padres y abuelos les habían enseñado por tradición, la cual tomaban con grandísima atención y veneración, como cosas sagradas de su idolatría y leyes de sus Incas, y procuraban conservarlas en la memoria por la falta que tenían de escritura, y el indio que no había tomado de memoria por tradición las cuentas, o cualquiera otra historia que hubiese pasado entre ellos, era tan ignorante en lo uno y en lo otro, como el español o cualquiera otro extranjero. Yo traté los *quipus* y ñudos con los indios de mi padre y con otros *curacas*, cuando por San Juan y Navidad venían a la ciudad a pagar sus tributos. Los *curacas* ajenos rogaban a mi madre que me mandase les cotejase sus cuentas, porque como gente sospechosa, no se fiaban de los españoles que les tratasen verdad en aquel particular, hasta que yo les certificaba de ella, leyéndoles los traslados que de sus tributos me traían y cotejándolos con sus ñudos, y de esta manera supe de ellos tanto como los indios (VI, ix).

47. SACRIFICIOS Y AGÜEROS

Tomaban el cordero o carnero y poníanle hacia el oriente: no le ataban las manos ni los pies, sino que lo tenían asido tres o cuatro indios; abríanle vivo por el costado izquierdo, por do metían la mano y sacaban el corazón con los pulmones y todo el gazgorro, arrancándolo con la mano y no cortándolo, y había de salir entero desde el paladar (VI, xxi).

Tenían por felicísimo agüero si los pulmones salían palpiando, no acabados de morir, como ellos decían; y habiendo este buen agüero, aunque hubiese otros en contrario, no hacían caso de ellos. Porque decían que la bondad de este dichoso agüero vencía a la maldad y desdicha de todos los malos. Sacada la asadura, lo hinchaban de un soplo y guardaban el aire dentro, atando el cañón de la asadura o apretando con las manos, y luego miraban las vías por donde el aire entra en los pulmones y las venillas que hay por ellos, a ver si estaban muy hinchados o poco llenos de aire, porque cuanto más hinchados tanto más feliz era el agüero. Otras cosas miraban, que no sabré decir cuáles, porque no las noté. De las dichas me acuerdo que miré en ello dos veces que como niño acerté a entrar en ciertos corrales donde indios viejos, aún no bautizados, estaban haciendo este sacrificio, no del *Raymi*¹¹, que cuando yo nací ya era acabado, sino en otros casos particulares en que miraban sus agüeros, y para mirarlos sacrificaban los corderos y carneros, como hemos dicho, del sacrificio del *Raymi*, porque cuanto hacían en sus sacrificios particulares era semejanza de lo que hacían en sus fiestas principales.

Tenían por infelicísimo agüero si la res, mientras le abrían el costado, se levantaba en pie, venciendo de fuerza a los que la tenían asida. Asimismo era mala señal si al arrancar del cañón de la asadura se quebraba y no salía todo entero. También era mal pronóstico que los pulmones saliesen rotos, o el corazón lastimado, y otras cosas que, como he dicho, ni las pregunté ni las noté. De éstas me acuerdo porque las oí hablar a los indios que hallé haciendo sacrificios, preguntándose unos a otros por los buenos o malos agüeros, y no se recataban de mí por mi poca edad (VI, xxii).

¹¹ *Raymi*: era la fiesta principal del sol, y el Inca la describe largamente en libro VI, cap. xx.

48. ARMAZÓN DE CABALLERÍA

Cada año o cada dos años, o más o menos como había la disposición, admitían los mozos Incas (que siempre se ha de entender de ellos y no de otros, aunque fuesen hijos de grandes señores) a la aprobación militar; habían de ser de dieciséis años arriba. Metíanlos en una casa que para estos ejercicios tenían hecha en el barrio llamado *Colcampata*, que aún yo la alcancé en pie, y vi en ella alguna parte de estas fiestas, que más propiamente se pudieran decir sombras de las pasadas que realidad y grandeza de ellas. En esta casa había Incas viejos, experimentados en paz y en guerra, que eran maestros de los novicios que los examinaban en las cosas que diremos, y en otras que la memoria ha perdido. Hacíanles ayunar seis días un ayuno muy riguroso, porque no les daban más de sendos puñados de *zara* cruda, que es su trigo, y un jarro de agua simple sin otra cosa alguna, ni sal, ni *uchu*, que es lo que en España llaman pimienta de las Indias, cuyo condimento enriquece y saborea cualquiera pobre y mala comida que sea, aunque no sea sino de yerbas, y por esto se lo quitaban a los novicios.

No se permitía ayunar más de tres días este ayuno riguroso, empero doblabánselo a los novicios, porque era aprobación, y querían ver si eran hombres para sufrir cualquiera sed o hambre que en la guerra se le ofreciese. Otro ayuno menos riguroso ayunaban los padres y hermanos y los parientes más cercanos de los noveles, con grandísima observancia, rogando todos a su padre el sol diese fuerzas y ánimo a aquellos sus hijos para que saliesen con honra aprobados de aquellos ejercicios. Al que en este ayuno se mostraba flaco y debilitado, o pedía más comida, lo reprobaban y echaban del noviciado. Pasado el ayuno, habiéndolos confortado con alguna más vianda, los examinaban en la

ligereza de sus personas, para lo cual les hacían correr desde el cerro llamado *Huanacauri*, que ellos tenían por sagrado, hasta la fortaleza de la misma ciudad, que debe de haber casi legua y media, donde les tenían puesta una señal como pendón o bandera, y el primero que llegaba quedaba elegido por capitán de todos los demás. También quedaba con grande honra el segundo, tercero y cuarto, hasta el décimo de los primeros y más ligeros; y por el semejante quedaban notados de infamia y reprobados los que se desalentaban y desmayaban en la carrera. En la cual se ponían a trechos los padres y parientes a esforzar a los que corrían, poniéndoles delante la honra y la infamia, diciéndoles que eligiesen por menos mal reventar antes que desmayar en la carrera.

Otro día los dividían en dos números iguales, a los unos mandaban quedar en la fortaleza, y a los otros salir fuera, y que peleasen unos con otros, unos para ganar el fuerte y otros por defenderle. Y habiendo combatido de esta manera todo aquel día los trocaban el siguiente, que los que habían sido defensores fuesen ofensores, para que de todas maneras mostrasen la agilidad y habilidad que en ofender o defender las plazas fuertes les convenía tener. En estas peleas, aunque les templaban las armas para que no fuesen tan rigurosas como en las veras, había muy buenas heridas, y algunas veces muertes, porque la codicia de la victoria los encendía hasta matarse (VI, xxiv).

Pasados estos ejercicios en común, les hacían luchar unos con otros, los más iguales en edad, y que saltasen y tirasen una piedra chica o grande, y una lanza y un dardo, y cualquiera otra arma arrojadiza. Hacíanles tirar al terrero con arcos y flechas para ver la destreza que tenían en la puntería y uso de estas armas. También les hacían tirar a tira más tira para prueba de la fortaleza y ejercicio de sus brazos. Lo mismo les hacían hacer con las hondas, mandándoles tirar a puntería y a lo largo. Sin estas armas los examinaban en todas las demás que ellos usaban en la guerra para ver la destreza que en ellas tenían.

Hacíanles velar en veces diez o doce noches, puestos como centinelas para experimentar si eran hombres que resistían la fuerza del sueño; requeríanlos a sus horas inciertas, y al que hallaban durmiendo reprobaban con grande ignominia, diciéndole que era niño para recibir insignias militares de honra y majestad. Heríanlos ásperamente con varas de mimbre y otros renuevos en los brazos y piernas, que los indios del Perú en su hábito común traen descubiertas, para ver qué semblante mostraban a los golpes; y si hacían sentimiento de dolor con el rostro o con encoger tanto cuanto las piernas o brazos lo repudiaban, diciendo que quien no era para sufrir golpes de varas tan tiernas, menos sufriría los golpes y heridas de las armas duras de sus enemigos. Habían de estar como insensibles.

Otras veces los ponían [a] trechos [en] calle, y en ella entraba un capitán, maestro de armas, con una arma a manera de montante, o digamos porra, porque es lo más semejante, que se juega a dos manos, que los indios llaman *macana*; otras veces con una pica, que llaman *chuqui*, y con cualquiera de estas armas jugaba diestrisísimamente entre los noveles, y les pasaba los botes por delante de los ojos como que se los quisiese sacar, o por las piernas como para las quebrar, y si por desgracia hacían algún semblante de temor palpitando los ojos o retrayendo la pierna, los echaban de la aprobación, diciendo que quien temía los ademanes de las armas que sabían que no les habían de herir, mucho más temerían las de los enemigos, pues eran ciertos que se las tiraban para matarlos; por lo cual les convenía estar sin moverse, como rocas combatidas del mar y del viento.

Sin lo dicho habían de saber hacer de su mano todas las armas ofensivas que en la guerra hubiese menester, a lo menos las más comunes, y las que no tienen necesidad de herrería, como un arco y flechas, una tiradera que se podrá llamar bo-hordo, porque se tira con amiento de palo o de cordel, una lanza, la punta aguzada en lugar de hierro, una honda de cáñamo o esparto, que a necesidad se sirven y aprovechan de todo. De

armas defensivas no usaron de ningunas, sino fueron rodela o paveses que ellos llaman *huallcanca*. Estas rodela habían de saber hacer también de lo que pudiesen haber. Habían de saber hacer el calzado que ellos traen, que llaman *usuta*, que es de una suela de cuero, o de esparto, o de cáñamo, como las suelas de los alpargates que en España hacen; no les supieron dar capellada, empero atan las suelas al pie con unos cordeles del mismo cáñamo o lana, que por abreviar diremos que son a semejanza de los zapatos abiertos que los religiosos de San Francisco traen.

Los cordeles para este calzado hacen de lana torcida con un palillo; la lana tienen al torcer en la una mano y el palillo en la otra, y con media braza de cordel tienen hartó para el un pie. Es grueso como el dedo merguerite, porque cuanto más grueso menos ofende el pie. A esta manera de torcer un cordel, y para el efecto que vamos contando, dice un historiador de las Indias, hablando de los Incas, que hilaban, sin decir cómo ni para qué. Podrásele perdonar esta falsa relación que le hicieron, con otras muchas que así en perjuicio de los indios como de los españoles recibió sin culpa suya, porque escribió de lejos y por relaciones varias y diversas, compuestas conforme al interés y pretensión de los que se las daban. Por lo cual sea regla general que en toda la gentilidad no ha habido gente más varonil que tanto se hayapreciado de cosas de hombres como los Incas, ni que tanto aborreciesen las cosas femeniles; porque cierto todos ellos generalmente fueron magnánimos y aspiraron a las cosas más altas de las que manejaron, porque se preciaban de hijos del sol, y este blasón les levantaba a ser heroicos (VI, xxv).

49. INSIGNIAS REALES

El rey traía esta misma borla [que el príncipe heredero], empero era colorada. Sin la borla colorada traía el Inca en la

cabeza otra divisa más particular suya, y eran dos plumas de los cuchillos de las alas de una ave que llaman *corequenque*. Es nombre propio en la lengua general, no tiene significación de cosa alguna; en la particular de los Incas, que se ha perdido, la debía de tener. Las plumas son blancas y negras a pedazos, son del tamaño de las de un halcón baharí primo, y habían de ser hermanas, una de la una ala, y otra de la otra. Yo se las vi puestas al Inca Sayri Tupac. Las aves que tienen estas plumas se hallan en el despoblado de Uillcanuta, treinta y dos leguas de la ciudad del Cozco, en una laguna pequeña que allí hay al pie de aquella inaccesible Sierra Nevada. Los que las han visto afirman que no se ven más de dos, macho y hembra; que sean siempre unas, ni de dónde vengan, ni dónde críen, no se sabe, ni se han visto otras en todo el Perú más de aquéllas, según dicen los indios, con haber en aquella tierra otras muchas sierras nevadas, y despoblados, y lagunas grandes y chicas como la de Uillcanuta. Parece que semeja esto a lo del ave fénix, aunque no sé quién la haya visto como han visto estas.

Por no haberse hallado más de estas dos, ni haber noticia, según dicen, que hay otras en el mundo, traían los reyes Incas sus plumas, y las estimaban en tanto que no las podía traer otro en ninguna manera, ni aun el príncipe heredero, porque decían que estas aves, por su singularidad, semejaban a los primeros Incas sus padres, que no fueron más de dos, hombre y mujer, venidos del cielo como ellos decían, y por conservar la memoria de sus primeros padres traían por principal divisa las plumas de estas aves, teniéndolas por cosa sagrada. Tengo para mí que hay otras muchas aves de aquéllas, que no es posible tanta singularidad, baste la del fénix, sino que ellas deben de andar apareadas a solas, como se ha dicho, y los indios por la semejanza de sus primeros reyes dirán lo que dicen. Basta que las plumas del *corequenque* fueron tan estimadas como se ha visto. Dícneme que ahora en estos tiempos las traen muchos indios, dicién-

do que son descendientes de la sangre real de los Incas, y los más burlan, que ya aquella sangre se ha consumido casi del todo. Mas el ejemplo extranjero, con el cual han confundido las divisas que en las cabezas traían, por las cuales eran conocidos, les ha dado atrevimiento a esto y a mucho más, que todos se hacen ya Incas y *pallas* (VI, xxviii).

50. GRANDEZA PASADA Y DOLOR PERSONAL

Los Incas tuvieron en mucho haber sujetado el rey Chuquimancu, y estimaron tanto aquella victoria [sobre los indios yuncas], que por trofeo de ella, y porque quedase perpetua memoria de las hazañas que en aquella guerra hicieron los suyos, y también los yuncas que se mostraron valerosos, mandaron hacer en el valle llamado Huarco una fortaleza pequeña de sitio, empero grande y maravillosa en la obra. La cual, así por su edificio, como por el lugar donde estaba, que la mar batía en ella, merecía que la dejaran vivir lo que pudiera, que según estaba obrada, viviera por sí muchos siglos sin que la repararan. Cuando yo pasé por allí el año de sesenta todavía mostraba lo que fue, para más lastimar a los que la miraban (VI, xxix).

51. FIESTAS SOLEMNES

Cuatro fiestas solemnes celebraban por año los Incas en su corte. La principal y solemnísimas era la fiesta del sol llamada *Raymi*, de la cual hemos hecho larga relación. La segunda, y no menos principal, era la que hacían cuando armaban caballeros a los noveles de la sangre real; también hemos hecho mención de ésta. Resta decir de las otras dos que quedan, con las cuales

daremos fin a las fiestas, porque contar las ordinarias que se hacían cada luna, y las particulares que se celebraban en haciimiento de gracias de grandes victorias que ganaban, o cuando alguna provincia o reino venía de su voluntad a sujetarse al imperio del Inca, sería cosa muy prolija y aun penosa; baste saber que todas se hacían dentro en el templo del sol, a semejanza de su fiesta principal, aunque con muchas menos ceremonias y menos solemnidades sin salir a las plazas.

La tercera fiesta solemne se llamaba *Cusquieraimi*. Hacíase cuando ya la sementera estaba hecha y nacido el maíz. Ofrecían al sol muchos corderos, ovejas machorras y carneros, suplicándole mandase al hielo no les quemase el maíz, porque en aquel valle del Cozco, y en el de Sacsahuana y otros comarcas, y en cualesquiera otros que sean del temple de aquéllos, es muy riguroso el hielo por ser tierra fría, y daña más al maíz que a otra mies o legumbre; y es de saber que en aquellos valles hiela todo el año, así de verano como de invierno, como anochezca raso, y más hiela por San Juan que por Navidad, porque entonces anda el sol más apartado de ellos. Viendo los indios a prima noche el cielo raso sin nubes, temiendo el hielo pegaban fuego a los muladares para que se hiciesen humo, y cada uno en particular procuraba hacer humo en su corral, porque decían que con el humo se excusaba el hielo, porque servía de cobija, como las nubes, para que no helase. Yo vi esto que digo en el Cozco; si lo hacen hoy no lo sé, ni supe si era verdad o no que el humo excusase el hielo, que como muchacho no curaba saber tan por extenso las cosas que veía hacer a los indios (VII, v).

La cuarta y última fiesta solemne que los reyes Incas celebraban en su corte llamaban *Citu-a*; era de mucho regocijo para todos, porque la hacían cuando desterraban de la ciudad y su comarca las enfermedades y cualesquiera otras penas y trabajos que los hombres pueden padecer. Era como la expiación de la antigua gentilidad, que se purificaban y limpiaban de sus males.

Preparábanse para esta fiesta con ayuno y abstinencia de sus mujeres; el ayuno hacían el primer día de la luna del mes de septiembre, después del equinoccio. Tuvieron los Incas dos ayunos rigurosos, uno más que otro. El más riguroso era de sólo maíz y agua, y el maíz había de ser crudo y en poca cantidad; este ayuno, por ser tan riguroso, no pasaba de tres días; en el otro, más suave, podían comer el maíz tostado y en alguna más cantidad, y yerbas crudas, como se comen las lechugas y rábanos, etc., y *axí*, que los indios llaman *uchu*, y sal, y bebían de su brebaje, mas no comían vianda de carne, ni pescado, ni yerbas guisadas, y en el un ayuno y en el otro no podían comer más de una vez al día. Lllaman al ayuno *caci*, y al más riguroso *hatuncaci*, que quiere decir *el ayuno grande*.

Preparados todos en general, hombres y mujeres, hasta los niños, con un día del ayuno riguroso, amasaban la noche siguiente el pan llamado *zancu*. Cocíanlo hecho pelotas en ollas en seco, porque no supieron qué cosa era hacer hornos; dejábanlo a medio cocer hecho masa. Hacían dos maneras de pan, en el uno echaban sangre humana de muchachos y niños de cinco años arriba y diez abajo, sacada por sangría y no con muerte. Sacábanla de la junta de las cejas encima de las narices, y esta sangría también la usaban en sus enfermedades. Yo las vi hacer. Cocían cada manera de pan aparte, porque era para diversos efectos. Juntábanse para hacer estas ceremonias por sus parentelas: iban a casa del hermano mayor los demás hermanos, y los que no los tenían a casa del pariente más cercano mayor en edad.

La misma noche del amasijo, poco antes del amanecer, todos los que habían ayunado se lavaban los cuerpos y tomaban un poco de la masa mezclada con sangre, y la pasaban por la cabeza y rostro, pecho y espaldas, brazos y piernas, como que se limpiaban con ella para echar de sus cuerpos todas sus enfermedades. Hecho esto, el pariente mayor dueño de la casa untaba con la masa los umbrales de la puerta de la calle, y la dejaba

pegada a ellos en señal que en aquella casa se había hecho el lavatorio y limpiado los cuerpos. Las mismas ceremonias hacía el sumo sacerdote en la casa y templo del sol y en Huanacauri, que era un templo, una legua de la ciudad, que tenían en gran veneración, por ser el primer lugar donde paró el Inca Manco Capac cuando vino al Cozco, como en su lugar dijimos. Enviaban también sacerdotes a los demás lugares que tenían por sagrados, que era donde el demonio les hablaba haciéndose dios. En la casa real hacía las ceremonias un tío del rey, el más antiguo de ellos: había de ser de los legítimos.

Luego, en saliendo el sol, habiéndole adorado y suplicado mandase desterrar todos los males interiores y exteriores que tenían, se desayunaban con el otro pan amasado sin sangre. Hecha la adoración y el desayuno, que se hacía a hora señalada, porque todos a una adorasen al sol, salía de la fortaleza un Inca de la sangre real, como mensajero del sol, ricamente vestido, ceñida su manta al cuerpo, con una lanza en la mano guarnecida con un listón hecho de plumas de diversos colores, de una tercia en ancho, que bajaba desde la punta de la lanza hasta el regatón, pegada a trechos con anillos de oro (la cual insignia también servía de bandera en las guerras), salía de la fortaleza y no del templo del sol, porque decían que era mensajero de guerra y no de paz, que la fortaleza era casa del sol para tratar en ella cosas de guerra y armas, y el templo era su morada para tratar en ella de paz y amistad. Bajaba corriendo por la cuesta abajo del cerro llamado Sacsahuaman, blandiendo la lanza hasta llegar en medio de la plaza principal, donde estaban otros cuatro Incas de la sangre real con sendas lanzas en las manos como la que traía el primero, y sus mantas ceñidas como se las ciñen todos los indios siempre que han de correr o hacer alguna cosa de importancia, porque no les estorbe. El mensajero que venía tocaba con su lanza las de los cuatro indios y les decía que el sol mandaba que como mensajeros suyos desterrasen de la ciudad y

de su comarca las enfermedades y otros males que en ella hubiese.

Los cuatro Incas partían corriendo hacia los cuatro caminos reales que salen de la ciudad, y van a las cuatro partes del mundo que llamaron Tauantinsuyu. Los vecinos y moradores, hombres y mujeres, viejos y niños, mientras los cuatro iban corriendo, salían a las puertas de las casas y con grandes voces y alaridos de fiesta y regocijo, sacudían la ropa que en las manos sacaban de su vestir y la que tenían vestida, como cuando sacuden el polvo: luego pasaban las manos por la cabeza y rostro, brazos y piernas, y por todo el cuerpo, como cuando se lavan. todo lo cual era echar los males de sus casas para que los mensajeros del sol los desterrasen de la ciudad. Esto hacían no solamente en las casas por donde pasaban los cuatro Incas, mas también en toda la ciudad generalmente. Los mensajeros corrían con las lanzas un cuarto de legua fuera de la ciudad, donde hallaban apercebidos otros cuatro Incas, no de la sangre real, sino de los de privilegio, los cuales tomando las lanzas corrían otro cuarto de legua, y así otros y otros hasta alejarse de la ciudad cinco y seis leguas, donde hincaban las lanzas como poniendo término a los males desterrados para que no volviesen de allí adentro (VII, vi).

La noche siguiente salían con grandes hachos de paja tejida como los capachos del aceite, en forma redonda como bolas; llámanles *pancuncu*, duran mucho en quemarse. Atábanles sendos cordeles de una braza en largo; con los hachos corrían todas las calles hondeándolas hasta salir fuera de la ciudad, como que desterraban con los hachos los males nocturnos, habiendo desterrado con las lanzas los diurnos, y en los arroyos que por ella pasan echaban los hachos quemados y el agua en que el día antes se habían lavado, para que las aguas corrientes llevasen a la mar los males que con lo uno y lo otro habían echado de sus casas y de la ciudad. Si otro día después cualquier indio de cualquier edad que fuese topaba en los arroyos

algún hacho de éstos, huía de él más que del fuego, porque no se le pegasen los males que con ellos habían ahuyentado.

Hecha la guerra y desterrados los males a hierro y a fuego, hacían por todo aquel cuarto de la luna grandes fiestas y regocijos, dando gracias al sol porque les había desterrado sus males. Sacrificábanle muchos corderos y carneros, cuya sangre y asaduras quemaban en sacrificio, y la carne asaban en la plaza y la repartían por todos los que se hallaban en la fiesta. Había aquellos días, y también las noches, muchos bailes y cantares, y cualquiera otra manera de contento y regocijo, así en las casas como en las plazas, porque el beneficio y la salud que habían recibido era común.

Yo me acuerdo haber visto en mis niñeces parte de esta fiesta. Vi salir al primer Inca con la lanza, no de la fortaleza, que ya estaba desierta, sino de una de las casas de los Incas que está en la falda del mismo cerro de la fortaleza. Vi correr los cuatro indios con sus lanzas. Vi sacudir la ropa a toda la demás gente común y hacer los demás ademanes. Viles comer el pan llamado *zancu*. Vi los hachos llamados *pancuncu*. No vi la fiesta que con ellos hicieron de noche, porque fue a deshora y yo estaba ya dormido. Acuérdome que otro día vi un *pancuncu* en el arroyo que corre por medio de la plaza; estaba junto a las casas de mi condiscípulo en gramática Juan de Cellorico. Acuérdome que huían de él los muchachos indios que pasaban por la calle; yo no hui porque no sabía la causa, que si me la dijeran también huyera, que era niño de seis a siete años.

Aquel hacho echaron dentro en la ciudad donde digo porque ya no se hacía la fiesta con la solemnidad, observancia y veneración que en tiempo de sus reyes. No se hacía por desterrar los males, que ya se iban desengañando, sino en recordación de los tiempos pasados, porque todavía vivían muchos viejos antiguos en su gentilidad, que no se habían bautizado. En tiempo de los Incas no paraban con los hachos hasta salir fuera de la ciudad, y allá los dejaban. El agua en que se habían lavado los

cuerpos derramaban en los arroyos que pasan por ella, aunque saliesen lejos de sus casas a buscarlos, que no les era lícito derramarla fuera de los arroyos, porque los males que con ella se habían lavado no se quedasen entre ellos, sino que el agua corriente los llevase a la mar como se ha dicho arriba (VII, vii).

52. GRANDEZA IMPERIAL DEL COZCO

El Inca Manco Capac fue el fundador de la ciudad del Cozco, la cual los españoles honraron con renombre largo y honroso, sin quitarle su propio nombre: dijéronla la gran ciudad del Cozco, cabeza de los reinos y provincias del Perú. También la llamaron la Nueva Toledo, mas luego se les cayó de la memoria este segundo nombre por la impropiedad de él, porque el Cozco no tiene río que la ciña como a Toledo, ni le asemeja en el sitio, que su población empieza de las laderas y faldas de un cerro alto, y se tiende a todas partes por un llano grande y espacioso. Tiene calles anchas y largas y plazas muy grandes, por lo cual los españoles todos en general, y los escribanos reales y los notarios en sus escrituras públicas, usan del primer título, porque el Cozco en su imperio fue otra Roma en el suyo, y así se puede cotejar la una con la otra, porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal en haber sido fundadas por sus primeros reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su imperio. La tercera, en las leyes tantas y tan buenas y bonísimas que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta, en los varones tantos y tan excelentes que engendraron, y con su buena doctrina urbana y militar criaron. En los cuales Roma hizo ventaja al Cozco, no por haberlos criado mejores, sino por haber sido más venturosa en haber alcanzado letras y eternizado con

ellas a sus hijos, que los tuvo no menos ilustres por las ciencias que excelentes por las armas, los cuales se honraron, al trocado, unos a otros; éstos haciendo hazañas en la guerra y en la paz, y aquéllos escribiendo las unas y las otras para honra de su patria y perpetua memoria de todos ellos. No sé cuáles de ellos hicieron más, si los de las armas o los de las plumas, que por ser estas facultades tan heroicas corren lanzas parejas, como se ve en el muchas veces grande Julio César, que las ejercitó ambas con tantas ventajas que no se determina en cuál de ellas fue más grande. También se duda cuál de estas dos partes de varones famosos debe más a la otra, si los guerreadores a los escritores, porque escribieron sus hazañas y las eternizaron para siempre, o si los de las letras a los de las armas, porque les dieron tan grandes hechos como los que cada día hacían, para que tuvieran que escribir toda su vida. Ambas partes tienen mucho de alegar cada una en su favor; dejarlas hemos, por decir la desdicha de nuestra patria, que aunque tuvo hijos esclarecidos en armas, y de gran juicio y entendimiento, y muy hábiles y capaces para las ciencias, porque no tuvieron letras no dejaron memoria de sus grandes hazañas y agudas sentencias, y así perecieron ellas y ellos juntamente con su república. Sólo quedaron algunos de sus hechos y dichos encomendados a una tradición flaca, y miserable enseñanza de palabra de padres a hijos, la cual también se ha perdido con la entrada de la nueva gente, y trueque de señorío y gobierno ajeno, como suele acaecer siempre que se pierden y truecan los imperios.

Yo, incitado del deseo de la conservación de las antiguallas de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan excesivo, como hasta aquí me ha sido y delante me ha de ser, el escribir su antigua república hasta acabarla. Y porque la ciudad del Cozco, madre y señora de ella, no quede olvidada en su particular, determiné dibujar en este capítulo la descripción de ella, sacada de la misma tradición que como a hijo natural me cupo, y de lo que yo

con propios ojos vi, diré los nombres antiguos que sus barrios tenían, que hasta el año de 1560, que yo salí de ella, se conservaban en su antigüedad. Después acá se han trocado algunos nombres de aquéllos, por las iglesias parroquiales que en algunos barrios se han labrado.

El rey Manco Capac, considerando bien las comodidades que aquel hermoso valle del Cozco tiene, el sitio llano, cercado por todas partes de sierras altas, con cuatro arroyos de agua, aunque pequeños, que riegan todo el valle, y que en medio de él había una hermosísima fuente de agua salobre para hacer sal, y que la tierra era fértil y el aire sano, acordó fundar su imperial ciudad en aquel sitio, conformándose, como decían los indios, con la voluntad de su padre el sol, que según la seña que le dio de la barrilla de oro, quería que asentase allí su corte, porque había de ser cabeza de su imperio. El temple de aquella ciudad antes es frío que caliente, mas no tanto que obligue a que busquen fuego para calentarse; basta entrar en un aposento donde no corra aire para perder el frío que traen de la calle, mas si hay brasero encendido sabe muy bien, y si no lo hay, se pasan sin él. Lo mismo en la ropa del vestir, que si se hacen a andar como de verano, les basta, y si como de invierno, se hallan bien. En la ropa de la cama es lo mismo, que si no quieren más de una frisada, tienen hartos, y si quieren tres, no congojan, y esto es todo el año, sin diferencia del invierno al verano, y lo mismo es en cualquiera otra región fría, templada o caliente de aquella tierra, que siempre es de una misma manera. En el Cozco, por participar, como decimos, más de frío y seco que de calor y húmedo, no se corrompe la carne, que si cuelgan un cuarto de ella en un aposento que tenga ventanas abiertas, se conserva ocho días, y quince, y treinta y ciento, hasta que se seca como un tasajo. Esto vi en la carne del ganado de aquella tierra; no sé qué será en la del ganado que han llevado de España, si por ser la del carnero de acá más caliente que la de allá hará lo mismo, o no sufrirá tanto, que esto no

lo vi, porque en mis tiempos, como adelante diremos, aún no se mataban carneros de Castilla, por la poca cría que había de ellos. Por ser el temple frío no hay moscas en aquella ciudad, sino muy pocas, y éstas se hallan al sol, que en los aposentos no entra ninguna. Mosquitos de los que pican no hay ninguno, ni otras sabandijas enfadosas; de todas es limpia aquella ciudad. Las primeras casas y moradas de ella se hicieron en laderas y faldas del cerro, llamado Sacsahuaman, que está entre el oriente y el septentrión de la ciudad. En la cumbre de aquel cerro edificaron después los sucesores de este Inca aquella soberbia fortaleza, poco estimada, antes aborrecida, de los mismos que la ganaron, pues la derribaron en brevísimo tiempo. La ciudad estaba dividida en dos partes, que al principio se dijo Hanan Cozco, que es Cozco el alto, y Hurin Cozco, que es Cozco el bajo. Dividíalas el camino de Antisuyu, que es el que va al oriente; la parte septentrional se llamaba Hanan Cozco, y la meridional Hurin Cozco. El primer barrio, que era el más principal, se llamaba Collcampata. *Collcam* debe de ser dicción de la lengua particular de los Incas, no sé qué signifique. *Pata* quiere decir *andén*. También significa *grada de escalera*, y porque los andenes se hacen en forma de escalera, les dieron este nombre; también quiere decir *pozo*, cualquiera que sea.

En aquel andén fundó el Inca Manco Capac su casa real, que después fue de Paullu, hijo de Huayna Capac. Yo alcancé de ella un galpón muy grande y espacioso, que servía de plaza en días lluviosos, para solemnizar en él sus fiestas principales. Sólo aquel galpón quedaba en pie cuando salí del Cozco, que otros semejantes, de que diremos, los dejé todos caídos. Luego se sigue, yendo en cerco hacia el oriente, otro barrio llamado *Cantutpata*, quiere decir *andén de clavellinas*. Llamán *cantut* a unas flores muy lindas, que asemejan en parte a las clavellinas de España. Antes de los españoles no había clavellinas en aquella tierra. Seméjase el *cantut* en rama y hojas y espinas a las cambroneras de la Andalucía; son matas muy grandes, y porque

en aquel barrio las había grandísimas (que aún yo las alcancé), le llamaron así. Siguiendo el mismo viaje en cerco al levante se sigue otro barrio llamado *Pumacurcu*, quiere decir *viga de leones*: *puma* es león, *curcu*, *viga*; porque en unas grandes vigas que había en el barrio ataban los leones que presentaban al Inca, hasta domesticarlos y ponerlos donde habían de estar. Luego se sigue otro barrio grandísimo, llamado *Tococachi*; no sé qué signifique la compostura de este nombre, porque *toco* quiere decir *ventana*; *cachi* es la *sal que se come*. En buena compostura de aquel lenguaje dirá sal de la ventana, que no sé qué quisiesen decir por él, sino es que sea nombre propio, y tenga otra significación que yo no sepa. En este barrio estuvo edificado primero el convento del divino San Francisco. Torciendo un poco al mediodía, yendo en cerco, se sigue el barrio que llaman *Munaycenca*, quiere decir *ama la nariz*, porque *muna* es *amar* o *querer*, y *cenca* es *nariz*. A qué fin pusiesen tal nombre no lo sé; debió de ser con alguna ocasión o superstición, que nunca los ponían acaso. Yendo todavía con el cerco al mediodía se sigue otro gran barrio, que llaman *Rimacpampa*; quiere decir *la plaza que habla*, porque en ella se pregonaban algunas ordenanzas de las que para el gobierno de la república tenían hechas. Pregonábanlas a sus tiempos para que los vecinos las supiesen y acudiesen a cumplir lo que por ellas se les mandaba; y porque la plaza estaba en aquel barrio, le pusieron el nombre de ella. Por esta plaza sale el camino real que va a Collasuyu. Pasado el barrio de *Rimacpampa*, está otro al mediodía de la ciudad, que se dice *Pumapchupan*, quiere decir *cola de león*, porque aquel barrio fenece en punta por dos arroyos, que al fin de él se juntan, haciendo punta de escuadra. También le dieron este nombre por decir que era aquel barrio lo último de la ciudad: quisieron honrarle con llamarle cola y cabo del león. Sin esto tenían leones en él y otros animales fieros. Lejos de este barrio, al poniente de él, había un pueblo de más de trescientos vecinos, llamado *Cayaucachi*. Estaba aquel

pueblo más de mil pasos de las últimas casas de la ciudad. Esto era el año de mil y quinientos y sesenta; ahora que es el año de mil y seiscientos y dos que escribo esto, está ya (según me han dicho) dentro en el Cozco, cuya población se ha extendido tanto que lo ha abrazado en sí por todas partes.

Al poniente de la ciudad, otros mil pasos de ella, había otro barrio llamado *Chaquillchaca*, que también es nombre impertinente para compuesto, si ya no es propio. Por allí sale el camino real que va a Cuntisuyu. Cerca de aquel camino están dos caños de muy linda agua, que va encañada por debajo de tierra: no saben decir los indios de dónde la llevaron, porque es obra muy antigua, y también porque van faltando las tradiciones de cosas tan particulares. Lllaman *Collquemachachuary* a aquellos caños: quiere decir *culebras de plata*, porque el agua se asemeja en lo blando a la plata, y los caños a las culebras en las vueltas que van dando por la tierra. También me han dicho que llega ya la población de la ciudad hasta Chaquillchaca. Yendo con el mismo cerco, volviendo del poniente hacia el norte, había otro barrio, llamado *Pichu*. También estaba fuera de la ciudad. Adelante de éste, siguiendo el mismo cerco, había otro barrio llamado *Quillipata*, el cual también estaba fuera de lo poblado. Más adelante, al norte de la ciudad, yendo con el mismo cerco, está el gran barrio llamado *Carmenca*, nombre propio y no de la lengua general. Por él sale el camino real que va a Chinchasuyu. Volviendo con el cerco hacia el oriente, está luego el barrio llamado *Huacapuncu*: quiere decir la *puerta del santuario*, porque *huaca*, como en su lugar declaramos, entre otras muchas significaciones que tiene, quiere decir *templo* o *santuario*; *puncu* es *puerta*. Llamáronle así porque por aquel barrio entra el arroyo que pasa por medio de la plaza principal del Cozco, y con el arroyo baja una calle muy ancha y larga, y ambos atraviesan toda la ciudad, y legua y media de ella van a juntarse con el camino real de Collasuyu. Llamaron aquella entrada Puerta del Santuario o del Templo, porque además

de los barrios dedicados para templo del sol, y para la casa de las vírgenes escogidas, que eran sus principales santuarios, tuvieron toda aquella ciudad por cosa sagrada, y fue uno de sus mayores ídolos; y por este respecto llamaron a esta entrada del arroyo y de la calle Puerta del Santuario. Y a la salida del mismo arroyo y calle dijeron Cola del León, por decir que su ciudad era santa en sus leyes y vana religión, y un león en sus armas y milicia. Este barrio *Huacapuncu* llega a juntarse con el de *Collcampata*, de donde empezamos a hacer el cerco de los barrios de la ciudad, y así queda hecho el cerco entero (VII, viii).

Los Incas dividieron aquellos barrios conforme a las cuatro partes de su imperio, que llamaron Tauantinsuyu, y esto tuvo principio desde el primer Inca Manco Capac, que dio orden que los salvajes que reducía a su servicio, fuesen poblando conforme a los lugares de donde venían. Los del oriente al oriente, y los del poniente al poniente, y así a los demás. Conforme a esto estaban las casas de aquellos primeros vasallos en la redondez de la parte de adentro de aquel gran cerco; y los que se iban conquistando iban poblando conforme a los sitios de sus provincias. Los *curacas* hacían sus casas para cuando viniesen a la corte, y cabe las del uno hacia el otro las suyas, y luego otro y otro, guardando cada uno de ellos el sitio de su provincia, que si estaba a mano derecha de su vecina, labraba sus casas a su mano derecha, y si a la izquierda, a la izquierda, y si a las espaldas, a las espaldas, por tal orden y concierto, que bien mirados aquellos barrios y las casas de tantas y tan diversas naciones como en ellas vivían, se veía y comprendía todo el imperio junto, como en el espejo o en una pintura de cosmografía. Pedro de Cieza, escribiendo el sitio del Cozco, dice al mismo propósito lo que se sigue, capítulo XCIII: “Y como esta ciudad estuviese llena de naciones extranjeras y tan peregrinas, pues había indios de Chile, Pasto, Cañares, Chachapoyas, Guancas, Collas, y de los demás linajes que hay en las provincias ya dichas, cada li-

naje de ellos estaba por sí en el lugar y parte que les era señalado por los gobernadores de la misma ciudad. Éstos guardaban las costumbres de sus padres, andaban al uso de sus tierras, y aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conocían con las señales que en las cabezas se ponían". Hasta aquí es de Pedro de Cieza.

Las señales que traían en las cabezas eran maneras de tocados, que cada nación y cada provincia traía diferentes de la otra para ser conocida. No fue invención de los Incas, sino uso de aquellas gentes. Los reyes mandaron que se conservase, porque no se confundiesen las naciones y linajes de Pasto a Chile, donde, según el mismo autor, capítulo XXXVIII, hay más de mil y trescientas leguas. De manera que en aquel gran cerco de barrios y casas vivían solamente los vasallos de todo el imperio, y no los Incas ni los de su sangre real. Eran arrabales de la ciudad, la cual iremos ahora pintando por sus calles de septentrión al mediodía, y los barrios y casas que hay entre calle y calle, como ellas van. Diremos las casas de los reyes, y a quién cupieron en el repartimiento que los españoles hicieron de ellas cuando las ganaron.

Del cerro llamado Sacsahuaman descende un arroyo de poca agua, y corre norte sur hasta el postrer barrio llamado Pumapchupan. Va dividiendo la ciudad de los arrabales. Más adentro de la ciudad hay una calle que ahora llaman la de San Agustín, que sigue el mismo viaje norte sur, descendiendo desde las casas del primer Inca Manco Capac, hasta en derecho de la plaza Rimacpampa. Otras tres o cuatro calles atraviesan de oriente a poniente aquel largo sitio que hay entre aquella calle y el arroyo. En aquel espacio largo y ancho vivían los Incas de la sangre real, divididos por sus *ayllus*, que es linajes, que aunque todos ellos eran de una sangre y de un linaje, descendientes del rey Manco Capac, con todo eso hacían sus divisiones de descendencia de tal o tal rey, por todos los reyes que fueron, diciendo: "Éstos descienden del Inca Fulano y aquéllos del

Inca Zutano", y así todos los demás. Y esto es lo que los historiadores españoles dicen en confuso, que tal Inca hizo tal linaje, y tal Inca otro linaje llamado tal, dando a entender que eran diferentes linajes, siendo todo uno, como lo dan a entender los indios con llamar en común a todos aquellos linajes divididos *Capac Ayllu*, que es linaje augusto de sangre real. También llamaron Inca sin división alguna a los varones de aquel linaje, que quiere decir varón de la sangre real, y a las mujeres Palla, que es mujer de la misma sangre real. En mis tiempos vivían en aquel sitio, descendiendo de lo alto de la calle, Rodrigo de Pineda, Juan de Saavedra, Diego Ortiz de Guzmán, Pedro de los Ríos y su hermano Diego de los Ríos, Jerónimo Costillas, Gaspar Jara (cuyas eran las casas que ahora son convento del divino Agustín), Miguel Sánchez, Juan de Santa Cruz, Alonso de Soto, Gabriel Carrera, Diego de Trujillo, conquistador de los primeros y uno de los trece compañeros que perseveraron con don Francisco Pizarro, como en su lugar diremos, Antón Ruiz de Guevara, Juan de Salas, hermano del arzobispo de Sevilla e inquisidor general Valdés de Salas, sin otros de que no me acuerdo. Todos eran señores de vasallos, que tenían repartimiento de indios de los segundos conquistadores del Perú. Sin éstos vivían en aquel sitio otros muchos españoles que no tenían indios. En una de aquellas casas se fundó el convento del divino Agustín después que yo salí de aquella ciudad. Llamamos conquistador de los primeros a cualquiera de los ciento y sesenta españoles que se hallaron con don Francisco Pizarro en la prisión de Atahuallpa; y los segundos son los que entraron con don Diego de Almagro y los que fueron con don Pedro de Alvarado, que todos entraron casi juntos. A todos éstos dieron nombre de conquistadores del Perú, y no a más; y los segundos honraban mucho a los primeros, aunque algunos fuesen de menos cantidad, y de menos calidad que no ellos, porque fueron primeros.

Volviendo a lo alto de la calle de San Agustín, para entrar más adentro en la ciudad, decimos que en lo alto de ella está el convento de Santa Clara. Aquellas casas fueron primero de Alonso Díaz, yerno del gobernador Pedro Arias de Ávila. A mano derecha del convento hay muchas casas de españoles; entre ellas estaban las de Francisco de Barrientos, que después fueron de Juan Álvarez Maldonado. A mano derecha de ellas están las que fueron de Hernando Bachicao, y después de Juan Alonso Palomino; de frente de ellas, al mediodía, están las casas episcopales, las cuales fueron antes de Juan Balsa, y luego fueron de Francisco de Villacastín. Luego está la iglesia catedral que sale a la plaza principal. Aquella pieza en tiempo de los Incas era un hermoso galpón, que en días lluviosos les servía de plaza para sus fiestas. Fueron casas del Inca Viracocha, octavo rey. Yo no alcancé de ella más del galpón. Los españoles, cuando entraron en aquella ciudad, se alojaron todos en él, por estar juntos a lo que se les ofreciese. Yo la conocí cubierta de paja y la vi cubrir de teja. Al norte de la iglesia mayor, calle en medio, hay muchas casas con sus portales que salen a la plaza principal; servían de tiendas para oficiales. Al mediodía de la iglesia mayor, calle en medio, están las tiendas principales de los mercaderes más caudalosos.

A las espaldas de la iglesia están las casas que fueron de Juan de Berrío, y otras de cuyos dueños no me acuerdo. A las espaldas de las tiendas principales están las casas que fueron de Diego Maldonado, llamado el Rico, porque lo fue más que otro alguno de los del Perú; fue de los primeros conquistadores. En tiempo de los Incas se llamaba aquel sitio *Hatuncancha*; quiere decir *barrio grande*. Fueron casas de uno de los reyes llamado Inca Yupanqui. Al mediodía de las de Diego Maldonado, calle en medio, están las que fueron de Francisco Hernández Girón. Adelante de aquéllas, al mediodía, están las casas que fueron de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, y Francisco de Frías, y Sebastián de Cazalla, con otras muchas que hay a

sus lados y espaldas. Llámase aquel barrio *Puca Marca*; quiere decir *barrio colorado*. Fueron casas del rey Tupac Inca Yupanqui. Adelante de aquel barrio, al mediodía, está otro grandísimo barrio, que no me acuerdo de su nombre. En él están las casas que fueron de Alonso de Loaisa, Martín de Meneses, Juan de Figueroa, don Pedro Puertocarrero, García de Melo, Francisco Delgado, sin otras muchas de señores de vasallos cuyos nombres se me han ido de la memoria. Más adelante de aquel barrio, yendo todavía al sur, está la plaza llamada *Intipampa*; quiere decir *plaza del sol*, porque estaba delante de la casa y templo del sol, donde llegaban los que no eran Incas con las ofrendas que le llevaban, porque no podían entrar dentro en la casa. Allí las recibían los sacerdotes y las presentaban a la imagen del sol que adoraban por dios. El barrio donde estaba el templo del sol se llamaba *Coricancha*, que es barrio de oro, plata y piedras preciosas, que, como en otra parte dijimos, había en aquel templo y en aquel barrio. Al cual se sigue el que llaman Pumapchupan, que son ya arrabales de la ciudad (VII, ix).

Para decir los barrios que quedan me conviene volver al barrio Huacapuncu, que es Puerta del Santuario, que estaba al norte de la plaza principal de la ciudad, al que se le seguía, yendo al mediodía, otro barrio grandísimo cuyo nombre se me ha olvidado: podrémosle llamar el Barrio de las Escuelas, porque en él estaban las que fundó el rey Inca Roca, como en su vida dijimos. En indio dice *Yacha Huaci*, que es casa de enseñanza. Vivían en él los sabios y maestros de aquella república, llamados *amauta*, que es filósofo, y *haravec*, que es poeta, los cuales eran muy estimados de los Incas y de todo su imperio; tenían consigo muchos de sus discípulos, principalmente los que eran de la sangre real. Yendo del barrio de las Escuelas al mediodía están dos barrios donde había dos casas reales que salían a la plaza principal. Tomaban todo el lienzo de la plaza. La una de ellas, que estaba al levante de la otra, se decía *Coracora*; quiere decir *herbazales*, porque aquel sitio era un gran herbazal.

y la plaza que está delante era un tremedal o cenegal, y los Incas mandaron ponerla como está. Lo mismo dice Pedro de Cieza, capítulo XCII. En aquel herbazal fundó el rey Inca Roca su casa real por favorecer las escuelas, yendo muchas veces a ellas a oír los maestros. De la casa Coracora no alcancé nada, porque ya en mis tiempos estaba toda por el suelo; cupo en suerte, cuando se repartió la ciudad, a Gonzalo Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizarro, que fue uno de los que la ganaron. A este caballero conocí en el Cozco después de la batalla de Huarina y antes de la de Sacsahuana; tratábame como a propio hijo; era yo de ocho a nueve años.

La otra casa real, que estaba al poniente de Coracora, se llamaba *Cassana*, que quiere decir *casa para helar*. Pusiéronle este nombre por admiración, dando a entender que tenía tan grandes y tan hermosos edificios, que habían de helar y pasmar al que los mirase con atención. Eran casas del gran Inca Pachacutec, biznieto de Inca Roca, que por favorecer las escuelas que su bisabuelo fundó, mandó labrar su casa cerca de ellas. Aquellas dos casas reales tenían a sus espaldas las escuelas. Estaban las unas y las otras todas juntas sin división. Las escuelas tenían sus puertas principales a la calle y al arroyo. Los reyes pasaban por los postigos a oír las lecciones de sus filósofos, y el Inca Pachacutec las leía muchas veces, declarando sus leyes y estatutos, que fue gran legislador. En mi tiempo abrieron los españoles una calle, que dividió las escuelas de las casas reales de la que llamaban Cassana. Alcancé mucha parte de las paredes, que eran de cantería ricamente labrada, que mostraban haber sido aposentos reales, y un hermosísimo galpón, que en tiempo de los Incas, en días lluviosos, servía de plaza para sus fiestas y bailes. Era tan grande que muy holgadamente pudieran sesenta de a caballo jugar cañas dentro de él. Al convento de San Francisco vi en aquel galpón, que porque estaba lejos de lo poblado de los españoles se pasó a él desde el barrio Tococachi, donde antes estaba. En el galpón tenían apartado para iglesia un gran

pedazo capaz de mucha gente; luego estaban las celdas, dormitorio y refitorio, y las demás oficinas del convento, y si estuviese descubierto dentro pudieran hacer claustro. Dio el galpón y todo aquel sitio a los frailes Juan de Pancorvo, conquistador de los primeros, a quien cupo aquella casa real en el repartimiento que se hizo de las casas. Otros muchos españoles tuvieron parte en ellas, mas Juan de Pancorvo las compró todas a los principios, cuando se daban de balde. Pocos años después se pasó el convento donde ahora está, como en otro lugar diremos, tratando de la limosna que los de la ciudad hicieron a los religiosos para comprar el sitio y la obra de la iglesia. También vi derribar el galpón y hacer en el barrio Cassana las tiendas con sus portales como hoy están para morada de mercaderes y oficiales.

Delante de aquellas casas, que fueron casas reales, está la plaza principal de la ciudad, llamada *Haucaypata*, que es *andén* o *plaza de fiestas* y regocijos. Tendrá norte sus doscientos pasos de largo, poco más o menos, que son cuatrocientos pies, y este oeste ciento y cincuenta pasos de ancho hasta el arroyo. Al cabo de la plaza, al mediodía de ella, había otras dos casas reales; la que estaba cerca del arroyo, calle en medio, se llamaba *Amarucancha*, que es *barrio de las culebras grandes*; estaba de frente de Cassana. Fueron casas de Huayna Capac, ahora son de la santa Compañía de Jesús. Yo alcancé de ellas un galpón grande, aunque no tan grande como el de la Cassana. Alcancé también un hermosísimo cubo redondo que estaba en la plaza delante de la casa. En otra parte diremos que aquel cubo, que por haber sido el primer aposento que los españoles tuvieron en aquella ciudad (además de su gran hermosura), fuera bien que lo sustentaran los ganadores de ella. No alcancé otra cosa que aquella casa real, toda la demás estaba por el suelo. En el primer repartimiento cupo lo principal de esta casa real, que era lo que salía a la plaza, a Hernando Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizarro, que también fue de los primeros

ganadores de aquella ciudad. A este caballero vi en la corte de Madrid año de mil y quinientos y sesenta y dos. Otra parte cupo a Mancio Sierra de Leguízamo, de los primeros conquistadores. Otra parte de Antonio Altamirano, al cual conocí dos casas; debió de comprar la una de ellas. Otra parte se señaló para cárcel de españoles. Otra parte cupo a Alonso Mazuela, de los primeros conquistadores; después fue de Martín Dolmos. Otras partes cupieron a otros, de los cuales no tengo memoria. Al oriente de Amarucancha, la calle del Sol en medio, está el barrio llamado *Acllahuaci*, que es *casa de escogidas*, donde estaba el convento de las doncellas dedicadas al sol, de las cuales dimos larga cuenta en su lugar; y de lo que yo alcancé de sus edificios resta decir que en el repartimiento cupo parte de aquella casa a Francisco Mejía, y fue lo que sale al lienzo de la plaza, que también se ha poblado de tiendas de mercaderes. Otra parte cupo a Pedro del Barco, y otra parte al licenciado de la Gama, y otras a otros de que no me acuerdo.

Toda la población que hemos dicho de barrios y casas reales estaba al oriente del arroyo que pasa por la plaza principal, donde es de advertir que los Incas tenían aquellos tres galpones a los lados y frente de la plaza para hacer en ellos sus fiestas principales aunque lloviese los días en que cayesen las tales fiestas, que eran por las lunas nuevas de tales o tales meses, y por los solsticios. En el levantamiento general que los indios hicieron contra los españoles, cuando quemaron toda aquella ciudad reservaron del fuego los tres galpones de los cuatro que hemos dicho, que son el de Colcampata, Cassana y Amarucancha, y sobre el cuarto, que era alojamiento de los españoles, que ahora es iglesia catedral, echaron innumerables flechas con fuego, y la paja se encendió en más de veinte partes y se volvió a apagar, como en su lugar diremos, que no permitió Dios que aquel galpón se quemase aquella noche, ni otras muchas noches y días que procuraron quemarlo, que por estas maravillas, y otras semejantes que el Señor hizo para que su fe entrara en

aquel imperio, lo ganaron los españoles. También reservaron el templo del sol y la casa de las vírgenes escogidas. Todo lo demás quemaron por quemar a los españoles (VII, x).

Todo lo que hemos dicho de las casas reales y poblazón de aquella ciudad estaba al oriente del arroyo que pasa por medio de ella. Al poniente del arroyo está la plaza que llaman *Cusipata*, que es *andén de alegría y regocijo*. En tiempo de los Incas aquellas dos plazas estaban hechas una; todo el arroyo estaba cubierto con vigas gruesas y encima de ellas losas grandes para hacer suelo, porque acudían tantos señores de vasallos a las fiestas principales que hacían al sol, que no cabían en la plaza que llamamos principal; por esto la ensacharon con otra poco menos grande que ella. El arroyo cubrieron con vigas porque no supieron hacer bóveda. Los españoles gastaron la madera y dejaron cuatro puentes a trechos, que yo alcancé, y eran también de madera. Después hicieron tres de bóveda, que yo dejé. Aquellas dos plazas en mis tiempos no estaban divididas, ni tenían casas a una parte y a otra del arroyo como ahora las tienen. El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, siendo corregidor Garcilaso de la Vega, mi señor, se labraron y adjudicaron para propios de la ciudad, que la triste, aunque había sido señora y emperatriz de aquel gran imperio, no tenía entonces un maravedí de renta; no sé lo que tiene ahora. Al poniente del arroyo no habían hecho edificios los reyes Incas; sólo había el cerco de los arrabales que hemos dicho. Tenían guardado aquel sitio para que los reyes sucesores hicieran sus casas como habían hecho los pasados; que aunque es verdad que las casas de los antecesores también eran de los sucesores, ellos mandaban labrar por grandeza y majestad otras para sí, porque retuviesen el nombre del que las mandó labrar, como todas las demás cosas que hacían, que no perdían los nombres de los Incas sus dueños. lo cual no deja de ser particular grandeza de aquellos reyes. Los españoles labraron sus casas en aquel sitio, las cuales iremos di-

ciendo, siguiendo el viaje norte sur, como ellas están y cuyas eran cuando yo las dejé.

Bajando con el arroyo desde la puerta *Aucapuncu*, las primeras casas eran de Pedro de Orúe; luego seguían las de Juan de Pancorvo, y en ellas vivía Alonso de Marchena, que aunque tenía indios no quería Juan de Pancorvo que viviese en otra casa por la mucha antigua amistad que siempre tuvieron. Siguiendo el mismo viaje, calle en medio, están las casas que fueron de Hernán Bravo de Laguna, que antes fueron de Antonio Navarro y Lope Martín, de los primeros conquistadores. Otras había pegadas a ésta, que por ser españoles que no tenían indios no los nombramos; y lo mismo se entienda de los barrios que hemos dicho y dijéremos, porque hacer otra cosa fuera prolijidad insufrible. A las casas de Hernán Bravo sucedían las que fueron de Alonso de Hinojosa, que antes fueron del licenciado Carvajal, hermano del factor Illén Suárez de Carvajal, de quien hacen mención las historias del Perú. Siguiendo el mismo viaje norte sur sucede la plaza Cusipata, que hoy llaman de Nuestra Señora de las Mercedes; en ella están los indios e indias que con sus miserias hacían en mis tiempos oficios de mercaderes, trocando unas cosas por otras, porque en aquél tiempo no había uso de moneda labrada, ni se labró en los veinte años después; era como feria o mercado que los indios llaman *catu*. Pasada la plaza, al mediodía de ella, está el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que abraza todo un barrio de cuatro calles. A sus espaldas, calle en medio, había otras casas de vecinos que tenían indios, que por no acordarme de los nombres de sus dueños no las nombro; no pasaba entonces la poblazón de aquel puesto.

Volviendo al barrio llamado *Carmenca* para bajar con otra calle de casas, decimos que las más cercanas a Carmenca son las que fueron de Diego de Silva, que fue mi padrino de confirmación, hijo del famoso Feliciano de Silva. Al mediodía de éstas, calle en medio, estaban las de Pedro López de Cazalla,

secretario que fue del presidente Gasca, y las de Juan de Bel-
tanzos, y otras muchas que hay a un lado y a otro y a las es-
paldas de aquéllas, cuyos dueños no tenían indios. Pasando ade-
lante al mediodía, calle en medio, están las casas que fueron de
Alonso de Mesa, conquistador de los primeros, las cuales salen
a la plaza de Nuestra Señora. A sus lados y espaldas hay otras
muchas colaterales de que no se hace mención. Las casas que
están al mediodía de las de Alonso de Mesa, calle en medio, fue-
ron de Garcilaso de la Vega, mi señor: tenía encima de la puer-
ta principal un corredorcillo largo y angosto, donde acudían los
señores principales de la ciudad a ver las fiestas de sortija, toros
y juegos de cañas que en aquella plaza se hacían: y antes de mi
padre fueron de un hombre noble, conquistador de los prime-
ros, llamado Francisco de Oñate, que murió en la batalla de
Chupas. De aquel corredorcillo y de otras partes de la ciudad
se ve una punta de Sierra Nevada en forma de pirámide, tan
alta, que con estar veinticinco leguas de ella y haber otras
sierras en medio, se descubre mucha altura de aquella punta: no
se ven peñas ni riscos, sino nieve pura y perpetua, sin menguar
jamás. Liámanle *Ullcanuta*; quiere decir *cosa sagrada* o maravi-
llosa más que las comunes, porque este nombre *ullca* nunca lo
dieron sino a cosas dignas de admiración: y cierto aquella pirá-
mide lo es sobre todo encarecimiento que de ella se pueda
hacer. Remito me a los que la han visto o la vieren. Al poniente
de las casas de mi padre estaban las de Vasco de Guevara, con-
quistador de los segunditos, que después fueron de la *coya* doña
Beatriz, hija de ricayna Capac. Al mediodía estaban las de An-
tonio de Quiñones, que también salían a la plaza de Nuestra
Señora, calle en medio. Al mediodía de las de Antonio de Qui-
ñones estaban las de Tomás Vázquez, conquistador de los pri-
meros. Antes de él fueron de Alonso de Toro, teniente gene-
ral que fue de Gonzalo Pizarro. Matóle su suegro Diego Gon-
zález de puro miedo que de él hubo en ciertos enojos caseros.
Al poniente de las de Tomás Vázquez estaban las que fueron

de don Pedro Luis de Cabrera, y después fueron de Rodrigo de Esquivel. Al mediodía de las de Tomás Vázquez estaban las de don Antonio Pereira, hijo de Lope Martín, portugués. Luego se seguían las casas de Pedro Alonso Carrasco, conquistador de los primeros. Al mediodía de las casas de Pedro Alonso Carrasco había otras de poco momento, y eran las últimas de aquel barrio, el cual se iba poblando por los años de mil y quinientos y cincuenta y siete y cincuenta y ocho. Volviendo a las faldas del cerro Carmenca, decimos que al poniente de las casas de Diego de Silva están las que fueron de Francisco de Villafuerte, conquistador de los primeros y uno de los trece compañeros de don Francisco Pizarro. Al mediodía de ellas, calle en medio, había un andén muy largo y ancho: no tenía casas. Al mediodía de aquel andén había otro hermosísimo, donde ahora está el convento del divino San Francisco. Delante del convento está una muy grande plaza: al mediodía de ella, calle en medio, están las casas de Juan Julio de Hojeda, de los primeros conquistadores, padre de don Gómez de Tordoya, que hoy vive. Al poniente de las casas de don Gómez estaban las que fueron de Martín de Arbieto, y por aquel paraje el año de mil y quinientos y sesenta no había más poblazón. Al poniente de las casas de Martín de Arbieto está un llano muy grande que en mis tiempos servía de ejercitar los caballos en él: al cabo del llano labraron aquel rico y famoso hospital de indios que está en él: fundóse año de mil y quinientos y cincuenta y cinco o cincuenta y seis, como luego diremos. La poblazón que entonces había era la que hemos dicho. La que ahora hay más, se ha poblado de aquel año acá. Los caballeros que he nombrado en este discurso todos eran muy nobles en sangre y famosos en armas, pues ganaron aquel riquísimo imperio. Los más de ellos conocí, que de los nombrados no me faltaron diez por conocer (VII, xi).

Para tratar de la fundación de aquel hospital y de la limosna que para ella se juntó, me conviene decir primero de otra limosna que los vecinos de aquella ciudad hicieron a los reli-

giosos del divino San Francisco para pagar el sitio y el cuerpo de la iglesia que hallaron labrado, porque lo uno sucedió a lo otro, y todo pasó siendo corregidor del Cozco Garcilaso de la Vega, mi señor. Es así, que estando el convento en Cassana, como hemos dicho, los frailes, no sé por qué causa, pusieron demanda a Juan Rodríguez de Villalobos, cuyo era el sitio y lo que en él estaba labrado, y llevaron carta y sobrecarta de la chancillería de los Reyes para que les diesen la posesión del sitio, pagando a Villalobos lo que se apreciase que valían aquellos dos andenes y lo labrado de la iglesia. Todo ello se apreció en veintidós mil y doscientos ducados. Era entonces guardián un religioso de los recoletos llamado fray Juan Gallegos, hombre de santa vida y de mucho ejemplo, el cual hizo la paga dentro en casa de mi padre, que fue el que le dio la posesión, y llevó aquella cantidad en barras de plata. Admirándose los presentes de que unos religiosos hiciesen una paga tan cumplida y rica y en tan breve tiempo, porque vino mandado que se hiciese dentro de tiempo limitado, dijo el guardián: “Señores, no os admiréis, que son obras del cielo y de la mucha caridad de esta ciudad, que Dios guarde; y para que sepáis cuán grande es, os certifico que el lunes de esta semana en que estamos no tenía trescientos ducados para esta paga, y hoy jueves por la mañana me hallé con la cantidad que veis presente; porque acudieron estas dos noches, en secreto, así vecinos que tienen indios como caballeros soldados que no los tienen, con sus limosnas en tanta cantidad que despedí muchas de ellas cuando vi que tenía bastante recaudo; y más os digo, que estas dos noches pasadas no nos dejaron dormir llamando a la portería con su caridad y limosnas”. Todo esto dijo aquel buen religioso de la liberalidad de aquella ciudad, y yo lo oí.

Para decir ahora de la fundación de aquel hospital, es de saber que a este guardián sucedió otro, llamado fray Antonio de San Miguel, de la muy noble familia que de este apellido hay en Salamanca, gran teólogo, y en su vida y doctrina hijo ver-

dadero de San Francisco, que por ser tal fue después obispo de Chili, donde vivió con la santidad que siempre, como lo pregonan aquellos reinos de Chili y del Perú. Este santo varón, el segundo año de su trienio, predicando los miércoles, viernes y domingos de la Cuaresma en la iglesia catedral del Cozco, un domingo de aquéllos propuso sería bien que la ciudad hiciese un hospital de indios, y que el cabildo de ella fuese patrón de él, como lo era el de la iglesia del hospital de los españoles que había, y que se fundase aquella casa para que hubiese a quien restituir las obligaciones que los españoles conquistadores y no conquistadores tenían; porque dijo que en poco o en mucho ninguno escapaba de esta deuda. Prosiguió con esta persuasión los sermones de aquella semana, y el domingo siguiente concluyó, apercibiendo la ciudad para la limosna, y les dijo: “Señores, el corregidor y yo saldremos esta tarde a la una a pedir por amor de Dios para esta obra: mostraos tan largos y dadivosos para ella como os mostrasteis fuertes y animosos para ganar este imperio”. Aquella tarde salieron los dos y la pidieron, y por escrito asentaron lo que cada uno mandó. Anduvieron de casa en casa de los vecinos que tenían indios, que aquel día no pidieron a otros, y a la noche volvió mi padre a la suya y me mandó sumar las partidas que en el papel traía para ver la cantidad de la limosna: hallé por la suma veintiocho mil y quinientos pesos, que son treinta y cuatro mil y doscientos ducados. La manda menos fue de quinientos pesos, que son seiscientos ducados, y algunas llegaron a mil pesos. Esta fue la cantidad de aquella tarde, que se juntó en espacio de cinco horas; otros días pidieron en común a vecinos y no vecinos, y todos mandaron muy largamente, tanto, que en pocos meses pasaron de cien mil ducados. Y luego que por el reino se supo la fundación del hospital de los naturales, así hechas en salud como mandas de testamentos con que se empezó la obra, a la cual acudieron los indios de la jurisdicción de aquella ciudad con gran prontitud, sabiendo que era para ellos.

Debajo de la primera piedra que asentaron en el edificio puso Garcilaso de la Vega, mi señor, como corregidor, un doblón de oro de los que llaman de dos caras, que son de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel: puso aquel doblón por cosa rara y admirable, que en aquella tierra se hallase entonces moneda de oro ni de otro metal, porque no se labraba moneda, y la costumbre de los mercaderes españoles era llevar mercaderías por la ganancia que en ellas había, y no moneda de oro ni de plata. Algún curioso debió de llevar aquel doblón por ser moneda de España, como han llevado las demás cosas que allá no había, y se lo daría a mi padre en aquella ocasión por cosa nueva (que yo no supe cómo lo hubo), y así lo fue para todos los que aquel día lo vieron, que de mano en mano anduvo por todos los del cabildo de la ciudad, y de otros muchos caballeros que se hallaron presentes a la solemnidad de las primeras piedras. Dijeron todos que era la primera moneda labrada que en aquella tierra se había visto, y que por su novedad se empleaba muy bien en aquella obra. Diego Maldonado, llamado el Rico por su mucha riqueza, natural de Salamanca, como regidor más antiguo puso una plancha de plata y en ella esculpidas sus armas. Esta pobreza se puso como fundamento de aquel rico edificio. Después acá han concedido los sumos Pontífices muchas indulgencias y perdones a los que fallecieron en aquella casa. Lo cual sabido por una india de la sangre real que yo conocí, viéndose cercana a la muerte, pidió que para su remedio la llevasen al hospital. Sus parientes le dijeron que no los afrentase con irse al hospital, pues tenía hacienda para curarse en su casa. Respondió que no pretendía curar el cuerpo, que ya no lo había menester, sino el alma, con las gracias e indulgencias que los príncipes de la iglesia habían concedido a los que morían en aquel hospital, y así se hizo llevar y no quiso entrar en la enfermería: hizo poner su camilla a un rincón de la iglesia del hospital. Pidió que le abriesen la sepultura cerca de su cama: pidió el hábito de San Francisco para enterrarse

con él, tendiéndolo sobre su cama, mandó traer la cera que se había de gastar en su entierro, púsola cerca de sí, recibió el Santísimo Sacramento y la Extremaunción. Así estuvo cuatro días, llamando a Dios y a la Virgen María y a toda la corte celestial, hasta que falleció. La ciudad, viendo que una india había muerto tan cristianamente, quiso favorecer el hecho con honrar su entierro, porque los demás indios se animasen a hacer otro tanto, y así fueron a sus obsequias ambos cabildos, eclesiástico y seglar, sin la demás gente noble, y la enterraron con solemne caridad, de que su parentela y demás indios se dieron por muy favorecidos, regalados y estimados (VII. xii).

53. LA MARAVILLOSA FORTALEZA DEL COZCO

Maravillosos edificios hicieron los Incas, reyes del Perú, en fortalezas, en templos, en casas reales, en jardines, en pósitos y en caminos, y otras fábricas de grande excelencia, como se muestra hoy por las ruinas que de ellas han quedado, aunque mal se puede ver por los cimientos lo que fue todo el edificio.

La obra mayor y más soberbia que mandaron hacer para mostrar su poder y majestad fue la fortaleza del Cozco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar, y aun creer, que son hechas por vía de encantamiento, y que las hicieron demonios y no hombres, porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes como las que hay puestas en las tres cercas (que más son peñas que piedras), causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron, porque los indios no tuvieron hierro ni acero para las cortar ni labrar. Pues pensar cómo las trajeron al edificio es dar en otra dificultad no menor, porque no tuvieron bueyes, ni supie-

ron hacer carros, ni hay carros que las puedan sufrir, ni bueyes que basten a tirarlas: llevábanlas arrastrando a fuerza de brazos con gruesas maromas, ni los caminos por donde las llevaban eran llanos, sino sierras muy ásperas, con cuestas por donde las subían y bajaban a pura fuerza de hombres. Muchas de ellas llevaron de diez, doce, quince leguas, particularmente la piedra, o por decir mejor, la peña que los indios llaman *saycusca*, que quiere decir *cansada* (porque no llegó al edificio); se sabe que la trajeron de quince leguas de la ciudad, y que pasó el río de Yucay, que es poco menor que el Guadalquivir por Córdoba. Las que llevaron de más cerca fueron de Muyna, que está cinco leguas del Cozco. Pues pasar adelante con la imaginación y pensar cómo pudieron ajustar tanto unas piedras tan grandes que apenas pueden meter la punta de un cuchillo por ellas, es nunca acabar. Muchas de ellas están tan ajustadas que apenas se aparece la juntura: para ajustarlas tanto era menester levantar y asentar la una piedra sobre la otra muy muchas veces, porque no tuvieron escuadra, ni supieron valerse siquiera de una regla para asentarla encima de una piedra y ver por ella si estaba ajustada con la otra. Tampoco supieron hacer grúas, ni garruchas, ni otro ingenio alguno que les ayudara a subir las piedras, siendo ellas tan grandes que espantan, como lo dice el M. R. P. José de Acosta, hablando de esta misma fortaleza, que yo, por no tener la precisa medida del grandor de muchas de ellas, me quiero valer de la autoridad de este gran varón, que aunque la he pedido a los condiscípulos y me la han enviado, no ha sido la relación tan clara y distinta como yo la pedía de los tamaños de las piedras mayores, que quisiera la medida por varas y ochavas y no por brazas, como me la enviaron. Quisiérala con testimonios de escribanos, porque lo más maravilloso de aquel edificio es la increíble grandeza de las piedras, por el incomparable trabajo que era menester para alzarlas y bajar hasta ajustarlas y ponerlas como están, porque no se alcanza cómo se pudo hacer con no más ayuda de costa que la de los

brazos. Dice el P. Acosta, libro sexto, capítulo XIV: "Los edificios y fábricas que los Incas hicieron en fortalezas, en templos, en caminos, en casas de campo y otras, fueron muchos y de excesivo trabajo, como lo manifiestan el día de hoy las ruinas y pedazos que han quedado, como se ven en el Cozco, y en Tiaguanaco, y en Tambo, y en otras partes donde hay piedras de inmensa grandeza, que no se puede pensar cómo se cortaron y trajeron y asentaron donde están. Para todos estos edificios y fortalezas que el Inca mandaba hacer en el Cozco y en diversas partes de su reino acudía grandísimo número de todas las provincias, porque la labor es extraña y para espantar, y no usaban de mezcla, ni tenían hierro ni acero para cortar, ni máquinas, ni instrumentos para traerlas: y con todo eso están tan pulidamente labradas que en muchas partes apenas se ve la juntura de unas con otras. Y son tan grandes muchas piedras de éstas, como está dicho, que sería cosa increíble si no se viese. En Tiaguanaco medí yo una piedra de treinta y ocho pies de largo y de dieciocho de ancho, y el grueso sería de seis pies: y en la muralla de la fortaleza del Cozco, que es de mampostería, hay muchas piedras de mucha mayor grandeza, y lo que más admira es que no siendo cortadas éstas que digo de la muralla por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura sin mezcla. Todo esto se hacía a poder de mucha gente y con gran sufrimiento en el labrar, porque para encajar una piedra con otra era forzoso probarla muchas veces, no estando las más de ellas iguales ni llanas, etc.". Todas son palabras del P. M. Acosta, sacadas a la letra, por las cuales se verá la dificultad y el trabajo con que hicieron aquella fortaleza, porque no tuvieron instrumentos ni máquinas de que ayudarse.

Los Incas, según lo manifiesta aquella su fábrica, parece que quisieron mostrar por ella la grandeza de su poder, como se ve en la inmensidad y majestad de la obra, la cual se hizo más para admirar que no para otro fin. También quisieron hacer muestra

del ingenio de sus maestros y artífices, no sólo en la labor de la cantería pulida (que los españoles no acaban de encarecer), mas también en la obra de la cantería tosca, en la cual no mostraron menos primor que en la otra. Pretendieron asimismo mostrarse hombres de guerra en la traza del edificio, dando a cada lugar lo necesario para la defensa contra los enemigos.

La fortaleza edificaron en un cerro alto que está al septentrión de la ciudad, llamado Sacsahuaman, de cuyas faldas empieza la poblazón del Cozco, y se tiende a todas partes por gran espacio. Aquel cerro, a la parte de la ciudad, está derecho casi perpendicular, de manera que está segura la fortaleza de que por aquella banda la acometan los enemigos en escuadrón formado, ni de otra manera, ni hay sitio por allí donde puedan plantar artillería, aunque los indios no tuvieron noticia de ella hasta que fueron los españoles. Por la seguridad que por aquella banda tenía les pareció que bastaba cualquiera defensa, y así echaron solamente un muro grueso de cantería de piedra, ricamente labrada por todas cinco partes, sino era por el trasdós, como dicen los albañiles; tenía aquel muro más de doscientas brazas de largo. Cada hilada de piedra era de diferente altor, y todas las piedras de cada hilada iguales y asentadas por hilo con muy buena trabazón, y tan ajustadas unas con otras por todas cuatro partes que no admitían mezcla. Verdad es que no se la echaban de cal y arena, porque no supieron hacer cal, empero echaban por mezcla una lechada de un barro colorado que hay, muy pegajoso, para que hinchase y llenase las picaduras que al labrar la piedra se hacían. En esta cerca mostraron fortaleza y pulicía, porque el muro era grueso y la labor muy pulida a ambas partes (VII, xxvii).

En contra de este muro, por la otra parte, tiene el cerro un llano grande; por aquella banda suben a lo alto del cerro con muy poca cuesta, por donde los enemigos podían arremeter en escuadrón formado. Allí hicieron tres muros, uno delante de otro, como va subiendo el cerro; tendrá cada muro más de dos-

cientas brazas de largo. Van hechos en forma de media luna, porque van a cerrar y juntarse con el otro muro pulido que está a la parte de la ciudad. En el primer muro de aquellos tres quisieron mostrar la pujanza de su poder, que aunque todos tres son de una misma obra, aquél tiene la grandeza de ella, donde pusieron las piedras mayores que hacen increíble el edificio a quien no lo ha visto, y espantable a quien lo mira con atención, si considera bien la grandeza y la multitud de las piedras, y el poco aliño que tenían para cortarlas, labrar y asentar en la obra.

Tengo para mí que no son sacadas de canteras, porque no tienen muestra de haber sido cortadas, sino que llevaban las peñas sueltas y desasidas (que los canteros llaman *tormos*) que por aquellas sierras hallaban acomodadas para la obra, y como las hallaban, así las asentaban, porque unas son cóncavas de un cabo y convexas de otro y sesgas de otro; unas con puntas a las esquinas y otras sin ellas, las cuales faltas o demasías no las procuraban quitar ni emparejar ni añadir, sino que el vacío y cóncavo de una peña grandísima lo henchían con el lleno y convexo de otra peña tan grande o mayor, si mayor la podían hallar, y por el semejante, el sesgo o derecho de una piedra igualaban con el derecho o sesgo de otra; y la esquina que faltaba a una peña la suplían sacándola de otra, no en pieza chica que solamente hinchiese aquella falta, sino arrimando otra peña con una punta sacada de ella que cumpliese la falta de la otra. De manera que la intención de aquellos indios parece que fue no poner en aquel muro piedras chicas, aunque fuese para cumplir las faltas de las grandes, sino que todas fuesen de admirable grandeza, y que unas a otras se abrazasen, favoreciéndose todas, supliendo cada cual la falta de la otra para mayor majestad del edificio. Y esto es lo que el P. Acosta quiso encarecer diciendo: “Lo que más admira es que no siendo cortadas éstas de las murallas por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura sin mez-

cla". Con ir asentadas tan sin orden, regla ni compás, están las peñas por todas partes tan ajustadas unas con otras como la cantería pulida. La faz de aquellas peñas labraron toscamente, casi las dejaron como se estaban en su nacimiento; solamente para las junturas labraron de cada peña cuatro dedos, y aquello muy bien labrado, de manera que de lo tosco de la faz y de lo pulido de las junturas y del desorden del asiento de aquellas peñas y peñascos, vinieron a hacer una galana y vistosa labor.

Un sacerdote natural de Montilla, que fue al Perú después que yo estoy en España, y volvió en breve tiempo, hablando de esta fortaleza, particularmente de la monstruosidad de sus piedras, me dijo que antes de verlas nunca jamás imaginó creer que fuesen tan grandes como le habían dicho, y que después que las vio le parecieron mayores que la fama, y que entonces le nació otra duda más dificultosa, que fue imaginar que no pudieron asentarlas en la obra sino por arte del demonio. Ciertó tuvo razón de dificultar el cómo se asentaron en el edificio, aunque fuera con la ayuda de todas las máquinas que los ingenieros y maestros mayores de por acá tienen, cuanto más sin ellas, porque en esto excede aquella obra a las siete que escriben por maravillas del mundo; porque hacer una muralla tan larga y ancha como la de Babilonia, y un coloso de Rodas, y las pirámides de Egipto, y las demás obras, bien se ve cómo se pudieron hacer, que fue acudiendo gente innumerable y añadiendo de día en día y de año en año material a material y más material; eso me da que sea de ladrillo y betún, como la muralla de Babilonia, o de bronce y cobre, como el coloso de Rodas, o de piedra y mezcla, como las pirámides. En fin, se alcanza el cómo las hicieron, que la pujanza de la gente, mediante el largo tiempo, lo venció todo. Mas imaginar cómo pudieron aquellos indios tan sin máquinas, ingenios ni instrumentos, cortar, labrar, levantar y bajar peñas tan grandes (que más son pedazos de sierra que piedras de edificio) y ponerlas tan ajustadas como están, no se

alcanza. Y por eso lo atribuyen a encantamiento, por la familiaridad tan grande que con los demonios tenían.

En cada cerca, casi en medio de ella, había una puerta, y cada puerta tenía una piedra levadiza del ancho y alto de la puerta con que la cerraban. A la primera llamaron *Tiupuncu*, que quiere decir *puerta del arenal*, porque aquel llano es algo arenoso, de arena de hormigón. Lllaman *tiu* al arenal y a la arena, y *puncu* quiere decir puerta. A la segunda llamaron *Acahuana Puncu*, porque el maestro mayor que la hizo se llamaba Acahuana, pronunciando la sílaba *ca* en lo interior de la garganta. La tercera se llamó *Viracocha Puncu*, consagrada a su dios Viracocha, aquella fantasma de quien hablamos largo, que se apareció al príncipe Viracocha Inca y le dio aviso del levantamiento de los chancas, por lo cual lo tuvieron por defensor y nuevo fundador de la ciudad del Cozco, y como a tal le dieron aquella puerta, pidiéndole fuese guarda de ella y defensor de la fortaleza, como ya en tiempos pasados lo había sido de toda la ciudad y de todo su imperio. Entre un muro y otro de aquellos tres, por todo lo largo de ellos, hay un espacio de veinticinco o treinta pies; está terraplenado hasta lo alto de cada muro. No sabré decir si el terraplano es del mismo cerro que va subiendo, o si es hecho a mano; debe de ser de lo uno y de lo otro. Tenía cada cerca su antepecho de más de una vara en alto, de donde podían pelear con más defensa que al descubier-to (VII, xxviii).

Pasadas aquellas tres cercas hay una plaza larga y angosta donde había tres torreones fuertes en triángulo prolongado conforme al sitio. Al principal de ellos, que estaba en medio, llamaron *Moyoc Marca*, quiere decir *fortaleza redonda*, porque estaba hecha en redondo. En ella había una fuente de mucha y muy buena agua, traída de lejos por debajo de tierra. Los indios no saben decir de dónde ni por dónde. Entre el Inca y los del supremo consejo andaba secreta la tradición de semejantes cosas. En aquel torreón se aposentaban los reyes cuando subían

a la fortaleza a recrearse, donde todas las paredes estaban adornadas de oro y plata, con animales y aves y plantas, contrahechas al natural y encajadas en ellas, que servían de tapicería. Había asimismo mucha vajilla y todo el demás servicio que hemos dicho que tenían las casas reales.

Al segundo torreón llamaron *Paucar Marca*, y al tercero *Sacllac Marca*; ambos eran cuadrados, tenían muchos aposentos para los soldados que había de guardia, los cuales se remudaban por su orden. Habían de ser de los Incas de privilegio, que los de otras naciones no podían entrar en aquella fortaleza, porque era casa del sol, de armas y guerra, como lo era el templo de oración y sacrificios. Tenía su capitán general como alcaide; había de ser de la sangre real y de los legítimos, el cual tenía sus tenientes y ministros, para cada ministerio el suyo: para la milicia de los soldados, para la provisión de los bastimentos, para la limpieza y pulicía de las armas, para el vestido y calzado que había de depósito para la gente de guarnición que en la fortaleza había.

Debajo de los torreones había labrado debajo de tierra otro tanto como encima. Pasaban las bóvedas de un torreón a otro, por las cuales se comunicaban los torreones tan bien como por encima. En aquellos subterráneos mostraron grande artificio; estaban labrados con tantas calles y callejas, que cruzaban de una parte a otra con vueltas y revueltas, y tantas puertas, unas en contra de otras y todas de un tamaño, que a poco trecho que entraban en el laberinto perdían el tino y no acertaban a salir, y aun los muy pláticos no osaban entrar sin guía, la cual había de ser un ovillo de hilo grueso que al entrar debajan atado a la puerta para salir guiándose por él. Bien muchacho, con otros de mi edad, subí muchas veces a la fortaleza, y con estar ya arruinado todo el edificio pulido, digo lo que estaba sobre la tierra y aun mucho de lo que estaba debajo, no osábamos entrar en algunos pedazos de aquellas bóvedas que habían quedado sino

hasta donde alcanzaba la luz del sol, por no perdernos dentro, según el miedo que los indios nos ponían.

No supieron hacer bóveda de arco. Yendo labrando las paredes dejaban para los soterraños unos canecillos de piedra sobre las cuales echaban en lugar de vigas piedras largas, labradas a todas seis haces, muy ajustadas, que alcanzaban de una pared a otra. Todo aquel gran edificio de la fortaleza fue de cantería pulida y cantería tosca, ricamente labrada con mucho primor, donde mostraron los Incas lo que supieron y pudieron, con deseo que la obra se aventajase en artificio y grandeza a todas las demás que hasta allí habían hecho, para que fuese trofeo de sus trofeos, y así fue el último de ellos, porque pocos años después que se acabó entraron los españoles en aquel imperio y atajaron otros tan grandes que se iban haciendo.

Entendieron cuatro maestros mayores en la fábrica de aquella fortaleza. El primero y principal a quien atribuyen la traza de la obra fue Huallpa Rimachi Inca, y para decir que era el principal le añadieron el nombre *Apu*, que es capitán o superior en cualquier ministerio, y así le llaman Apu Huallpa Rimachi; al que le sucedió le llaman Inca Maricanchi. El tercero fue Acahuana Inca; a éste atribuyen mucha parte de los grandes edificios de Tiahuanacu, de los cuales hemos dicho atrás. El cuarto y último de los maestros se llamó Calla Cunchuy. En tiempo de éste trajeron la *piedra cansada*, a la cual puso el maestro mayor su nombre, porque en ella se conservase su memoria, cuya grandeza, también como de las demás, sus iguales, es increíble. Holgara poner aquí la medida cierta del grueso y alto de ella; no he merecido haberla precisa; remítome a los que la han visto. Está en el llano antes de la fortaleza. Dicen los indios que del mucho trabajo que pasó por el camino hasta llegar allí, se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar al edificio. La piedra no está labrada, sino tosca, como la arrancaron de donde estaba encuadrada. Mucha parte de ella está debajo de tierra; dícenme que ahora está metida más debajo de tierra que yo la dejé.

porque imaginaron que debajo de ella había gran tesoro, y cavaron como pudieron para sacarlo, mas antes que llegasen al tesoro imaginado se les hundió aquella gran peña y escondió la mayor parte de su grandor, y así lo más de ella está debajo de tierra. A una de sus esquinas altas tiene un agujero o dos, que si no me acuerdo mal, pasan la esquina de una parte a otra. Dicen los indios que aquellos agujeros son los ojos de la piedra por do lloró la sangre. Del polvo que en los agujeros se recoge, y del agua que llueve y corre por la piedra abajo, se hace una mancha o señal algo bermeja, porque la tierra es bermeja en aquel sitio. Dicen los indios que aquella señal quedó de la sangre que derramó cuando lloró. Tanto como esto afirmaban esta fábula y yo se la oí muchas veces.

La verdad historial, como la contaban los Incas *amautas*, que eran los sabios filósofos y doctores en toda cosa de su gentilidad, es que traían la piedra más de veinte mil indios arrastrándola con grandes maromas. Iban con gran tiento; el camino por do la llevaban es áspero, con muchas cuestas agras que subir y bajar. La mitad de la gente tiraba de las maromas por delante, la otra mitad iba sosteniendo la peña con otras maromas que llevaba asidas atrás, porque no rodase por las cuestas abajo y fuese a parar donde no pudiesen sacarla.

En una de aquellas cuestas (por descuido que hubo entre los que iban sosteniendo, que no tiraron todos a la par), venció el peso de la peña a la fuerza de los que la sostenían y se soltó por la cuesta abajo y mató tres o cuatro mil indios de los que iban guiando; mas con toda esta desgracia la subieron y pusieron en el llano donde ahora está. La sangre que derramó dicen que es la que lloró, porque la lloraron ellos, y porque no llegó a ser puesta en el edificio. Decían que se cansó y que no pudo llegar allá porque ellos se cansaron de llevarla, de manera que lo que por ellos pasó atribuyen a la peña. De esta suerte tenían otras muchas fábulas que enseñaban por tradición a sus hijos y des-

cendientes, para que quedase memoria de los acaecimientos más notables que entre ellos pasaban.

Los españoles, como envidiosos de sus admirables victorias, debiendo sustentar aquella fortaleza, aunque fuera reparándola a su costa para que por ella vieran en siglos venideros cuán grandes habían sido las fuerzas y el ánimo de los que la ganaron, y fuera eterna memoria de sus hazañas, no solamente no la sustentaron, mas ellos propios la derribaron para edificar las casas particulares que hoy tienen en la ciudad del Cozco, que por ahorrar la costa y la tardanza y pesadumbre con que los indios labraban las piedras para los edificios, derribaron todo lo que de cantería pulida estaba edificado dentro de las cercas, que no hay casa en la ciudad que no haya sido labrada con aquella piedra, a lo menos las que han labrado los españoles.

Las piedras mayores que servían de vigas en los soterraños sacaron para umbrales y portadas, y las piedras menores para los cimientos y paredes; y para las gradas de las escaleras buscaban las hiladas de piedra del altor que les convenía, y habiéndola hallado derribaban todas las hiladas que había encima de la que habían menester, aunque fuesen diez o doce hiladas o muchas más. De esta manera echaron por tierra aquella gran majestad, indigna de tal estrago, que eternamente hará lástima a los que la miraren con atención de lo que fue. Derribáronla con tanta prisa, que aún yo no alcancé de ella sino las pocas reliquias que he dicho. Las tres murallas de peñas dejé en pie, porque no las pueden derribar por la grandeza de ellas, y aun con todo eso, según me han dicho, han derribado parte de ellas, buscando la cadena o maroma de oro que Huayna Capac hizo, porque tuvieron conjeturas o rastros que la habían enterrado por allí (VII, xxix).

54. DIVISAS DE LAS DIVERSAS TRIBUS

Criaban [los indios *cañaris*] por divisa los cabellos largos, recogíanlos todos en lo alto de la corona, donde los revolvían y los dejaban hechos un ñudo. En la cabeza traían por tocado, los más nobles y curiosos, un aro de cedazo de tres dedos en alto. Por medio del aro echaban unas trenzas de diversas colores. Los plebeyos, y más aún los no curiosos y flojos, hacían en lugar del aro del cedazo otro semejante de una calabaza, y por esto a toda la nación *cañari* llaman los demás indios, para afrenta, *matiuma*, que quiere decir *cabeza de calabaza*. Por estas divisas y otras semejantes, que en tiempo de los Incas traían en las cabezas, era conocido cada indio de qué provincia y nación era. En mi tiempo también andaban todos con sus divisas, y ahora me dicen que está ya todo confundido (VIII, iv).

55. RÉPLICA A CIEZA DE LEÓN

Chaquira llaman los españoles a unas cuentas de oro muy menudas, más que el aljófar muy menudo, que las hacen los indios con tanto primor y sutileza que los mejores plateros que en Sevilla conocí me preguntaban cómo las hacían, porque con ser tan menudas son soldadas las junturas. Yo traje una poca a España, y la miraban por gran maravilla. Habiendo hablado Pedro de Cieza muy largo del tesoro de las provincias de los *cañaris*, dice estas palabras: “En fin, no puedo decir tanto que no quede corto en querer engrandecer la riqueza que los Incas tenían en estos palacios reales”. Y hablando en particular de los aposentos y templo de Tumipampa, dice: “Algunos indios qui-

sieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del sol, las habían traído de la gran ciudad del Cozco, por mandado del rey Huayna Capac, y del gran Tupa, su padre, con crecidas maromas, que no es pequeña admiración (si así fuese), por la grandeza y muy gran número de piedras, y la gran longura del camino". Todas son a la letra palabras de aquel historiador, y aunque por ellas muestra poner duda en la relación de los indios por la grandeza del hecho, yo, como indio que conocí la condición de los indios, osaré afirmar que pasó así, porque los reyes Incas mandarían llevar las piedras del Cozco por hacer mayor favor y merced a aquella provincia, porque, como muchas veces hemos dicho, las piedras, y cualquiera otra cosa de aquella imperial ciudad, tenían los indios por cosa sagrada. Pues como fuese gran favor permitir y dar licencia para hacer templo del sol en cualquiera principal provincia, porque era hacer a los naturales de ella ciudadanos del Cozco, y siendo tan estimada esta merced como los indios la estimaban, era mucho mayor favor y merced, sin encarecimiento alguno, mandar el Inca que llevasen las piedras del Cozco, porque aquel templo y palacios no solamente semejasen a los del Cozco, sino que fuesen los mismos, pues eran hechos de las mismas piedras y materiales. Y los indios, por gozar de esta grandeza, que la tenían por cosa divina, se les haría descanso cualquiera trabajo que pasasen en llevar las piedras por camino tan largo y tan fragoso como el que hay desde el Cozco a Tumipampa, que deben ser pocas menos de cuatrocientas leguas de largo, y la aspereza de ellas no la crearán sino los que las hubieren caminado, por lo cual dejaré yo de decirlo aquí. Y el dar cuenta los indios a Pedro de Cieza, diciendo que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos aquellos palacios y aquel su templo del sol, las habían traído del Cozco, más fue por jactarse de la gran merced y favor que sus reyes les habían hecho en mandárselas traer, que por encarecer el trabajo de haberlas traído de tan lejos. Y véase esto claro,

porque en ninguna otra parte de su historia hace el autor mención de semejante relación en cosa de edificios; y esto baste para ver la grandeza y riqueza de los palacios reales y templos del sol que hubo en Tumipampa y en todo el Perú (VIII, v).

COMIENZA LA RELACIÓN DE LA FLORA Y FAUNA DEL PERÚ:

56. EL MAÍZ Y OTROS GRANOS

Los frutos que el Perú tenía, de que se mantenía antes de los españoles, eran de diversas maneras, unas que se crían sobre la tierra y otras debajo de ella. De los frutos que se crían encima de la tierra tiene el primer lugar el grano que los mejicanos y los barloventanos llaman *maíz*, y los del Perú *zara*, porque es el pan que ellos tenían. Es de dos maneras: el uno es duro, que llaman *muruchu*, y el otro tierno y de mucho regalo, que llaman *capia*. Cómenlo en lugar de pan, tostado o cocido en agua simple. La semilla del maíz duro es la que se ha traído a España; la del tierno no ha llegado acá. En unas provincias se cría más tierno y delicado que en otras, particularmente en la que llaman Rucana. Para sus sacrificios solemnes, como ya se ha dicho, hacían pan de maíz, que llaman *zancu*, y para su comer, no de ordinario sino de cuando en cuando, por vía de regalo, hacían el mismo pan que llaman *huminta*; diferenciábase en los nombres, no porque el pan fuese diferente, sino porque el uno era para sacrificios y el otro para su comer simple. La harina la molían las mujeres en unas losas anchas, donde echaban el grano, y encima de él traían otra losa hecha a manera de media luna, no redonda, sino algo prolongada, de tres dedos de canto.

En los cornejales de la piedra hecha media luna ponían las manos, y así la traían de canto de una parte a otra sobre el maíz. Con esta dificultad molían su grano y cualquiera otra cosa que hubiesen de moler, por lo cual dejaban de comer pan de ordinario.

No molían en morteros, aunque los alcanzaron, porque en ellos se muele a fuerza de brazos por los golpes que dan, y la piedra como media luna, con el peso que tiene, muele lo que toma debajo, y la india la trae con facilidad por la forma que tiene, subiéndola y bajándola de una parte a otra, y de cuando en cuando recoge en medio de la losa con la una mano lo que está moliendo para remolerlo, y con la otra tiene la piedra, la cual con alguna semejanza podríamos llamar batán, por los golpes que le hacen dar a una mano y a otra. Todavía se están con esta manera de moler para lo que han menester. También hacían gachas, que llaman *api*, y las comían con grandísimo regocijo, diciéndoles mil donaires, porque era muy raras veces. La harina, porque se diga todo, la apartaban del afrecho, echándola sobre una manta de algodón limpia, en la cual traían con la mano, asentándola por toda ella. La flor de la harina, como cosa tan delicada, se pega a la manta; el afrecho, como más grueso, se aparta de ella, y con facilidad lo quitan, y vuelven a recoger en medio de la manta la harina que estaba pegada a ella, y quitada aquélla echaban otra tanta, y así iban cerniendo toda la que habían menester. Y el cerner la harina más era para el pan que hacían los españoles que no para el que los indios comían, porque no eran tan regalados que les ofendiese el afrecho, ni el afrecho es tan áspero, principalmente el del maíz tierno, que sea menester quitarlo. Cernían de la manera que hemos dicho por falta de cedazos, que no llegaron allá de España mientras no hubo trigo. Todo lo cual vi por mis ojos, y me sustenté hasta los nueve o diez años con la *zara*, que es el maíz, cuyo pan tiene tres nombres. *Zancu* era el de los sacrificios; *huminta* el de sus fiestas y regalo; *tauta* (pronunciada la primera sílaba

en el paladar) es el pan común. La *zara* tostada llaman *camcha*; quiere decir *maíz tostado*. Incluye en sí el nombre adjetivo, y el sustantivo hase de pronunciar con *m*, porque con la *n* significa *barrio de vecindad*, o un gran cercado. A la *zara* cocida llaman *musti* (y los españoles *mote*): quiere decir *maíz cocido*, incluyendo en sí ambos nombres. De la harina del maíz hacen los españoles los bizcochillos y fruta de sartén, y cualquiera otro regalo. así para sanos como para enfermos, para cuyo medicamento en cualquiera género de cura que sea, los médicos experimentados han desterrado la harina del trigo y usan de la del maíz. De la misma harina y agua simple hacen el brebaje que beben, y el brebaje, acedándolo, como los indios lo saben hacer, se hace muy lindo vinagre. De las cañas, antes que madure el grano, se hace muy linda miel, porque las cañas son dulces. Las cañas secas y sus hojas son de mucho mantenimiento y muy agradables para las bestias. De las hojas de la mazorca y del mastelillo se sirven los que hacen estatuas para que salgan muy livianas. Algunos indios más apasionados de la embriaguez que la demás comunidad, echan la *zara* en remojo, y la tienen así hasta que echa sus raíces, entonces la muelen toda como está, y la cuecen en la misma agua con otras cosas, y colada la guardan hasta que se sazona. Hácese un brebaje fortísimo, que embriaga repentinamente; llámanle *uinampu*, y en otro lenguaje *sora*. Los Incas lo prohibieron por ser tan violento para la embriaguez. Después acá me dicen se ha vuelto a usar por algunos viciosos. De manera que de la *zara* y de sus partes sacan los provechos que hemos dicho, sin otros muchos que han hallado para la salud, por vía de medicina, así en bebida como en emplastos, según que en otra parte dijimos.

El segundo lugar de las mieses que se crían sobre la haz de la tierra dan a la que llaman *quinua*, y el español mijo o arroz pequeño, porque en el grano y el color se le asemeja algo. La planta en que se cría se asemeja mucho al bledo, así en el tallo como en la hoja y en la flor, que es donde se cría la *qui-*

nua. Las hojas comen los indios y los españoles en sus guisados, porque son sabrosas y muy sanas. También comen el grano en sus potajes, hechos de muchas maneras. De la *quinua* hacen los indios brebaje para beber, como del maíz, pero es en tierras donde hay falta de maíz. Los indios herbolarios usan de la harina de la quinua para algunas enfermedades. El año de mil y quinientos y noventa me enviaron del Perú esta semilla, pero llegó muerta, que aunque se sembró en diversos tiempos no nació. Sin estas semillas tienen los indios del Perú tres o cuatro maneras de frijoles, del talle de las habas, aunque menores: son de comer. En sus guisados usan de ellos; llámanles *purutu*. Tienen chochos, como los de España; llámanlos *tarui*. Sin los frijoles de comer tienen otros frijoles que no son de comer. Son redondos, como hechos con turquesa; son de muchas colores y del tamaño de los garbanzos; en común les llaman *chuy*, y diferenciándolos por los colores les dan muchos nombres, de ellos ridiculosos, de ellos bien apropiados, que por excusar prolijidad los dejamos de decir. Usaban de ellos en muchas maneras de juegos que había, así de muchachos como de hombres mayores. Yo me acuerdo haber jugado los unos y los otros (VIII, ix).

57. TUBÉRCULOS Y CALABAZAS

Otras muchas legumbres se crían debajo de la tierra, que los indios siembran y les sirven de mantenimiento, principalmente en las provincias estériles de *zara*. Tiene el primer lugar la que llaman *papa*, que les sirve de pan; cómenla cocida y asada, y también la echan en los guisados. Pasada al hielo y al sol para que se conserve, como en otra parte dijimos, se llama *chunu*. Hay otra que llaman *oca*: es de mucho regalo, es larga y gruesa como el dedo mayor de la mano, cómenla cruda porque es dul-

ce, y cocida en sus guisados, y la pasan al sol para conservarla, y sin echarla miel ni azúcar parece conserva, porque tiene mucho de dulce: entonces se llama *caui*. Otra hay semejante a ésta en el talle, mas no en el gusto, antes contraria, porque toca en amargo, y no se puede comer sino cocida, llamada *añus*. Dicen los indios que comida es contraria a la potencia generativa; para que no les hiciese daño, los que se preciaban de galanes tomaban en la una mano una varilla o un palillo mientras la comían, y comida así decían que perdía su virtud y no dañaba. Yo les oí la razón, y algunas veces vi el hecho, aunque daban a entender que lo hacían más por vía de donaire que no por dar crédito a la burlería de sus mayores.

Las que los españoles llaman *batatas*, y los indios del Perú *apichu*, las hay de cuatro o cinco colores, que unas son coloradas, otras blancas, y otras amarillas, y otras moradas, pero en el gusto difieren poco unas de otras: las menos buenas son las que han traído a España. También hay las calabazas o melones, que acá llaman calabazas romanas y en el Perú *zapallu*; críanse como los melones, cómenlas cocidas o guisadas, crudas no se pueden comer. Calabazas de las que hacen vasos las hay muchas y muy buenas, llámanlas *mati*; de las de comer, como las de España, no las había antes de los españoles. Hay otra fruta que nace debajo de la tierra y que los indios llaman *inchic* y los españoles *maní* (todos los nombres que los españoles ponen a las frutas y legumbres del Perú son del lenguaje de las islas de Barlovento, que los han introducido ya en su lengua española, y por eso damos cuenta de ellos); el *inchic* semeja mucho en la medula y en el gusto a las almendras; si se come crudo ofende a la cabeza, y si es tostado es sabroso y provechoso: con miel, hacen de él muy buen turrón; también sacan del *inchic* muy lindo aceite para muchas enfermedades. Demás de estas frutas nace otra de suyo debajo de tierra que los indios llaman *cuchuchu*; hasta ahora no sé que los españoles le hayan dado nombre, y es porque no hay de esta fruta en las islas de Barlovento,

que son tierras muy calientes, sino en el Collao, que es tierra muy fría. Es sabrosa y dulce, cómese cruda, y es provechosa para los estómagos de no buena digestión; son como raíces, mucho más largos que el anís. No echa hojas, sino que la haz de la tierra donde ella nace verdeguea por encima, y en esto conocen los indios que hay *cuchuchu* debajo, y cuando se pierde aquel verdor ven que está sazonado, y entonces lo sacan. Esta fruta y el *inchic* más son regalos de la gente curiosa y regalada que no mantenimiento de la gente común y pobre, aunque ellos las cogen y las presentan a los ricos y poderosos (VIII, x).

58. FRUTAS

Hay otra fruta muy buena que los españoles llaman *pepino*, porque se le parece algo en el talle, pero no en el gusto, ni en lo saludable que son para los enfermos de calenturas, ni en la buena digestión que tienen, antes son contrarios a los de España. El nombre que los indios les dan se me ha ido de la memoria, aunque fatigándola yo en este paso muchas veces y muchos días, y reprendiéndola por la mala guarda que ha hecho y hace de muchos vocablos de nuestro lenguaje, me ofreció, por disculparse, este nombre *cacham* por pepino. No sé si me engaña, confiada de que por la distancia del lugar y ausencia de los míos, no podré averiguar tan aína el engaño. Mis parientes, los indios y mestizos del Cozco, y todo el Perú, serán jueces de esta mi ignorancia, y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdónenmelas, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan incomportable como esto lo es para mis pocas fuerzas, sin ninguna esperanza de galardón suyo ni ajeno. Los pepinos son de tres tamaños, y los más pequeños, que tienen forma de corazón, son los mejores, nacen en matas peque-

ñas. Otra fruta que llaman *chili* llegó al Cozco año de 1557. Es de muy buen gusto y de mucho regalo. Nace en unas plantas bajas, casi tendidas por el suelo; tienen un granujado por cima como el madroño, y es del mismo tamaño, sino algún tanto prolongada en forma de corazón.

Otras muchas frutas hay que nacen en árboles altos (que las dichas más parecen legumbres): unas se dan en tierras muy calientes, como las marítimas, y en los Antis, otras se crían en tierras más templadas, como son los valles calientes del Perú; mas porque las unas y las otras se alcanzan todas y se gozan en todas partes, no será necesario hacer división entre ellas, sino que se digan como salieren. Y haciendo principio de la que los españoles llaman *guayavas*, y los indios *savintu*, decimos que son redondas, del tamaño de manzanas medianas, y como ellas con hollejo y sin corteza. Dentro en la medula tienen muchas pepitas o granillos redondos, menores que los de la uva. Unas son amarillas por de fuera, y coloradas por de dentro; éstas son de dos suertes, unas tan agrias que no se pueden comer; otras son dulces, de muy buen gusto. Otras hay verdes por de fuera, y blancas por de dentro; son mejores que las coloradas con muchas ventajas, y al contrario en muchas regiones marítimas tienen las coloradas por mejores que las blancas. Los españoles hacen conserva de ella y de otras frutas, después que yo salí del Perú, que antes no se usaba. En Sevilla vi la del *savintu*, que la trujo del Nombre de Dios un pasajero amigo mío, y por ser fruta de mi tierra me convidó a ella.

Otra fruta llaman los indios *pacay*, y los españoles *guavas*. Créase en unas vainas verdes de una cuarta más o menos de largo, y dos dedos de ancho. Abierta la vaina se hallan unas vedijitas blancas, ni más ni menos que algodón, tan parecidas a él que ha habido españoles bisoños que no conociendo la fruta han reñido con los indios que se la daban, entendiendo que por burlar de ellos les daban a comer algodón. Son muy dulces, pasadas al sol se guardan largo tiempo; dentro en las vedijitas

o capullos tienen una pepita negra como habas pequeñas, no son de comer.

La fruta que los españoles llaman *peras*, por parecerse a las de España en el color verde y en el talle, llaman los indios *palta*, porque de una provincia de este nombre se comunicó a las demás. Son dos y tres veces mayores que las peras grandes de España; tiene una vaina tierna y delgada; debajo de ella tiene la medula, que será de un dedo en grueso; dentro de ella se cría un cuesco o hueso, como quieren los muy mirados: es de la misma forma de la pera, y tan grueso como una pera de las comunes de acá; no se ha experimentado que sea de provecho para cosa alguna. La fruta es muy sabrosa, muy saludable para los enfermos; comida con azúcar, es comer de una conserva muy regalada.

Hay otra fruta grosera que los indios llaman *rucma*, y los españoles *lucma*, porque no quede sin la corrupción que a todos los nombres les dan. Es fruta basta, no nada delicada ni regalada, aunque toca antes en dulce que en agro ni amargo, ni se sabe que sea dañosa para la salud, mas de que es manjar bronco y grosero. Son del talle y tamaño de las naranjas comunes; tienen dentro en la medula un cuesco muy semejante a la castaña en el color de la cáscara, y en el grueso de ella, y en el color blanco de la medula, aunque es amarga y no de comer. Tuvieron una suerte de ciruelas, que los indios llaman *ussun*; son coloradas y dulces; comidas hoy, hacen echar otro día la orina tan colorada que parece que tiene mezcla de sangre (VIII, xi).

59. EL MULLI Y EL PIMIENTO

Entre estas frutas podemos poner la del árbol llamado *mulli*; nace de suyo por los campos, da su fruto en racimos

largos y angostos, el fruto son unos granillos redondos del tamaño del culantro seco, las hojas son menudas y siempre verdes. El grano, estando sazonado, tiene en la superficie un poco de dulce muy sabroso y muy suave, pasado de allí lo demás es muy amargo. Hacen brebaje de aquel grano para beber; tráenlo blandamente entre las manos en agua caliente hasta que ha dado todo el dulzor que tenía, y no han de llegar a lo amargo porque se pierde todo. Cuelan aquella agua y la guardan tres o cuatro días hasta que llega a sazón; es muy linda de beber, muy sabrosa y muy sana para males de orina, hijada, riñones y vejiga, y mezclada con el brebaje de maíz lo mejora y lo hace más sabroso. La misma agua, cocida hasta que se espese, se convierte en miel muy linda; la misma agua puesta al sol, con no sé qué que le añaden, se aceda y se hace muy lindo vinagre. De la leche y resina del *mulli* dijimos en otra parte cuán provechosa era para heridas. El cocimiento de sus hojas en agua es saludable para lavarse las piernas y el cuerpo, y para echar de sí la sarna, y para curar las llagas viejas. Palillos hechos de las ramas tiernas son muy buenos para limpiar los dientes. Conocí el valle del Cozco adornado de innumerables árboles de éstos tan provechosos, y en pocos años le vi casi sin ninguno. La causa fue que se hace de ellos muy lindo carbón para los braseros, y aunque al encender chispea mucho, después de encendido guarda el fuego hasta convertirse en ceniza.

Con estas frutas, y aun por la principal de ellas, conforme al gusto de los indios, pudiéramos poner el condimento que echan en todo lo que comen; sea guisado, sea cocido o asado, no lo han de comer sin el que llaman *uchu*, y los españoles *pimiento de las Indias*, aunque allá le llaman *ají*, que es nombre del lenguaje de las islas de Barlovento. Los de mi tierra son tan amigos del *uchu* que no comerán sin él, aunque no sea sino unas yerbas crudas. Por el gusto que con él reciben en lo que comen, prohibían el comerlo en su ayuno riguroso, porque fuese más riguroso, como en otra parte dijimos. Es el pimiento de

tres o cuatro maneras; el común es grueso, algo prolongado y sin punta, llámanle *rocot uchu*, quiere decir *pimiento grueso*, a diferencia del que se sigue; cómenlo sazonado o verde, antes que acabe de tomar su color perfecto, que es colorado. Otros hay amarillos, y otros morados, aunque en España no he visto más de los colorados. Hay otros pimientos largos de un gemo, poco más o menos, delgados como el dedo meñique o merguerite; éstos tenían por más hidalgos que los pasados, y así se gastaba en la casa real y en toda la parentela. La diferencia de su nombre se me ha ido de la memoria; también le llaman *uchu* como al pasado, pero el adjetivo es el que me falta. Otro pimiento hay, menudo y redondo, ni más ni menos que una guinda con su pezón o palillo; llámanle *chinchí uchu*, quema mucho más que los otros sin comparación, críase en poca cantidad, y por ende es más estimado. Las sabandijas ponzoñosas huyen del pimiento y de su planta. A un español venido de Méjico oí decir que era muy bueno para la vista, y así comía por postre a todas sus comidas dos pimientos asados. Generalmente todos los españoles que de Indias vienen a España lo comen de ordinario, y lo quieren más que las especias de la India Oriental. Los indios lo estiman tanto que lo tienen en más que todas las frutas que hemos dicho (VIII, xii).

60. AFEITES FEMENINOS

Las indias del Perú todas traen el cabello largo y suelto, sin tocado alguno; cuando mucho traen una cinta ancha como el dedo pulgar con que ciñen la cabeza, sino en las *collas*, que por el mucho frío que en la tierra de ellas hace la traen cubierta. Son las indias naturalmente amicísimas del cabello muy negro y muy largo, porque lo traen al descubierto. Cuando se

les pone de color castaño, o se les ahorquilla, o se les cae al peinar, los cuecen al fuego en una caldera de agua con yerbas dentro. La una de las yerbas debía de ser la raíz del *chuchau*, que el P. Blas Valera dice, que según yo lo vi hacer algunas veces, más de una echaban, empero como muchacho y niño ni pedía cuenta de cuántas eran las yerbas ni cuáles eran. Para meter los cabellos dentro de la caldera que con los menjurjes hervía al fuego, se echaba la india de espaldas, al pescuezo le ponían algún reparo porque el fuego no la ofendiese. Tenían cuenta con que el agua que hervía no llegase a la cabeza, porque no cociese las carnes. Pero los cabellos que quedaban fuera del agua también los mojaban con ella, para que gozasen de la virtud de las yerbas del cocimiento. De esta manera estaban en aquel tormento voluntario estoy por decir casi dos horas, aunque como muchacho no lo noté entonces con cuidado para poderlo decir ahora ajustadamente; mas no dejé de admirarme del hecho, por parecerme riguroso contra las mismas que lo hacían. Pero en España he perdido la admiración, viendo lo que muchas damas hacen para enturbiar sus cabellos, que perfuman con azufre, y los mojan con agua fuerte de dorar, y los ponen al sol en medio del día por los caniculares, y hacen otros condumios que ellas se saben, que no sé cuál es peor y más dañoso para la salud, si esto o aquello. Las indias, habiendo hecho otros lavatorios para quitar las horrruras del cocimiento, sacaban sus cabellos más negros y más lustrosos que las plumas de un cuervo recién mudado. Tanto como esto y mucho más puede el deseo de hermosura (VIII, xiii).

61. DEL PLÁTANO, PIÑA Y OTRAS FRUTAS

Volviendo a las frutas, diremos de algunas más notables que se crían en los Antis del Perú, que son tierras más calientes y

más húmedas que no las provincias del Perú; no las diremos todas por excusar prolijidad. El primer lugar se debe dar al árbol, y a su fruto, que los españoles llaman *plátano*. Seméjase a la palma en el talle y en tener las hojas en lo alto, las cuales son muy anchas y muy verdes. Estos árboles se crían de suyo, quieren tierra muy lluviosa como son los Antis; dan su fruto en racimos tan grandes que ha habido algunos (como dice el P. Acosta, libro cuarto, capítulo XXI) que le han contado trescientos plátanos. Créase dentro de una cáscara, que ni es hollejo ni corteza, fácil de quitar; son de una cuarta, poco más o menos, en largo, y como tres dedos en grueso.

El P. Blas Valera, que también escribía de ellos, dice que les cortan los racimos cuando empiezan a madurar, porque con el peso no derriben el árbol, que es fofo y tierno, inútil para madera y aun para el fuego. Maduran los racimos en tinajas, cúbrenlos con cierta yerba que les ayuda a madurar; la medula es tierna, suave y dulce, pasada al sol parece conserva; cómenla cruda y asada, cocida y guisada en potajes, y de todas maneras sabe bien. Con poca miel o azúcar (que ha menester poca) hacen del plátano diversas conservas; los racimos que maduran en el árbol son más dulces y más sabrosos; los árboles son de dos varas en alto, unos más y otros menos. Hay otros plátanos menores, que a diferencia de los mayores les llaman *dominicos*, porque aquella cáscara cuando nace el racimo está blanca, y cuando la fruta está sazónada participa de blanco y negro a remiendos: son la mitad menores que los otros, y en todo les hacen mucha ventaja, y por ende no hay tanta cantidad de éstos como de aquéllos.

Otra fruta que los españoles llaman *piña*, por la semejanza que en la vista y en la hechura tiene con las piñas de España que llevan piñones, pero en lo demás no tienen que ver las unas con las otras, porque aquéllas, quitada la cáscara con un cuchillo, descubren una medula blanca, toda de comer muy sabrosa; toca un poco y muy poco en agro, que la hace más

apetitosa: en el tamaño son dos tanto mayores que las piñas de acá. También se da en los Antis otra fruta que los españoles llaman *manjar blanco*, porque partida por medio parecen dos escudillas de manjar blanco en el color y en el sabor; tiene dentro unas pepitas negras, como pequeñas almendras, no son de comer. Esta fruta es del tamaño de un melón pequeño; tiene una corteza dura como una calabaza seca y casi de aquel grueso; dentro de ella se cría la medula tan estimada; es dulce y toca en tantito de agro que la hace más golosa o golosina. Muchas otras frutas se crían de suyo en los Antis, como son las que los españoles llaman almendras y nueces, por alguna semejanza que tengan a las de acá en que quiera que sea, que esta rotura tuvieron los primeros españoles que pasaron a Indias, que con poca semejanza y ninguna propiedad llamaron a las frutas de allá con los nombres de acá, que cotejadas las unas con las otras son muy diferentes, que es muy mucho más en lo que difieren que no en lo que se asemejan, y aun algunas son contrarias, no sólo en el gusto, mas también en los efectos, y así son estas nueces y almendras, las cuales dejaremos con otras frutas y legumbres que en los Antis se crían, que son de poco momento, por dar cuenta de otras de más cuenta y fama (VIII, xiv).

62. LA CUCA Y OTRAS YERBAS

Aquellos arbolillos [de la cuca] son del altor de un hombre; para plantarlos echan la semilla en el almácigo como las verduras; hácenles hoyos como para las vides. Echan la planta acodada como la vid. Tienen gran cuenta con que ninguna raíz, por pequeña que sea, quede doblada, porque basta para que la planta se seque. Cogen la hoja tomando cada rama de por sí entre los dedos de la mano, la cual corren con tiento hasta lle-

gar al pimpollo; no han de llegar a él porque se seca toda la rama; la hoja de la haz y del envés en verdor y hechura es ni más ni menos que la del madroño, salvo que tres o cuatro hojas de aquéllas, por ser muy delicadas, hacen tanto grueso como una de las del madroño. Huelgo mucho de hallar en España cosas tan apropiadas a que comparar las de mi tierra, y que no las haya en ella para que allá y acá se entiendan y conozcan las unas por las otras. Cogida la hoja la secan al sol; no ha de quedar del todo seca porque pierde mucho del verdor que es muy estimado y se convierte en polvo por ser tan delicada, ni ha de quedar con mucha humedad, porque en los cestos donde la echan para llevarla de unas partes a otras se enmohece y se pudre; han de dejarla en un cierto punto que participe de uno y de otro. Los cestos hacen de cañas hendidas, que las hay muchas y muy buenas, gruesas y delgadas en aquellas provincias de los Antis; y con las hojas de las cañas gruesas, que son anchas más de una tercia, y largas de más de media vara, cubren por de fuera los cestos porque no se moje la cuca, que la ofende mucho el agua, y con un cierto género de cáñamo que también lo hay en aquel distrito enredan los cestos. Considerar la cantidad que de cada cosa de éstas se gasta para el beneficio de la cuca es más para dar gracias a Dios, que así lo provee todo dondequiera que es menester, que para lo escribir, por ser increíble. Si todas estas cosas, o cualquiera de ellas, se hubiera de llevar de otra parte, fuera más el trabajo y la costa que el provecho. Cógese aquella yerba de cuatro en cuatro meses tres veces al año, y si escardan bien y a menudo la mucha yerba que con ella se cría de continuo, porque la tierra en aquella región es muy húmeda y muy caliente, se anticipa más de quince días cada cosecha, de manera que viene a ser casi cuatro cosechas al año, por lo cual un diezmero codicioso de los de mi tiempo, cohechó a los capataces de las heredades más ricas y principales que había en el término del Cozco porque tuviesen cuidado de mandar que las escardasen a menudo; con esta diligencia quitó

al diezmero del año siguiente las dos tercias partes del diezmo de la primera cosecha, por lo cual nació entre ellos un pleito muy reñido, que yo como muchacho no supe en qué paró. Entre otras virtudes de la cuca se dice que es buena para los dientes. De la fuerza que pone al que la trae en la boca se me acuerda un cuento que oí en mi tierra a un caballero en sangre y virtud, que se decía Rodrigo Pantoja, y fue que caminando del Cozco a Rimac topó a un pobre español (que también los hay allá pobres como acá), que iba a pie y llevaba a cuestras una hijuela suya de dos años. Era conocido del Pantoja, y así se hablaron ambos. Díjole el caballero: “¿Cómo vais así cargado?” Respondió el peón: “No tengo posibilidad para alquilar un indio que me lleve esta muchacha, y por eso la llevo yo”. Al hablar del soldado le miró Pantoja la boca y se la vio llena de cuca, y como entonces abominaban los españoles todo cuanto los indios comían y bebían como si fueran idolatrías, particularmente el comer la cuca, por parecerles cosa vil y baja, le dijo: “Puesto que sea así lo que decís de vuestra necesidad, ¿por qué coméis cuca como hacen los indios, cosa tan asquerosa y aborrecida de los españoles?” Respondió el soldado: “En verdad, señor, que no la abominaba yo menos que todos ellos, mas la necesidad me forzó a imitar los indios y traerla en la boca, porque os hago saber que si no la llevara no pudiera llevar la carga, que mediante ella siento tanta fuerza y vigor que puedo vencer este trabajo que llevo”. Pantoja se admiró de oírle y contó el cuento en muchas partes, y de allí adelante daban algún crédito a los indios, que la comían por necesidad y no por golosina, y así es de creer porque la yerba no es de buen gusto. Adelante diremos cómo la llevan a Potosí y tratan y contratan con ella.

Del arbolillo que los españoles llaman *tabaco* y los indios *sayri*, dijimos en otra parte. El doctor Monardes¹² escribe ma-

¹² El doctor Nicolás de Monardes, famoso naturalista sevillano.

ravillas de él. La zarzaparrilla no tiene necesidad que nadie la loe, pues bastan para su loor las hazañas que en el mundo nuevo y viejo ha hecho y hace contra las bubas y otras graves enfermedades. Otras muchas yerbas hay en el Perú de tanta virtud para cosas medicinales, que como dice el P. Blas Valera, si las conocieran todas no hubiera necesidad de llevarlas de España ni de otras partes, mas los médicos españoles se dan tan poco por ellas, que aun de las que antes conocían los indios se ha perdido la noticia de la mayor parte de ellas. De las yerbas por su multitud y menudencia será dificultoso dar cuenta, baste decir que los indios las comen todas, las dulces y las amargas; de ellas crudas, como acá las lechugas y los rábanos. de ellas en sus guisados y potajes, porque son el caudal de la gente común, que no tenían abundancia de carne y pescado, como los poderosos. Las yerbas amargas, como son las hojas de las matas que llaman *sunchu* y otras semejantes, las cuecen en dos, tres aguas, y las secan al sol y guardan para el invierno cuando no las hay, y es tanta la diligencia que ponen en buscar y guardar las yerbas para comer, que no perdonan ninguna, que hasta las ovas y los gusarapillos que se crían en los ríos y arroyos sacan y aliñan para su comida (VIII, xv).

63. DEL GANADO MANSO

Los animales domésticos que Dios dio a los indios del Perú dice el P. Blas Valera que fueron conforme a la condición blanda de los mismos indios; porque son mansos, que cualquier niño los lleva donde quiere, principalmente a los que sirven de llevar cargas. Son de dos maneras, unos mayores que otros. En común los nombran los indios con este nombre *llama*, que es *ganado*; al pastor dicen *llama michec*; quiere decir *el que apa-*

cienta el ganado. Para diferenciarlo llaman al ganado mayor *huanacullama*, por la semejanza que en todo tiene con el animal bravo que llaman *huanacu*, que no difieren en nada sino en los colores, que el manso es de todos colores, como los caballos de España, según se ha dicho en otras partes, y el *huanacu* bravo no tiene más de un color que es castaño deslavado, bragado de castaño más claro. Este ganado es del altor de los ciervos de España: a ningún animal semeja tanto como al camello, quitada la corcova y la tercia parte de la corpulencia. Tiene el pescuezo largo y parejo, cuyo pellejo desollaban los indios cerrado y lo sobaban con cebo hasta ablandarlo y ponerlo como curtido, y de ello hacían las suelas del calzado que traían, y porque no era curtido se descalzaban al pasar de los arroyos, y en tiempos de muchas aguas, porque se les hace como tripa en mojándose. Los españoles hacían de ello riendas muy lindas para sus caballos, que parecen mucho a las que traen de Berbería. Hacían asimismo correones y guruperas para las sillas de camino, y látigos y acciones para las cinchas y sillas ginetas. Además de esto sirve aquel ganado a indios y a españoles de llevarles sus mercaderías dondequiera que las quieren llevar, pero donde más comúnmente andan y mejor se hallan, por ser la tierra llana, es del Cozco a Potochí, que son cerca de doscientas leguas, y de otras muchas partes van y vienen a aquellas minas con todo el bastimento, ropa de indios, mercaderías de España, vino y aceite, conservas y todo lo demás que en ellas se gastan; principalmente llevan del Cozco la yerba llamada cuca. En mis tiempos había en aquella ciudad para este acarreo recuas de a seiscientas, de a ochocientas, de a mil y más cabezas de aquel ganado. Las recuas de a quinientas cabezas abajo no se estimaban. El peso que lleva es de tres a cuatro arrobas; las jornadas que caminan son de a tres leguas, porque no es ganado de mucho trabajo. No le han de sacar de su paso porque se cansa y luego se echa en el suelo, y no hay levantarlo por cosas que le hagan, ni que le quiten la carga; pueden luego desollarlo que no hay otro remedio. Cuan-

do porfían a levantarlos y llegan a ellos para alzarles, entonces se defienden con el estiércol que tienen en el buche, que lo traen a la boca y lo escupen al que más cerca hallan, y procuran echárselo en el rostro antes que en otra parte. No tienen otras armas con que defenderse, ni cuernos como los ciervos; con todo esto les llaman los españoles carneros y ovejas, habiendo tanta diferencia del un ganado al otro como la que hemos dicho. Para que no lleguen a cansarse llevan en las recuas cuarenta o cincuenta carneros vacíos, y en sintiendo enflaquecer alguno con la carga, se la quitan luego y la pasan a otro antes que se eche, porque en echándose no hay otro remedio sino matarlo. La carne de este ganado mayor es la mejor de cuantas hoy se comen en el mundo; es tierna, sana y sabrosa; la de sus corderos de cuatro, cinco meses mandan los médicos a los enfermos antes que gallinas ni pollos.

En tiempo del visorrey Blasco Núñez Vela, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco, entre otras plagas que entonces hubo en el Perú, remaneció en este ganado la que los indios llaman *carache*, que es sarna. Fue crudelísima enfermedad, hasta entonces nunca vista; dábales en la bragada y en el vientre; de allí cundía por todo el cuerpo haciendo costras de dos, tres dedos en alto, particularmente en la barriga donde siempre cargaba más el mal: hacíansele grietas de dos y tres dedos en hondo, como era el grueso de las costras hasta llegar a las carnes; corría de ellas sangre y materia de tal manera, que en muy pocos días se secaba y consumía la res. Fue mal muy contagioso; despachó con grandísimo asombro y horror de indios y españoles las dos tercias partes del ganado mayor y menor, *paco* y *huanacu*. De ellas se les pegó al ganado bravo, llamado *huanacu* y *vicuña*, pero no se mostró tan cruel con ellos por la región más fría en que andan y porque no andan tan juntos como el ganado manso. No perdonó las zorras, antes las trató crudelísimamente, que yo vi el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, estando Gonzalo Pizarro en el Cozco, victo-

rioso de la batalla de Huarina, muchas zorras que, heridas de aquella peste, entraban de noche en la ciudad, y las hallaban en las calles y en las plazas vivas y muertas, los cuerpos con dos, tres y más horados que les pasaban de un cabo a otro que la sarna les había hecho: y me acuerdo que los indios como tan agoreros, pronosticaban por las zorras la destrucción y muerte de Gonzalo Pizarro, que sucedió poco después. A los principios de esta plaga, entre otros remedios desesperados que le hacían, era matar o enterrar viva la res que la tenía, como también lo dice el P. Acosta, libro cuarto, capítulo XLI; mas como luego cundió tanto, no sabiendo los indios ni los españoles qué hacer para atajarla, dieron en curarla con fuego artificial. Hacían cosas violentas, que imaginaban serían a propósito, y tanto más aún moría la res. Echábanles manteca de puerco hirviendo: también las mataban muy aún. Hacían otras muchas cosas de que no me acuerdo, mas todas les salían a mal, hasta que poco a poco probando una cosa y otra, hallaron por experiencia que el mejor remedio era untar las partes donde había sarna con manteca de puerco tibia y tener cuidado de mirar si se rascan en la bragada, que es donde primero les da el mal, para curarlo antes que cunda más. Con esto se remedió mucho aquella plaga, y que con la mala influencia se debió de ir aplacando, porque después acá no se ha mostrado tan cruel como a los principios. Por este beneficio que hallan en la manteca tienen precio los puercos, que según lo mucho que multiplican valdrían de balde. Es de notar que, con ser la plaga tan general, no dio en los venados, corzos ni gamos; deben de ser de otra complexión. Acuérdome también que en el Cozco tomaron por abogado y defensor contra esta plaga a Santo Antonino, que les cupo en suerte, y cada año le hacían grande fiesta; lo mismo será ahora.

Con ser las recuas tan grandes como se ha dicho, y los caminos tan largos, no hacen costa alguna a sus dueños ni en la comida, ni en la posada, ni en herraje, ni aparejos de albarda, jalma, ni albardoncillo, pretal, cincha, ni gurupera, ni otra cosa

alguna de tantas como los arrieros han menester para sus bestias. En llegando a la dormida los descargan y los echan al campo, donde pacen la yerba que hallan, y de esta manera los mantienen todo el camino, sin darles grano ni paja. Bien comen la *zara*, si se la dan, mas el ganado es tan noble, que aun trabajando se pasa sin grano. Herraje no lo gastan, porque además de ser patihendidos, tienen pulpejo en pies y manos. Albarda ni otro aparejo alguno no lo han menester porque tienen lana gruesa bastante para sufrir la carga que les echan, y los trajineros tienen cuidado de acomodar y juntar los tercios de un lado y de otro, de manera que la sobrecarga no toque en el espinazo, que es donde le podría matar. Los tercios no van asidos con el cordel en las carnes con el peso de la carga; los tercios van cosidos uno con otro por las arpilleras, y aunque la costura asiente sobre el espinazo no les hace mal, como no llegue la sobrecarga. Entre los indios llevan a cargo veinticinco carneros para cargar y descargar, por ayudarse el uno al otro, que uno solo no podría valerse yendo los tercios juntos como se ha dicho. Los mercaderes llevan sus toldos y los arman en los campos dondequiera que quieren para dormir, y echan dentro de ellos la mercadería. No entran en los pueblos a dormir, porque sería cosa muy prolija llevar y traer el ganado del campo. Tardan en el viaje del Cozco a Potocchi cuatro meses, dos en ir y dos en volver, sin lo que se detienen para el despacho de la mercadería. Valía en el Cozco un carnero escogido dieciocho ducados, y los desechados a doce y a trece. La principal mercancía que de aquella ciudad llevaban era la yerba cuca y ropa de vestir de los indios. Todo lo que hemos dicho pasaba en mi tiempo, que yo lo vi por mis ojos; no sé ahora cómo pasa; traté con muchos de los que iban y venían; hubo algunos caminos que vendieron a más de treinta pesos ensayados el cesto de la cuca. Con llevar mercancías de tanto valor, y volver cargados de plata, con treinta, cuarenta, cincuenta y cien mil pesos, no recelaban los españoles ni los indios que las llevaban dormir en el campo, sin otra

compañía ni más seguridad que la de su cuadrilla, porque no tenían ladrones ni salteadores. La misma seguridad había en los tratos y contratos de mercaderías fiadas, o las cosechas que los vecinos tenían de sus rentas o empréstitos de dinero, que por grandes que fuesen las partidas de la venta o del préstamo, no había más escritura ni más conocimiento, ni cédula por escrito que sus palabras, y éstas se guardaban inviolablemente. Acaeció muchas veces jugar un español la deuda que otro que estaba ausente y lejos le debía, y decir al que se la ganaba: "Diréis a Fulano que la deuda que me debe que os la pague a vos que me la ganasteis", y bastaba esto para que el ganador fuese creído y cobrase la deuda por grande que fuese. Tanto como esto se estimaba entonces la palabra de cada uno, para creer y ser creído, fuese mercader, fuese vecino señor de indios, fuese soldado, que en todos había este crédito y fidelidad, y la seguridad de los caminos, que podía llamarse el siglo dorado; lo mismo entiendo que habrá ahora.

En tiempo de paz que no había guerra, muchos soldados muy caballeros y nobles, por no estar ociosos, entendían en este contrato de ir y venir a Potocchi con la yerba cuca y ropa de indios, y la vendían en junto y no por menudo; de esta manera era permitido a los hombres, por nobles que fuesen, el tratar y contratar con su hacienda; no había de ser en ropa de España, que se vende por varas y en tienda de asiento. Muchos de ellos holgaban de ir con su hacienda, y por no caminar al paso de los carneros llevaban un par de halcones, y perros perdigueros, y galgos, y su arcabuz, y mientras caminaba la recua a su paso corto, se apartaban ellos a una mano o a otra del camino e iban cazando. Cuando llegaban a la dormida llevaban muertas una docena de perdices, o un *huanacu*, o *vicuña*, o venado, que la tierra es ancha y larga y tiene de todo. De esta manera se iban holgando y entreteniendo a ida y a vuelta, y así era más tomar ocasión de cazar y holgarse que de mercadear, y los vecinos poderosos y ricos se lo tenían a mucho a los soldados no-

bles que tal hacían. El P. José de Acosta, libro cuarto, capítulo cuarenta y uno, dice mucho en loor de este ganado mayor y de sus provechos.

Del ganado menor, que llaman *pacollama*, no hay tanto que decir porque no son para carga, ni para otro servicio alguno, sino para carne que es poco menos buena que la del ganado mayor, y para lana, que es bonísima y muy larga, de que hacen su ropa de vestir de las tres estofas que hemos dicho, con colores finísimos, que los indios las saben dar muy bien, que nunca desdicen. De la leche del un ganado ni del otro no se aprovechaban los indios, ni para hacer queso ni para comerla fresca. Verdad es que la leche que tiene es poca, no más de la que han menester para criar sus hijos. En mis tiempos llevaban quesos de Mallorca al Perú, y no otros, y eran muy estimados. A la leche llaman *nuñu*, y a la teta llaman *nuñu*, y al mamar dicen *nuñu*, así al mamar de la criatura como al dar a mamar de la madre. De los perros que los indios tenían, decimos que no tuvieron las diferencias de perros castizos que hay en Europa; solamente tuvieron de los que acá llaman gozques; habíalos grandes y chicos; en común les llaman *alco*, que quiere decir perro (VIII, xvi).

64. DEL GANADO BRAVO

No tuvieron los indios del Perú antes de los españoles más diferencias de doméstico ganado que las dos que hemos dicho, *paco* y *huanacu*. De ganado bravo tuvieron más, pero usaban de él como del manso, según dijimos en las cacerías que hacían a sus tiempos. A una especie de las bravas llaman *huanacu*, por cuya semejanza llamaron al ganado mayor manso con el mismo nombre, porque es de su tamaño y de la misma forma y lana.

La carne es buena, aunque no tan buena como la del manso; en fin, en todo se asemejan. Los machos están siempre atalayando en los collados altos, mientras las hembras pacen en lo bajo, y cuando ven gente dan relinchos a semejanza de los caballos para advertirlas, y cuando la gente va hacia ellos huyen, antecogiéndolas por delante. La lana de estos *huanacus* es corta y áspera, pero también la aprovechan los indios para su vestir. Con galgos los corrían en mis tiempos y mataban muchos.

A semejanza del ganado menor, que llaman *paco*, hay otro ganado bravo que llaman *vicuña*. Es animal delicado, de pocas carnes; tiene mucha lana y muy fina, de cuyas virtudes medicinales escribe el P. Acosta muchas y muy buenas. Lo mismo hace de otros muchos animales y aves que se hallan en las Indias, mas como su paternidad escribe de todo el nuevo orbe, es menester mirar con advertencia lo que en particular dice de las cosas del Perú, a quien me remito en muchas de las que vamos diciendo. La *vicuña* es más alta de cuerpo que una cabra, por grande que sea; el color de su lana tira a castaño muy claro, que por otro nombre llaman leonado; son ligerísimas, no hay galgo que las alcance; mátanlas con arcabuces y con atajarlas, como hacían en tiempo de los Incas. Apacientanse en los desiertos más altos, cerca de la nieve. La carne es de comer, aunque no tan buena como la del *huanacu*; los indios la estimaban porque eran pobres de carne.

Venados o ciervos hubo en el Perú, aunque mucho menores que los de España; los indios les llaman *taruca*. En tiempo de los reyes Incas había tanta cantidad de ellos, que se les entraban por los pueblos. También hay corzos y gamos. De todos estos animales sacan la piedra bezar¹³ en estos tiempos. En los míos no se imaginaba tal. Hay gatos cervales que llaman *ozcollo*;

¹³ *Piedra bezar*: "piedra que se cría en las entrañas y en las agallas de cierta cabra montesa en las Indias, la cual vale contra todo veneno y enfermedad de tabardillo, y cualquier otra maligna y ponzoñosa". Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, s. v. *bezar*.

son de dos o tres diferencias. Hay zorras mucho menores que las de España; llámanles *atoc*. Otros animalejos hay pequeños, menores que gatos caseros; los indios les llaman *añas* y los españoles *zorrina*, son tan hediondos, que si como hieden, olieran, fueran más estimados que el ámbar y el almizcle; andan de noche por los pueblos, y no basta que estén las puertas y ventanas cerradas para que deje de sentirse su hedor, aunque estén lejos cien pasos y más. Hay muy pocos, que si hubiera muchos atosigaran al mundo. Hay conejos caseros y campestres, diferentes los unos de los otros en color y sabor. Llámanles *coy*; también se diferencian de los de España. De los caseros han traído a España, pero danse poco por ellos. Los indios, como gente pobre de carne, los tienen en mucho y los comen por gran fiesta. Otra diferencia de conejos hay que llaman *vizcachas*; tienen cola larga como gato, críanse en los desiertos donde hay nieve, y no les vale, que allá van a matarlos. En tiempo de los reyes Incas, y muchos años después, que aún yo los alcancé, aprovechaban el pelo de la *vizcacha* y lo hilaban de por sí para variar de colores la ropa fina que tejían. El color que tiene es pardo claro, color de ceniza, y él es de suyo blando y suave. Era cosa muy estimada entre los indios; no se echaba sino en la ropa de los nobles (VIII, xvii).

65. LEONES, OSOS, TIGRES, MICOS Y MONAS

Leones se hallan, aunque pocos; no son tan grandes ni tan fieros como los de África; llámanles *puma*. También se hallan osos y muy pocos, porque como toda la tierra del Perú es limpia de montañas bravas, no se crían estos animales fieros en ella, y también porque los Incas, como dijimos en sus cacerías reales, mandaban que los matasen. Al oso llaman *veumari*. Ti-

gres no los hay sino en los Antis, donde son las montañas bravas, donde también se crían las culebras grandes que llaman *amaru*, que son de a veinte y veinte y cinco y de treinta pies de largo, y más gruesas que el muslo, donde también hay gran multitud de otras culebras menores, que llaman *machachuary* y víboras ponzoñosas, y otras muchas sabandijas malas, de todas las cuales está libre el Perú. Un español que yo conocí mató en los Antis, término del Cozco, una leona grande que se encastró en un árbol muy alto: de allí la derribó de cuatro jarazos que le tiró; halláronle en el vientre dos cachorrillos, hijos de tigre, porque tenían las manchas del padre. Cómo se llame el tigre en la lengua general del Perú se me ha olvidado, con ser nombre del animal más fiero que hay en mi tierra. Aprehendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde que por qué la riño de lo que yo mismo tengo la culpa; que advierta yo que ha cuarenta y dos años que no hablo ni leo en aquella lengua. Válgame este descargo para el que quisiere culparme de haber olvidado mi lenguaje. Creo que el tigre se llama *uturuncu*, aunque el P. M. Acosta da este nombre al oso diciendo *otoroncos*, conforme a la corruptela española; no sé cuál de los dos se engaña, creo que su paternidad. Hay otros animales en los Antis que semejan a las vacas; son del tamaño de una vaca muy pequeña, no tienen cuernos. El pellejo es muy extremado para cueros fuertes por la fuerza que tiene, que algunos, encareciéndola, dicen que resiste más que una cota. Hay jabalíes que en parte semejan a los puercos caseros; de todos estos animales y de otros se hallan pocos en aquellos Antis que confinan con el Perú, que yo no me alejo a tratar de otros Antis que hay más lejos. Monas y micos hay muchos, grandes y chicos; unos tienen cola, otros sin ella.

De la naturaleza de ellos pudiéramos decir mucho, empero porque el P. M. Acosta lo escribe largamente, libro cuarto, capítulo treinta y nueve, que es lo mismo que yo oí a indios y a españoles, y parte de ello vi, me pareció ponerlo aquí: "Micos

hay innumerables por todas esas montañas de islas y Tierra Firme y Andes. Son de la casta de monas, pero diferentes en tener cola y muy larga, y haber entre ellas algunos linajes de tres tanto y cuatro tanto más cuerpo que monas ordinarias. Unos son negros del todo, otros bayos, otros pardos, otros manchados y varios. La ligereza y maña de éstos admira, porque parece que tienen discurso y razón, y en el andar por árboles parece que quieren casi imitar las aves. En Capira, pasando de Nombre de Dios a Panamá, vi saltar un mico de éstos de un árbol a otro que estaba a la otra banda del río que me admiró. Ásense con la cola a un ramo, y arrójanse donde quieren, y cuando el espacio es muy grande, que no pueden con un salto alcanzarle, usan una maña graciosa de asirse uno a la cola del otro y hacer de esta suerte una como cadena de muchos; después, ondeándose todos o columpiándose, el primero ayudado de la fuerza de los otros salta y alcanza y se ase al ramo, y sustenta a los demás hasta que llegan asidos, como dije, a la cola de otro. Las burlas y embustes y travesuras que éstos hacen es negocio de mucho espacio; las habilidades que alcanzan cuando los imponen no parecen de animales brutos sino de entendimiento humano. Uno vi en Cartagena, en casa del gobernador, que las cosas que de él me referían apenas parecían creíbles, como enviarle a la taberna por vino, y poniendo en la una mano el dinero, y en la otra el pichel, no haber orden de sacarle el dinero hasta que le daban el pichel con vino. Si los muchachos en el camino le daban grita o le tiraban, poner el pichel a un lado y apañar piedras y tirarlas a los muchachos hasta que dejaba el camino seguro, y así volvía a llevar su pichel. Y lo que es más, con ser muy bebedor de vino (como yo se lo vi beber, echándoselo su amo de alto), sin dárselo o darle licencia, no había de tocar el jarro. Dijéronme también que si veía mujeres afeitadas iba y les tiraba del tocado y las descomponía y trataba mal. Podrá ser algo de esto encarecimiento, que yo no lo vi, mas en efecto, no pienso que hay animal que así perciba y se aco-

moda a la conversación humana como esta casta de micos. Cuentan tantas cosas que yo, por no parecer que doy crédito a fábulas, o porque otros no las tengan por tales, tengo por mejor dejar esta materia con sólo bendecir al Autor de toda criatura, pues para sola recreación de los hombres, y entretenimiento donoso, parece haber hecho un género de animal que todo es reir o para mover a risa. Algunos han escrito que a Salomón se le llevaban estos micos de Indias Occidentales; yo tengo para mí que iban de la India Oriental". Hasta aquí es del P. M. Acosta, donde pudiera añadir que las monas y micos traen los hijuelos a cuestras hasta que son para soltarse y vivir por sí; andan abrazados con los brazos a los pescuezos de las madres, y con las piernas las abrazan por el cuerpo. El encadenarse unos con otros, que el P. M. dice, lo hacen para pasar ríos o arroyos grandes que no pueden pasar de un salto. Ásense, como se ha dicho, de un árbol que esté enfrente de otro y colúmpianse hasta que el último que anda abajo alcanza a asir alguna rama a nivel en derecho del que está asido de la otra parte, y entonces da voces y manda que suelte; luego es obedecido, y así dan todos del otro cabo y pasan el río, aprovechándose de sus fuerzas y maña en sus necesidades a fuer de soldados prácticos, y porque se entienden con sus gritos (como tengo para mí que lo hacen todos los animales y aves con los de su especie) dicen los indios que saben hablar, y que encubren el habla a los españoles porque no les hagan sacar oro y plata. También dicen que por remedar a las indias traen sus hijos a cuestras. Otras muchas burlerías dicen de ellos, pero de micos y monas baste (VIII, xviii).

66. DE LAS AVES MANSAS Y BRAVAS

Los indios del Perú no tuvieron aves caseras sino sola una casta de patos, que por semejar mucho a los de acá, les llaman

así los españoles. Son medianos, no tan grandes ni tan altos como los gansos de España, ni tan bajos ni tan chicos como los patos de por acá. Los indios les llaman *nuñuma*, deduciendo el nombre de *nuñu*, que es mamar, porque comen mamullando, como si mamasen; no hubo otras aves domésticas en aquella mi tierra. Aves del aire y del agua dulce y marina, diremos las que se nos ofrecieren, aunque por la multitud y variedad de ellas no será posible decir la mitad, ni la cuarta parte de ellas. Águilas hay de todas suertes, reales y no reales, aunque no son tan grandes como las de España. Hay halcones de muchas raleas, algunos se asemejan a los de acá y otros no. En común les llaman los indios *huaman*; de los pequeños he visto por acá algunos que los han traído y los estiman en mucho; los que en mi tierra llaman neblíes son bravísimos de vuelo y de garras; son casi prietos de color. En el Cozco el año de mil y quinientos y cincuenta y siete un caballero de Sevilla que se preciaba de su cetrería, hizo todas las que supo y pudo en un neblí. Venía a la mano y al señuelo de muy lejos, mas nunca pudo con él hacer que se cebase en prisión alguna, y así desesperó de su trabajo. Hay otras aves que también se pueden poner con las de rapiña: son grandísimas, llámanles *cuntur* y los españoles *cóndor*; muchas han muerto los españoles, y las han medido, por hablar con certificación del tamaño de ellas, y les han hallado quince y diciséis pies de una punta a otra de las alas, que reducidas a varas de medir son cinco varas y tercia: no tienen garras como las águilas, que no se las dio la naturaleza por temprarles la ferocidad; tienen los pies como las gallinas, pero bátales el pico, que es tan fuerte que rompe el pellejo de una vaca. Dos de ellos acometen a una vaca y a un toro y se lo comen. Ha acaecido uno solo acometer muchachos de diez, doce años, y comérselos; son blancos y negros a remiendos, como las urracas; hay pocos, que si hubiera muchos destruyeran los ganados; en la frente tienen una cresta pareja a manera de navaja.

no con puntas como la del gallo; cuando bajan, cayendo de lo alto, hacen tan gran zumbido que asombra.

El P. M. Acosta, hablando de las aves del nuevo orbe, particularmente del *cuntur*, libro cuarto, capítulo XXXVII (donde remito al que quisiere leer cosas maravillosas), dice estas palabras: "Los que llaman cóndores son de inmensa grandeza, y de tanta fuerza que no sólo abren un carnero y se lo comen, sino a un ternero".

En contra del *cuntur* dice su paternidad de otras avecillas que hay en el Perú, que los españoles llaman *tominejos*, y los indios *quenti*, que son del color azul dorado como lo más del cuello del pavo real: sustentase como las abejas, chupando con un piquillo largo que tienen el jugo o miel que hallan en las flores; son tan pequeñitas que muy bien dice su paternidad de ellas lo que se sigue: "En el Perú hay los que llaman *tominejos*, tan pequeñitos que muchas veces dudé, viéndolos volar, si eran abejas o mariposillas, mas son realmente pájaros, etc.". Quien oyere estos dos extremos de aves que hay en aquella tierra no se admirará de las que dijéremos que hay en medio. Hay otras aves grandes negras que los indios llaman *suyunty* y los españoles *gallinaza*; son muy tragonas de carne, y tan golosas que si hallan alguna bestia muerta en el campo comen tanto de ella, que, aunque son muy ligeras, no pueden levantarse al vuelo por el peso de lo que han comido. Entonces cuando sienten que va gente a ellas van huyendo a vuelo pie, vomitando la comida por descargarse para tomar vuelo; es cosa donosa ver el ansia y la prisa con que echan lo que con la misma comieron. Si les dan prisa las alcanzan y matan, mas ellas no son de comer ni de otro provecho alguno, sino de limpiar las calles de las inmundicias que en ellas echan, por lo cual dejan de matarlas aunque puedan. No son de rapiña; el P. Acosta dice que tiene para sí que son del género de cuervos.

A semejanza de éstas hay otras aves marinas que los españoles llaman *alcatraces*; son poco menores que las abutardas:

mantiénense de pescado; es cosa de mucho gusto ver cómo pescan. A ciertas horas del día, por las mañanas y por la tarde (debe de ser a las horas que el pescado se levanta a sobreaguar, o cuando las aves tienen más hambre), ellas se ponen muchas juntas como dos torres en alto, y de allí, como halcones de altanería, las alas cerradas, se dejan caer a coger el pescado, y se zambullen y entran debajo del agua hasta que lo pescan. Algunas veces se detienen tanto debajo del agua que parece que se han ahogado; debe de ser por huirles mucho el pescado; y cuando más se certifica la sospecha las ven salir con el pez atravesado en la boca y volando en el aire lo engullen. Es gusto ver caer unas, y oír los golpazos que dan en el agua, y al mismo tiempo ver salir otras con la presa hecha, y ver otras que a medio caer se vuelven a levantar y subir en alto por desconfiar del lance. En suma, es ver doscientos halcones juntos en altanería que bajan y suben a veces como los martillos del herrero. Sin estas aves andan muchas bandas de pájaros marinos, en tanta multitud que es increíble lo que de ellas se dijere a quien no las ha visto. Son de todos tamaños, grandes, medianos y chicos. Navegando por la mar del Sur los miré muchas veces con atención; había bandas tan grandes, que de los primeros pájaros a los postreros me parece que había más de dos leguas de largo. Iban volando tantos y tan cerrado que no dejaban penetrar la vista de la otra parte. En su vuelo van cayendo unos en el agua a descansar y otros se levantan de ella que ya han descansado. Cierto es cosa maravillosa ver la multitud de ellos y que levanta el entendimiento a dar gracias a la Eterna Majestad que crió tanta infinidad de aves, y que las sustente con otra infinidad de peces; y esto baste de los pájaros marinos.

Volviendo a las aves de tierra, sin salir de las del agua, decimos que hay otra infinidad de ellas en los ríos y lagos del Perú: garzas y garzotas, patos y fojas, y las que por acá llaman flamencos, sin otras muchas diferentes de que no sé dar cuenta por no haberlas mirado con atención. Hay aves grandes mayores

que cigüeñas que se mantienen de pescado; son muy blancas, sin mezcla de otro color, muy altas de piernas; andan apareadas de dos en dos; son muy hermosas a la vista, parecen pocas (VIII, xix).

67. DE LAS PERDICES, PALOMAS Y OTRAS AVES MENORES

Dos maneras de perdices se hallan en aquella mi tierra, las unas son como pollas ponederas, críanse en los desiertos que los indios llaman *puna*. Las otras son menores que las de España; son de buena carne, más sabrosa que la de las grandes. Las unas y las otras son de color pardo, los picos y pies blancos. Las chicas propiamente parecen a las codornices en el color de la pluma, salvo las pecas blancas que no las tienen; llámanles *yutu*; pusiéronles el nombre del sonido del canto que tienen, que dicen *yutyut*; y no solamente a las perdices, pero a otras muchas aves les ponen el nombre del canto de ellas, como diremos de algunas en este discurso. Lo mismo hacen en muchas cosas; otras declararemos donde se ofreciere. De las perdices de España no sé que hayan llevado a mi tierra. Hay palomas torcaces como las de acá en tamaño, pluma y carne; llámanles *urpi*, quiere decir paloma. A las palomas caseras que han llevado de España dicen los indios *Castilla urpi*, que es paloma de Castilla, por decir que fueron llevadas de acá. Hay tórtolas, ni más ni menos que las de España, si ya en el tamaño no son algo mayores; llámanles *cocohuay*, tomadas las dos primeras sílabas del canto de ellas y pronunciadas en lo interior de la garganta porque se asemeje más el nombre con el canto.

Hay otras tortolillas pequeñas del tamaño de las calandrias o cogujadas y del color de ellas; crían por los tejados, como acá

los gorriones, y también crían en el campo; hállanse pocas. Hay unos pajarillos pardos que los españoles llaman gorriones, por la semejanza del color y del tamaño, aunque diferentes en el canto, que aquéllos cantan muy suavemente; los indios llaman *pariapichiu*; crían por los bardales de las casas, dondequiera que hay matas en las paredes, y también crían en el campo. Otros pajarillos bermejuelos llaman ruseñor los españoles por la semejanza del color, pero en el canto difieren como lo prieto de lo blanco, porque aquéllos cantan malísimamente, tanto que los indios en su antigüedad lo tenían por mal agüero. Hay unos pajarillos prietos que los españoles llaman golondrinas, y más son aviones que golondrinas; vienen a sus tiempos, aposéntanse en los agujeros de los tejados, diez, doce juntos. Estas avecillas son las que andan por los pueblos más cerca de la gente que otras. Golondrinas ni vencejos no los vi por allá, a lo menos en lo que es la serranía del Perú. Las aves de los llanos son las mismas, sin las marinas que son diferentes. Sisiones, gangas, ni ortegas, ni zorzales, no las hay en aquella tierra, ni grullas, ni avutardas. Otras habrá en lugar de ellas de que yo no me acuerde. En el reino de Chili, que también fue del imperio de los Incas del Cozco, hay avestruces, que los indios llaman *suri*; no son de pluma tan fina, ni tan galana como los de África; tienen el color entre pardo y blanco; no vuelan por alto, mas a vuelo pie son muy ligeras; corren más que un caballo; algunas tomaron los españoles poniéndose en paradas en sus caballos, que el aliento de un caballo ni de dos solos no basta a cansar aquellas aves. En el Perú hay sirgueros, que los españoles llaman así porque son de dos colores, amarillo y negro; andan en bandas. Los indios les llaman *chayna*, tomando el nombre de su mismo canto.

Otras muchas maneras de pájaros hay, chicos y grandes, de que no acertaré a dar cuenta por la multitud de ellos y poquedad de la memoria. Acuérdomé que hay cernícalos como los de acá, pero más animosos, que algunos se ceban en pajarillos. En

el llano de Yucay vi volar dos cernícalos a un árbol grande y espeso que hay en aquel llano; yo lo dejé en pie, que los indios en su gentilidad tenían por sagrado, porque sus reyes se ponían debajo de él a ver las fiestas que en aquel hermoso llano se hacían. El uno de los cernícalos, usando su natural industria, entró por el árbol a echar fuera el pajarillo, el otro se subió en el aire encima del árbol para ver por dónde salía, y en saliendo el pájaro, forzado del que le perseguía, cayó en él como un neblí; el pajarillo volvió a socorrerse en el árbol; el cernícalo que cayó a él entró a echarle fuera, y el que le había sacado del árbol se subió en el aire, como hizo el primero, para ver por dónde salía; de esta manera los cernícalos, trocándose ya el uno, ya el otro, entraron y salieron del árbol cuatro veces, y otras tantas se les encerró el pajarillo con grande ánimo, defendiendo su vida hasta que la quinta vez se les fue al río y en unos paredones de edificios antiguos que por aquella banda había se les escapó con gran contento y gusto de cuatro o cinco españoles que habían estado mirando la volatería, admirados de lo que la naturaleza enseña a todas sus criaturas, hasta las aves tan pequeñas, para sustentar sus vidas, unas acometiendo y otras huyendo con tanta industria y maña como se ve a cada paso.

Abejas silvestres hay de diversas maneras; de las domésticas criadas en colmenas ni los indios las tuvieron antes ni los españoles se han dado nada hasta ahora por criarlas; las silvestres crían en resquicios y concavidades de peñas y en huecos de árboles; las que son de tierras frías, por las malas yerbas de que se sustentan, hacen poca miel, y ésa desabrida y amarga, y la cera negra de ningún provecho; las de tierras templadas o calientes, por las buenas yerbas de que gozan, hacen muy linda miel, blanca, limpia, olorosa y muy dulce: llevada a tierras frías se cuaja y parece azúcar; tiénenla en mucha estima, no sólo para comer, mas también para el uso de diversas medicinas, que la hallan muy provechosa (VIII, xx).

68. DIFERENCIAS DE PAPAGAYOS

En los Antis se crían los papagayos; son de muchas maneras, grandes, medianos, menores, chicos y chiquillos; los chiquillos son menores que calandrias, y los mayores son como grandes neblís; unos son de solo un color; otros de dos colores, verde y amarillo, o verde y colorado; otros son de muchos y diversos colores, particularmente los grandes, que los españoles llaman *guacamayas*, que son de todos colores y todos finísimos; las plumas de la cola que son muy largas y muy galanas, las estiman en mucho los indios para engalanarse en sus fiestas. De las cuales plumas, por ser tan hermosas, tomó el famoso Juan Boccaccio el argumento para la graciosa novela de *Frate Cipolla*¹⁴. Los españoles llaman a los papagayos con diferentes nombres por diferenciar los tamaños. A los muy chiquillos llaman *periquillos*, a otros mayores llaman *catalnillas*, a otros más mayores y que hablan más y mejor que los demás llaman *loro*. A los muy grandes llaman *guacamayas*; son torpísimos para hablar, mas nunca hablan; solamente son buenas para mirarlas por la hermosura de sus colores y plumas. Estas diferencias de papagayos han traído a España para tener en jaulas y gozar de su parlería; y aunque hay otras más, no las han traído; debe de ser porque son más torpes. En Potosí, por los años de 1554 y 1555 hubo un papagayo de los que llaman loro, tan hablador que a los indios e indias que pasaban por la calle les llamaba por sus provincias, a cada uno de la nación que era, diciendo Colla Yunca, Huayru Quechua, etc., como que tuviera noticia de las diferencias de tocados que los indios en tiempo de los Incas traían en la cabeza para ser conocidos. Un día de aquéllos pasó una india hermosa por la calle do el papagayo estaba, iba con

¹⁴ *Decamerón*, VI, 10.

tres o cuatro criadas haciendo mucho de la señora *palla*, que son de la sangre real. En viéndola el papagayo dio grandes gritos de risa, diciendo: "Huayru, Huayru, Huayru", que es una nación de gente más vil y tenida en menos que otras. La india pasó avergonzada por los que estaban delante, que siempre había una gran cuadrilla de indios escuchando el pájaro, y cuando llegó cerca escupió hacia el papagayo y le llamó *cupay*, que es diablo. Los indios dijeron lo mismo, porque conoció la india con ir disfrazada en hábito de *palla*. En Sevilla, en Cal de Francos, pocos años ha había otro papagayo que en viendo pasar un cierto médico indigno del nombre, le decía tantas palabras afrentosas que le forzó a dar queja de él. La justicia mandó a su dueño que no lo tuviese en la calle, so pena que se lo entregarían al ofendido.

Los indios en común les llaman *uritu*; quiere decir papagayo, y por el grandísimo ruido enfadoso que hacen con sus gritos cuando van volando, porque andan en grandes bandas, tomaron por refrán llamar *uritu* a un parlador fastidioso, que como el divino Ariosto dice en el canto veinticinco, sepa poco y hable mucho, a los cuales con mucha propiedad les dicen los indios: "Calla, papagayo". Salen los papagayos de los Antis al tiempo que por todo lo raso del Perú está en sazón la *zara*, de la cual son amicísimos: hacen gran estrago en ella; vuelan muy recio y muy alto; las *guacamayas*, porque son torpes y pesadas no salen de los Antis. Andan en bandas, como se ha dicho, mas no se mezclan los de una especie con los de otra, sino que cada diferencia anda por sí (VIII, xxi).

69. PECES DE RÍO

Con haber tantas aguas en aquella tierra, que era argumento de que hubiera mucho pescado, se cría muy poco, a lo me-

nos en lo que es el Perú, de quien pretendo dar cuenta en todo lo que voy hablando, y no de otras partes. Créese que se cría tan poco por la furia con que aquellos ríos corren, y por los pocos charcos que hacen. Pues ahora es de saber que eso poco que se cría es muy diferente del pescado que se cría en los ríos de España. Parece todo de una especie, no tiene escama sino hollejo, que es tan delicado que no hay que quitarle; llámanle *challua*, que quiere decir *pescado*. En los ríos que por la costa del Perú entran en la mar, entra muy poco pescado de ella, porque los más de ellos son medianos y muy raudos, aunque de invierno no se dejan vadear y corren con mayor furia.

En la gran laguna Titicaca se cría mucho pescado, que aunque parece que es de la misma forma del pescado de los ríos le llaman los indios *suchi*, por diferenciarle del otro. Es muy gordo, que para freírle no es menester otro graso que el suyo. También se cría en aquel lago otro pescadillo que los españoles llaman *bogas*; el nombre de los indios se me ha olvidado; es muy chico y ruin, de mal gusto y peor talle, y si no me acuerdo mal tiene escama; mejor se llamara harrihuelas, según es menudo. Del un pescado y del otro se cría en abundancia en aquel gran lago, porque hay donde extenderse y mucho que comer en las horruras que llevan cinco ríos caudalosos que entran en él, sin otros de menos cuenta, y muchos arroyos; y esto baste de los ríos y pescados que en aquella tierra se crían (VIII, xxii).

70. PIEDRAS PRECIOSAS

Las piedras preciosas que en tiempo de los reyes Incas había en el Perú eran turquesas y esmeraldas, y mucho cristal muy lindo, aunque no supieron labrarlo. Las esmeraldas se crían en las montañas de la provincia llamada Manta, jurisdicción de

Puerto Viejo. No ha sido posible a los españoles, por mucho que lo han procurado, haber dado con el mineral donde se crían, y así casi ya no se hallan esmeraldas de aquella provincia, y eran las mejores de todo aquel imperio. Del Nuevo Reino han traído tantas a España que se han hecho ya despreciables, y no sin causa, porque además de la multitud (que en todas las cosas suele causar menosprecio), no tienen que ver con muchos quilates con las de Puerto Viejo. La esmeralda se perfecciona en su mineral, tomando poco a poco el color verde que después tiene, como toma la fruta su sazón en el árbol. Al principio es blanca pardusca, entre pardo y verde; empieza a tomar sazón o perfección por una de sus cuatro partes; debe de ser por la parte que mira al oriente, como hace la fruta, que con ella la tengo comparada, y de allí va aquel buen color que tiene por el un lado y por el otro de la piedra, hasta rodearla toda. De la manera que la sacan de su mina, perfecta o imperfecta, así se queda. Yo vi en el Cozco dos esmeraldas, entre otras muchas que vi en aquella tierra, eran del tamaño de nueces medianas redondas, en toda perfección, horadadas por medio. La una de ellas era en extremo perfecta de todas partes, la otra tenía de todo; por la una cuarta parte estaba hermosísima, porque tenía toda la perfección posible. Las otras dos cuartas partes de los lados no estaban tan perfectas, pero iban tomando su perfección y hermosura; estaban poco menos hermosas que la primera parte; la última, que estaba en opósito de la primera, estaba fea, porque había recibido muy poco del color verde, y las otras partes la afeaban más con su hermosura; parecía un pedazo de vidrio verde pegado a la esmeralda, por lo cual su dueño acordó quitar aquella parte, porque afeaba las otras, y así lo hizo, aunque después le culparon algunos curiosos, diciendo que para prueba y testimonio de que la esmeralda va madurando por sus partes en su mineral, se había de guardar aquella joya, que era de mucha estima. A mí me dieron entonces la parte desechada,

como a muchacho, y hoy la tengo en mi poder, que por no ser de precio ha durado tanto (VIII, xxiii).

71. PERLAS Y ANÉCDOTAS

Añadiré dos cuentos que se me ofrecen acerca de las perlas. El uno es que cerca del año de 1564, un año más o menos, trajeron tantas perlas para Su Majestad, que se vendieron en la contratación de Sevilla, puestas en un montón, como si fuera alguna semilla. Andando las perlas en pregón, cerca de rematarse, dijo uno de los ministros reales: "Al que las pusiese en tanto precio se le darán seis mil ducados de prometido". Luego, oyendo el prometido, las puso un mercader próspero, que sabía bien de la mercancía, porque trataba en perlas. Pero por grande que fue el prometido, le sacaron de la puja; mas él se contentó por entonces con seis mil ducados de ganancia, por sola una palabra que habló, y el que las compró quedó mucho más contento, porque esperaba mucha mayor ganancia, según la gran cantidad de perlas, que por el prometido se puede imaginar cuán grande sería.

El otro cuento es que yo conocí en España un mozo de gente humilde, y que vivía con necesidad, que aunque era buen platero de oro no tenía caudal, y trabajaba a jornal. Este mozo estuvo en Madrid, año de 1562 y 1563, posaba en mi posada. Porque perdía al ajedrez (que era apasionado de él) lo que ganaba a su oficio, y yo se lo reñía muchas veces, amenazando que se había de ver en grandes miserias por su juego, me dijo un día: "No pueden ser mayores que las que he pasado, que a pie y con solos catorce maravedís entré en esta corte". Este mozo tan pobre, por ver si podía salir de miseria, dio en ir y venir a Indias, y tratar en perlas, porque sabía algo de ellas.

Fuéle tan bien en los viajes y en la granjería que alcanzó a tener más de treinta mil ducados. Para el día de su velación (que también conocí a su mujer), le hizo una saya grande de terciopelo negro, con una bordadura de perlas finas de una sesma en ancho, que corría por la delantera y por todo el ruedo, que fue una cosa soberbia y muy nueva. Aprecióse la bordadura en más de cuatro mil ducados. Hase dicho esto porque se vea la cantidad increíble de perlas que de Indias han traído, sin las que dijimos en nuestra historia de la Florida, libro tercero, capítulos XV y XVI, que se hallaron en muchas partes de aquel gran reino, particularmente en el rico templo de la provincia llamada *Cofachiqui*. Los dieciocho marcos de perlas que el P. Acosta dice que trujeron para Su Majestad (sin otros tres cajones de ellas), eran las escogidas por muy finas, que a sus tiempos se tiene cuenta en Indias de apartar las mejores de todas las perlas, que dan a Su Majestad de quinto, porque vienen a parar a su cámara real, y de allí salen para el culto divino, donde las emplea, como las vi en un manto y saya para la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y en terno entero, estolas, manípulos y faldones de albas y bocas mangas, todo bordado de perlas finísimas y grandes, y el manto y saya toda cubierta, hecha a manera de ajedrez. Las casas que habían de ser blancas estaban cubiertas de perlas; de tal manera puestas en cuadro, que se iban relevando y saliendo afuera, que parecían montoncillos de perlas; las casas que habían de ser negras, tenían rubíes y esmeraldas, engastadas en oro esmaltado, una casa de uno y otra de otro, todo tan bien hecho que bien mostraban los artífices para quién hacían la obra, y el rey católico en quién empleaba aquel tesoro, que cierto es tan grande, que si no es el emperador de las Indias, otro no podía hacer cosa tan magnífica, grandiosa y heroica.

Para ver la gran riqueza de este monarca, es bien leer aquel cuarto libro, y todos los demás del P. Acosta, donde se verán tantas cosas y tan grandes, como las que se han descubierto en

el Nuevo Mundo. Entre las cuales, sin salir del propósito, contaré una que vi en Sevilla, año de mil y quinientos y setenta y nueve, que fue una perla que trujo de Panamá un caballero que se decía don Diego de Temez, dedicada para el rey don Felipe II. Era la perla del tamaño y talle y manera de una buena cermeña, tenía su cuello levantado hacia el pezón, como lo tiene la cermeña o la pera; también tenía el huequecito de debajo en el asiento. El redondo, por lo más grueso, sería como un huevo de paloma de los grandes. Venía de Indias apreciada en doce mil pesos, que son catorce mil y cuatrocientos ducados. Jacomo de Trezo, milanés, insigne artífice y lapidario de la majestad católica, dijo que valía catorce mil, y treinta mil, y cincuenta mil ducados, y que no tenía precio, porque era una sola en el mundo, y así la llamaron la Peregrina. En Sevilla la iban a ver por cosa miraculosa. Un caballero italiano andaba entonces por aquella ciudad comprando perlas escogidas, las mayores que se hallaban, para un gran señor de Italia, traía una gran sarta de ellas; cotejadas con la Peregrina, y puestas cabe ella, parecían piedrecitas del río. Decían los que sabían de perlas y piedras preciosas, que hacía veinticuatro quilates de ventaja a todas cuantas se hallasen; no sé qué cuenta sea ésta para poderla declarar. Sacóla un negrilla en la pesquería, que, según decía su amo, no valía cien reales, y que la concha era tan pequeña, que por ser tan ruin estuvieron por arrojarla en el mar, porque no prometía nada de sí. Al esclavo, por su buen lance, dieron libertad. La merced que a su amo hicieron por la joya fue la vara de alguacil mayor de Panamá.

La perla no se labra, porque no consiente que la toquen, sino para horadarlas; sírvense de ellas como las sacan de las conchas; unas salen muy redondas y otras no tanto; otras salen prolongadas, y otras abolladas, que de la una mitad son redondas y de la mitad llanas. Otras salen de forma de cermeñas, y éstas son las más estimadas, porque son muy raras. Cuando un mercader tiene una de éstas acermeñadas, o de las redondas, que

sea grande y buena, y halla otra igual en poder ajeno, procura comprarla de cualquier manera que sea, porque hermanadas, siendo iguales en todo, cada una de ellas dobla el valor a la otra, que si cualquiera de ellas, cuando era sola, valía cien ducados, hermanada vale cada una de ellas doscientos, y ambas cuatrocientos, porque pueden servir de zarcillos, que es para lo que más se estiman. No se consienten labrar, porque su naturaleza es ser hecha de cascós, o hojas como la cebolla, que no es maciza. La perla se envejece por tiempo, como cualquiera otra cosa corruptible, y pierde aquel color claro y hermoso que tiene en su mocedad, y cobra otro pardusco ahumado. Entonces la quitan la hoja encima, y descubren la segunda con el mismo color que antes se tenía: pero es con grán daño de la joya, porque por lo menos le quitan la tercia parte de su grandor: las que llaman netas por muy finas, salen de esta regla general (VIII, xxiii).

72. DEL ORO Y PLATA

De la riqueza de oro y plata que del Perú se saca es buen testigo España, pues de más de veinticinco años, sin los de atrás, le traen cada año doce, trece millones de plata y oro, sin otras cosas que no entran en esta cuenta; cada millón monta diez veces cien mil ducados. El oro se coge en todo el Perú; en unas provincias es en más abundancia que en otras, pero generalmente lo hay en todo el reino. Hállase en la superficie de la tierra, y en los arroyos y ríos, donde lo llevan las avenidas de las lluvias; de allí lo sacan lavando la tierra o la arena, como lavan acá los plateros la escubilla de sus tiendas, que son las barreduras de ellas. Lllaman los españoles lo que así sacan oro en polvo, porque sale como limalla. Algunos granos se hallan gruesos de

dos, tres pesos y más; yo vi granos de a más de veinte pesos; llámanles pepitas. Algunas son llanas, como pepitas de melón o calabaza, otras redondas, otras largas como huevos. Todo el oro del Perú es de dieciocho a veinte quilates de ley, poco más poco menos. Sólo el que se saca en las minas de Callavaya o Callahuaya es finísimo de veinticuatro quilates, y aún pretende pasar de ellos, según me lo han dicho algunos plateros en España. El año de mil y quinientos y cincuenta y seis se halló en un resquicio de una mina de las de Callahuaya una piedra de las que se crían con el metal, del tamaño de la cabeza de un hombre, el color propiamente era color de bofes, y aun la hechura lo parecía, porque toda ella estaba agujereada de unos agujeros chicos y grandes, que la pasaban de un cabo a otro. Por todos ellos asomaban puntas de oro, como si le hubieran echado oro derretido por encima; unas puntas salían fuera de la piedra; otras emparejaban con ella; otras quedaban más adentro. Decían los que entendían de minas que si no la sacaran de donde estaba, que por tiempo viniera a convertirse toda la piedra en oro. En el Cozco la miraban los españoles por cosa maravillosa; los indios la llamaban *huaca*, que, como en otra parte dijimos, entre otras muchas significaciones que este nombre tiene, una es decir admirable, cosa digna de admiración por ser linda, como también significa cosa abominable por ser fea. Yo la miraba con los unos y con los otros. El dueño de la piedra, que era hombre rico, determinó venirse a España, y traerla como estaba, para presentarla al rey Felipe II, que la joya, por su extrañeza, era mucho de estimar. De los que vinieron en el armada en que él vino supe en España que la nao se había perdido con otra mucha riqueza que traía.

La plata se saca con más trabajo que el oro, y se beneficia y purifica con más costa. En muchas partes del Perú se han hallado y hallan minas de plata, pero ningunas como las del Potosí, las cuales se descubrieron y registraron año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, catorce años después que los espa-

ñosles entraron en aquella tierra. El cerro donde están se dice *Potocsi*, porque aquel sitio se llamaba así: no sé qué signifique en el lenguaje particular de aquella provincia, que en la general del Perú no significa nada. Está en un llano, es de forma de un pilón de azúcar; tiene de circuito, por lo más bajo, una legua, y de alto más de un cuarto de legua. Lo alto del cerro es redondo, es hermoso a la vista porque es solo; hermoseólo la naturaleza para que fuese tan famoso en el mundo como hoy lo es. Algunas mañanas amanece lo alto cubierto de nieve, porque aquel sitio es frío. Era entonces aquel sitio del repartimiento de Gonzalo Pizarro, que después fue de Pedro de Hinojosa; cómo lo hubo, diremos adelante, si es lícito ahondar y declarar tanto los hechos secretos que pasan en las guerras, sin caer en odio, que muchas cosas dejan de decir los historiadores por este miedo. El P. Acosta, libro cuarto, escribe largo del oro y plata y azogue que en aquel imperio se ha hallado, sin lo que cada día va descubriendo el tiempo. Por esto dejaré yo de escribirlo. Diré brevemente algunas cosas notables de aquellos tiempos, y cómo beneficiaban y fundían los indios el metal antes que los españoles hallaran el azogue. En los demás remito a aquella historia al que lo quisiere ver más largo, donde hallará cosas muy curiosas, particularmente del azogue.

Es de saber que las minas del cerro de Potocsi las descubrieron ciertos indios, criados de españoles, que en su lenguaje llaman *yanacuna*, que en toda su significación quiere decir hombre que tiene obligación de hacer oficio de criado; los cuales, debajo de secreto, en amistad y buena compañía, gozaron algunos días de la primera veta que hallaron, mas como era tanta la riqueza, y ella sea mala de encubrir, no pudieron o no quisieron encubirla de sus amos, y así la descubrieron a ellos, y registraron la veta primera, por la cual se descubrieron las demás. Entre los españoles que se hallaron en aquel buen lance fue uno que se llamó Gonzalo Bernal, mayordomo que después fue de Pedro de Hinojosa, el cual, poco después del registro, hablando

un día delante de Diego Centeno (famoso caballero) y de otra mucha gente noble, dijo: "Las minas prometen tanta riqueza, que a pocos años que se labren valdrá más el hierro que la plata". Este pronóstico vi yo cumplido los años de mil quinientos cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, que en la guerra de Francisco Hernández Girón valió una herradura de caballo cinco pesos, que son seis ducados, y una de mula cuatro pesos; dos clavos de herrar, un tomín, que son cincuenta y seis maravedís. Vi comprar un par de borceguíes en treinta y seis ducados; una mano de papel en cuatro ducados; la vara de grana fina de Valencia a sesenta ducados, y a este respecto los paños finos de Segovia, y las sedas y lienzo, y las demás mercaderías de España. Causó esta carestía aquella guerra, porque en dos años que duró no pasaron armadas al Perú, que llevan las cosas de España. También la causó la mucha plata que daban las minas, que tres y cuatro años antes de los que hemos nombrado llegó a valer un cesto de la yerba que llaman cuca treinta y seis ducados, y una hanega de trigo veinticuatro y veinticinco ducados. Lo mismo valió el maíz, y al respecto el vestir y calzar, y el vino, que las primeras botijas, hasta que hubo abundancia, se vendían a doscientos y más ducados. Y con ser la tierra tan rica y abundante de oro y plata y piedras preciosas, como todo el mundo sabe, los naturales de ella son la gente más pobre y mísera que hay en el universo (VIII, xxiv).

73. DEL AZOGUE Y FUNDICIONES

Como en otra parte apuntamos, los reyes Incas alcanzaron el azogue, y se admiraron de su viveza y movimiento, mas no supieron qué hacer de él ni con él, porque para el servicio de ellos no le hallaron de provecho para cosa alguna; antes sin-

tieron que era dañoso para la vida de los que lo sacan y tratan, porque vieron que les causaba el temblar y perder los sentidos. Por lo cual, como reyes que tanto cuidaban de la salud de sus vasallos, conforme al apellido amorador de pobres, vedaron por ley que no lo sacasen, ni se acordasen de él; y así lo aborrecieron los indios de tal manera, que aun el nombre borraron de la memoria y de su lenguaje, que no lo tienen para nombrar el azogue, sino lo han inventado después que los españoles lo descubrieron año de mil y quinientos y sesenta y siete, que como aquellas gentes no tuvieron letras olvidaban muy aína cualquiera vocablo que no traían en uso. Lo que usaron los Incas y permitieron que usasen los vasallos fue del color carmesí finísimo sobre todo encarecimiento, que en los minerales del azogue se cría en polvo, que los indios llaman *ychma*, que el nombre *llimpi* que el P. Acosta dice, es de otro color purpúreo menos fino que sacan de otros mineros, que en aquella tierra los hay de todas las colores; y porque los indios, aficionados de la hermosura del color *ychma* (que cierto es para aficionar apasionadamente) se desmandaban en sacarlo, temiendo los Incas no les dañase el andar por aquellas cavernas, vedaron a la gente común el uso de él, sino que fuese solamente para las mujeres de la sangre real, que los varones no se lo ponían, como yo lo vi; y las mujeres que usaban de él eran mozas y hermosas, y no las maycres de edad, que más era gala de gente moza que ornamento de gente madura, y aun las mozas no lo ponían por las mejillas, como acá el arrebol, sino desde la punta de los ojos hasta las sienes con un palillo, a semejanza del alcohol. La raya que hacían era del ancho de una paja de trigo, y estábales bien; no usaron de otro afeite las *pallas* sino del *ychma* en polvo. como se ha dicho, y aun no era cada día, sino de cuando en cuando, por vía de fiesta. Sus caras traían limpias, y lo mismo era de todo el mujeriego de la gente común. Verdad es que las que presumían de su hermosura y buena tez de rostro, porque no se les estragase, se ponían una lechecilla blanca, que hacían

no sé de qué, en lugar de mudas, y la dejaban estar nueve días; al cabo de ellos se alzaba la leche y se despegaba del rostro, y se dejaba quitar del un cabo al otro como un hollejo, y dejaba la tez de la cara mejorada. Con la escaseza que hemos dicho gastaban el color *ychma*, tan estimado entre los indios, por excusar a los vasallos el sacarlo. El pintarse o teñirse los rostros con diversos colores en la guerra, o en las fiestas que un autor dice, nunca lo hicieron los Incas, ni todos los indios en común, sino algunas naciones particulares que se tenían por más feroces, y eran más brutos.

Resta decir cómo fundían el metal de la plata antes de que se hallara el azogue. Es así, que cerca del cerro Potocchi hay otro cerro pequeño, de la misma forma que el grande, a quien los indios llaman *Huayna Potocchi*, que quiere decir *Potocchi el mozo*, a diferencia del otro grande, al cual, después que hallaron el pequeño, llamaron *Hatun Potocsi* o *Potocchi*, que todo es uno, y dijeron que eran padre e hijo. El metal de la plata se saca del cerro grande, como atrás se ha dicho, en el cual hallaron a los principios mucha dificultad en fundirlo, porque no corría, sino que se quemaba y consumía en humo, y no sabían los indios la causa, aunque habían trazado otros metales. Mas como la necesidad o la codicia sea tan gran maestra, principalmente en lances de oro y plata, puso tanta diligencia buscando y probando remedios, que dio en uno, y fue que en el cerro pequeño halló metal bajo, que casi todo o del todo era de plomo, el cual mezclado con el metal de plata le hacía correr, por lo cual le llamaron *zuruchec*, que quiere decir el que hace deslizar. Mezclaban estos dos metales por su cuenta y razón, que a tantas libras de metal de plata echaban tantas onzas del metal de plomo, más y menos, según que el uso y la experiencia les enseñaba de día en día; porque no todo metal de plata es de una misma suerte, que unos metales son de más plata que otros, aunque sean de una misma veta, porque unos días lo sacan de más plata que otros, y otros de menos; y conforme a la calidad

y riqueza de cada metal le echaban el *zuruchec*; templado así el metal lo fundían en unos hornillos portátiles a manera de alnafes de barro. No fundían con fuelles ni a soplos con los cañutos de cobre, como en otra dijimos que fundían la plata y el oro para labrarlo, que aunque lo probaron muchas veces nunca corrió el metal, ni pudieron los indios alcanzar la causa, por lo cual dieron en fundirlo al viento natural. Mas también era necesario templar el viento como los metales, porque si el viento era muy recio gastaba el carbón y enfriaba el metal, y si era blando no tenía fuerza para fundirlo. Por esto se iban de noche a los cerros y collados y se ponían en las laderas altas o bajas, conforme al viento que corría, poco o mucho, para templarlo con el sitio más o menos abrigado. Era cosa hermosa ver en aquellos tiempos ocho, diez, doce, quince mil hornillos arder por aquellos cerros y alturas. En ellas hacían sus primeras fundiciones; después en sus casas hacían las segundas y terceras con los cañutos de cobre, para apurar la plata y gastar el plomo; porque no hallando los indios los ingenios que por acá tienen los españoles de agua fuerte y otras cosas, para apartar el oro de la plata y del cobre, y la plata del cobre y del plomo, la afinaban a poder de fundirla muchas veces. De la manera que se ha dicho habían los indios la fundición de la plata en Potocsi antes de que se hallara el azogue, y todavía hay algo de esto entre ellos, aunque no en la muchedumbre y grandeza pasada (VIII, xxv).

74. LA FAMOSA CADENA DE ORO DE HUAYNA CAPAC

Pasada la solemnidad de la fiesta, que duró más de veinte días, quedando Huayna Capac muy alegre con el nuevo hijo, dio en imaginar cosas grandes y nunca vistas que se inventasen

para el día que le destetasen y trasquilasen el primer cabello, y pusieran el nombre propio, que, como en otra parte dijimos, era fiesta de las más solemnes que aquellos reyes celebraban, y al respecto de allí abajo hasta los más pobres, porque tuvieron en mucho los primogénitos. Entre otras grandezas que para aquella fiesta se inventaron, fue una la cadena de oro tan famosa en todo el mundo, y hasta ahora aún no vista por los extraños, aunque bien deseada. Para mandarla hacer tuvo el Inca la ocasión que diremos. Es de saber que todas las provincias del Perú cada de por sí, tenía manera de bailar diferente de las otras, en la cual se conocía cada nación, también como en los diferentes tocados que traían en las cabezas. Y estos bailes eran perpetuos, que nunca los trocaban por otros. Los Incas tenían un bailar grave y honesto, sin brincos ni saltos, ni otras mudanzas como los demás hacían. Eran varones los que bailaban, sin consentir que bailasen mujeres entre ellos; asíanse de las manos dando cada uno las suyas por delante, no a los primeros que tenían a sus lados, sino a los segundos, y así las iban dando de mano en mano hasta los últimos, de manera que iban encadenados. Bailaban doscientos y trescientos hombres juntos, y más, según la solemnidad de la fiesta. Empezaban el baile apartados del príncipe ante quien se hacía. Salían todos juntos, daban tres pasos en compás, el primero hacia atrás y los otros hacia delante, que eran como los pasos que en las danzas españolas llaman dobles y represas; con estos pasos yendo y viniendo, iban ganando tierra siempre para delante, hasta llegar en medio cerco adonde el Inca estaba: iban cantando a veces ya unos ya otros, por no cansarse si cantasen todos juntos. Decían cantares a compás del baile, compuestos en loor del Inca presente y de sus antepasados, y de otros de la misma sangre que por sus hazañas hechas en paz o en guerra eran famosos. Los Incas circunstantes ayudaban al canto porque la fiesta fuese de todos. El mismo rey bailaba algunas veces en las fiestas solemnes por solemnizarlas más.

Del tomarse las manos para ir encadenados tomó el Inca Huayna Capac ocasión para mandar hacer la cadena de oro, porque le pareció que era más decente, más solemne y de mayor majestad que fuesen bailando asidos a ella y no a las manos. Este hecho en particular, sin la fama común, lo oí al Inca viejo, tío de mi madre, de quien al principio de esta historia hicimos mención, que contaba las antiguallas de sus pasados. Preguntándole yo qué largo tenía la cadena, me dijo que tomaba los dos lienzos de la plaza mayor del Cozco, que es el ancho y el largo de ella, donde se hacían las fiestas principales, y que, aunque para el bailar no era menester que fuera tan larga, mandó hacerla así el Inca para mayor grandeza suya y mayor ornato y solemnidad de la fiesta del hijo, cuyo nacimiento quiso solemnizar en extremo. Para los que han visto aquella plaza, que los indios llaman *Huacaypata*, no hay necesidad de decir el grandor de ella; para los que no la han visto me parece que tendrá de largo, norte sur, doscientos pasos de los comunes, que son de a dos pies; y de ancho, oeste este, tendrá ciento y cincuenta pasos hasta el mismo arroyo, con lo que toman las casas que por el largo del arroyo hicieron los españoles año de mil quinientos y cincuenta y seis, siendo Garcilaso de la Vega, mi señor, corregidor de aquella gran ciudad. De manera que a esta cuenta tenía la cadena trescientos y cincuenta pasos de largo, que son setecientos pies. Preguntando yo al mismo indio por el grueso de ella, alzó la mano derecha y señalando la muñeca dijo que cada eslabón era tan grueso como ella... Esta pieza tan rica y soberbia escondieron los indios con el demás tesoro, que desaparecieron luego que los españoles entraron en la tierra, y fue de tal suerte que no hay rastro de ella (IX, i).

75. CASTIGO EJEMPLAR DE LOS HUANCAUILLCAS

El Inca mandó que se juntasen todos los *curacas*, y los embajadores, y consejeros, capitanes y hombres nobles [de los *huancauillcas*] que se hallaron en consultar y llevar la embajada que a su padre hicieron cuando le pidieron los ministros que le mataron, porque quería hablar con todos ellos juntos. Y habiéndose juntado, un maese de campo, por orden del Inca, les hizo una plática, vituperando su traición, alevosía y crueldad, que habiendo de adorar al Inca y a sus ministros por los beneficios que les hacían en sacarlos de ser brutos y hacerlos hombres, los hubiesen muerto tan cruelmente y con tanto desacato del Inca, hijo del sol, por lo cual eran dignos de castigo digno de su maldad, y que habiendo de ser castigados como ellos lo merecían, no había de quedar de todas sus naciones sexo ni edad. Empero el Inca Huayna Capac, usando de su natural clemencia, y preciándose del nombre *Huacchacuyac*, que es amador de pobres, perdonaba toda gente común, y que a los presentes que habían sido autores y ejecutores de la traición, los cuales merecían la muerte por todos los suyos, también se la perdonaba, con que para memoria y castigo de su delito degollasen solamente la décima parte de ellos. Para lo cual de diez en diez echasen suertes entre ellos, y que muriesen los más desdichados, porque no tuviesen ocasión de decir que con enojo y rencor habían sido elegidos los más odiosos. Asimismo mandó el Inca que a los *curacas* y a la gente principal de la nación *Huancauillca*, que habían sido los principales autores de la embajada y de la traición, sacasen a cada uno de ellos y a sus descendientes, para siempre, dos dientes de los altos y otros dos de los bajos, en memoria y testimonio de que habían mentido en las promesas que al gran Tupac Inca Yupanqui, su padre, habían hecho de fidelidad y vasallaje.

La justicia y castigo se ejecutó, y con mucha humildad lo recibieron todas aquellas naciones, y se dieron por dichosos, porque habían temido los pasaran a cuchillo por la traición que habían hecho; porque ningún delito se castigaba con tanta severidad como la rebelión después de haberse sujetado al imperio de los Incas, porque aquellos reyes se daban por muy ofendidos de que en lugar de agradecer los muchos beneficios que les hacían, fuesen tan ingratos que habiéndolos experimentado se rebelasen y matasen los ministros del Inca. Toda la nación *Huancauillca*, de por sí, recibió con más humildad y sumisión el castigo que todos los demás, porque como autores de la rebelión pasada temían su destrucción; mas cuando vieron el castigo tan piadoso, y ejecutado en tan pocos, y que el sacar los dientes era en particular a los *curacas* y capitanes, lo tomó toda la nación por favor y no por castigo; y así todos los de aquella provincia, hombres y mujeres, de común consentimiento tomaron por blasón e insignia la pena que a sus capitanes dieron, sólo porque lo había mandado el Inca, y se sacaron los dientes, y de allí adelante los sacaban a sus hijos e hijas luego que los habían mudado, de manera que como gente bárbara y rústica fueron más agradecidos a la falta del castigo que a la sobra de los beneficios.

Una india de esta nación conocí en el Cozco en casa de mi padre que contaba largamente esta historia. Los *huancauillcas*, hombres y mujeres, se horadaban la ternilla de las narices para traer un joyelito de oro o de plata colgado de ella. Acuérdome haber conocido en mi niñez un caballo castaño que fue de un vecino de mi pueblo que tuvo indios, llamado Fulano de Coca; el caballo era muy bueno, y porque le faltaba aliento le horadaron las narices por cima de las ventanas. Los indios se espantaron de ver la novedad, y por excelencia llamaban al caballo Huancauillca, por decir que tenía horadadas las narices (IX. iii).

76. BARBARIE INDÍGENA

Habiéndolas reducido el Inca [a esas naciones] a su imperio, pasó adelante a otra llamada *Saramissu*, y de allí a otra que llaman *Passau*, que está debajo de la línea equinoccial perpendicularmente. Los de aquella provincia son barbarísimos sobre cuantas naciones sujetaron los Incas: no tuvieron dioses, ni supieron qué cosa era adorar; no tenían pueblo ni casa; vivían en huecos de árboles de las montañas, que las hay por allí bravísimas. No tenían mujeres conocidas, ni conocían hijos; eran sodomitas muy al descubierto; no sabían labrar la tierra, ni hacer otra cosa alguna en beneficio suyo; andaban desnudos, además de traer labrados los labios por de fuera y de dentro; traían las caras embijadas a cuarteles de diversos colores, un cuarto de amarillo, otro de azul, otro de colorado y otro de negro, variando cada uno los colores como más gusto le daban; jamás peinaron sus cabezas; traían los cabellos largos y crespos, llenos de paja y polvo y de cuanto sobre ellos caía; en suma, eran peores que bestias. Yo los vi por mis ojos cuando vine a España el año de 1560. que paró allí nuestro navío tres días a tomar agua y leña. Entonces salieron muchos de ellos en sus balsas de enea a contratar con los del navío, y la contratación era venderles los peces grandes que delante de ellos mataban con sus fisgas, que para gente tan rústica lo hacían con destreza y sutileza, tanta, que los españoles, por el gusto de verlos matar, se los compraban antes que los matasen; y lo que pedían por el pescado era bizcocho y carne y no querían plata. Traían cubiertas sus vergüenzas con pañetes hechos de corteza u hojas de árboles, y esto más por respeto de los españoles que no por honestidad propia. Verdaderamente eran salvajes de los más selváticos que se pueden imaginar (IX, viii).

77. TESTAMENTO DE HUAYNA CAPAC

Todo lo que arriba se ha dicho dejó Huayna Capac mandado en lugar de testamento, y así lo tuvieron los indios en suma veneración, y lo cumplieron al pie de la letra. Acuérdomé que un día hablando aquel Inca viejo en presencia de mi madre, dando cuenta de estas cosas, y de la entrada de los españoles, y de cómo ganaron la tierra, le dije: "Inca, ¿cómo siendo esta tierra de suyo tan áspera y fragosa, y siendo vosotros tantos y tan beliccsos y poderosos para ganar y conquistar tantas provincias y reinos ajenos, dejasteis perder tan presto vuestro imperio y os rendisteis a tan pocos españoles?" Para responderme volvió a repetir el pronóstico acerca de los españoles que días antes había contado, y dijo cómo su Inca les había mandado que los obedeciesen y sirviesen, porque en todo se les aventajarían. Habiendo dicho esto se volvió a mí con algún enojo de que les hubiese motejado de cobardes y pusilánimes, y respondió a mi pregunta diciendo: "Estas palabras que nuestro Inca nos dijo, que fueron las últimas que nos habló, fueron más poderosas para nos sujetar y quitar nuestro imperio que no las armas que tu padre y sus compañeros trajeron a esta tierra". Dijo esto el Inca por dar a entender cuánto estimaban lo que sus reyes les mandaban, cuanto más lo que Huayna Capac les mandó a lo último de su vida, que fue el más querido de todos ellos (IX, xv).

EMPIEZA LA LISTA DE NOVEDADES QUE LOS ESPAÑOLES LLEVARON A INDIAS:

78. CABALLOS Y YEGUAS

Porque a los presentes y venideros será agradable saber las cosas que no había en el Perú antes que los españoles lo gana-

ran, me pareció hacer capítulo de ellas aparte, para que se vea y considere con cuántas cosas menos y al parecer cuán necesarias a la vida humana se pasaban aquellas gentes, y vivían muy contentos sin ellas. Primeramente es de saber que no tuvieron caballos ni yeguas para sus guerras o fiestas, ni vacas ni bueyes para romper la tierra y hacer sus sementeras, ni camellos ni asnos ni mulos para sus acarretos, ni ovejas de las de España, burdas ni merinas para lana y carne, ni cabras, ni puercos para cecina y corambre, ni aun perros de los castizos para sus cacerías, como galgos, podencos, perdigueros, perros de agua ni de muestra; ni sabuesos de trailla o monteros, ni lebreles ni aun mastines para guardar sus ganados, ni gozquillos de los muy bonitos que llaman perrillos de falda; de los perros que en España llaman gozques había muchos, grandes y chicos.

Tampoco tuvieron trigo ni cebada, ni vino ni aceite, ni frutas ni legumbres de las de España. De cada cosa iremos haciendo distinción, de cómo y cuándo pasaron a aquellas partes. Quanto a lo primero, las yeguas y caballos llevaron consigo los españoles, y mediante ellos han hecho las conquistas del Nuevo Mundo, que para huir y alcanzar, y subir y bajar, y andar a pies por la aspereza de aquella tierra más ágiles son los indios, como nacidos y criados en ella. La raza de los caballos y yeguas que hay en todos los reinos y provincias de las Indias que los españoles han descubierto y ganado desde el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos hasta ahora, es de la raza de las yeguas y caballos de España, particularmente de Andalucía. Los primeros llevaron a la isla de Cuba y de Santo Domingo, y luego a las demás islas de Barlovento, como las iban descubriendo y ganando. Criáronse en ellas en gran abundancia, y de allí los llevaron a la conquista de Méjico y la del Perú, etc. A los principios, parte por descuido de los dueños, y parte por la mucha aspereza de las montañas de aquellas islas, que son increíbles, se quedaban algunas yeguas metidas por los montes, que no podían recogerlas y se perdían. De esta manera, de poco en

poco, se perdieron muchas; y aun sus dueños, viendo que se criaban bien en los montes, y que no había animales fieros que les hiciesen daño, dejaban ir con las otras las que tenían recogidas. De esta manera se hicieron bravas y montaraces las yeguas y caballos en aquellas islas, que huían de la gente como venados; empero por la fertilidad de la tierra caliente y húmeda, que nunca falta en ella yerba verde, multiplicaron en gran número.

Pues como los españoles que en aquellas islas vivían viesan que para las conquistas que adelante se hacían eran menester caballos, y que los de allí eran muy buenos, dieron en criarlos por granjería, porque se los pagaban muy bien. Había hombres que tenían en sus caballerizas a treinta, cuarenta, cincuenta caballos, como dijimos en nuestra historia de la Florida hablando de ellas. Para prender los potros hacían corrales de madera en los montes, en algunos callejones por donde entraban y salían a pacer en los navazos limpios de monte, que los hay en aquellas islas de dos, tres leguas, más y menos, de largo y ancho, que llaman sabanas, donde el ganado sale a sus horas del monte a recrearse. Las atalayas que tienen puestas por los árboles hacen señal, entonces salen quince o veinte de a caballo y corren el ganado, y lo aprietan hacia donde tienen los corrales. En ellos se encierran yeguas y potros como aciertan a caer; luego echan lazos a los potros de tres años y los atan a los árboles y sueltan las yeguas; los potros quedan atados tres o cuatro días dando saltos y brincos, hasta que de cansados y de hambre no pueden tenerse, y algunos se ahogan. Viéndolos ya quebrantados les echan las sillas y frenos y suben en ellos sendos mozos, y otros los llevan guiando por el cabestro. De esta manera los traen tarde y mañana, quince o veinte días hasta que los amansan. Los potros, como animales que fueron criados para que sirviesen de tan cerca al hombre, acuden con mucha nobleza y lealtad a lo que quieren hacer de ellos; tanto que a pocos días después de domados juegan cañas en ellos; salen muy buenos caballos.

Después acá, como han faltado las conquistas, faltó el criarlos como antes hacían; pasóse la granjería a los cueros de vaca, como adelante diremos.

Muchas veces imaginando lo mucho que valen los buenos caballos en España, y cuán buenos son los de aquellas islas, de talle, obra y colores, me admiro de que no los traigan de allí, siquiera en reconocimiento del beneficio que España les hizo en enviárselos; pues para traerlos de la isla de Cuba tienen lo más del camino andado, y los navíos por la mayor parte vienen vacíos. Los caballos del Perú se hacen más temprano que los de España, que la primera vez que jugué cañas en el Cozco fue en un caballo tan nuevo que aún no había cumplido tres años.

A los principios, cuando se hacía la conquista del Perú, no se vendían los caballos, y si alguno se vendía por muerte de su dueño, o porque se venía a España, era por precio excesivo de cuatro o cinco o seis mil pesos. El año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, yendo el mariscal don Alonso de Alvarado en busca de Francisco Hernández Girón, antes de la batalla que llamaron de Chuquinca, un negro llevaba de diestro un hermoso caballo muy bien aderezado a la brida para que su amo subiera en él. Un caballero rico, aficionado al caballo, dijo al dueño que estaba con él: "Por el caballo y por el esclavo, así como vienen, os doy diez mil pesos", que son doce mil ducados. No los quiso el dueño, diciendo que quería el caballo para entrar en él en la batalla que esperaban dar al enemigo, y así se lo mataron en ella, y él salió muy mal herido. Lo que más se debe notar es que el que lo compraba era rico: tenía en los Charcas un buen repartimiento; mas el dueño del caballo no tenía indios, era un famoso soldado, y como tal por mostrarse el día de la batalla no quiso vender su caballo, aunque se lo pagaban tan excesivamente. Yo los conocí: ambos eran hombres nobles, hijosdalgo. Después acá se han moderado los precios en el Perú, porque han multiplicado mucho, que un buen caballo vale trescientos y cuatrocientos pesos. Comúnmente los indios tienen grandísimo mie-

do a los caballos; en viéndolos correr se desatinan de tal manera que por ancha que sea la calle, no saben arrimarse a una de las paredes y dejarle pasar, sino que les parece que dondequiera que estén (como sea en el suelo) los han de trompillar, y así viendo venir el caballo corriendo, cruzan la calle dos y tres veces, de una parte a otra, huyendo de él, y tan presto como llegan a una pared, tan presto les parece que estaban más seguros a la otra, y vuelven corriendo a ella. Andan tan ciegos y desatinados del temor, que muchas veces acaeció (como yo los vi) irse a encontrar con el caballo por huir de él. En ninguna manera les parecía que estaban seguros si no era teniendo algún español delante, y aún no se daban por asegurados del todo. Ciertamente, no se puede encarecer lo que en esto había en mis tiempos; ya ahora por la mucha comunicación es menos el miedo, pero no tanto que indio alguno se haya atrevido a ser herrador; y aunque en los demás oficios que de los españoles han aprendido hay muy grandes oficiales, no han querido enseñarse a herrar por no tratar los caballos de tan cerca. Y aunque es verdad que en aquellos tiempos había muchos indios criados de españoles que almchazaban y curaban los caballos, mas no usaban subir en ellos. Digo verdad, que yo no vi indio alguno a caballo, y aun el llevarlos de rienda no se atrevían si no era algún caballo tan manso que fuese como una mula; y esto era por ir el caballo retozando por no llevar antojos, que tampoco se usaban entonces, que aún no habían llegado allá, ni el cabezón para domarlos y sujetarlos; todo se hacía a más costa del domador y de sus dueños, mas también se puede decir que por allá son los caballos tan nobles, que fácilmente, tratándolos con buena maña, sin hacerles violencia, acuden a lo que les quieren. Demás de lo dicho, a los principios de las conquistas, en todo el Nuevo Mundo tuvieron los indios que el caballo y el caballero era todo de una pieza, como los centauros de los poetas. Dícenme que ya ahora hay algunos indios que se atreven a herrar caballos, mas que son muy pocos; y con esto pasemos

adelante a dar cuenta de otras cosas que no había en aquella mi tierra (IX, xvi).

79. VACAS, BUEYES Y PRECIOS

Las vacas se cree que las llevaron luego después de la conquista, y que fueron muchos los que las llevaron, y así se derramaron presto por todo el reino. Lo mismo debía de ser de los puercos y cabras, porque muy niño me acuerdo yo haberlas visto en el Cozco.

Las vacas tampoco se vendían a los principios, cuando había pocas, porque el español que las llevaba (por criar y ver el fruto de ellas) no las quería vender, y así no pongo el precio de aquel tiempo hasta más adelante, cuando hubieron ya multiplicado. El primero que tuvo vacas en el Cozco fue Antonio de Altamirano, natural de Extremadura, padre de Pedro y Francisco Altamirano, mestizos, condiscípulos míos, los cuales fallecieron temprano con mucha lástima de toda aquella ciudad, por la buena expectación que de ellos se tenía de habilidad y virtud.

Los primeros bueyes que vi arar fue en el valle del Cozco, año de mil y quinientos y cincuenta, uno más o menos, y eran de un caballero llamado Juan Rodríguez de Villalobos, natural de Cáceres. No eran más de tres yuntas; llamaban a uno de los bueyes *Chaparro*, y a otro *Naranjo*, y a otro *Castillo*. Llevóme a verlos un ejército de indios que de todas partes iban a lo mismo, atónitos y asombrados de una cosa tan monstruosa y nueva para ellos y para mí. Decían que los españoles, de haraganes, por no trabajar, forzaban a aquellos grandes animales a que hiciesen lo que ellos habían de hacer. Acuérdome bien de todo esto porque la fiesta de los bueyes me costó dos docenas de azotes; los unos me dio mi padre porque no fui a la escuela; los otros me dio

el maestro porque falté de ella. La tierra que araban era un andén hermosísimo que está encima de otro, donde ahora está fundado el convento del señor San Francisco; la cual casa, digo lo que es el cuerpo de la iglesia, labró a su costa el dicho Juan Rodríguez de Villalobos, a devoción del señor San Lázaro, cuyo devotísimo fue. Los frailes franciscos compraron la iglesia y los dos andenes de tierra años después, que entonces cuando los bueyes no había casa ninguna en ellos, ni de españoles ni de indios. Ya en otra parte hablamos largo de la cómpreda de aquel sitio. Los gañanes que araban eran indios; los bueyes domaron fuera de la ciudad en un cortijo, y cuando los tuvieron diestros los trajeron al Cozco, y creo que los más solemnes triunfos de la grandeza de Roma no fueron más mirados que los bueyes aquel día.

Cuando las vacas empezaron a venderse valían a doscientos pesos, fueron bajando poco a poco como iban multiplicando, y después bajaron de golpe a lo que hoy valen. Al principio del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, un caballero que yo conocí, llamado Rodrigo de Esquivel, vecino del Cozco, natural de Sevilla, compró en la ciudad de los Reyes diez vacas por mil pesos, que son mil y doscientos ducados. El año de mil y quinientos y cincuenta y nueve las vi comprar en el Cozco a diecisiete pesos, que son veinte ducados y medio, antes menos que más; y lo mismo acaeció en las cabras, ovejas y puercos, como luego diremos, para que se vea la fertilidad de aquella tierra. Del año de quinientos y noventa acá, me escriben del Perú que valen las vacas en el Cozco a seis y a siete ducados compradas una o dos, pero compradas en junto valen a menos.

Las vacas se hicieron montaraces en las islas de Barlovento, también como las yeguas, y casi por el mismo término, aunque también tienen algunas recogidas en sus hatos, sólo por gozar de la leche, queso y manteca de ellas, que por lo demás en los montes las tienen en más abundancia. Han multiplicado tanto, que fuera increíble si los cueros que de ellas cada año traen a

España no lo testificaran, que según el P. M. Acosta dice, libro cuarto, capítulo XXXIII: "En la flota del año de mil y quinientos y ochenta y siete trajeron de Santo Domingo treinta y cinco mil cuatrocientos y cuarenta y cuatro cueros, y de la Nueva España trajeron aquel mismo año sesenta y cuatro mil y trescientos y cincuenta cueros vacunos", que por todos son noventa y nueve mil y setecientos y noventa y cuatro. En Santo Domingo y en Cuba y en las demás islas multiplicaran mucho más si no recibieran tanto daño de los perros lebreles, alanos y mastines que a los principios llevaron, que también se han hecho montaraces y multiplicado tanto, que no osan caminar los hombres si no van diez, doce juntos. Tiene premio el que los mata como si fueran lobos. Para matar las vacas aguardan que salgan a las sabanas a pacer; córrenlas a caballo con lanzas, que en lugar de hierros llevan unas medias lunas que llaman desjarretaderas, tienen el filo adentro, con las cuales alcanzando la res le dan en el corvejón y la desjarretan. Tiene el jinete que las corre necesidad de ir con advertencia, que si la res que lleva por delante va a su mano derecha le hiera en el corvejón derecho, y si va a su mano izquierda le hiera en el corvejón izquierdo, porque la res vuelve la cabeza a la parte que le hieren: y si el de a caballo no va con la advertencia dicha, su mismo caballo se enclava en los cuernos de la vaca o del toro, porque no hay tiempo para huir de ellos. Hay hombres tan diestros en este oficio, que en una carrera de dos tiros de arcabuz derriban veinte, treinta, cuarenta reses. De tanta carne de vaca como en aquellas islas se desperdicia, pudieran traer carnaje para las armadas de España, mas temo que no se pueden hacer los tasajos por la mucha humedad y calor de aquella región, que es causa de corrupción. Dícenme que en estos tiempos andan ya en el Perú algunas vacas desmandadas por los desplobados, y que los toros son tan bravos que salen a la gente a los caminos. A poco más habrá montaraces como en las islas, las cuales, en el particular de las vacas, parece que reconocen el beneficio que España les hizo en en-

viárselas, y que en trueque y cambio le sirven con la corambre que cada año le envían en tanta abundancia (IX, xvii).

80. CAMELLOS, ASNOS Y CABRAS

Tampoco hubo camellos en el Perú, y ahora los hay, aunque pocos. El primero que los llevó (y creo que después acá no se han llevado) fue Juan de Reinaga, hombre noble, natural de Bilbao, que yo conocí, capitán de infantería contra Francisco Hernández Girón y sus secuaces, y sirvió bien a Su Majestad en aquella jornada. Por seis hembras y un macho que llevó le dio don Pedro Portocarrero, natural de Trujillo, siete mil pesos, que son ocho mil y cuatrocientos ducados; los camellos han multiplicado poco o nada.

El primer borrico que vi en la jurisdicción del Cozco, año de mil y quinientos y cincuenta y siete, compróse en la ciudad de Huamánca: costó cuatrocientos y ochenta ducados de a trescientos y setenta y cinco maravedíes; mandólo comprar Garcilaso de la Vega, mi señor, para criar muleros de sus yeguas. En España no valía seis ducados, porque era chiquillo y ruinejo. Otro compró después Gaspar de Sotelo, hombre noble, natural de Zamora, que yo conocí, en ochocientos y cuarenta ducados. Mulas y mulos se han criado después acá muchos para las reuas, y gástanse mucho por la aspereza de los caminos.

Las cabras, a los principios, cuando las llevaron, no supe a cómo valieron; años después las vi vender a ciento y a ciento y diez ducados. Pocas se vendían, y era por mucha amistad y ruegos, una o dos, a cual y cual, y entre diez o doce juntaban una manadita para traerlas juntas. Esto que he dicho fue en el Cozco, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco. Después acá han multiplicado tanto, que no hacen caso

de ellas sino para la corambre. El parir ordinario de las cabras era a tres y cuatro cabritos, como yo las vi. Un caballero me certificó que en Huanacu, donde él residía, vio parir muchas a cinco cabritos (IX, xviii).

81. PUERCOS

El precio de las puercas a los principios cuando las llevaron fue mucho mayor que el de las cabras, aunque no supe certificadamente qué tan grande fue. El cronista Pedro de Cieza de León, natural de Sevilla, en la demarcación que hace de las provincias del Perú, capítulo XXVI, dice que el mariscal don Jorge Robledo compró de los bienes de Cristóbal de Ayala, que los indios mataron, una puerca y un cochino en mil y seiscientos pesos, que son mil y novecientos y veinte ducados; y dice más, que aquella misma puerca se comió pocos días después en la ciudad de Cali, en un banquete en que él se halló; y que en los vientres de las madres compraban los lechones a cien pesos, que son ciento y veinte ducados, y a más. Quien quisiere ver precios excesivos de cosas que se vendían entre los españoles, lea aquel capítulo y verá en cuán poco tenían entonces el oro y la plata por las cosas de España. Estos excesos y otros semejantes han hecho los españoles con el amor de su patria en el Nuevo Mundo en sus principios, que como fuesen cosas llevadas de España no paraban en el precio para las comprar y criar, que les parecía que no podían vivir sin ellas.

El año de mil y quinientos y sesenta valía un buen lechón en el Cozco diez pesos; por este tiempo valen a seis y a siete, y valieran menos si no fuera por la manteca, que la estiman para curar la sarna del ganado natural de aquella tierra, y también porque los españoles, a falta de aceite (por no poderlo sacar),

guisan de comer con ellas los viernes y la cuaresma. Las puerkas han sido muy fecundas en el Perú; el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho vi dos en la plaza menor del Cozco con treinta y dos lechones, que habían parido a dieciséis cada una; los hijuelos serían de poco más de treinta días cuando los vi; estaban tan gordos y lucios que causaba admiración cómo pudiesen las madres criar tantos juntos y tenerlos tan bien mantenidos. A los puercos llaman los indios *cuchi*, y han introducido esta palabra en su lenguaje para decir puerco, porque oyeron decir a los españoles *coche*, *coche*, cuando les hablaban (IX, xix).

82. OVEJAS Y GATOS

Las ovejas de Castilla, que las llamamos así a diferencia de las del Perú, pues los españoles con tanta impropiedad las quisieron llamar ovejas, no asemejándoles en cosa alguna, como dijimos en su lugar; no sé en qué tiempo pasaron las primeras, ni qué precio tuvieron, ni quién fue el primero que las llevó. Las primeras que vi fue en el término del Cozco el año de mil y quinientos y cincuenta y seis; vendíanse en junto a cuarenta pesos cada cabeza, y las escogidas a cincuenta, que son sesenta ducados. También las alcanzaban por ruegos, como las cabras. El año de mil y quinientos y sesenta, cuando yo salí del Cozco, aún no se pesaban carneros de Castilla en la carnicería. Por carta del año de mil y quinientos y noventa a esta parte tengo relación que en aquella gran ciudad vale un carnero en el rastro ocho reales, y diez cuando mucho. Las ovejas, dentro de ocho años, bajaren a cuatro ducados, y a menos. Ahora por este tiempo hay tantas que valen muy poco. El parir ordinario de ellas ha sido a dos corderos, y muchas a tres. La lana también es tanta, que casi no tiene precio, que vale a tres y cuatro reales la

arroba. Ovejas burdas no sé que hasta ahora hayan llegado allá. Lobos no los había, ni al presente los hay, que como no son de venta ni provecho no han pasado allá.

Tampoco había gatos de los caseros antes de los españoles; ahora los hay, y los indios los llaman *micitu*, porque oyeron decir a los españoles *miz*, *miz*, cuando los llamaban. Y tienen ya los indios introducido en su lenguaje este nombre *micitu* para decir gato. Digo esto porque no entienda el español que por darles los indios nombre diferente de gato los tenían antes, como han querido imaginar de las gallinas, que porque los indios les llaman *atahuallpa* piensan que las había antes de la conquista, como lo dice un historiador haciendo argumento: que los indios tuvieron puestos nombres en su lenguaje a todas las cosas que tenían antes de los españoles, y que a la gallina llaman *gualpa*, luego habíalas antes que los españoles pasaran al Perú. El argumento parece que convence a quien no sabe la deducción del nombre *gualpa*, que no les llaman *gualpa* sino *atahuallpa*. Es un cuento gracioso; decirlo hemos cuando tratemos de las aves domésticas que no había en el Perú antes de los españoles (IX, xx).

83. CONEJOS Y PERROS CASTIZOS

Tampoco había conejos de los campesinos que hay en España, ni de los que llaman caseros; después que yo salí del Perú los han llevado. El primero que los llevó a la jurisdicción del Cozco fue un clérigo llamado Andrés López, natural de Extremadura; no pude saber de qué ciudad o villa. Este sacerdote llevaba en una jaula dos conejos, macho y hembra; al pasar de un arroyo, que está dieciséis leguas del Cozco, que pasa por una heredad llamada *Chinchapucyu*, que fue de Garcilaso de la Ve-

ga, mi señor, el indio que llevaba la jaula se descargó para descansar y comer un bocado; cuando volvió a tomarla para caminar halló menos uno de los conejos, que se había salido por una verguilla rota de la jaula, y entrándose en un monte bravo que hay de alisos o álamos por todo aquel arroyo arriba, y acertó a ser la hembra, la cual iba preñada y parió en el monte; y con el cuidado que los indios tuvieron después que vieron los primeros conejos de que no los matasen, han multiplicado tanto que cubren la tierra. De allí los han llevado a otras partes; críanse muy grandes con el vicio de la tierra, como ha hecho todo lo demás que han llevado de España.

Acertó aquella coneja a caer en buena región de tierra templada, ni fría ni caliente; subiendo el arroyo arriba, van participando de tierra más y más fría, hasta llegar donde hay nieve perpetua: y bajando el mismo arroyo van sintiendo más y más calor, hasta llegar al río llamado *Apurimac*, que es la región más caliente del Perú. Este cuento de los conejos me contó un indiano de mi tierra, sabiendo que yo escribía estas cosas, cuya verdad remito al arroyo, que dirá si es así o no, si los tiene o le faltan. En el reino de Quito hay conejos casi como los de España, salvo que son mucho menores de cuerpo y más oscuros de color, que todo el cerro del lomo es prieto, y en todo lo demás son semejantes a los de España. Liebres no las hubo, ni sé que hasta ahora las hayan llevado.

Perros castizos de los que atrás quedan nombrados no los había en el Perú; los españoles los han llevado, que en aquella tierra, por no haber lobos ni otras salvajinas dañosas, no eran menester, mas viéndolos allá los estimaron mucho los señores de ganado, no por la necesidad, pues no la había, sino porque los rebaños de los ganados remedasen en todo a los de España; y era esta ansia, y sus semejantes, tan ansiosa en aquellos principios, que con no haber para qué, no más del por el bien parecer, trajo un español desde el Cozco hasta los Reyes, que son ciento y veinte leguas de camino asperísimo, un cachorrillo mas-

tín que apenas tenía mes y medio. Llevábalo metido en una alforja que iba colgada en el arzón delantero, y a cada jornada tenía nuevo trabajo, buscando leche que comiese el perrillo. Todo esto vi, porque vinimos juntos aquel español y yo. Decía que lo llevaba para presentarlo por joya muy estimada a su suegro, que era señor de ganado, y vivía cincuenta o sesenta leguas más acá de la ciudad de los Reyes. Estos trabajos y otros mayores costaron a los principios las cosas de España a los españoles, para aborrecerlas después como han aborrecido muchas de ellas (IX, xxi).

84. DE LAS RATAS Y LA MULTITUD DE ELLAS

Resta decir de las ratas, que también pasaron con los españoles, que antes de ellos no las había. Francisco López de Gómara en su historia general de las Indias, entre otras cosas que escribió con falta o sobra de relación verdadera que le dieron, dice que no había ratas en el Perú hasta en tiempo de Blasco Núñez Vela. Si dijera ratas (y quizá lo quiso decir) de las muy grandes que hay en España, habría dicho bien, que no las hubo en el Perú. Ahora las hay por la costa en gran cantidad, y tan grandes que no hay gato que ose mirarlas, cuanto más acometerlas. No han subido a los pueblos de la sierra, ni se teme que suban por las nieves y mucho frío que hay en medio, si ya no hallan cómo ir abrigadas.

Ratones de los chicos hubo muchos; llámanles *ucucha*. En Nombre de Dios y Panamá, y otras ciudades de la costa del Perú, se valen del tósigo contra la infinidad de las ratas que en ellas se crían. Apregonan a ciertos tiempos del año que cada uno en su casa eche rejalgas a las ratas. Para lo cual guardan muy bien todo lo que es de comer y beber, principalmente el

agua, porque las ratas no la atosiguen; y en una noche todos los vecinos a una echan rejalgar en las frutas y otras cosas que ellas apetecen a comer. Otro día hallan muertas tantas que son innumerables.

Cuando llegué a Panamá viniendo a España debía de haber poco que se había hecho el castigo, que saliendo a pasearme una tarde por la ribera del mar, hallé a la lengua del agua tantas muertas que en más de cien pasos de largo, y tres o cuatro de ancho, no había dónde poner los pies, que con el fuego del tó-sigo van a buscar el agua y la del mar les ayuda a morir más presto.

De la multitud de ellas se me ofrece un cuento extraño, por el cual se verá las que andan en los navíos, mayormente si son navíos viejos. Atrévome a contarlo en la bondad y crédito de un hombre noble, llamado Hernán Bravo de Laguna, de quien se hace mención en las historias del Perú, que tuvo indios en el Cozco, a quien yo se lo oí que lo había visto; y fue que un navío que iba de Panamá a los Reyes tomó un puerto de los de aquella costa, y fue el de Trujillo. La gente que en él venía saltó en tierra a tomar refresco y a holgarse aquel día y otro que el navío había de parar allí; en el cual no quedó hombre alguno, si no fue un enfermo que por no estar para caminar dos leguas que hay del puerto a la ciudad, se quiso quedar en el navío, el cual quedaba seguro, así de la tempestad de la mar, que es mansa en aquella costa, como de los corsarios, que aún no había pasado Francisco Drac, que enseñó a navegar por aquel mar y a que se recatasen de los corsarios. Pues como las ratas sintiesen el navío desembarazado de gente, salieron a camppear, y hallando al enfermo sobre cubierta, le acometieron para comérselo; porque es así verdad que muchas veces ha acaecido en aquella navegación dejar los enfermos vivos a prima noche y morirse sin que lo sientan por no tener quien les duela, y hallarles por la mañana comidas las caras y parte del cuerpo, de brazos y piernas, que por todas partes los acometen. Así qui-

sieron hacer con aquel enfermo, el cual temiendo el ejército que contra él venía, se levantó como pudo, y tomando un asador del fogón, se volvió a su cama, no para dormir, que no le convenía, sino para velar y defenderse de los enemigos que le acometían; y así veló el resto de aquel día, y la noche siguiente, y otro día hasta bien tarde que vinieron los compañeros. Los cuales al derredor de la cama y sobre la cubierta, y por los rincones que pudieron buscar, hallaron trescientas y ochenta y tantas ratas, que con el asador había muerto, sin otras que se le fueron lastimadas.

El enfermo, o por el miedo que había pasado, o con el regocijo de la victoria alcanzada, sanó de su mal, quedándole bien que contar de la gran batalla que con las ratas había tenido. Por la costa del Perú en diversas partes y en diversos años hasta el año de mil y quinientos y setenta y dos, por tres veces hubo grandes plagas causadas por las ratas y ratones, que criándose innumerables de ellos, corrían mucha tierra y destruían los campos, así las sementeras como las heredades, con todos los árboles frutales que desde el suelo hasta los pimpollos les roían las cortezas, de manera que los árboles se secaron, que fue menester plantarlos de nuevo, y las gentes temieron desamparar sus pueblos: y sucediera el hecho según la plaga se encendía, sino que Dios por su misericordia la apagaba cuando más encendida andaba la peste. Daños increíbles hicieron que dejamos de contar en particular por huir de la prolijidad (IX, xxii).

85. DE LAS GALLINAS Y PALOMAS

Será razón hagamos mención de las aves, aunque han sido pocas, que no se han llevado sino gallinas y palomas caseras de las que llaman duendas. Palomas de palomar que llaman zuritas

o zuranas no sé yo que hasta ahora las hayan llevado. De las gallinas escribe un autor que las había en el Perú antes de su conquista, y hácenle fuerza para certificarlo ciertos indicios que dice hay para ello, como son que los indios en su mismo lenguaje llaman a la gallina *gualpa*, y al huevo *ronto*, y que hay entre los indios el mismo refrán que los españoles tienen de llamar a un hombre gallina para notarle de cobarde. A los cuales indicios satisfaremos con la propiedad del hecho.

Dejando el nombre *gualpa* para el fin del cuento, y tomando el nombre *ronto*, que se ha de escribir *runtu*, pronunciando erre sencilla, porque en aquel lenguaje, como ya dijimos, ni en principio de parte, ni en medio de ella no hay rr duplicada; decimos que es nombre común, significa huevo, no en particular de gallina, sino en general de cualquier ave brava o doméstica, y los indios en su lenguaje cuando quieren decir de qué ave es el huevo, nombran juntamente el ave y el huevo, también como el español que dice huevo de gallina, de perdiz o paloma, etc., y esto baste para deshacer el indicio del nombre *runtu*.

El refrán de llamar a un hombre gallina por motejarle de cobarde es que los indios lo han tomado de los españoles por la ordinaria familiaridad y conversación que con ellos tienen; y también por remedarles en el lenguaje, como acaece de ordinario a los mismos españoles, que pasando a Italia, Francia, Flandes y Alemania, vueltos a su tierra, quieren luego entremeter en su lenguaje castellano las palabras o refranes que de los extranjeros traen aprendidos, y así lo han hecho los indios, porque los Incas para decir cobarde tienen un refrán más apropiado que el de los españoles: dicen *huarni*, que quiere decir *mujer*, y lo dicen por vía de refrán, que para decir cobarde en propia significación de su lenguaje dicen *campa*, y para decir pusilánime y flaco de corazón dicen *llanclla*. De manera que el refrán *gallina* para decir cobarde es hurtado del lenguaje español, que en el de los indios no lo hay, y yo como indio doy fe de esto.

El nombre *gualpa* que dicen que los indios dan a las gallinas está corrupto en las letras, y sincopado o cercenado en las sílabas, que han de decir *atahuallpa*, y no es nombre de gallina, sino del postrer Inca que hubo en el Perú, que, como diremos en su vida, fue con los de su sangre cruelísimo sobre todas las fieras y basiliscos del mundo. El cual siendo bastardo, con astucias y cautelas prendió y mató al hermano mayor, legítimo heredero, llamado Huascar Inca, y tiranizó el reino; y con tormentos y crueldades nunca jamás vistas ni oídas, destruyó toda la sangre real, así hombres como niños y mujeres, en las cuales por ser más tiernas y flacas, ejecutó el tirano los tormentos más crueles que pudo imaginar; y no hartándose con su propia carne y sangre, pasó su rabia, inhumanidad y fiereza a destruir los criados más allegados de la casa real, que como en su lugar dijimos, no eran personas particulares, sino pueblos enteros que cada uno servía de su particular oficio, como porteros, barren-deros, leñadres, aguadores, jardineros, cocineros de la mesa de estado y otros oficios semejantes. A todos aquellos pueblos que estaban al derredor del Cozco, en espacio de cuatro, cinco, seis y siete leguas, los destruyó y asoló por tierra los edificios, no contentándose con haberles muerto los moradores; y pasaran adelante sus crueldades si no las atajaran los españoles que acertaron a entrar en la tierra en el mayor hervor de ellas.

Pues como los españoles, luego que entraron, prendieron al tirano Atahuallpa, y lo mataron en breve tiempo con muerte tan afrentosa como fue darle garrote en pública plaza, dijeron los indios que su dios el sol para vengarse del traidor y castigar al tirano matador de sus hijos, y destruidor de su sangre, había enviado los españoles para que hiciesen justicia de él. Por la cual muerte los indios obedecieron a los españoles como a hombres enviados de su dios el sol, y se les rindieron de todo punto, y no les resistieron en la conquista como pudieran. Antes los adoraron por hijos y descendientes de aquel su dios Viracocha, hijo del sol que se apareció en sueños a uno de sus reyes, por

quien llamaron al mismo rey Inca Viracocha, y así dieron su nombre a los españoles.

A esta falsa creencia que tuvieron de los españoles se añadió otra burlería mayor, y fue que como los españoles llevaron gallos y gallinas, que de las cosas de España fue la primera que entró en el Perú, y como oyeron cantar los gallos, dijeron los indios que aquellas aves, para perpetua infamia del tirano y abominación de su nombre, lo pronunciaban en su canto, diciendo *Atahuallpa*, y lo pronunciaban ellos contrahaciendo el canto del gallo.

Y como los indios contasen a sus hijos estas ficciones, como hicieron todas las que tuvieron para conservarlas en su tradición, los indios muchachos de aquella edad, en oyendo cantar un gallo, respondían cantando al mismo tono y decían *Atahuallpa*. Confieso verdad, que muchos condiscípulos míos, y yo con ellos, hijos de españoles y de indias, lo cantamos en nuestra niñez por las calles juntamente con los indiezuelos.

Y para que se entienda mejor cuál era nuestro canto, se pueden imaginar cuatro figuras o puntos de canto de órgano en dos compases, por los cuales se cantaba la letra *Atahuallpa*, que quien las oyere, verá que se remeda con ellos el canto ordinario del gallo: y son dos semínimas y una mínima y un semibreve, todas cuatro figuras en un signo. Y no sólo nombraban en el canto al tirano, mas también a sus capitanes más principales, como tuviesen cuatro sílabas en el nombre, como *Challchuchima*, *Quilliscacha* y *Rumiñavi*, que quiere decir ojos de piedra, porque tuvo un berrueco de nube en un ojo. Esta fue la imposición del nombre *Atahuallpa* que los indios pusieron a los gallos y gallinas de España...

Con las gallinas y palomas que los españoles llevaron de España al Perú, podemos decir que también llevaron los pavos de tierra de Méjico, que antes de ellos tampoco los había en mi tierra. Y por ser cosa notable es de saber que las gallinas no sacaban pollos en la ciudad del Cozco, ni en todo su valle, aun-

que les hacían todos los regalos posibles, porque el temple de aquella ciudad es frío. Decían los que hablaban de esto que la causa era ser las gallinas extranjeras en aquella tierra, y no haberse connaturalizado con la región de aquel valle, porque en otras más calientes, como Yucay y Muyna, que están a cuatro leguas de la ciudad, sacaban muchos pollos. Duró la esterilidad del Cozco más de treinta años, que el año de mil quinientos sesenta, cuando yo salí de aquella ciudad, aún no los sacaban. Algunos años después, entre otras nuevas, me escribió un caballero que se decía Garci Sánchez de Figueroa, que las gallinas sacaban ya pollos en el Cozco en gran abundancia.

El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, un caballero natural de Salamanca, que se decía don Martín de Guzmán, que había estado en el Perú, volvió allá, llevó muy lindos jaeces y otras cosas curiosas, entre las cuales llevó en una jaula un pajarillo de los que acá llaman canarios, porque se crían en las islas Canarias; fue muy estimado, porque cantaba mucho y muy bien; causó admiración que una avecilla tan pequeña pasase dos mares tan grandes y tantas leguas por tierra como hay de España al Cozco. Damos cuenta de cosas tan menudas porque a semejanza de ellas se esfuerce a llevar otras aves de más estima y provecho, como serían las perdices de España y otras caseras que no han pasado allá, que se darían como todas las demás cosas (IX, xxiii).

86. DEL TRIGO

Ya que se ha dado relación de las aves será justo la demos de las mieses, plantas y legumbres de que carecía el Perú. Es de saber que el primero que llevó trigo a mi patria (yo llamo así a todo el imperio que fue de los Incas) fue una señora noble, lla-

mada María de Escobar, casada con un caballero que se decía Diego de Chaves, ambos naturales de Trujillo. A ella conocí en mi pueblo, que muchos años después que fue al Perú se fue a vivir a aquella ciudad: a él no conocí porque falleció en los Reyes.

Esta señora, digna de un gran estado, llevó el trigo al Perú, a la ciudad de Rimac. Por otro tanto adoraron los gentiles a Ceres por diosa, y de esta matrona no hicieron cuenta los de mi tierra. Qué año fuese no lo sé, más de que la semilla fue tan poca, que la anduvieron conservando y multiplicando tres años, sin hacer pan de trigo, porque no llegó a medio almud lo que llevó, y otros lo hacen de menor cantidad; es verdad que repartían la semilla aquellos primeros tres años a veinte y a treinta granos por vecino, y aun habían de ser los más amigos, para que gozasen todos de la nueva mies.

Por este beneficio que esta valerosa mujer hizo al Perú, y por los servicios de su marido, que fue de los primeros conquistadores, le dieron en la ciudad de los Reyes un buen repartimiento de indios, que pereció con la muerte de ellos. El año de mil y quinientos y cuarenta y siete aún no había pan de trigo en el Cozco (aunque ya había trigo), porque me acuerdo que el obispo de aquella ciudad, don fray Juan Solano, dominico, natural de Antequera, viniendo huyendo de la batalla de Huarina, se hospedó en casa de mi padre con otros catorce o quince de su camarada, y mi madre los regaló con pan de maíz, y los españoles venían tan muertos de hambre, que mientras les aderezaron de cenar tomaban puñados de maíz crudo, que echaban a sus cabalgaduras, y se lo comían como si fueran almendras confitadas. La cebada no se sabe quién la llevó; créese que algún grano de ella fue entre el trigo, porque por mucho que aparten estas dos semillas, nunca se apartan del todo (IX, xxiv).

87. DE LA VID, Y EL PRIMERO QUE METIÓ UVAS EN EL COZCO

De la planta de Noé dan la honra a Francisco de Caravantes, antiguo conquistador de los primeros del Perú, natural de Toledo, hombre noble. Este caballero, viendo la tierra con algún asiento y quietud, envió a España por planta, y el que vino por ella, por llevarla más fresca, la llevó de las islas Canarias de uva prieta, y así salió casi toda la uva tinta, y el vino es todo aloque, no del todo tinto, y aunque han llevado ya otras muchas plantas, hasta la moscatel, mas con todo eso aún no hay vino blanco.

Por otro tanto como este caballero hizo en el Perú, adoraron los gentiles por dios al famoso Baco, y a él se lo han agradecido poco o nada. Los indios, aunque ya por este tiempo vale barato el vino, lo apetecen poco, porque se contentan con su antiguo brebaje hecho de zara y agua. Juntamente con lo dicho oí en el Perú a un caballero fidedigno, que un español curioso había hecho almácigo de pasas llevadas de España, y que prevaleciendo algunos granillos de las pasas nacieron sarmientos, empero tan delicados, que fue menester conservarlos en el almácigo tres o cuatro años, hasta que tuvieron vigor para ser plantados, y que las pasas acertaron a ser de uvas prietas, y que por eso salía todo el vino del Perú tinto o aloque, porque no es del todo prieto como el tinto de España; pudo ser que hubiese sido lo uno y lo otro, porque las ansias que los españoles tuvieron por ver cosas de su tierra en las Indias han sido tan bascosas y eficaces, que ningún trabajo ni peligro se les ha hecho grande para dejar de intentar el efecto de su deseo.

El primero que metió uvas de su cosecha en la ciudad del Cozco fue el capitán Bartolomé de Terrazas, de los primeros

conquistadores del Perú, y uno de los que pasaron a Chili con el adelantado don Diego de Almagro. Este caballero conocí yo, fue nobilísimo de condición, magnífico, liberal, con las demás virtudes naturales de caballero. Plantó una viña en su repartimiento de indios, llamado *Achanquillo*, en la provincia de Cuntisuyu, de donde año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, por mostrar el fruto de sus manos y la liberalidad de su ánimo, envió treinta indios cargados de muy hermosas uvas a Garcilaso de la Vega, mi señor, su íntimo amigo, con orden que diese su parte a cada uno de los caballeros de aquella ciudad, para que todos gozasen del fruto de su trabajo. Fue gran regalo por ser fruta nueva de España, y la magnificencia no menor, porque si se hubieran de vender las uvas, se hicieran de ellas más de cuatro o cinco mil ducados. Yo gocé buena parte de las uvas, porque mi padre me eligió por embajador del capitán Bartolomé de Terrazas, y con sus dos pajecillos indios, llevé a cada casa principal dos fuentes de ellas (IX, xxv).

88. DEL VINO, Y DEL PRIMERO QUE HIZO VINO EN EL COZCO

El año de mil y quinientos y sesenta, viniéndome a España, pasé por una heredad de Pedro López de Cazalla, natural de Llerena, vecino del Cozco, secretario que fue del presidente Gasca, la cual se dice *Marcahuaci*, nueve leguas de la ciudad, y fue el 21 de enero, donde hallé un capataz portugués llamado Alfonso Váez, que sabía mucho de agricultura y era muy buen hombre. El cual me paseó por toda la heredad, que estaba cargada de muy hermosas uvas, sin darme un gajo de ellas, que fuera gran regalo para un huésped caminante y tan amigo como yo lo era suyo y de ellas, mas no lo hizo; y viendo que yo

habría notado su cortedad, me dijo que le perdonase, que su señor le había mandado que no tocasse ni un grano de las uvas, porque quería hacer vino de ellas, aunque fuese pisándolas en una artesa, como se hizo (según me lo dijo después en España un condiscípulo mío, porque no había lagar ni los demás adherentes, y vio la artesa en que se pisaron), porque quería Pedro López de Cazalla ganar la joya que los Reyes Católicos y el emperador Carlos V había mandado se diese de su real hacienda al primero que en cualquiera pueblo de españoles sacase fruto nuevo de España, como trigo, cebada, vino y aceite en cierta cantidad. Y esto mandaron aquellos príncipes de gloriosa memoria porque los españoles se diesen a cultivar aquella tierra, y llevasen a ella las cosas de España que en ella no había.

La joya eran dos barras de plata de a trescientos ducados cada una, y la cantidad del trigo o cebada había de ser medio cahiz, y la de vino o aceite habían de ser cuatro arrobas. No quería Pedro López de Cazalla hacer el vino por la codicia de los dineros de la joya, que mucho más pudiera sacar de las uvas, sino por la honra y fama de haber sido el primero que en el Cozco hubiese hecho vino de sus viñas. Esto es lo que pasa acerca del primer vino que se hizo en mi pueblo. Otras ciudades del Perú, como fue Huamanca y Arequipa, lo tuvieron mucho antes y todo era aloquillo. Hablando en Córdoba con un canónigo de Quito de estas cosas que vamos escribiendo, me dijo que conoció en aquel reino de Quito un español curioso en cosas de agricultura, particularmente en viñas, que fue el primero que de Rimac llevó la planta a Quito, que tenía una buena viña. riberas del río que llaman de Mira, que está debajo de la línea equinoccial y es tierra caliente; díjome que le mostró toda la viña, y porque viese la curiosidad que en ella tenía, le enseñó doce apartados que en un pedazo de ella había, que podaba cada mes el suyo, y así tenía uvas frescas todo el año, y que la demás viña la podaba una vez al año, como todos los demás españoles sus comarcanos. Las viñas se riegan en todo el Perú, y en aquel

río es la tierra caliente, siempre de un temple, como las hay en muchas otras partes de aquel imperio, y así no es mucho que los temporales hagan por todos los meses del año sus efectos en las plantas y mieses, según que les fueren dando y quitando el riego, que casi lo mismo vi yo en algunos valles en el maíz, que en una haza lo sembraban y en otra estaba ya nacido a media pierna, y en otra para espigar, y en otra ya espigado. Y esto no hecho por curiosidad, sino por necesidad, como tenían los indios el lugar y la posibilidad para beneficiar sus tierras.

Hasta el año de mil y quinientos y sesenta que yo salí del Cozco, y años después, no se usaba dar vino a la mesa de los vecinos (que son los que tienen indios) a los huéspedes ordinarios, si no fuera a alguno que lo había menester para su salud, porque el beberlo entonces más parecía vicio que necesidad: que habiendo ganado los españoles aquel imperio tan sin favor del vino ni de otros regalos semejantes, parece que querían sustentar aquellos buenos principios en no beberlo. También se comedían los huéspedes a no tomarlo, aunque se lo daban, por la carestía de él, porque cuando más barato, valía a treinta ducados el arroba; yo lo vi así después de la guerra de Francisco Hernández Girón. En los tiempos de Gonzalo Pizarro y antes, llegó a valer muchas veces trescientos, y cuatrocientos, y quinientos ducados una arroba de vino; los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cinco hubo mucha falta de él en todo el reino. En la ciudad de los Reyes llegó a tanto extremo, que no se hallaba para decir misa. El arzobispo don Jerónimo de Loaysa, natural de Trujillo, hizo cala y cata, y en una casa hallaron media botija de vino, y se guardó para las misas. Con esta necesidad estuvieron algunos días y meses, hasta que entró en el puerto un navío de dos mercaderes que yo conocí, que por buenos respetos a la descendencia de ellos no los nombro, que llevaban dos mil botijas de vino, y hallando la falta de él vendieron las primeras no menos de a doscientos. Este cuento supe del piloto que llevó el navío, porque en el mismo me trajo

de los Reyes a Panamá; por los cuales excesos no se permitía dar vino de ordinario. Un día de aquellos tiempos convidó a comer un caballero que tenía indios a otro que no los tenía; comiendo media docena de españoles en buena conversación, el convidado pidió un jarro de agua para beber; el señor de la casa mandó le diesen vino, y como el otro le dijese que no lo bebía, le dijo: "Pues si no bebéis vino, veníos acá a comer y a cenar cada día". Dijo esto porque de toda la demás costa, sacado el vino, no se hacía cuenta; y aun la del vino no se miraba tanto por la costa como por la total falta que muchas veces había de él, por llevarse de tan lejos como España y pasar dos mares tan grandes; por lo cual en aquellos principios se estimó tanto como se ha dicho (IX, xxvi).

89. DEL OLIVO Y QUIÉN LO LLEVÓ AL PERÚ

El mismo año de mil y quinientos y sesenta, don Antonio de Ribera, vecino que fue de los Reyes, habiendo años antes venido a España por procurador general del Perú, volviéndose a él llevó plantas de olivos de los de Sevilla, y por mucho cuidado y diligencia que puso en los que llevó en dos tinajones en que iban más de cien posturas, no llegaron a la ciudad de los Reyes más de tres estacas vivas, las cuales puso en una muy hermosa heredad cercada que en aquel valle tenía, de cuyos frutos de uvas e higos, granadas, melones, naranjas y limas, y otras frutas y legumbres de España, vendidas en la plaza de aquella ciudad por fruta nueva, hizo gran suma de dinero, que se cree por cosa cierta que pasó de doscientos mil pesos. En esta heredad plantó los olivos don Antonio de Ribera; y porque nadie pudiese haber ni tan sola una hoja de ellos para plantar en otra parte, puso un gran ejército que tenía, de más de cien negros y treinta perros.

que de día y de noche velasen en guarda de sus nuevas y preciadas posturas. Acaeció que otros que velaban más que los perros, o por consentimiento de algunos de los negros que estarían cohechados (según se sospechó), le hurtaron una noche una planta de las tres, la cual en pocos días amaneció en Chili, seiscientas leguas de la ciudad de los Reyes, donde estuvo tres años criando hijos, con tan próspero suceso de aquel reino que no ponían renuevo por delgado que fuese que no prendiese, y que en muy breve tiempo no se hiciese muy hermoso olivo.

Al cabo de los tres años, por las muchas cartas de excomunión que contra los ladrones de su planta don Antonio de Ribera había hecho leer, le volvieron la misma que le habían llevado y la pusieron en el mismo lugar de donde la habían sacado, con tan buena maña y secreto que ni el hurto ni la restitución supo su dueño jamás quién la hubiese hecho. En Chili se han dado mejor los olivos que en el Perú; debe de ser por no haber extrañado tanto la constelación de la tierra, que está en treinta grados hasta los cuarenta casi, como la de España. En el Perú se dan mejor en la sierra que en los llanos. A los principios se daban por mucho regalo y magnificencia tres aceitunas a cualquier convidado y no más. De Chili se ha traído ya por este tiempo aceite al Perú. Esto es lo que ha pasado acerca de los olivos que se han llevado a mi tierra; y con esto pasaremos a tratar de las demás plantas y legumbres que no había en el Perú (IX, xxvii).

90. DE LAS FRUTAS DE ESPAÑA Y CAÑA DE AZÚCAR

Es así que no había higos, ni granadas, ni cidras, naranjas, ni limas dulces ni agras, ni manzanas, peros, ni camuesas, mem-

brillos, duraznos, melocotones, albérchigo, albaricoque, ni suerte alguna de ciruelas, ni de las muchas que hay en España; sólo una manera de ciruelas había diferentes de las de acá, aunque los españoles las llaman ciruelas, y los indios *ussun*; y esto digo porque no la metan entre las ciruelas de España. No hubo melones, ni pepinos de los de España, ni calabazas de las que se comen guisadas. Todas estas frutas nombradas, y otras muchas que habrá que no me vienen a la memoria, las hay por este tiempo en tanta abundancia, que ya son despreciables, como los ganados, y en tanta grandeza mayor que la de España, que pone admiración a los españoles que han visto la una y la otra.

En la ciudad de los Reyes, luego que se dieron las granadas, llevaron una en las andas del Santísimo Sacramento en la procesión de su fiesta, tan grande, que causó admiración a cuantos la vieron. Yo no oso decir qué tamaña me la pintaron por no escandalizar los ignorantes que no creen que haya mayores cosas en el mundo que las de su aldea; y por otra parte es lástima que por temer a los simples se dejen de escribir las maravillas que en aquella tierra ha habido de las obras de naturaleza. Y volviendo a ellas decimos que han sido de extraña grandeza, principalmente las primeras, que la granada era mayor que una botija de las que hacen en Sevilla para llevar aceite a Indias, y muchos racimos de uvas se han visto de ocho y diez libras, y membrillos como la cabeza de un hombre, y cidras como medios cántaros; y baste acerca del grandor de las frutas de España, que adelante diremos de las legumbres, que no causarán menos admiración.

Quiénes fueron los curiosos que llevaron estas plantas, y en qué tiempo y años, holgara mucho saber para poner aquí sus nombres y tierras, porque a cada uno de ellos se les dieran los loores y bendiciones que tales beneficios merecen. El año de mil y quinientos y ochenta llevó al Perú planta de guindas y cerezas un español llamado Gaspar de Alcocer, caudaloso mercader de la ciudad de los Reyes, donde tenía una muy hermosa

heredad. Después acá me han dicho que se perdieron por demasiadas diligencias que con ellos hicieron para que prevalecieran. Almendras han llevado, nogales no sé hasta ahora que los hayan llevado. Tampoco había cañas de azúcar en el Perú; ahora en estos tiempos por la buena diligencia de los españoles, y por la mucha fertilidad de la tierra, hay tanta abundancia de todas estas cosas, que ya dan hastío; y donde a los principios fueron tan estimadas, son ahora menospreciadas y tenidas en poco o nada.

El primer ingenio de azúcar que en el Perú se hizo fue en tierras de Huanacu, fue de un caballero que yo conocí. Un criado suyo, hombre prudente y astuto, viendo que llevaban al Perú mucho azúcar del reino de Méjico, y que el de su amo, por la multitud de lo que llevaban no subía de precio, le aconsejó que cargase un navío de azúcar y lo enviase a la Nueva España para que viendo allá que lo enviaba del Perú, entendiesen que había sobra de él y no lo llevasen más; así se hizo, y el concierto salió cierto y provechoso; de cuya causa se han hecho después acá los ingenios que hay, que son muchos.

Ha habido españoles tan curiosos en la agricultura (según me han dicho), que han hecho injertos de árboles frutales de España con los frutales del Perú, y que sacan frutas maravillosas con grandísima admiración de los indios de ver que a un árbol hagan llevar al año dos, tres, cuatro frutas diferentes; admíranse de estas curiosidades y de cualquiera otra menor, porque ellos no trataron de cosas semejantes. Podrían también los agricultores (si no lo han hecho ya) ingerir olivos en los árboles que los indios llaman *quishuar*, cuya madera y hoja es muy semejante al olivo, que yo me acuerdo que en mis niñeces me decían los españoles, viendo un *quishuar*, “el aceite y aceitunas que traen de España se cogen de unos árboles como éstos”. Verdad es que aquel árbol no es frutoso; llega a echar la flor como la del olivo, y luego se le cae; con sus renuevos jugábamos cañas en

el Cozco, por falta de ellas, porque no se crían en aquella región por ser tierra fría (IX, xxviii).

91. DE LA HORTALIZA Y YERBAS Y DE LA GRANDEZA DE ELLAS

De las legumbres que en España se comen no había ninguna en el Perú, conviene a saber: lechugas, escarolas, rábanos, coles, nabos, ajos, cebollas, berenjenas, espinacas, acelgas, yerba buena, culantro, perejil, ni cardos hortenses ni campestres, ni espárragos (verdolagas había y poleo); tampoco había visnagas ni otra yerba alguna de las que hay en España de provecho. De las semillas tampoco había garbanzos, ni habas, lentejas, anís, mostaza, oruga, alcaravea, ajonjolí, arroz, alhucema, cominos, orégano, ajenuz, avenate, ni adormideras, trébol, ni manzanilla hortense ni campestre. Tampoco había rosas, ni clavelinas de todas las suertes que hay en España, ni jazmines, ni azucenas, ni mosquetas.

De todas estas flores y yerbas que hemos nombrado, y otras que no he podido traer a la memoria, hay ahora tanta abundancia, que muchas de ellas son ya muy dañosas, como nabos, mostaza, yerba buena y manzanilla, que han cundido tanto en algunos valles, que han vencido las fuerzas y la diligencia humana, toda cuanta se ha hecho para arrancarlas, y han prevalecido de tal manera que han borrado el nombre antiguo de los valles, y forzándolos que se llamen de su nombre, como el valle de la Yerba Buena en la costa de la mar, que solía llamarse *Rucma*, y otros semejantes. En la ciudad de los Reyes crecieron tanto las primeras escarolas y espinacas que sembraron, que apenas alcanzaba un hombre con las manos los pimpollos de ellas, y se cerraron tanto que no podía hender un caballo por

ellas; la monstruosidad en grandeza y abundancia que algunas legumbres y mieses a los principios sacaron fue increíble. El trigo en muchas partes acudió a los principios a trescientas hanegas y a más por hanega de sembradura.

En el valle del Huarco, en un pueblo que nuevamente mandó poblar el visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, pasando yo por el año de mil y quinientos y sesenta, viniéndome a España, me llevó a su casa un vecino de aquel pueblo que se decía Garci Vázquez, que había sido criado de mi padre, y dándome de cenar, me dijo: "Comed de ese pan que acudió a más de trescientas hanegas, porque llevéis que contar a España". Yo me hice admirado de la abundancia, porque la ordinaria que yo antes había visto no era tanta ni con mucho; y me dijo Garci Vázquez: "No se os haga duro de creerlo, porque os digo verdad como cristiano, que sembré dos hanegas y media de trigo y tengo encerradas seiscientas y ochenta, y se me perdieron otras tantas por no tener con quién las coger".

Contando yo este mismo cuento a Gonzalo Silvestre, de quien hicimos larga mención en nuestra historia de la Florida, y la haremos en ésta si llegamos a sus tiempos, me dijo que no era mucho, porque en la provincia de Chuquisaca, cerca del río Pillcumayu, en unas tierras que allí tuvo, los primeros años que las sembró la habían acudido a cuatrocientas y a quinientas hanegas por una. El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, yendo por gobernador a Chili don García de Mendoza, hijo del visorrey ya nombrado, habiendo tomado el puerto de Arica, le dijeron que cerca de allí, en un valle llamado Cuzapa, había un rábano de tan extraña grandeza que a la sombra de sus hojas estaban atados cinco caballos, que lo querían traer para que lo viese. Respondió el don García que no lo arrancasen, que lo quería ver por propios ojos para tener qué contar; y así fue con otros muchos que le acompañaron, y vieron ser verdad lo que les habían dicho. El rábano era tan grueso que apenas lo

ceñía un hombre con los brazos, y tan tierno que después se llevó a la posada de don García y comieron muchos de él. En el valle que llaman de la Yerba Buena han medido muchos talles de ella de a dos varas y media en largo. Quien las ha medido tengo hoy en mi posada, de cuya relación escribo esto.

En la santa iglesia catedral de Córdoba, el año de mil y quinientos y noventa y cinco, por el mes de mayo, hablando con un caballero que se dice don Martín de Contreras, sobrino del famoso gobernador de Nicaragua, Francisco de Contreras, diciéndole yo como iba en este paso de nuestra historia, y que temía poner el grandor de las cosas nuevas de mieses y legumbres que se daban en mi tierra, porque eran increíbles para los que no habían salido de las suyas, me dijo: "No dejéis por eso de escribir lo que pasa, crean lo que quisieren: baste decirles verdad. Yo soy testigo de vista de la grandeza del rábano del valle de Cuzapa, porque soy uno de los que hicieron aquella jornada con don García de Mendoza, y doy fe como caballero hijodalgo que vi los cinco caballos atados a sus ramas, y después comí del rábano con los demás. Y podéis añadir que en esa misma jornada vi en el valle de Ica un melón que pesó cuatro arrobas y tres libras, y se tomó por fe y testimonio ante escribano, porque se diese crédito a cosa tan monstruosa. Y en el valle de Yucay comí de una lechuga que pesó siete libras y media". Otras muchas cosas semejantes de mieses, frutas y legumbres me dijo este caballero que las dejo de escribir por no **hastiar con ellas a los que las leyeren.**

El P. M. Acosta, en el libro cuarto, capítulo XIX, donde trata de las verduras, legumbres y frutas del Perú, dice lo que se sigue, sacado a la letra: "Yo no he hallado que los indios tuviesen huertos diversos de hortalizas, sino que cultivaban la tierra a pedazos para legumbres que ellos usan, como los que llaman frijoles y pallares, que se sirven como acá garbanzos, y habas, y lentejas; y no he alcanzado que éstos ni otros géneros de legumbres de Europa los hubiese antes de entrar los espa-

ñoles, los cuales han llevado hortalizas y legumbres de España, y se dan allá extremadamente, y aun en partes hay que excede mucho la fertilidad a la de acá, como si dijésemos de los melones que se dan en el valle de Ica en el Perú; de suerte que se hace cepa la raíz, y dura años, y da cada uno melones, y la podan como si fuese árbol, cosa que no sé que en parte ninguna de España acaezca". Hasta aquí es del P. Acosta, cuya autoridad esfuerza mi ánimo para que sin temor diga la gran fertilidad que aquella tierra mostró a los principios con las frutas de España, que salieron espantables e increíbles; y no es la menor de sus maravillas ésta que el P. M. escribe, a la cual se puede añadir que los melones tuvieron otra excelencia entonces, que ninguno salía malo como lo dejasen madurar; en lo cual también mostraba la tierra su fertilidad, y lo mismo será ahora si se nota. Y porque los primeros melones que en la comarca de los Reyes se dieron causaron un cuento gracioso, será bien lo pongamos aquí, donde se verá la simplicidad que los indios en su antigüedad tenían, y es que un vecino de aquella ciudad, conquistador de los primeros, llamado Antonio Solar, hombre noble, tenía una heredad en Pachacamac, cuatro leguas de los Reyes, con un capataz español que miraba por su hacienda, el cual envió a su amo diez melones que llevaron dos indios auestas, según la costumbre de ellos, con una carta. A la partida les dijo el capataz: "No comáis ningún melón de éstos, porque si lo coméis lo ha de decir esta carta". Ellos fueron su camino, y a media jornada se descargaron para descansar. El uno de ellos, movido de la golosina, dijo al otro: "¿No sabríamos a qué sabe esta fruta de la tierra de nuestro amo?" El otro dijo: "No, porque si comemos alguno lo dirá esta carta, que así nos lo dijo el capataz". Replicó el primero: "Buen remedio; echemos la carta detrás de aquel paredón, y como no nos vea comer no podrá decir nada". El compañero se satisfizo del consejo, y poniéndolo por obra comieron un melón. Los indios en aquellos principios, como no sabían qué eran letras, entendían que las

cartas que los españoles se escribían unos a otros eran como mensajeros que decían de palabra lo que el español les mandaba, y que eran como espías que también decían lo que veían por el camino, y por esto dijo el otro: “Echémosla tras el paredón para que no nos vea comer”. Queriendo los indios proseguir su camino, el que llevaba los cinco melones en su carga dijo al otro: “No vamos acertados, conviene que emparejemos las cargas, porque si vos lleváis cuatro y yo cinco, sospecharán que nos hemos comido el que falta”. Dijo el compañero: “Muy bien decís”; y así, por encubrir un delito, hicieron otro mayor, que se comieron otro melón. Los ocho que llevaban presentaron a su amo, el cual habiendo leído la carta les dijo: “¿Qué son de dos melones que faltan aquí?” Ellos a una respondieron: “Señor, no nos dieron más de ocho”. Dijo Antonio Solar: “¿Por qué mentís vosotros, que esta carta dice que os dieron diez y que os comisteis los dos?” Los indios se hallaron perdidos de ver que tan al descubierto les hubiese dicho su amo lo que ellos habían hecho en secreto, y así confusos y convencidos no supieron contradecir a la verdad. Salieron diciendo que con mucha razón llamaban a los españoles con el nombre Viracocha, pues alcanzaban tan grandes secretos. Otro cuento semejante refiere Gómara que pasó en la isla de Cuba, a los principios cuando ella se ganó; y no es maravilla que una misma ignorancia pasase en diversas partes y en diferentes naciones, porque la simplicidad de los indios del Nuevo Mundo, en lo que ellos no alcanzaron, toda fue una. Por cualquiera ventaja que los españoles hacían a los indios, como correr caballos, domar novillos y romper la tierra con ellos, hacer molinos y arcos de puente en ríos grandes, tirar con un arcabuz y matar con él a ciento y a doscientos pasos, y otras cosas semejantes, todas las atribuían a divinidad, y por ende les llamaron dioses, como lo causó la carta (IX, xxix).

92. DEL LINO, ESPÁRRAGOS, VISNAGAS Y ANÍS

Tampoco había lino en el Perú. Doña Catalina de Retes, natural de la villa de Sanlúcar de Barrameda, suegra que fue de Francisco de Villafuerte, conquistador de los primeros y vecino del Cozco, mujer noble y muy religiosa, que fue de las primeras pobladoras del convento de Santa Clara del Cozco, el año de mil y quinientos y sesenta esperaba en aquella ciudad linaza, que la había enviado a pedir a España para sembrar, y un telar para tejer lienzo caseros; y como yo salí aquel año del Perú no supe si se lo llevaron o no. Después acá he sabido que se coge mucho lino, mas no sé cuán grandes hilanderas hayan sido las españolas, ni las mestizas mis parientas, porque nunca las vi hilar, sino labrar y coser, que entonces no tenían lino, aunque tenían muy lindo algodón y lana riquísima que las indias hilaban a las mil maravillas. La lana y el algodón carmenan con los dedos, que los indios no alcanzaron cardas, ni las indias torno para hilar a él. De que no sean grandes hilanderas de lino tienen descargo, pues no pueden labrarlo.

Volviendo a la mucha estima que en el Perú se ha hecho de las cosas de España por viles que sean, no siempre, sino a los principios, luego que allá se llevaron, me acuerdo que el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, o el de cincuenta y seis, García de Melo, natural de Trujillo, tesorero que entonces era en el Cozco de la hacienda de Su Majestad, envió a Garcilaso de la Vega, mi señor, tres espárragos de los de España, que allá no los hubo; no supe dónde hubiesen nacido, y le envió a decir que comiese de aquella fruta de España, nueva en el Cozco, que por ser la primera se la enviaba. Los espárragos eran hermosísimos; los dos eran gruesos como los dedos de la mano y largos de más de una tercia; el tercero era más grueso y más

corto, y todos tres tan tiernos, que se quebraban de suyo. Mi padre, para mayor solemnidad de la yerba de España, mandó que se cociesen dentro en su aposento, al brasero que en él había, delante de siete u ocho caballeros que a su mesa cenaban. Cocidos los espárragos trajeron aceite y vinagre, y Garcilaso, mi señor, repartió por su mano los dos más largos, dando a cada uno de los de la mesa un bocado, y tomó para sí el tercero, diciendo que le perdonasen, que por ser cosa de España quería ser aventajado por aquella vez. De esta manera se comieron los espárragos con más regocijo y fiesta que si fuera el ave fénix, y aunque yo serví a la mesa e hice traer todos los adherentes, no me cupo cosa alguna.

En aquellos mismos días envió el capitán Bartolomé de Terrazas a mi padre, por gran presente, tres visnagas llevadas de España, las cuales se sacaban a la mesa cuando había algún nuevo convidado, y por gran magnificencia se le daba una pañuela de ellas.

También salió por este tiempo el anís en el Cozco, el cual se echaba en el pan por cosa de mucha estima, como si fuera el néctar o la ambrosía de los poetas. De esta manera se estimaron todas las cosas de España a los principios, cuando se empezaron a dar en el Perú, y escríbense, aunque son de poca importancia, porque en los tiempos venideros, que es cuando más sirven las historias, quizá holgarán saber estos principios. Los espárragos no sé que hayan prevalecido, ni que las visnagas hayan nacido en aquella tierra. Empero las demás plantas, mieses y legumbres y ganados han multiplicado en la abundancia que se ha dicho. También han plantado mrales, y llevado semilla de gusanos de seda, que tampoco la había en el Perú, mas no se puede labrar la seda por un inconveniente muy grande que tiene (IX, xxx).

93. EL HOMBRE AMERICANO

Lo mejor de lo que ha pasado a Indias se nos olvidaba, que son los españoles, y los negros que después acá han llevado para servirse de ellos, que tampoco los había antes en aquella mi tierra. De estas dos naciones se han hecho allá otras, mezclados de todas maneras, y para las diferenciar les llaman por diversos nombres para entenderse por ellos. Y aunque en nuestra historia de la Florida dijimos algo de esto, me pareció repetirlo aquí por ser éste su propio lugar. Es así, que al español o española que va de acá llaman español o castellano, que ambos nombres se tienen allá por uno mismo, y así he usado yo de ellos en esta historia y en la de la Florida. A los hijos de español y de española nacidos allá dicen criollo o criolla, por decir que son nacidos en Indias. Es nombre que lo inventaron los negros, y así lo muestra la obra. Quiere decir entre ellos negro nacido en Indias; inventáronlo para diferenciar los que van de acá, nacidos en Guinea, de los que nacen allá, porque se tienen por más honrados y de más calidad por haber nacido en la patria, que no sus hijos porque nacieron en la ajena, y los padres se ofenden si les llaman criollos. Los españoles, por la semejanza, han introducido este nombre en su lenguaje para nombrar los nacidos allá. De manera que al español y al guineo nacidos allá les llaman criollos y criollas. Al negro que va de acá llaman negro o guineo. Al hijo de negro y de india, o de indio y de negra, dicen mulato y mulata. A los hijos de éstos llaman cholo; es vocablo de las islas de Barlovento; quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozcones, y los españoles usan de él por infamia y vituperio. A los hijos de español y de india, o de indio y de española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue

impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen “sois un mestizo”, o “es un mestizo”, lo toman por menosprecio. De donde nació que hayan abrazado con grandísimo gusto el nombre de montañés, que entre otras afrentas y menosprecios que de ellos hizo un poderoso, les impuso en lugar del nombre mestizo. Y no consideran que aunque en España el nombre montañés sea apellido honroso por los privilegios que se dieron a los naturales de las montañas de Asturias y Vizcaya, llamándoselo a otro cualquiera que no sea natural de aquellas provincias es nombre vituperoso; porque en propia significación quiere decir cosa de montaña, como lo dice en su vocabulario el gran maestro Antonio de Nebrija, acreedor de toda la buena latinidad que hoy tiene España. Y en la lengua general del Perú para decir montañés dicen *sacharuna*, que en propia significación quiere decir *salvaje*; y por llamarles aquel buen hombre disimuladamente salvajes les llamó montañeses, y mis parientes, no entendiendo la malicia del imponente, se precian de su afrenta, habiéndola de huir y abominar y no recibir nuevos nombres afrentosos, etc. A los hijos de español y de mestiza, o de mestizo y española, llaman cuatralvos, por decir que tienen cuarta parte de indios y tres de español. A los hijos de mestizo y de india, o de indio y de mestiza, llaman tresalvos, por decir que tienen tres partes de indio y una de español. Todos estos nombres y otros, que por excusar hastío dejamos de decir, se han inventado en mi tierra para nombrar las generaciones que ha habido después que los españoles fueron a ella; y podemos decir que ellos los llevaron con las demás cosas que no había antes (IX, xxxi).

ÍNDICES

CONCORDANCIA DE ESTA ANTOLOGÍA CON EL TEXTO COMPLETO DE LOS COMENTARIOS REALES

(A la izquierda, número de orden de esta antología, a la derecha, libro y capítulo de los *Comentarios*)

1	Proemio al lector.	24	III, vii.
2	I, viii.	25	III, xvi.
3	I, xv, xvi, xvii.	26	III, xx, xxi, xxii, xxiii.
4	I, xix.	27	III, xxv.
5	I, xxii.	28	IV, i, ii.
6	I, xxiii.	29	IV, vii.
7	I, xxvi.	30	IV, x.
8	II, i.	31	IV, xii.
9	II, iii.	32	IV, xiii, xiv.
10	II, iii.	33	IV, xv.
11	II, iv.	34	IV, xvi.
12	II, v.	35	IV, xvi.
13	II, vii.	36	V, ii.
14	II, viii.	37	V, v.
15	II, xxii.	38	V, ix.
16	II, xxiii.	39	V, xxiii.
17	II, xxiv.	40	V, xxiv.
18	II, xxv.	41	V, xxvii.
19	II, xxvi.	42	V, xxviii.
20	II, xxvi.	43	V, xxix.
21	II, xxvii.	44	VI, iv.
22	II, xxviii.	45	VI, v.
23	II, xxviii.	46	VI, viii, ix.

47	VI, xxi, xxii.	71	VIII, xxiii.
48	VI, xxiv, xxv.	72	VIII, xxiv.
49	VI, xxviii.	73	VIII, xxv.
50	VI, xxix.	74	IX, i.
51	VII, v, vi, vii.	75	IX, iii.
52	VII, viii, ix, x, xi, xii.	76	IX, viii.
53	VII, xxvii, xxviii, xxix.	77	IX, xv.
54	VIII, iv.	78	IX, xvi.
55	VIII, v.	79	IX, xvii.
56	VIII, ix.	80	IX, xviii.
57	VIII, x.	81	IX, xix.
58	VIII, xi.	82	IX, xx.
59	VIII, xii.	83	IX, xxi.
60	VIII, xiii.	84	IX, xxii.
61	VIII, xiv.	85	IX, xxiii.
62	VIII, xv.	86	IX, xxiv.
63	VIII, xvi.	87	IX, xxv.
64	VIII, xvii.	88	IX, xxvi.
65	VIII, xviii.	89	IX, xxvii.
66	VIII, xix.	90	IX, xxviii.
67	VIII, xx.	91	IX, xxix.
68	VIII, xxi.	92	IX, xxx.
69	VIII, xxii.	93	IX, xxxi.
70	VIII, xxiii.		

INDICE DEL TEXTO COMPLETO DE LOS COMENTARIOS

LIBRO PRIMERO

El descubrimiento del Nuevo Mundo, la deducción del nombre Perú, la idolatría y manera de vivir antes de los reyes Incas, el origen de ellos, la vida del primer Inca y lo que hizo con sus primeros vasallos, y la significación de los nombres reales. Contiene veinte y seis capítulos.

- I. Si hay muchos mundos. Trata de las cinco zonas.
- II. Si hay antípodas.
- III. Cómo se descubrió el Nuevo Mundo.
- IV. La deducción del nombre Perú.
- V. Autcridades en cnfirmación del nombre Perú.
- VI. Lo que dice un autor acerca del nombre Perú.
- VII. De otras deducciones de nombres nuevos.
- VIII. La descripción del Perú.
- IX. La idolatría y los dioses que adoraban antes de los Incas.
- X. De otra gran variedad de dioses que tuvieron.
- XI. Maneras de sacrificios que hacían.
- XII. La vivienda y gobierno de los antiguos, y las cosas que comían.
- XIII. Cómo se vestían en aquella antigüedad.

- XIV. Diferentes casamientos y diversas lenguas. Usaban de veneno y de hechizo.
- XV. El origen de los Incas, reyes del Perú.
- XVI. La fundación del Cozco, ciudad imperial.
- XVII. Lo que redujo el primer Inca Manco Capac.
- XVIII. Dos fábulas historiales del origen de los Incas.
- XIX. Protestación del autor sobre la historia.
- XX. Los pueblos que mandó poblar el primer Inca.
- XXI. La enseñanza que el Inca hacía a sus vasallos.
- XXII. Las insignias favorables que el Inca dio a los suyos.
- XXIII. Otras insignias más favorables con el nombre Inca.
- XXIV. Nombres y renombres que los indios pusieron a su rey.
- XXV. Testamento y muerte del Inca Manco Capac.
- XXVI. Los nombres reales, y la significación de ellos.

LIBRO SEGUNDO

En el cual se da cuenta de la idolatría de los Incas, y que rastrearon a nuestro Dios verdadero: que tuvieron la inmortalidad del ánima y la resurrección universal. Dice sus sacrificios y ceremonias, y que para su gobierno registraban los vasallos por decurias. El oficio de los decuriones; la vida y conquistas de Sinchi Roca, rey segundo; y las de Lloque Yupanqui, rey tercero; y las ciencias que los Incas alcanzaron. Contiene veinte y ocho capítulos.

- I. La idolatría de la segunda edad, y su origen.
- II. Rastrearon los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor.
- III. Tenían los Incas una cruz en lugar sagrado.

- IV. De muchos dioses que los historiadores españoles impropriamente aplican a los indios.
- V. De otras muchas cosas que el nombre *huaca* significa.
- VI. Lo que un autor dice de los dioses que tenían.
- VII. Alcanzaron la inmortalidad del ánima y la resurrección universal.
- VIII. Las cosas que sacrificaban al sol.
- IX. Los sacerdotes, ritos y ceremonias y sus leyes atribuyen al primer Inca.
- X. Comprueba el autor lo que ha dicho con los historiadores españoles.
- XI. Dividieron el imperio en cuatro distritos. Registraban los vasallos.
- XII. Dos oficios que los decuriones tenían.
- XIII. De algunas leyes que los Incas tuvieron en su gobierno.
- XIV. Los decuriones daban cuenta de los que nacían y morían.
- XV. Niegan los indios haber hecho delito ninguno Inca de la sangre real.
- XVI. La vida y hechos de Sinchi Roca, segundo rey de los Incas.
- XVII. Lloque Yupanqui, rey tercero, y la significación de su nombre.
- XVIII. Dos conquistas que hizo el Inca Lloque Yupanqui.
- XIX. La conquista de Hatun Colla, y los blasones de los Collas.
- XX. La gran provincia Chucuytu se reduce de paz: hacen lo mismo otras muchas provincias.
- XXI. Las ciencias que los Incas alcanzaron. Trátase primero de la astrología.
- XXII. Alcanzaron la cuenta del año, y los solsticios y equinoccios.

- XXIII. Tuvieron cuenta con los eclipses del sol, y lo que hacían con los de la luna.
- XXIV. La medicina que alcanzaron, y la manera de curarse.
- XXV. Las yerbas medicinales que alcanzaron.
- XXVI. De la geometría, geografía, aritmética y música que alcanzaron.
- XXVII. La poesía de los Incas amautas, que son filósofos, y harauecos, que son poetas.
- XXVIII. Los pocos instrumentos que los indios alcanzaron para sus oficios.

LIBRO TERCERO

Contiene la vida y hechos de Mayta Capac, rey cuarto; la primera puente de mimbre que en el Perú se hizo; la admiración que causó; la vida y conquistas del quinto rey, llamado Capac Yupanqui; la famosa puente de paja y enea que mandó hacer en el Desaguadero; la descripción de la casa y templo del sol y sus grandes riquezas. Contiene veinticinco capítulos.

- I. Mayta Capac, cuarto Inca, gana a Tiahuanacu, y los edificios que allí hay.
- II. Redúcese Hatumpacasa y conquistan a Cac-yauiri.
- III. Perdonan los rendidos y declárase la fábula.
- IV. Redúcense tres provincias. Conquístanse otras. Llevan colonias. Castigan a los que usan de veneno.
- V. Gana el Inca tres provincias. Vence una batalla muy reñida.
- VI. Ríndense los de Huaychu. Perdónalos afablemente.
- VII. Redúcense muchos pueblos. El Inca manda hacer una puente de mimbre.
- VIII. Con la fama de la puente se reducen muchas naciones de su grado.

- IX. Gana el Inca otras muchas y grandes provincias, y muere pacífico.
- X. Capac Yupanqui, rey quinto, gana muchas provincias en Cuntisuyu.
- XI. La conquista de los Aymaras. Perdonan a los curacas. Ponen mojoneras en sus términos.
- XII. Envía el Inca a conquistar los Quechuas. Ellos se reducen de su grado.
- XIII. Por la costa de la mar reducen muchos valles. Castigan los sodomitas.
- XIV. Dos grandes curacas comprometen sus diferencias en el Inca y se hacen vasallos suyos.
- XV. Hacen una puente de paja, enea y juncia en el Desaguadero. Redúcese Chayanta.
- XVI. Diversos ingenios que tuvieron los indios para pasar los ríos y para sus pesquerías.
- XVII. De la reducción de cinco provincias grandes, sin otras menores.
- XVIII. El príncipe Inca Roca reduce muchas y grandes provincias mediterráneas y marítimas.
- XIX. Sacan indios de la costa para colonias la tierra adentro. Muere el Inca Capac Yupanqui.
- XX. La descripción del templo del sol, y sus grandes riquezas.
- XXI. Del claustro del templo, y de los aposentos de la luna y estrellas, trueno y relámpago, y arco del cielo.
- XXII. Nombre del sumo sacerdote y otras partes de la casa.
- XXIII. Los sitios para los sacrificios, y el término donde se descalzaban para ir al templo. Las fuentes que tenían.

- XXIV. Del jardín de oro y otras riquezas del templo, a cuya semejanza había otros muchos en aquel Imperio.
- XXV. Del famoso templo de Titicaca, y de sus fábulas y alegorías.

LIBRO CUARTO

Trata de las vírgenes dedicadas al sol. La ley contra los que las violasen. Cómo se casaban los indios en común; y cómo casaban al príncipe heredero. Las maneras de heredar los estados. Cómo criaban los hijos. La vida del Inca Roca, sexto rey, sus conquistas. Las escuelas que fundó y sus dichos. La vida de Yahuar Huacac, séptimo rey; y de una extraña fantasma que se apareció al príncipe su hijo. Contiene veinticuatro capítulos.

- I. La casa de las vírgenes dedicadas al sol.
- II. Los estatutos y ejercicios de las vírgenes escogidas.
- III. La veneración en que tenían las cosas que hacían las escogidas, y la ley contra los que las violasen.
- IV. Que había otras muchas casas de escogidas. Compruébase la ley rigurosa.
- V. El servicio y ornamento de las escogidas, y que no las daban por mujeres a nadie.
- VI. De cuáles mujeres hacía merced el Inca.
- VII. De otras mujeres que guardaban virginidad, y de las viudas.
- VIII. Cómo casaban en común, y cómo asentaban la casa.
- IX. Casaban al príncipe heredero con su propia hermanmana, y las razones que para ello daban.
- X. Diferentes maneras de heredar los estados.

- XI. El destetar, trasquilar y poner nombre a los niños.
- XII. Criaban los hijos sin regalo ninguno.
- XIII. Vida y ejercicio de las mujeres casadas.
- XIV. Cómo se visitaban las mujeres. Cómo trataban su ropa; y que las había públicas.
- XV. Inca Roca, sexto rey, conquista muchas naciones, y entre ellas los Chancas y Hancohuallu.
- XVI. Del príncipe Yahuar Huacac y la interpretación de su nombre.
- XVII. Los ídolos de los indios antis, y la conquista de los charcas.
- XVIII. El razonamiento de los viejos, y cómo reciben al Inca.
- XIX. De algunas leyes que el Inca Roca hizo, y las escuelas que fundó en el Cozco, y de algunos dichos que dijo.
- XX. El Inca “llora sangre”, séptimo rey, y sus miedos y conquistas, y el disfavor del príncipe.
- XXI. De un aviso que una fantasma dio al príncipe para que lo lleve a su padre.
- XXII. Las consultas de los Incas sobre el recaudo de la fantasma.
- XXIII. La rebelión de los chancas, y sus antiguas hazañas.
- XXIV. El Inca desampara la ciudad, y el príncipe la socorre.

LIBRO QUINTO

Dice cómo se repartían y labraban las tierras. El tributo que daban al Inca. La provisión de armas y bastimentos que tenían para la guerra. Qué daban de vestir a los vasallos. Que no tuvieron mendigantes. Las leyes y ordenanzas en favor de los súbditos con otras cosas notables. Las victorias y generosidades

del príncipe Inca Viracocha, octavo rey. Su padre, privado del Imperio. La huida de un gran señor. El pronóstico de la ida de los españoles. Contienen veintinueve capítulos.

- I. Cómo acrecentaban y repartían las tierras a los vasallos.
- II. El orden que tenían en labrar las tierras, la fiesta con que labraban las del Inca y las del sol.
- III. La cantidad de tierra que daban a cada indio, y cómo la beneficiaban.
- IV. Cómo repartían el agua para regar; castigaban a los flojos y descuidados.
- V. El tributo que daban al Inca, y la cuenta de los orones.
- VI. Hacían de vestir, armas y calzado para la gente de guerra.
- VII. El oro y plata y otras cosas de estima no era de tributo, sino presentadas.
- VIII. La guarda y el gasto de los bastimentos.
- IX. Daban de vestir a los vasallos. No hubo pobres mendigantes.
- X. El orden y división del ganado y de los animales extraños.
- XI. Leyes y ordenanzas de los Incas para el beneficio de los vasallos.
- XII. Cómo conquistaban y domesticaban los nuevos vasallos.
- XIII. Cómo proveían los ministros para todos oficios.
- XIV. La razón y cuenta que había en los bienes comunes y particulares.
- XV. En qué pagaban el tributo. La cantidad de él y las leyes acerca de él.

- XVI. Orden y razón para cobrar los tributos. El Inca hacía merced a los curacas de las cosas preciadas que le presentaban.
- XVII. El Inca Viracocha tiene nueva de los enemigos y de un socorro que le viene.
- XVIII. Batalla muy sangrienta, y el ardid con que se venció.
- XIX. Generosidades del príncipe Inca Viracocha después de la victoria.
- XX. El príncipe sigue el alcance, vuelve al Cozco, vese con su padre, desposéele del Imperio.
- XXI. Del nombre Viracocha, y por qué se lo dieron a los españoles.
- XXII. El Inca Viracocha manda labrar un templo en memoria de su tío la fantasma.
- XXIII. Pintura famosa, y la gratificación a los del socorro.
- XXIV. Nuevas provincias que el Inca sujeta, y una acequia para regar los pastos.
- XXV. El Inca visita su imperio. Vienen embajadores ofreciendo vasallaje.
- XXVI. La huida del bravo Hancohuallu del imperio de los Incas.
- XXVII. Colonias en las tierras de Hancohuallu, el valle de Yucaj ilustrado.
- XXVIII. Dio nombre al primogénito. Hizo pronóstico de la ida de los españoles.
- XXIX. La muerte del Inca Viracocha. El autor vio su cuerpo.

LIBRO SEXTO

Contiene el ornamento y servicio de la casa real de los Incas. Las obsequias reales. Las cacerías de los reyes, los correos y

el contar por ñudos. Las conquistas, leyes y gobiernos del Inca Pachacutec, noveno rey. La fiesta principal que hacían. Las conquistas de muchos valles de la costa. El aumento de las escuelas del Cozco y los dichos sentenciosos del Inca Pachacutec. Contiene treinta y seis capítulos.

- I. La fábrica y ornamento de las casas reales.
- II. Contrahacían de oro y plata cuanto había para adornar las casas reales.
- III. Los criados de la casa real y los que traían las andas del rey.
- IV. Salas que servían de plaza, y otras cosas de las casas reales.
- V. Cómo enterraban los reyes; duraban las obsequias un año.
- VI. Cacería solemne que los reyes hacían en todo el reino.
- VII. Postas y correos y los despachos que llevaban.
- VIII. Contaban por hilos y ñudos; había gran fidelidad en los contadores.
- IX. Lo que asentaban en sus cuentas y cómo se entendían.
- X. El Inca Pachacutec visita su imperio. Conquista la nación Huanca.
- XI. De otras provincias que ganó el Inca, y de las costumbres de ellas, y castigos de la sodomía.
- XII. Edificios y leyes y nuevas conquistas que el Inca Pachacutec hizo.
- XIII. Gana el Inca las provincias rebeldes con hambre y astucia militar.
- XIV. Del buen curaca Huamachucu y cómo se redujo.
- XV. Resisten los de Casamarca, y al fin se rinden.
- XVI. La conquista de Yauyu y el triunfo de los Incas tío y sobrino.

- XVII. Redúcense dos valles, y Chíncha responde con soberbia.
- XVIII. La pertinacia de Chíncha, y cómo al fin se reduce.
- XIX. Conquistas antiguas y jactancias falsas de los Chínchas.
- XX. La fiesta principal del sol, y cómo se preparaban para ella.
- XXI. Adoraban al sol, iban a su casa, sacrificaban un cordero.
- XXII. Los agüeros de sus sacrificios y fuego para ellos.
- XXIII. Bríndanse unos a otros, y con qué orden.
- XXIV. Armaban caballeros a los Incas, y cómo los examinaban.
- XXV. Habían de saber hacer sus armas y el calzado.
- XXVI. Entraba el príncipe en la aprobación, tratábanle con más rigor que a los demás.
- XXVII. El Inca daba la principal insignia y un pariente las demás.
- XXVIII. Divisas de los reyes y de los demás Incas, y los maestros de los noveles.
- XXIX. Ríndese Chuquimancu, señor de cuatro valles.
- XXX. Los valles de Pachacamac y Rimac, y sus ídolos.
- XXXI. Requieren a Cuismanco, su respuesta y capitulaciones.
- XXXII. Van a conquistar al rey Chimu, y la guerra cruel que se hacen.
- XXXIII. Pertinacia y aflicciones del gran Chimu, y cómo se rinde.
- XXXIV. Ilustra el Inca su imperio y sus ejercicios hasta su muerte.
- XXXV. Aumentó las escuelas, hizo leyes para el buen gobierno.
- XXXVI. Otras muchas leyes del Inca Pachacutec y sus dichos sentenciosos.

LIBRO SÉPTIMO

En el cual se da noticia de las colonias que hacían los Incas. De la crianza de los hijos de los señores. De la tercera y cuarta fiesta principal que tenían. De la descripción de la ciudad del Cozco. De las conquistas que el Inca Yupanqui, décimo rey, hizo en el Perú y en el reino de Chile. De la rebelión de los araucos contra los españoles. De la muerte de Valdivia. De la fortaleza del Cozco y de sus grandezas. Contiene veintinueve capítulos.

- I. Los Incas hacían colonias. Tuvieron dos lenguajes.
- II. Los herederos de los señores se criaban en la corte, y las causas por qué.
- III. De la lengua cortesana.
- IV. De la utilidad de la lengua cortesana.
- V. Tercera fiesta solemne que hacían al sol.
- VI. Cuarta fiesta. Sus ayunos y el limpiarse de sus males.
- VII. Fiesta nocturna para desterrar los males de la ciudad.
- VIII. La descripción de la imperial ciudad del Cozco.
- IX. La ciudad contenía la descripción de todo el imperio.
- X. El sitio de las escuelas y el de las casas reales y el de las escogidas.
- XI. Los barrios y casas que hay al poniente del arroyo.
- XII. Dos limosnas que la ciudad hizo para obras pías.
- XIII. Nueva conquista que el rey Yupanqui pretende hacer.
- XIV. Los sucesos de la jornada de Musu hasta el fin de ella.

- XV. Rastros que de aquella jornada se han hallado.
- XVI. De otros sucesos infelices que en aquella provincia han pasado.
- XVII. La nación chirihuana y su vida y costumbres.
- XVIII. Prevenciones para la conquista de Chili.
- XIX. Ganan los Incas hasta el valle que llaman Chili, y los mensajes y respuestas que tienen con otras nuevas naciones.
- XX. Batalla cruel entre los Incas y otras diversas naciones, y el primer español que descubrió a Chili.
- XXI. Rebelión de Chili contra el gobernador Valdivia.
- XXII. Batalla con nueva orden y ardid de guerra de un indio, capitán viejo.
- XXIII. Vencen los indios por el aviso y traición de uno de ellos.
- XXIV. Matan a Valdivia. Ha cincuenta años que sustentan la guerra.
- XXV. Nuevos sucesos desgraciados del reino de Chili.
- XXVI. Vida quieta y ejercicios del rey Inca Yupanqui hasta su muerte.
- XXVII. La fortaleza del Cozco. El grándor de sus piedras.
- XXVIII. Tres muros de la cerca, lo más admirable de la obra.
- XXIX. Tres torreones. Los maestros mayores y la piedra cansada.

LIBRO OCTAVO

Donde se verán las muchas conquistas que Tupac Inca Yupanqui, undécimo rey, hizo; y tres casamientos que su hijo Huayna Capac celebró. El testamento y muerte del dicho Tupac Inca. Los animales mansos y bravos, mieses y legumbres, frutas

y aves, y cuatro ríos famosos, piedras preciosas, oro y plata; y en suma, todo lo que había en aquel Imperio antes que los españoles fueran a él. Contiene veinticinco capítulos.

- I. La conquista de la provincia Huacrachucu y su nombre.
- II. La conquista de los primeros pueblos de la provincia Chachapuya.
- III. La conquista de otros pueblos y de otras naciones bárbaras.
- IV. La conquista de tres grandes provincias belicosas y muy pertinaces.
- V. La conquista de la provincia Cañari, sus riquezas y templo.
- VI. La conquista de otras muchas y grandes provincias hasta los términos de Quito.
- VII. Hace el Inca la conquista de Quito; hállese en ella el príncipe Huayna Capac.
- VIII. Tres casamientos de Huayna Capac. La muerte de su padre y sus dichos.
- IX. Del maíz, y lo que llaman arroz, y de otras semillas.
- X. De las legumbres que se crían debajo de tierra.
- XI. De las frutas de árboles mayores.
- XII. Del árbol *mulli* y del pimientó.
- XIII. Del árbol *maguey* y de sus provechos.
- XIV. Del plátano, piña y otras frutas.
- XV. De la preciada hoja llamada cuca y del tabaco.
- XVI. Del ganado manso y las recuas que de él había.
- XVII. Del ganado bravo y de otras sabandijas.
- XVIII. Leones, osos, tigres, micos y monas.
- XIX. De las aves mansas y bravas de tierra y de agua.
- XX. De las perdices, palomas y otras aves menores.
- XXI. Diferencias de papagayos y su mucho hablar.

- XXII. De cuatro ríos famosos, y del pescado que en los
del Perú se cría.
- XXIII. De las esmeraldas, turquesas y perlas.
- XXIV. Del oro y plata.
- XXV. Del azogue, y cómo fundían el metal antes de él.

LIBRO NOVENO

Contiene las grandezas y magnanimidades de Huayna Capac. Las conquistas que hizo. Los castigos en diversos rebelados. El perdón de los Chachapuyas. El hacer rey de Quito a su hijo Atahuallpa. La nueva que tuvo de los españoles. La declaración del pronóstico que de ellos tenían. Las cosas que los castellanos han llevado al Perú que no había antes de ellos, y las guerras de los dos hermanos reyes Huascar y Atahuallpa. Las desdichas del uno y las crueldades del otro. Contiene cuarenta capítulos.

- I. Huayna Capac manda hacer una maroma de oro;
por qué y para qué.
- II. Redúcense de su grado diez valles de la costa y
Tumpiz se rinde.
- III. El castigo de los que mataron los ministros de Tu-
pac Inca Yupanqui.
- IV. Visita el Inca su imperio. Consulta los oráculos.
Gana la isla Puna.
- V. Matan los de Puna a los capitanes de Huayna Ca-
pac.
- VI. El castigo que se hizo en los rebelados.
- VII. Motín de los Chachapuyas y la magnanimidad de
Huayna Capac.
- VIII. Dioses y costumbres de la nación Manta y su re-
ducción y las de otras muy bárbaras.

- IX. De los gigantes que hubo en aquella región y la muerte de ellos.
- X. Lo que Huayna Capac dijo acerca del sol.
- XI. Rebelión de los Caranques y su castigo.
- XII. Huayna Capac hace rey de Quito a su hijo Atahualpa.
- XIII. Dos caminos famosos que hubo en el Perú.
- XIV. Tuvo nuevas Huayna Capac de los españoles que andaban en la costa.
- XV. Testamento y muerte de Huayna Capac y el pronóstico de la ida de los españoles.
- XVI. De las yeguas y caballos, y cómo los criaban a los principios, y lo mucho que valían.
- XVII. De las vacas y bueyes y sus precios altos, bajos.
- XVIII. De los camellos, asnos y cabras, y sus precios y mucha cría.
- XIX. De las puerkas y su mucha fertilidad.
- XX. De las ovejas y gatos caseros.
- XXI. Conejos y perros castizos.
- XXII. De las ratas y la multitud de ellas.
- XXIII. De las gallinas y palomas.
- XXIV. Del trigo.
- XXV. De la vid, y el primero que metió uvas en el Cozco.
- XXVI. Del vino, y del primero que hizo vino en el Cozco, y de sus precios.
- XXVII. Del olivo y quién lo llevó al Perú.
- XXVIII. De las frutas de España y cañas de azúcar.
- XXIX. De la hortaliza y yerbas y de la grandeza de ellas.
- XXX. Del lino, espárragos, visnagas y anís.
- XXXI. Nombres nuevos para nombrar diversas generaciones.
- XXXII. Huascar Inca pide reconocimiento del vasallaje a su hermano Atahualpa.
- XXXIII. Astucias de Atahualpa para descuidar al hermano.

- XXXIV. Avisan a Huascar, el cual hace llamamiento de gente.
- XXXV. Batalla de los Incas. Victoria de Atahualpa y sus crueldades.
- XXXVI. Causas de las crueldades de Atahualpa y sus efectos cruelísimos.
- XXXVII. Pasa la crueldad a las mujeres y niños de la sangre real.
- XXXVIII. Algunos de la sangre real escaparon de la crueldad de Atahualpa.
- XXXIX. Pasa la crueldad a los criados de la casa real.
- XL. La descendencia que ha quedado de la sangre real de los Incas.

ÍNDICE DE ESTA ANTOLOGÍA

	Págs.
Aclaración preliminar	7
Introducción	9
1. Intenciones del autor	37
2. El imperio Inca	38
3. Origen de los Incas	39
4. El método histórico	47
5. Algunas costumbres indias	50
6. El orgullo nobiliario	51
7. La familia real	52
8. Algo de idolatría y supersticiones	52
9. La cruz de los Incas	53
10. Los juramentos indios	55
11. Etimología y experiencia	56
12. Fonética anecdótica	57
13. De religión	59
14. Sacrificios	61
15. Astronomía	61
16. Fábulas de la luna	63
17. Medicina	64
18. Yervas medicinales	66
19. Geometría y geografía	68
20. Música y canto	69
21. La poesía	71
22. Instrumental mecánico	73
23. Comedias y estudios	74

	Págs.
24. Construcción de puentes	77
25. Otros ingenios para pasar ríos	80
26. El templo del sol en el Cozco	84
27. Un tesoro escondido	92
28. La casa de las vírgenes	93
29. Otras mujeres que guardaban virginidad	95
30. Las herencias	95
31. Crianza de los hijos	96
32. Los hilados	98
33. Los indios Chancas	99
34. Otras supersticiones	99
35. La heredad del Inca Garcilaso	100
36. Fiestas de la labranza	101
37. Graneros de maíz	103
38. Una mendiga ejemplar	104
39. Cóndores y pinturas	104
40. Acequias de regadío	105
41. Un valle ajardinado	107
42. Profecía de la conquista española	108
43. Momias de los reyes Incas	109
44. Casas reales	112
45. Exequias reales	114
46. Los <i>quipus</i> : su técnica y temas	115
47. Sacrificios y agüeros	120
48. Armazón de caballería	122
49. Insignias reales	125
50. Grandeza pasada y dolor personal	127
51. Fiestas solemnes	127
52. Grandeza imperial del Cozco	133
53. La maravillosa fortaleza del Cozco	154
54. Divisas de las diversas tribus	165
55. Réplica a Cieza de León	165
56. Comienza la relación de la flora y fauna del Perú: el maíz y otros granos	167
57. Tubérculos y calabazas	170

	Págs.
58. Frutas	172
59. El <i>mulli</i> y el pimiento	174
60. Afeites femeninos	176
61. Del plátano, piña y otras frutas	177
62. La cuca y otras yerbas	179
63. Del ganado manso	182
64. Del ganado bravo	188
65. Leones, osos, tigres, micos y monas	190
66. De las aves mansas y bravas	193
67. De las períces, palomas y otras aves menores ...	197
68. Diferencias de papagayos	200
69. Peces de río	201
70. Piedras preciosas	202
71. Perlas y anécdotas	204
72. Del oro y plata	207
73. Del azogue y fundiciones	210
74. La famosa cadena de oro de Huayna Capac ...	213
75. Castigo ejemplar de los Huancauillcas	216
76. Barbarie indígena	218
77. Testamento de Huayna Capac	219
78. Empieza la lista de novedades que los españoles llevaron a Indias: caballos y yeguas	219
79. Vacas, bueyes y precios	224
80. Camellos, asnos y cabras	227
81. Puercos	228
82. Ovejas y gatos	229
83. Conejos y perros castizos	230
84. De las ratas y la multitud de ellas	232
85. De las gallinas y palomas	234
86. Del trigo	238
87. De la vid, y el primero que metió uvas en el Cozco	240
88. Del vino, y del primero que hizo vino en el Cozco	241
89. Del olivo y quién lo llevó al Perú	244

	Págs.
90. De las frutas de España y caña de azúcar	245
91. De la hortaliza y yerbas y de la grandeza de ellas	248
92. Del lino, espárragos, visnagas y anís	253
93. El hombre americano	255
Concordancia de esta antología con el texto completo de los <i>Comentarios reales</i>	259
Índice del texto completo de los <i>Comentarios</i>	261
Índice de esta antología	279

ANTOLOGÍA HISPÁNICA

1. CARMEN LAFORET: *Mis páginas mejores.*
2. JULIO CAMBA: *Mis páginas mejores.*
3. DÁMASO ALONSO y JOSÉ MANUEL BLECUA: *Antología de la poesía española. Volumen I: Poesía de tipo tradicional.*
4. CAMILO JOSÉ CELA: *Mis páginas preferidas.*
5. WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ: *Mis páginas mejores.*
6. VICENTE ALEIXANDRE: *Mis poemas mejores. 2.^a edición.*
7. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Mis páginas preferidas. Temas literarios.*
8. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Mis páginas preferidas. Temas lingüísticos e históricos.*
9. JOSÉ M. BLECUA: *Floresta de lírica española. 2 vols.*
10. RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Mis mejores páginas literarias.*
11. PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Mis páginas preferidas.*
12. JOSÉ LUIS CANO: *Antología de la nueva poesía española. 2.^a edición aumentada.*
13. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Pájjinas escojidas (prosa).*
14. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Pájjinas escojidas (verso).*
15. JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI: *Mis páginas preferidas.*
16. FRANCISCO GARCÍA PAVÓN: *Antología de cuentistas españoles contemporáneos.*
17. DÁMASO ALONSO: *Góngora y el "Polifemo". 2 vols.*
18. *Antología de poetas ingleses modernos.*
19. JOSÉ RAMÓN MEDINA: *Antología venezolana (verso).*
20. JOSÉ RAMÓN MEDINA: *Antología venezolana (prosa).*
21. JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE: *El Inca Garcilaso en sus "Comentarios" (Antología vivida).*

Printed in Spain